



La oportunista
Taryn Fisher

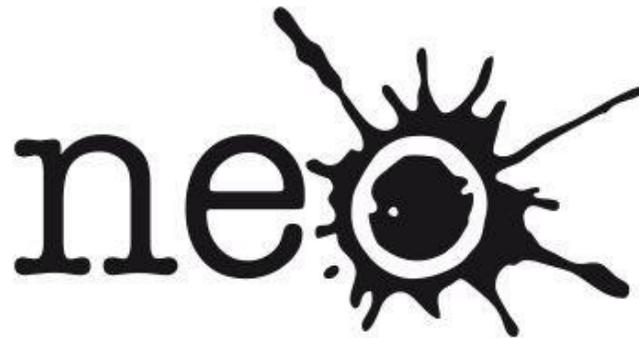


La oportunista

Tarryn Fisher

Traducción de Miguel Trujillo Fernández

Plataforma
Editorial



Título original: *The Opportunist*,
originalmente publicado en inglés, en 2012
Primera edición en esta colección: septiembre de 2017
Copyright © 2012 by Tarryn Fisher
© de la traducción, Miguel Trujillo Hernández, 2017
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2017
Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17002-92-3

Diseño y realización de cubierta: Lola Rodríguez y Grafime

Fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

1.

1. [Capítulo 1](#)
2. [Capítulo 2](#)
3. [Capítulo 3](#)
4. [Capítulo 4](#)
5. [Capítulo 5](#)
6. [Capítulo 6](#)
7. [Capítulo 7](#)
8. [Capítulo 8](#)
9. [Capítulo 9](#)
10. [Capítulo 10](#)
11. [Capítulo 11](#)
12. [Capítulo 12](#)
13. [Capítulo 13](#)
14. [Capítulo 14](#)
15. [Capítulo 15](#)
16. [Capítulo 16](#)
17. [Capítulo 17](#)
18. [Capítulo 18](#)
19. [Capítulo 19](#)
20. [Epílogo](#)

Para
el
amor
roto

Capítulo uno

El presente

Me llamo Olivia Kaspen, y si amo algo, lo arranco de mi vida. No lo hago de forma voluntaria... pero tampoco involuntaria. Ahora mismo estoy viendo a uno de ellos, un superviviente de mi amor contaminado y acre. Está a menos de cien metros de donde yo me encuentro, examinando discos antiguos.

Caleb. Su nombre da vueltas por mi cabeza como una pelota llena de púas, abriendo con sus cortes sentimientos que hace mucho que se convirtieron en cicatrices. Mi corazón trata de salir de mi pecho a base de golpes, y lo único que puedo hacer es quedarme aquí plantada y observarlo. Han pasado tres años desde la última vez que lo vi. Las palabras de despedida que me dirigió fueron una advertencia para que permaneciera lejos. Mis pulmones absorben aire pegajoso mientras trato de controlar mis emociones desordenadas.

Quiero ir hacia él. Quiero observar cómo el odio emerge en sus ojos. Estúpida. Comienzo a marcharme y he recorrido la mitad de la calle, de camino a mi coche, cuando mis pies fallan. El intenso hormigueo de la inquietud se arrastra hasta las puntas de mis dedos. Apretando los puños, vuelvo hasta el escaparate. Este es mi lado de la ciudad. ¿Cómo se atreve a presentarse aquí?

Tiene la cabeza inclinada sobre una caja de cartón llena de discos, y cuando se gira para mirar algo por encima del hombro capto un vistazo de su original nariz. El corazón se me tensa. Sigo queriendo a ese chico, y darme cuenta de eso me asusta. Pensaba que lo había superado. Pensaba que podría soportar algo como esto, un encuentro inesperado. He ido a terapia, he tenido tres años para...

Superarlo.

Pudrirme en mi culpa.

Me regodeo en mis emociones unos pocos segundos más antes de dar la espalda a la tienda de música y a Caleb. No puedo hacerlo. No puedo regresar a ese lugar oscuro. Levanto el pie para bajar de la acera cuando las nubes que han estado acechando en Miami desde hace una semana gruñen de pronto como cañerías viejas. Antes de poder dar dos pasos, la lluvia ataca el asfalto y empapa mi camiseta blanca. Retrocedo con rapidez y me cobijo bajo el

toldo de la tienda de música. Miro mi viejo Volkswagen Escarabajo a través de la cortina de lluvia; con solo una carrera corta estaré de camino a casa. La voz de un extraño interrumpe mi momento de huida. Me aparto sin estar segura de que esté hablando conmigo.

—El cielo está rojo... significa que habrá problemas.

Giro sobre mis talones y encuentro a alguien de pie justo detrás de mí. Se encuentra más cerca de lo que se consideraría socialmente aceptable. Mi garganta produce un sonido de sorpresa y retrocedo un paso. Mide al menos treinta centímetros más que yo, todo músculos, aunque no de una forma atractiva. Tiene las manos unidas en un ángulo extraño, con los dedos tensos y bien estirados. Mis ojos se ven atraídos por un lunar que me recuerda a una diana en el centro de su frente.

—¿Qué?

Niego con la cabeza, confusa. Sigo tratando de mirar por encima de su hombro para echarle un vistazo a Caleb. «¿Seguirá ahí dentro? ¿Debería entrar?»

—Es una vieja superstición de marineros. —Se encoge de hombros y yo bajo los ojos hasta su cara. Me resulta vagamente familiar y, mientras me planteo la posibilidad de mandarlo a la mierda, trato de recordar dónde lo he visto antes—. Tengo paraguas. —Sostiene una cosa floral con un mango de plástico en forma de margarita—. Puedo acompañarte hasta tu coche.

Miro hacia el cielo, que realmente parece ser de un rojo crepuscular, y me estremezco. Quiero que me deje en paz y estoy a punto de decírselo cuando pienso: «¿Y si esto es una señal? El cielo está rojo. ¡Lárgate pitando de aquí!».

Examino el esmalte de uñas descascarillado de mi pulgar y sopeso su ofrecimiento. No me van los malos augurios, pero lo cierto es que tiene una forma de mantenerme seca.

—No, gracias —digo. Dirijo la cabeza con brusquedad hasta la tienda que hay detrás de mí y me doy cuenta de que ya he tomado una decisión.

—Vale. Viene un huracán, pero como quieras.

Vuelve a encogerse de hombros y sale a la lluvia sin abrir el paraguas.

Lo observo mientras se marcha. Su ancha espalda se curva bajo el chaparrón como una protección para el resto de su cuerpo. Es enorme de verdad. En unos segundos, la lluvia se lo ha tragado y ya no puedo seguir viendo su silueta. Siento que lo conozco de alguna parte, pero estoy segura de que recordaría a un tío tan grande si lo hubiera visto antes. Me giro otra vez

hacia la tienda. En el cartel sobre la puerta pone «Hongo Musical» en brillantes letras con florituras. Miro más allá del cristal y lo busco entre los pasillos. Está justo donde lo había visto, con la cabeza todavía inclinada sobre lo que parece la sección de *reggae*. Incluso desde donde me encuentro, puedo ver que tiene el ceño ligeramente fruncido.

«No es capaz de decidirse.» Me doy cuenta de lo que estoy haciendo y me encojo de vergüenza. Ya no lo conozco. No puedo hacer suposiciones sobre lo que está pensando.

Quiero que levante la mirada y me vea, pero no lo hace. Como no quiero quedarme más tiempo merodeando bajo el toldo como una acosadora, reúno valor, me recompongo y entro. Me estremezco al notar el aire acondicionado, helado contra mi piel húmeda. Veo un estante alto de pipas de agua a mi izquierda, me escondo tras él y saco mi espejito para comprobar mi maquillaje.

Mientras lo espío a través de las grietas en los estantes, utilizo un dedo para frotar la mancha de rímel bajo mis ojos. Tengo que hacer que mi encuentro con él parezca accidental.

Delante de mí hay una pipa de agua con la forma de la cabeza de Bob Marley. Me miro en los ojos de cristal de Bob y practico una expresión de sorpresa. Estoy asqueada por lo bajo que puedo llegar a caer. Me pellizco las mejillas para darles algo de color y salgo de mi escondite.

Y esto es lo que pasa.

Mis tacones muerden el linóleo, produciendo un fuerte ruido mientras me acerco. Bien podría haber contratado a un trompetista para anunciar mi llegada. Sorprendentemente, él no levanta la mirada. El aire acondicionado se enciende otra vez cuando estoy a un par de metros de distancia. Alguien ha atado unos banderines de un verde lima a las rejillas. Mientras comienzan a bailar, huelo algo. Es el olor de Caleb: menta y naranja.

Estoy lo bastante cerca como para ver la cicatriz que se curva con suavidad alrededor de su ojo derecho; la que solía recorrer con mi dedo. Su presencia en una habitación es como un discordante impacto físico. Para demostrarlo, veo mujeres mayores y jóvenes lanzándole miradas, inclinándose hacia él. El mundo entero se inclina por Caleb Drake, y él no es consciente de ello de una forma encantadora. Resulta muy desagradable de observar.

Avanzo furtivamente hasta él y llevo una mano hacia un disco. Caleb, ajeno a mi presencia, recorre la lista alfabética de artistas. Sigo sus pasos y,

justo cuando estoy apenas un metro tras él, su cuerpo se gira en mi dirección. Me quedo paralizada, y hay un breve segundo en el que siento la necesidad de salir corriendo. Planto bien los tacones en el suelo y lo observo mientras sus ojos recorren mi cara como si nunca la hubiera visto y aterrizan en el cuadrado de plástico en mi mano. Y entonces, después de tres largos años, oigo su voz.

—¿Son buenos?

Siento que el aturdimiento se apresura a ir de mi corazón a mis miembros y se asienta como plomo en mi estómago.

Sigue hablando con el mismo acento británico diluido que recuerdo, pero la dureza que estaba esperando oír no se encuentra allí. Algo va mal.

—Eh...

Vuelve a mirarme a la cara y sus ojos tocan cada una de mis facciones, como si estuvieran viéndolas por primera vez.

—¿Perdona? No te he entendido.

«Mierda, mierda, mierda.»

—Eh... no están mal —digo, volviendo a meter el disco en el estante. Pasan unos segundos de silencio y decido que está esperando a que hable—. La verdad es que no son de tu estilo.

Parece confuso.

—¿Que no son de mi estilo? —Asiento con la cabeza—. ¿Y cuál crees que es mi estilo?

Sus ojos se están riendo de mí, y hay el indicio de una sonrisa alrededor de su boca.

Recorro su cara con los ojos, buscando una pista del juego que se trae entre manos. Siempre ha sido muy bueno con las expresiones faciales, siempre la correcta en el momento correcto. Parece tranquilo y solo remotamente interesado en mi respuesta. Me siento lo bastante segura como para decir:

—Eh... eres de los de *rock* clásico... aunque podría equivocarme.

La gente cambia.

—¿*Rock* clásico? —repite mientras observa mis labios. Me estremezco de forma involuntaria cuando un recuerdo de él mirando mis labios de esa forma acude a mí como una ráfaga. ¿No fue con esa mirada como empezó todo?—. Lo siento —dice, bajando los ojos hasta el suelo—. Esto es extraño, pero no... Esto... no sé cuál es mi estilo. No tengo ningún recuerdo de él.

Lo miro boquiabierto. ¿Se trata de una broma enfermiza... una forma de

vengarse de mí?

—¿No te acuerdas? ¿Cómo puedes no recordarlo?

Caleb se pasa una mano por la nuca, y los músculos de sus brazos se tensan.

—Perdí la memoria en un accidente. Suena muy cutre, lo sé. Pero lo cierto es que no tengo ni idea de lo que me gusta, o de lo que me gustaba, más bien. Lo siento. No sé por qué te lo he contado.

Se gira para marcharse, probablemente porque mi cara expresa tanto aturdimiento que está incómodo. Me siento como si alguien hubiera triturado mi cerebro como para hacer puré de patatas. Nada tiene sentido. Nada encaja. Caleb no sabe quién soy. «¡Caleb no sabe quién soy!» Con cada paso que da hacia la puerta, aumenta mi desesperación. En algún lugar de mi cabeza oigo a una voz que grita: «¡Detenlo!».

—Espera —digo, pero mi voz apenas resulta audible—. Espera... ¡espera!

Esta vez grito y varias personas se giran para mirarme. Las ignoro y me concentro en la espalda de Caleb. Casi ha llegado hasta la puerta cuando se vuelve para mirarme. «Piensa rápido. ¡Piensa rápido!» Levanto un dedo para pedirle que espere donde está y voy trotando hasta la sección de *rock* clásico. Solo tardo un minuto en encontrar el que era su disco favorito. Regreso con él aferrado con fuerza en las manos, y me detengo a un metro de donde se encuentra.

—Este te gustará —digo, lanzándole el ejemplar. Tengo mala puntería, pero él lo atrapa con elegancia y sonrío casi con tristeza.

Lo observo caminar hasta la caja, firmar el tique de su tarjeta de crédito y volver a desaparecer de mi vida.

Hola... y adiós.

¿Por qué no le he dicho quién era? Ahora es demasiado tarde, y el momento de ser honesta ya ha pasado. Me quedo plantada cuando se marcha, con el corazón latiendo con lentitud en mi pecho mientras trato de procesar lo que ha sucedido. Me ha olvidado.

Capítulo dos

En algún momento del quinto curso, veía una serie de misterio y asesinatos en la televisión. El detective, del que yo estaba ridículamente enamorada, se llamaba Follagyn Beville. Había un Jack el Destripador moderno que atacaba a prostitutas, y Follagyn le estaba dando caza. Estaba interrogando a una prostituta de aspecto bastante andrajoso, con el pelo rubio desaliñado negro en las raíces. Se encontraba aovillada en un sofá color amarillo mostaza, y sus labios succionaban con avaricia un cigarrillo. Recuerdo que pensé: «Vaya, ¡qué actriz tan buena! Debería ganar un Emmy o algo por ser tan patética». Tenía un vaso con hielo en la mano, y tomaba sorbitos rápidos de whisky. Observé sus movimientos, sedienta de drama, memorizando todo lo que hacía. Más tarde aquella noche, llené un vaso con hielo y Pepsi. Llevé mi bebida hasta el alféizar de la ventana y levanté un cigarrillo imaginario hasta mis labios.

—Nadie me escucha —susurré de forma que mi aliento empañara el vaso—. Este mundo... está frío.

Tomé un sorbo de Pepsi, asegurándome de hacer sonar el hielo.

Una década y media después todavía sigo teniendo el sentido de lo dramático. El día después de mi encuentro con Caleb, el huracán Phoebe atravesó la ciudad y me libró de tener que llamar al trabajo diciendo que estaba enferma. Me encuentro en la cama, con el cuerpo curvado de forma posesiva alrededor de una botella de vodka.

Alrededor del mediodía, salgo de la cama y voy hasta el cuarto de baño. Sigue habiendo electricidad, a pesar del huracán de categoría tres que está haciendo traquetear mis ventanas. Aprovecho para prepararme un baño. Mientras me sumerjo en el agua humeante, reproduzco todo lo que pasó por millonésima vez. Todo acaba con un «me ha olvidado».

Mi carlina, *Pickles*, se sienta en la alfombrilla de baño y me observa con atención. Es tan fea que me hace sonreír.

—Caleb, Caleb, Caleb —digo para ver si sigue sonando igual.

Él tenía la extraña costumbre de dar la vuelta a los nombres de la gente cuando los oía por primera vez. Yo era Aivilo, y él Belac. Me parecía algo ridículo, pero al final acabé haciéndolo yo también. Se convirtió en un código secreto que utilizábamos al cotillear.

Y ahora no me recuerda. ¿Cómo puedes olvidar a alguien que has querido, incluso aunque rompiera su corazón hasta dejarlo hecho jirones?

Vierto un poco de vodka en el agua de mi baño. ¿Cómo voy a sacármelo de la cabeza ahora? Podría convertir estar deprimida en mi trabajo a tiempo completo. Eso es lo que hacían los cantantes de *country*; podría ser una cantante de *country*. Canto unos versos de *No rompas más* y tomo otro trago.

Tiro de la cadena del tapón con los dedos de los pies y escucho el agua bajando con un borboteo por la cañería. Me visto y camino con lentitud hasta el frigorífico. El licor barato chapotea en mi barriga vacía. Mi suministro de comida de emergencia para huracanes consiste en dos botellas de aliño ranchero, una cebolla y un trozo de queso cheddar duro. Corto el queso y la cebolla, los meto en un cuenco y vierto aliño ranchero sin grasa por encima. Pongo la cafetera y presiono el «play» del estéreo. Dentro está el mismo disco que le di a Caleb en el Hongo Musical. Bebo mucho más vodka.

Despierto en el suelo de la cocina con la cara sobre un charco de babas. En el puño tengo una foto de Caleb que rompí y luego pegué con celo. Me siento bien de narices, aunque hay una ligera palpitación en mis sienes. Tomo una decisión. Hoy voy a empezar de cero. Voy a olvidar a como se llame, voy a comprar mierda saludable para comer y voy a seguir adelante con mi maldita vida. Me lavo de la borrachera y hago una breve pausa para tirar la foto rota y pegada a la basura. Adiós al ayer. Tomo el bolso y me dirijo hacia la tienda de comida saludable más próxima.

Lo primero que hace la tienda de mierda saludable es echarme aire con olor a pachuli en la cara. Arrugo la nariz y contengo el aliento hasta que paso junto al mostrador, detrás del cual hay una chica de mi edad mascando chicle y meditando.

Tomo un carrito y me dirijo hacia la parte trasera de la tienda, pasando de largo junto a las botellas de Limpiador de Auras de Madame Deerwood (no funciona), el Ojo de Tritón y las bolsas de Gota Kola.

Por lo que a mí respecta, esta es una tienda de comestibles normal y corriente, y no un almacén de suministros para todos los raritos *new age* en un radio de treinta kilómetros. Caleb y yo nunca estuvimos aquí juntos, por lo que el Mercado Meca es una zona de la que no guardo recuerdos.

Metó unas galletas de algas y unas patatas cocidas en el carrito y me dirijo hacia el pasillo de los helados. Paso junto a una mujer con una camiseta que dice «Soy wiccana, mira mi escoba». No lleva zapatos.

Recorro el pasillo de los helados y me estremezco.

—¿Tienes frío?

Me doy la vuelta con tanta rapidez que mi hombro golpea un estante de

barquillos. Los observo horrorizada mientras caen al suelo, desperdigándose y deslizándose como mis pensamientos.

«¡Caleb!»

Lo miro recoger las cajas una por una, apilándolas en su mano libre. Me sonrío y tengo la sensación de que le hace gracia ver cómo he reaccionado.

—Lo siento, no tenía la intención de asustarte.

Qué educado. Y ahí está otra vez ese maldito acento.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Las palabras escapan de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Se ríe.

—No estoy acosándote, te lo juro. En realidad, quería darte las gracias por la sugerencia musical del otro día en la tienda. Me gustó... de hecho, me gustó mucho.

Tiene las manos en los bolsillos y se balancea de atrás hacia delante sobre los talones.

—Vino —añade, haciendo girar el anillo de su dedo pulgar con el índice. Solía hacerlo cuando se sentía nervioso. Lo miro con rostro inexpresivo—. Me has preguntado qué es lo que estaba haciendo aquí —me recuerda con paciencia, como si estuviera hablando con un niño—. A mi novia le gusta este vino, y solo se consigue aquí... es orgánico.

La última palabra le hace reír.

¿«Novia»? Entrecierro los ojos. ¿Cómo es que la recuerda a ella y no a mí?

—Entonces... —digo con tono indiferente, abriendo uno de los refrigeradores y sacando lo primero que veo—. ¿Recuerdas a tu novia?

Intentaba parecer despreocupada, pero no podría haber sonado más estrangulada si hubiera tenido sus manos alrededor de la garganta.

—No, después del accidente... no la recordaba.

Me siento un poquito mejor.

Recuerdo de inmediato la primera vez que mis ojos azules cayeron sobre ella, hace tres años, cuando estaba realizando el ritual de espionaje posruptura. Había decidido que necesitaba ver a mi reemplazo para cerrarlo todo. En realidad era una locura, pero todos tenemos derecho a acosar un poco.

Llevaba el sombrero hongo rojo de mi abuela porque tenía un ala ridículamente ancha que ocultaría mi cara, y además era tan melodramático como mi personalidad. Me llevé a *Pickles* como apoyo moral.

Leah Smith. Ese era el nombre de la harpía. Era tan rica como yo pobre, estaba tan feliz como yo triste, y era tan pelirroja como yo morena. La había conocido en alguna fiesta pija un año después de que rompiéramos. Al parecer, habían encajado bien desde el principio, o tal vez él se la había encajado bien desde el principio, no estoy segura.

Leah trabajaba en un edificio de oficinas a diez minutos de donde estaba mi piso. Cuando dejé mi coche en una plaza de aparcamiento, tenía una hora libre antes de que terminara su turno. Me la pasé convenciéndome a mí misma de que mi comportamiento era normal.

Salió del edificio exactamente a las 18:05, con un bolso de Prada balanceándose alegremente de su antebrazo. Caminaba como una mujer que sabe que todo el mundo le mira los pechos. La observé zapatear por la acera con sus tacones de aguja verdes mientras yo me quedaba sentada, estrangulando el volante. Odiaba su largo pelo rojo que le caía en gruesos bucles por la espalda. Odiaba cómo se despedía de sus compañeros de trabajo con un movimiento de los dedos. Odiaba el hecho de que me gustaran sus zapatos.

Miro a los ojos de Caleb en busca de respuestas y, tratando de sacar la cabeza del pasado, pregunto:

—Entonces... ¿seguís estando juntos a pesar de que no sabes quién es?

Espero que se ponga a la defensiva, pero en lugar de eso me dirige una sonrisa astuta.

—Está bastante destrozada con este asunto, y es una chica genial al quedarse conmigo a pesar de todo esto.

No me mira cuando dice «esto».

Como si cualquier chica que estuviera bien de la cabeza fuera a dejarlo ir... a excepción de mí, claro, aunque yo nunca he asegurado estar bien de la cabeza.

—¿Te gustaría ir a tomar un café? —pregunta—. Puedo contarte toda mi tragedia.

Siento un cosquilleo que comienza en mis pies y asciende por todo mi cuerpo. Si recordara algo sobre mí, esto no estaría sucediendo. Es una locura, exactamente la clase de situación de la que podría aprovecharme.

—No puedo.

Me siento tan orgullosa de mí misma que me estiro para ser un poco más alta. Él toma mi respuesta de la misma forma que había tomado todos mis rechazos durante los años que salimos, sonriendo como si no pudiera estar

diciéndolo en serio.

—Sí que puedes. Piensa que me estás haciendo un favor. —Inclino la cabeza hacia un lado—. Necesito algunos amigos buenos... buenas influencias.

Abro la boca y suelto un prolongado resoplido. Caleb levanta una ceja.

—Yo no soy una buena influencia —aseguro, pestañeando con rapidez.

Cambio mi peso de un pie al otro, distrayéndome con una botella de cerezas al marrasquino. Podría tomar la botella, tirársela a la cabeza y salir corriendo, o bien podría ir a tomar un café con él. Después de todo, solo es un café. Nada de sexo, nada de una relación, tan solo una charla amistosa entre dos personas que supuestamente no se conocen.

—Vale, vamos a tomar un café.

Oigo la emoción de mi voz y me estremezco. Doy. Mucho. Asco.

—Genial. —Sonríe.

—Hay una cafetería a dos manzanas de aquí, en la esquina noroeste. Podemos quedar ahí en media hora —sugiero, calculando el tiempo que tardaré en llegar a casa y dejar de babear. «Di que no puedes. Di que tienes otras cosas que hacer...»

—En media hora —repite, observando mis labios. Los frunzo para dar efecto y Caleb agacha la cabeza para ocultar una sonrisa. Me doy la vuelta y recorro el pasillo con calma. Puedo sentir sus ojos en mi espalda, provocándome un cosquilleo.

Abandono el carrito en cuanto estoy lejos de su vista y voy al galope hacia la parte delantera de la tienda. Mis sandalias me golpean los talones mientras corro.

Llego a casa en un tiempo récord. Mi vecina Rosebud está llamando a mi puerta con una cebolla en la mano. Si me ve, quedará atrapada en una conversación unilateral de dos horas sobre su Bertie y sus problemas de gota, así que me escondo entre los arbustos. Cuando se rinde cinco minutos después, me arden los muslos por estar acucillada, y además tengo ganas de ir al baño.

Lo primero que hago al pasar por la puerta es rescatar la foto de Caleb de la basura. La limpio de cáscaras de huevo y la meto en el cajón de los cubiertos.

En quince minutos estoy saliendo por la puerta, sintiéndome tan nerviosa que tengo que hacer un esfuerzo consciente por no tropezar con mis propios pies. El trayecto de tres manzanas en coche es una tortura. Me suelto

improperios a mí misma, y dos veces giro hacia el carril en dirección contraria para volver a casa. Cuando llego al aparcamiento tengo un ligero traumatismo cervical.

La cafetería está llena de paredes de un azul oscuro y mosaicos con patrones. Es intenso, deprimente y cálido, todo al mismo tiempo. Con un Starbucks a solo tres manzanas, este lugar está reservado para un público más serio, gente con pretensiones artísticas que meditan con melancolía sobre sus MacBooks.

—Hola, Livia —me saluda el chico punki y bajito que trabaja en el mostrador.

Le dirijo una sonrisa. Mientras paso junto al tablón de anuncios, algo me llama la atención. Hay una foto de la cara de un hombre entre los folletos. Me acerco más, sintiendo un cosquilleo de reconocimiento. Bajo la parte inferior de su cara, las palabras «SE BUSCA» destacan con letras en negrita. Es el hombre del Hongo Musical... ¡el que llevaba el paraguas!

Dobson Scott Orchard, nacido el 7 de septiembre de 1960.

Se busca por secuestro, violación y atraco.

Rasgo característico: marca de nacimiento en la frente.

¡El lunar! Esa es la marca de nacimiento a la que se refiere el cartel. ¿Qué habría pasado si hubiera ido con él? Me quito la imagen de la cabeza y memorizo el número de la parte inferior del papel. Si no hubiera visto a Caleb aquel día, tal vez habría dejado que me acompañara hasta mi coche.

Dobson escapa de mi cabeza cuando veo a Caleb.

Me está esperando en una mesa pequeña en la esquina trasera, mirando el mantel de forma distraída. Se lleva una taza de porcelana blanca hasta los labios, y lo recuerdo haciendo lo mismo en mi apartamento hace años. El corazón se me acelera.

Me ve cuando me encuentro a un par de metros.

—Hola. Te he pedido un café con leche —dice, levantándose. Sus ojos van desde mis pies hasta mi cara en un único movimiento rápido. Estoy bien arreglada. Me aparto un mechón de pelo oscuro de los ojos y sonrío. Estoy nerviosa, y las manos me tiemblan. Cuando extiende una mano hacia mí,

titubeo antes de darle la mía—. Caleb Drake —dice—. Diría que por lo general me presento a las mujeres antes de proponerles ir a tomar un café, pero no me acuerdo.

Sonreímos con incomodidad ante su terrible chiste mientras permito que mi pequeña mano quede tragada por la suya. La sensación de su piel es demasiado familiar. Cierro los ojos durante un breve segundo y dejo que lo absurdo de la situación me inunde.

—Olivia Kaspen. Gracias por el café.

Nos sentamos, incómodos, y comienzo a poner azúcar en mi taza. Observo su cara. Antes se metía conmigo diciendo que mi café estaba tan dulce que hacía que te dolieran los dientes. Él bebe té caliente, como los británicos. Solía pensar que era encantador y distinguido. De hecho, todavía lo pienso.

—¿Y qué le has dicho a tu novia? —pregunto tomando un sorbo.

Estoy balanceando la sandalia del dedo gordo, algo que le molestaba cuando estábamos juntos. Veo que lleva los ojos a mi pie y, por un segundo, creo que va a sujetarlo para detener el movimiento.

—Le he dicho que necesitaba un poco de tiempo libre para pensar. Es horrible decirle algo así a una mujer, ¿verdad? —pregunta, y yo asiento con la cabeza—. En fin, el caso es que rompió a llorar en cuanto las palabras salieron de mi boca, y yo no sabía qué hacer.

—Lo siento —miento. La niña pija y pecosa está acurrucándose con el rechazo hoy. Es algo maravilloso—. Entonces... tienes amnesia.

Caleb asiente con la cabeza y baja la mirada hasta la mesa. Con expresión ausente, traza un patrón de círculos con el dedo.

—Sí, se llama amnesia selectiva. Los doctores, ocho de ellos, me han dicho que es algo temporal.

Le doy vueltas a la palabra «temporal», pensativa. Podría significar que mi tiempo con él es tan temporal como un tinte de pelo o un subidón de adrenalina. Decido que aceptaré cualquiera de las dos posibilidades. Estoy tomando un café con un hombre que me odiaba, así que «temporal» no tiene por qué ser una mala palabra.

—¿Cómo sucedió? —pregunto. Caleb se aclara la garganta y mira a nuestro alrededor, como si estuviera evaluando si alguien de la sala puede oírnos—. ¿Qué? ¿Demasiado personal?

No puedo mantener la risa alejada de mi voz.

Me resulta extraño que esté dudando en decírmelo. Cuando estábamos

juntos, me lo contaba todo; incluso las cosas que la mayoría de los hombres no compartirían con sus novias por vergüenza. Todavía puedo leer su expresión después de todos estos años, y me doy cuenta de que se siente incómodo compartiendo los detalles de su amnesia.

—No lo sé. Me siento como si debiéramos comenzar con algo simple antes de contarte mis secretos. Como mi color favorito.

Sonrío.

—¿Es que recuerdas cuál es tu color favorito?

Caleb niega con la cabeza, y los dos nos reímos.

Suelto un suspiro y jugueteo con mi taza de café. Cuando comenzamos a salir, le pregunté cuál era su color favorito. En lugar de decírmelo, me hizo meterme en el coche, diciendo que tenía que enseñármelo.

—Esto es ridículo, tengo que estudiar para un examen —me había quejado yo.

Él condujo durante veinte minutos, poniendo a tope la horrible música rap que le gustaba, y al fin aparcó junto al Aeropuerto Internacional de Miami.

—Ese es mi color favorito —dijo, señalando las luces que recorrían la pista.

—Es azul —señalé—. ¿Y qué pasa?

—No es cualquier azul, es azul de aeropuerto —especificó—. Y jamás lo olvidas.

Yo me giré otra vez hacia la pista para examinar las luces. El color era espeluznante; parecía fuego cuando arde a grandes temperaturas y se vuelve azul. ¿Dónde iba a encontrar una camiseta de ese color?

Lo miro ahora, con el recuerdo claro en mi mente y desaparecido de la suya. ¿Cómo será olvidar tu color favorito? ¿O a la chica que te destrozó el corazón?

El azul de aeropuerto me atormenta. Se ha convertido en una marca para mí, una señal de nuestra relación rota y mi fracaso a la hora de seguir adelante. El puto azul de aeropuerto.

—Tu color favorito es el azul —digo—, y el mío es el rojo. Ahora ya somos buenos amigos, así que cuéntame lo que pasó.

—El azul, entonces. —Asiente con una sonrisa—. Fue un accidente de coche. Un compañero de trabajo y yo estábamos de viaje de negocios en Scranton. Nevaba con fuerza, e íbamos de camino a una reunión. El coche

salió derrapando de la carretera y acabó empotrado en un árbol. Sufrí heridas graves en la cabeza...

Lo recita todo de un tirón, como si la historia lo aburriera. Supongo que ha tenido que contarla ya cientos de veces.

No tengo que preguntarle cuál es su trabajo; es inversor bancario. Trabaja para la empresa de su padrastro, y es rico.

—¿Y tu compañero de trabajo?

—Él no tuvo tanta suerte —dice, y sus hombros se desploman.

Me muerdo el labio. No se me dan bien la muerte y las palabras que se supone que debes decir para mostrar tus condolencias. Cuando mi madre murió, la gente decía estupideces que me ponían furiosa. Palabras blandas y esponjosas que no tenían ningún peso: «lo siento» (cuando claramente no era culpa suya); y «si hay algo que pueda hacer...», cuando ambos sabíamos que no había nada. Cambio de tema para no tener que ofrecerle palabras huecas.

—¿Recuerdas el accidente?

—Recuerdo despertar después de que ocurriera. Antes de eso, nada.

—¿Ni siquiera tu nombre?

Niega con la cabeza.

—La buena noticia es que los doctores dicen que recuperaré la memoria. Tan solo es cuestión de tiempo y de tener paciencia.

La buena noticia para mí es que no recuerde nada. Si lo hiciera, no estaríamos hablando.

—Encontré un anillo de compromiso en el cajón de mis calcetines —añade, y su confesión es tan repentina que me atraganto con el café—. Lo siento. —Me da unas palmadas en la espalda y yo me aclaro la garganta, con los ojos húmedos—. La verdad es que necesitaba contárselo a alguien. Me estaba preparando para pedirle que se casara conmigo, y ahora ni siquiera sé quién es.

Vaya... ¡vaya! Me siento como si alguien acabara de enchufarme y tirarme a una bañera. Sabía que había seguido adelante con su vida, lo había espiado lo suficiente como para saberlo, pero ¿matrimonio? Sentí un picor por el cuerpo solo de imaginarlo.

—¿Qué piensan tus padres sobre tu situación? —pregunto para dirigir la conversación hacia un camino más agradable. La idea de Leah con un vestido blanco hace que me entren ganas de reír. Le pegan más la lencería de zorrilla y las barras de *striptease*.

—Mi madre me mira como si la hubiera traicionado de alguna forma, y

mi padre no deja de darme palmaditas en la espalda, diciendo: «La recuperarás pronto, colega, todo va a ir bien, Caleb».

Sonríó al ver que imita a su padre de maravilla.

—Sé que suena egoísta, pero solo quiero que me dejen en paz, ¿sabes? — continúa. No lo sé, pero asiento con la cabeza de todos modos—. No dejo de preguntarme por qué no puedo recordar. Si mi vida era tan genial como todo el mundo no para de decirme, ¿por qué nada de ella me resulta familiar?

No sé qué decir. El Caleb que conocía siempre lo tenía todo bajo control. Siempre pensé que era un experto; era sensible con la moda, pero demasiado genial para que le importara. Este Caleb está confuso y roto, y está soltando todas sus miserias a alguien que piensa que es una completa desconocida. Quiero besarle la cara y suavizar su ceño fruncido. En lugar de eso, me quedo paralizada sobre mi silla, luchando contra la necesidad de contarle todo lo que nos separó en primer lugar.

—Y bueno, ¿qué hay de ti, Olivia Kaspen? ¿Cuál es tu historia?

—Yo, esto... no tengo ninguna.

Su pregunta me ha dejado con la guardia tan baja que mis manos comienzan a temblar.

—Venga ya... yo te lo he contado todo —suplica.

—Todo lo que recuerdas —puntualizo—. ¿Hace cuánto tiempo que tienes amnesia?

—Tres meses.

—Bueno, pues durante los últimos tres meses de mi vida no he hecho nada más que trabajar y leer. Ahí tienes tu respuesta.

—Por alguna razón, creo que hay un poco más en ti que eso.

Examina mi cara y tengo la impresión de que está generando una historia por lo que ve en ella. Me gustaría que no lo hiciera, que no tratara de ver más allá de mis muros. Nunca he sido muy hábil a la hora de fingir con él.

—Mira, cuando recuperes los recuerdos y puedas divulgar todos tus secretos del pasado, haremos una fiesta de pijamas y te lo contaré todo, pero, por lo que a mí respecta, hasta que llegue ese día los dos tenemos amnesia.

Suelta una risa fuerte y profunda, y yo escondo mi sonrisa complacida detrás del borde de mi taza de café.

—Bueno, eso no me suena tan mal —dice con voz provocativa.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Bueno, porque acabas de darme permiso para volver a verte, y ahora puedo estar a la espera de una fiesta de pijamas.

Me ruborizo y decido que nunca podré decírselo. Lo acabará recordando en algún momento, y toda esta pantomima se desmoronará a mi alrededor como un castillo de naipes mal construido. Hasta entonces, lo he recuperado, y voy a aferrarme a eso todo el tiempo que pueda.

Capítulo tres

El pasado

El día que conocí a Caleb Drake el sol brilló con un poco más de fuerza sobre mi mundo. Era durante esa insufrible época del año en que los exámenes finales acechaban, y todo el cuerpo estudiantil estaba empezando a tener sombras oscuras alrededor de los ojos. Yo acababa de salir de una sesión de estudio en la biblioteca y me encontré con el cielo asediado por unas nubes de lluvia de aspecto cascarrabias. Solté un gruñido y caminé con rapidez en dirección a mi residencia, maldiciéndome por no haber llevado un paraguas. Ya estaba a mitad de camino cuando comenzó a lloviznar. Me refugié debajo de un sauce y levanté la mirada furiosa hasta sus ramas, como si estuviera culpándolo por la lluvia. Fue entonces cuando él se acercó contoneándose, como si estuviera borracho de su propia belleza.

—¿Por qué estás enfadada con ese árbol? —Hice una mueca de disgusto al ver quién era. Él se rio y levantó las manos, como si fingiera rendirse—. Solo era una pregunta, encanto, no me ataques.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Por un momento me pareció que una sombra de inseguridad cruzaba su cara, pero entonces desapareció y me sonrió otra vez.

—Estaba interesado en averiguar por qué este árbol te hacía fruncir el ceño —dijo, repitiendo su cutre intento de comenzar una conversación.

Miré por encima de su hombro y vi a un grupito de jugadores de baloncesto idiotas observándonos con ojos lascivos. Él siguió mi mirada y debió de lanzar una mirada feroz a su manada de ratas, porque unos segundos después se dispersaron. Entonces volvió a dirigir los ojos hacia mí.

Ah, sí... se suponía que tenía que responder a su pregunta.

Miré el tronco del árbol, que me recordaba a una masa mal trenzada, y me di cuenta de la intensidad con la que debía de haber estado mirándolo.

—¿Estás tratando de ligar conmigo? —pregunté con un suspiro.

Él soltó una especie de sonido estrangulado.

—Caleb Drake.

—Lo siento, ¿qué?

—Mi nombre —dijo, ofreciéndome la mano.

Caleb Drake era un nombre notable en el campus, y no tenía la menor

intención de unirme a su club de fans. Le estreché la mano con firmeza para asegurarme de que supiera que no me había hipnotizado.

—Sí, estaba tratando de ligar contigo, hasta que me has derribado, claro.

Levanté las cejas y me obligué a sonreír. Vale, tenía que hacerlo rápido. Los deportistas tienen un periodo de atención penosamente corto.

—Escucha, me encantaría quedarme aquí y alimentar tu ego parlotando, pero tengo que irme.

Me moví y pasé junto a él, aliviada de dirigirme hacia el medio litro de helado y nata montada que había en mi frigorífico. Iba a añadir sirope de chocolate y hacerme un batido genial.

Oí su risa cuando me acerqué a la acera. Me puse rígida, pero seguí caminando.

—Si fueras un animal, serías una llama —dijo detrás de mí.

Sus palabras me hicieron detenerme. ¿En serio ese imbécil me estaba comparando con un mamífero peludo?

—¿Y eso por qué?

Me mantuve de espaldas a él, pero mi ojo tenía un tic.

—Búscalas en Google.

¿Aquello estaba pasando de verdad? Giré la cabeza al estilo *El exorcista* y lo fulminé con la mirada. Parecía muy seguro de sí mismo.

—Nos vemos por aquí —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos y dirigiéndose de nuevo hacia su grupo.

Puse los ojos en blanco. Con suerte, eso no sucedería nunca. Fui echando humo hasta mi habitación de la residencia, pero, antes de que pudiera tocar el pomo, la puerta se abrió de golpe. Ahí estaba mi compañera de habitación, de primer año.

—¿Por qué estaba hablando contigo?

Era dulce, de ojos brillantes y rubia, y por mucho que quisiera odiarla era una cosita terriblemente mona.

—Estaba reclutando miembros para su club de fans. Le he dado tu nombre, Cam.

—En serio, Olivia, ¿qué te ha dicho?

Me siguió mientras yo dejaba los libros pulcramente sobre mi escritorio. Cuando traté de ignorarla, ella comenzó a tirarme M&M's a la cabeza.

—Tan solo estaba haciéndose el chulo delante de sus amigos, no hay nada que contar. ¡En serio!

Me dejó pasar. Me dirigí hacia mi nata montada, preparándome para

tomármela directamente, cuando me bloqueó el camino.

—¡Qué densa que eres!

—¿Densa? —Negué con la cabeza—. ¿Me estás llamando complicada o estúpida?

Miré con anhelo por encima de su hombro, en dirección al frigorífico.

—Caleb Drake no va a las chicas, las chicas van a Caleb Drake. ¡Acaba de salirse de su patrón para hablar contigo y tú lo has rechazado!

—No está interesado en mí —insistí con un suspiro—. Se estaba haciendo el chulo.

—Pues vale, se estaba haciendo el chulo. ¿Qué más da? Se ha ganado el derecho, ¡es guapísimo! —Fingí que me daban arcadas—. Olivia —suplicó—. ¡La vida es algo más que libros y estudiar! —Tiró mis libros de texto del escritorio para dar efecto a sus palabras—. Los chicos son... pueden... hacerte cosas —terminó, señalándome con la cabeza.

—Y tú —dije, pinchándola en las costillas— eres una zorra.

Rescaté uno de los libros de texto del suelo y comencé a estudiar.

—¡O-li-via!

Cerré los ojos con fuerza. Odiaba cuando pronunciaba así mi nombre.

—¿Hum?

Me arrebató el libro de entre las manos.

—Escúchame, mojjigata desagradecida. —Me tomó la barbilla con la mano y la elevó hasta que la miré—. Va a volver a hablar contigo, solo porque lo has rechazado. Debe de haberle gustado... y cuando lo haga —me apretó la boca protestante con la mano—, vas a hablar con él y coquetear. ¿Me has entendido? —Me encogí de hombros—. ¡Aaaaj! —chilló ella, y se encerró en el cuarto de baño.

Desde luego, me daba igual el efecto que tenía en las chicas del campus. Caleb Drake no significaba nada para mí. Jamás significaría nada para mí. No había discusión posible. Y punto.

Resultó que Cammie tenía razón. Más tarde aquella misma semana, me había pasado todo el día estudiando cuando comenzó a darme la lata para que fuera a un partido de baloncesto con ella.

—Te compraré un chocolate caliente.

—¿Con extra de nata montada?

—Y con nubes, pero ¡date prisa!

Diez minutos más tarde me encontraba sentada en las gradas, sorbiendo chocolate caliente con extra de nata montada de un pequeño vaso de

poliestireno. Cammie me estaba ignorando, y yo comenzaba a arrepentirme de mi decisión de haber ido. Caleb Drake estaba dando vueltas por la cancha como si fuera una batidora. Sinceramente, me mareaba solo con verlo.

Llegó el descanso y me puse en pie para ir al lavabo. Estaba tratando de abrirme paso junto a Cammie cuando el presidente del cuerpo de estudiantes entró en la cancha y levantó las manos para pedir silencio.

—Laura Hilberson, una de nuestras estudiantes, lleva más de cinco días desaparecida de la residencia —dijo al micrófono, y yo me detuve para escuchar—. Sus padres, al igual que el personal, ruegan a cualquiera que tenga algo de información sobre ella que lo diga de inmediato. Gracias, chicos, disfrutad del resto del partido.

En mi primer año compartía unas cuantas clases con Laura. A los universitarios a veces les gustaba desaparecer durante unos días cuando las cosas se ponían estresantes. Lo más probable es que estuviera escondida en la casa de una amiga en algún sitio, comiendo chocolate y criticando a los profesores. La gente siempre montaba un drama por nada.

—Durante su primer año estuvo saliendo con Caleb Drake —susurró Cammie—. Me pregunto si ahora va a poder concentrarse en el resto del partido.

Miré a Caleb, que estaba sentado en el banquillo, bebiendo de una botella de agua. Parecía relajado. Menudo idiota. Fue durante el último cuarto, cuando quedaba un minuto de juego, cuando el equipo contrario empató a 72 con los Cougars. No me habría dado cuenta de aquello si Cammie no me lo hubiera dicho, pues me había pasado los últimos veinte minutos quitándome bolitas de pelusa del jersey.

Caleb Drake se encontraba en la línea de tiro libre, preparándose para el lanzamiento más importante de la noche. Tenía aspecto calmado, como si ya supiera que iba a conseguirlo. Por primera vez en toda la noche, el gimnasio estaba extrañamente silencioso. Intrigada, me olvidé de mis bolitas de pelusa y me senté más erguida. Quería que lo consiguiera. Sé que era algo vergonzoso, pero así era. Por una vez, comprendía la obsesión alrededor de Caleb. Era como un jalapeño: brillante y suave, pero peligrosamente abrasador. Una pequeña parte de mí quería morderlo.

Me volví hacia Cammie, que tenía los ojos muy abiertos a causa de la expectación. Aquello era algo gordo. Mis ojos fueron a la deriva hasta la cancha, y entonces me sobresalté. Caleb estaba observándome. Todos los estudiantes estaban mirándolo, pero él me observaba a mí. Antes de que el

árbitro pudiera hacer sonar el silbato, Caleb se puso la pelota por debajo del brazo y fue trotando hacia su entrenador.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? —preguntó Cammie saltando de un pie al otro, con las coletas rebotando al ritmo de la música.

Tenía la sensación de que algo no marchaba bien. Me moví en el asiento, crucé y descrucé las piernas. Caleb le estaba entregando la pelota a su entrenador, y de repente me sentí como si estuviera sentada en una sauna.

—¡Está subiendo la escalera, Olivia! ¡Viene hacia aquí! —chilló Cammie.

Me hundí todo lo que pude en el asiento. ¡Aquello no podía estar pasando! ¡Se estaba dirigiendo directamente hacia donde yo me encontraba! Fingí estar ocupada escarbando en mi bolso en busca de algo. Cuando se detuvo junto a mi asiento, levanté la mirada con expresión de sorpresa.

—Olivia —dijo, y se puso en cuclillas para mirarme a los ojos—. Olivia Kaspen.

Vi que Cammie se quedaba boquiabierta y una multitud de cabezas se giraba para mirarnos.

—Bravo, has descubierto cómo me llamo —repliqué. Después, en voz más baja, añadí—: ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Ignoró mi pregunta.

—Eres un gran misterio en el campus.

Su voz era áspera, de la clase que te pondría la carne de gallina si te susurraran al oído.

Me aclaré la garganta e hice lo que pude por parecer cabreada.

—¿Vas a ir al grano y contarme qué quieres en breve, o vas a dejar el partido parado para presumir de tus habilidades como detective?

Se rio. Bajó la mirada hasta el suelo y después volvió a dirigirla hacia mí.

—Si consigo este lanzamiento, ¿saldrás conmigo?

Su mirada estaba viajando entre mis ojos y mis labios.

Sentí que algo caliente golpeaba mi cara y bajé la cabeza. No me gustaba cómo me estaba mirando. Era como si ya estuviera planeando nuestro primer beso, evaluando mis labios. Negué con la cabeza. Era ridículo. Estaba montando un espectáculo por su ego herido, y a mí me importaba una mierda si conseguía ese lanzamiento.

Entrecerré los ojos.

—Si fueras un animal, ¿sabes cuál serías? —pregunté.

Un destello de inseguridad cruzó su rostro. Después de nuestro pequeño

encuentro bajo la lluvia, había buscado las llamas en Google, tal como había sugerido. Al parecer, eran bastante maleducadas: escupir, dar patadas y cabezazos eran parte de sus actitudes sociales.

—Un pavo real.

Sonrió.

—Has tardado toda la semana en pensar en eso, ¿a que sí?

Sus ojos volvían a estar fijos en mis labios.

—Claro que sí —repliqué, encogiéndome de hombros.

—En ese caso, ¿es justo decir que has estado pensando en mí durante toda la semana?

Ahora era mi turno de parecer aturdida. Joder. Justo cuando lo había pillado...

—No... y... no, no voy a salir contigo.

Me recliné en mi asiento y decidí mirar el marcador. A lo mejor, si lo ignoraba se marcharía. La música de los Black Eyed Peas sonaba con fuerza por los altavoces, así que me puse a tamborilear con el pie a su ritmo.

—¿Por qué no?

Parecía inquieto, y eso me gustaba.

—Porque yo soy una llama y tú eres un pájaro, y NO somos compatibles.

Hubo un aumento creciente en el interés en el gimnasio, mientras la gente se levantaba para mirar mejor lo que estaba sucediendo. Yo comenzaba a sentirme nerviosa.

—Vale —dijo de forma casual—. Entonces, ¿qué es lo que tengo que hacer?

Se había inclinado hacia mí, y se hallaba tan cerca que podía sentir su aliento sobre mi cara. Olía a menta. Contuve la respiración y traté de recuperar el control de mi corazón galopante.

Y entonces se me ocurrió una idea brillante.

—Fallar. —Caleb inclinó la cabeza hacia un lado. Yo me incliné hacia él, entrecerrando los ojos. Hablé con más lentitud esta vez, para que no hubiera confusión alguna—: Si fallas el lanzamiento, saldré contigo.

Vi que la amabilidad desaparecía de sus ojos. Pedirle a un pavo real que escondiera sus plumas era algo muy difícil.

Se puso en pie con rapidez, demasiada rapidez, y bajó de dos en dos los escalones de vuelta hasta la cancha. Me arrellané en mi asiento con una sonrisa socarrona. Apostaba lo que fuera a que eso no se lo esperaba. Por chulito. Por idiota.

Cammie nos miraba alternativamente a mí y a Caleb. Había algo parecido a la admiración en su rostro. Abrió la boca para decir algo, pero yo levanté un dedo para silenciarla.

—Te lo puedes ahorrar —le advertí.

Concentré toda mi atención en la figura que había de pie en la línea de tiro libre, con un aspecto ni de lejos tan compuesto como el de hacía unos pocos minutos.

El árbitro hizo sonar el silbato y entonces Caleb levantó los brazos, con la pelota sujeta con ligereza entre las manos. Traté de imaginar lo que estaba pensando. Sin duda, se había hartado de mí. Lo más probable era que estuviera enfadado porque yo hubiera tenido la audacia de... Perdí el hilo de mis pensamientos. El momento de la verdad había comenzado.

Los músculos de sus brazos se flexionaron mientras la pelota saltaba de sus manos y se dirigía con rapidez hacia la canasta. En esos pocos segundos, mi mente tuvo tiempo de darse cuenta de que algo no estaba bien en aquella situación. Y entonces sucedió. La pelota se quedó corta por unos treinta centímetros y golpeó la cancha con un ruido sordo y enfermizo. Observé horrorizada mientras se desataba el pandemónium.

—No, no, no, no —susurré entre dientes.

¿Cómo había podido hacer eso? ¿Por qué había hecho eso? ¿Había que ser idiota!

—Olivia, voy a fingir que no he oído nada —siseó Cammie, sujetándome la muñeca—. Tenemos que marcharnos antes de que alguien te mate.

Mientras tiraba de mí a través de la muchedumbre, me giré hacia la cancha para lanzar un último vistazo a lo que estaba sucediendo. Caleb había desaparecido.

No supe nada de él en más de una semana. La culpa había comenzado a filtrarse hasta mis huesos mojigatos, y me dolía hasta el tuétano. No quería admitir que Caleb Drake me había sorprendido y se había humillado. Alguien como él no podía sorprender a alguien como yo... ¿verdad?

De algún modo, la noticia de que había saboteado el juego por una chica se había extendido por el campus. Ya que había sido yo quien había estado hablando con él unos minutos antes de que fallara, yo era la principal sospechosa. Las chicas se ponían a susurrar cuando me veían, y el equipo de baloncesto había comenzado a lanzarme miradas abrasadoras y amenazadoras.

—Ni siquiera es tan guapa —oí que una de las animadoras le decía a otra

—. Si iba a sabotear toda su carrera como jugador de baloncesto, tendría que haberlo hecho por un trozo de carne mejor.

Agaché la cabeza, avergonzada, y desaparecí en el interior de la biblioteca. ¿Cómo se supone que iba a saber que habría cazadores de talentos en ese partido? Mi conocimiento acerca de los deportes estaba limitado a identificar las pelotas de diferentes colores y, de todos modos, ¿quién hubiera pensado que de verdad lo haría?

Pasaba un poco más de tiempo delante del espejo por las mañanas, aplicándome rímel y rizándome el pelo. Dado que todos los ojos estaban fijados en mí, al menos tenía que intentar parecer un buen trozo de carne.

Era demasiado guapa para parecer del montón, y mis facciones eran demasiado redondeadas para parecer exótica. Los hombres me evitaban. Cammie me dijo una vez que tenía la clase de ferocidad en los ojos que asustaba a la gente y hacía que se fuera. Sin embargo, Caleb Drake no se había asustado. Había fallado el lanzamiento a propósito. Había jugado a mi juego y yo había perdido.

—Olivia, hay un... eh... un envío para ti —dijo Cammie una tarde a través de la puerta del cuarto de baño.

Cuando salí vi una caja sobre mi cama bien hecha. Me apresuré a quitarla de ahí y sacudí el lugar donde había estado. Cammie puso los ojos en blanco y se tiró sobre su cama, que llevaba sin hacer desde hacía una semana.

—Ábrelo ya, venga. Me lo ha entregado en mano el chico ese que da tan mal rollo de la oficina de correos del campus. Incluso ha tratado de olerme el pelo cuando me lo ha dado.

—Tiene problemas de sinusitis —dije, tomando las tijeras—, no te des aires. —Abrí la caja y miré fijamente en su interior, sin saber muy bien lo que estaba viendo—. Es una pelota de baloncesto desinflada —expliqué, sosteniéndola en alto para enseñársela a Cammie.

Había un sobre pegado a ella. Cammie se sentó, con los ojos repentinamente alertas.

—No, genio, ¡es la pelota de baloncesto desinflada!

Tragué saliva con fuerza mientras leía la nota:

Olivia:

Es el momento de pagar. Nos vemos en la biblioteca dentro de diez minutos.

—Caleb

—¡Increíble! —dije, sosteniendo la pelota en la mano—. ¡Ni siquiera me lo ha pedido por favor! ¡Prácticamente me ha ordenado que vaya allí!

—Vas a ir. —Cammie se puso en pie y se llevó las manos a las caderas. Yo succioné las comisuras de mi boca y negué con la cabeza—. ¡OLIVIA! ¡Le has arruinado el partido más importante de la temporada! Se lo debes.

Eso era más o menos cierto.

—Vale. ¡VALE! —grité, imitando su tono. Saqué una sudadera de mi armario y me la pasé con violencia por encima de la cabeza—. Pero ya está, ¿vale? —añadí, clavándole un dedo—. Voy a quedar con él en la biblioteca, ¡y después ya no quiero oír ni una palabra más sobre el tema por parte de ti, de él o de ese maldito escuadrón de animadoras!

Cammie me dirigió una amplia sonrisa.

—Asegúrate de recordar cada detalle e intenta mencionar mi nombre.

Cerré de un portazo al salir.

A las nueve y media de la noche de un viernes, la biblioteca era prácticamente un pueblo fantasma. Una mujer de aspecto irascible se encontraba detrás del mostrador de los préstamos, fulminando con la mirada a dos alumnos de primer año que se estaban enrollando. Pasé junto a una foto de Laura Hilberson en la pared, con información para contactar con las autoridades si la veían. Era guapa al estilo chica popular: pelo rubio, mucho rímel y labios fruncidos que parecían acabar de chupar una piruleta. Llevaba dieciséis días desaparecida, y Nancy Grace, mi heroína, estaba cubriendo su historia.

Solté un suspiro. Había llegado pronto, así que decidí dar un paseo hasta la zona de ficción para ver si había algo que mereciera la pena sacar.

Caleb me encontró allí unos pocos minutos después.

—Hola, Olivia.

Se acercó a mí con una confianza tan ridícula que me entraron ganas de estirar un pie y ponerle la zancadilla.

—Caleb.

Lo saludé con un gesto seco de la cabeza.

Llevaba una chaqueta marinera negra sobre un jersey color crema de aspecto caro. Mi corazón galopó un poco, así que traté de imponerle disciplina, lo calmé y me giré para mirarlo.

Tenía las manos metidas con tranquilidad en los bolsillos de sus pantalones de pana, muy en plan revista *GQ*. Había esperado que apareciera

con una de esas estúpidas chaquetas de baloncesto y unos vaqueros sucios.

—¿Por qué vas tan arreglado? —pregunté con brusquedad, añadiendo una novela a la pila creciente de libros sobre la mesa.

—¿Cómo encuentras tiempo para leer? —inquirió él, tomando el libro y examinando la portada.

No iba a decirle que no tenía vida y que me pasaba los fines de semana leyendo. Le dediqué una mirada llameante y esperé que dejara pasar el tema. Lo más probable era que ese estúpido deportista jamás hubiera leído un libro de principio a fin. Estaba a punto de decírselo cuando recorrió el pasillo que había junto a mí y volvió con una novela gorda en la mano.

—Toma este. Es mi libro favorito.

Lo miré con cautela antes de quitárselo de entre los dedos. *Grandes esperanzas*. Nunca lo había leído.

—¿Estás de broma?

Me sonrió.

—¿Crees que porque juego al baloncesto soy un analfabeto?

Resoplé. Eso era exactamente lo que estaba pensando.

—¿Por qué me has pedido que viniera aquí?

—Pensaba que tal vez te sentirías más cómoda quedando conmigo aquí.

—Se sentó en el borde de una mesa—. ¿Creías que no iba a querer reclamar el premio de nuestra apuesta?

Por primera vez comencé a notar que tenía algo de acento. Me pareció que era británico, pero no estaba segura. Fuera lo que fuese, tenía el mismo efecto sobre mí que el vodka.

—Te pedí que fallaras el lanzamiento, pero no dije que fuera a salir contigo si lo hacías.

—¿De verdad? Yo no lo recuerdo así. —Entrecerró los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado, fingiendo estar confuso. Yo era la única que tenía permitido ser sarcástica—. Vas a salir conmigo, Olivia, porque, por mucho que odies tener que admitirlo, estabas equivocada respecto a mí.

Abrí la boca y después la cerré. ¡Mi ingenio! ¿Dónde estaba mi ingenio?

—Yo... eh...

—No —me atajó—. Nada de excusas. Vamos a tener una cita.

—Vale. —Cerré los ojos e inspiré profundamente—. Un trato es un trato. Cammie iba a amarme por aquello. ¡Iba a amarme!

—El miércoles, a las ocho en punto de la tarde. —Se puso en pie y yo retrocedí un paso. Era muy alto. Comenzó a alejarse, pero entonces se detuvo

—. ¿Olivia?

—¿Qué? —repliqué.

—Voy a besarte. Solo para que lo sepas.

Oí su risa reverberando por la biblioteca mientras se marchaba. Por encima de mi cadáver. ¿Por qué tenía que ser tan guapo? ¿Y por qué mi nombre sonaba tan bonito cuando él lo pronunciaba?

Tomé los libros y fui hasta el mostrador de préstamos.

Capítulo cuatro

Tenía miedo de él. Me estaba venciendo en mi propio juego, arrebatándome todas mis armas y haciéndome sentir como si fuera una tigresa sin dientes. Mi solución fue esconderme en mi habitación para evitar tener un encuentro casual con él. Cammie me mantenía viva con burritos congelados y su reserva privada de alubias al estilo inglés. Leí *Grandes esperanzas*, que resultó ser bastante bueno. Busqué en Google las reglas del baloncesto para poder entender de verdad lo que había sucedido cuando falló ese lanzamiento.

Cuando al fin llegó el día de la cita, casi estaba deseándolo. Casi. Cammie preparó una zona de acicalamiento sobre su escritorio (que desafortunadamente nunca había utilizado para estudiar), y yo me quedé sentada, obediente, como un chimpancé mientras ella me arreglaba. Me cepilló el pelo, me brillantó las uñas y me toqueteó la cara con pociones de olor obscuro. Cuando comenzó a darme lecciones sobre el sexo seguro, me puse los auriculares y subí el volumen bien alto.

Exactamente a las siete cincuenta y cinco, hubo un educado golpeteo en la puerta. Cammie comenzó a saltar de arriba abajo, con la cara grotescamente congelada en gritos silenciosos.

—¡Va a estar dentro de nuestra habitación! —siseó, bailoteando hasta la puerta. Se pasó un tubo de brillo rosa por los labios antes de abrir.

Permanecí atrás mientras mi madre zorrón de primer curso dejaba entrar a nuestra cita.

—Ah, hola —dijo con tono tranquilo—. Soy Cammie.

Le ofreció la mano y él se la estrechó con una sonrisa educada. Cuando sus ojos me encontraron, me miró dos veces. Cammie se había superado a sí misma; me había dejado muy bien. Llevaba vaqueros y un elegante jersey de cachemir algo caído por un hombro. Mi pelo, como siempre, me colgaba en ondas hasta la cintura, pero Cammie se había tomado el tiempo de arreglármelo y de dejármelo bien peinado con cantidades inmorales de laca.

—Bueno, pues vámonos —dije, pasando junto a él y saliendo al pasillo. Me volví para mirarlo mientras se despedía de Cammie.

—No la traeré de vuelta demasiado tarde —oí que decía.

—Ah, quédate con ella tanto tiempo como quieras —replicó ella, arrastrando las palabras con su acento sureño—. Necesita una mano firme, así que no dudes en usarla.

Me miró directamente con esa última frase. Yo hice planes para sabotear su trabajo de Inglés cuando regresara.

—Es un personaje —dijo Caleb cuando la puerta se cerró tras nosotros.

Hice una mueca. Aquello era quedarse corto.

—Es de Texas —repliqué, como si eso explicara su comportamiento, y entonces me ruboricé. ¿Por qué había dicho eso? Levanté la mirada hasta su cara y vi que me dirigía una media sonrisa.

Necesité todo mi autocontrol para no darme la vuelta y volver a entrar en mi habitación. Al final, fue el orgullo lo que mantuvo mis pies en movimiento. No quería que pensara que no podía manejar la situación.

De camino al ascensor, pasamos junto a dos animadoras que abrieron mucho los ojos cuando vieron a Caleb. Él las saludó con un gesto educado de la cabeza, pero siguió caminando, con la mano sobre la parte baja de mi espalda. Traté de escabullirme, pero se le daba muy bien mantenerla allí.

—¿Aceptas los cumplidos? —preguntó mientras entrábamos en el ascensor y yo presionaba el botón de bajar antes de que él tuviera oportunidad de hacerlo.

—Si son originales.

Soltó una risita y puso los ojos en blanco.

—Vale, vale —dijo. Estaba tratando de no reírse de la expresión de mi cara—. Veamos. Puedes matar con una sonrisa, puedes herir con los ojos...

—Eso no es original, es una canción de Billy Joel —lo interrumpí—. Y de todos modos, ¿qué clase de cumplidos son esos?

Estábamos caminando en dirección a su coche. Ahora tenía las manos en los bolsillos mientras paseábamos con tranquilidad.

—Diría que esa canción fue escrita para ti, pero si vas a ser tan exigente... —Perdió el hilo de sus palabras—. ¿Quieres que sea el deportista que te hace cumplidos o el chico que lee *Grandes esperanzas*?

—Ambos.

Estaba tratando de dar la impresión de que no estaba disfrutando de ese pequeño intercambio, pero ya podía sentir mis hombros relajándose, y ahora que no tenía su mano sobre la espalda, podía volver a pensar. Llegamos hasta su coche y permanecí en pie junto a la puerta dándole la espalda, esperando a que la abriera.

—Esté detrás de ti o esté mirándote a la cara, la vista es bastante buena —dijo.

Sentí que se me ruborizaba el rostro mientras las cerraduras automáticas

producían un «clic» y Caleb me abría la puerta. Podía oír la risa reprimida en su voz, así que entré sin decir una palabra. Nunca había conocido a nadie tan dispuesto a hacerme sentir incómoda. Se tomó su tiempo rodeando el coche, y yo lo observé con atención. Llevaba otro de esos conjuntos impresionantemente bien escogidos.

Me hundí en el asiento y respiré el aroma de su colonia. Los asientos de cuero estaban impregnados de ella, por lo que olía como si él estuviera por todas partes. El olor era de Navidad, como a abetos y naranjas. Me gustaba.

—Ponte el cinturón —dijo mientras se subía al asiento del conductor.

Fruñí los labios. Ni de broma. No iba a darme órdenes.

—No voy a ponérmelo.

El Volkswagen Escarabajo reparado que tenía yo ni siquiera tenía cinturones; uno de sus anteriores dueños se los había cortado. Me reprendí en silencio por no haber utilizado mi propio coche.

Caleb levantó una ceja, y me di cuenta de que era algo que hacía bastante a menudo.

—Como quieras —replicó, encogiéndose de hombros—. Si alguna vez paramos de repente, extenderé el brazo así para evitar que caigas hacia delante.

Ilustró lo que quería decir estirando el brazo por delante de mi pecho, donde quedó en contacto directo con mi sujetador de copa B.

Me puse el cinturón. Caleb ni siquiera trató de no sonreír.

—Por cierto, ¿adónde vamos? —pregunté con rencor.

Con un poco de suerte, aquello terminaría rápido y podría volver a mi habitación a tiempo de ver *Anatomía de Grey*. Los hombres guapos ficticios eran mucho más fáciles de tragar que los de la vida real, que olían a Navidad y tenían aspecto de modelos de Calvin Klein.

—A mi lugar favorito para las citas.

Me echó un vistazo mientras sus manos cambiaban de marcha, y sentí una calidez indeseada en el estómago. Tenía un fetiche con las manos. Las suyas eran grandes, lo cual probablemente fuera bueno para ese estúpido deporte al que jugaba. Eran la clase de manos que hacían que los anillos de matrimonio parecieran sexys; bronceadas y con líneas venosas que se extendían como ríos serpenteantes hasta las muñecas y desaparecían bajo las mangas.

—Esto no es una cita —le recordé—. Y la verdad es que es muy cutre lo que acabas de decirme de que vas a llevarme a un sitio al que has llevado a otras chicas.

—Vale. Bueno, pues la próxima vez recordaré mentirte —dijo, mirándome con el rabillo del ojo.

—¿Qué es lo que te hace pensar que habrá una próxima vez?

—¿Qué es lo que te hace pensar que no la habrá?

No me molesté en mirarlo; tan solo resoplé como respuesta y miré por la ventana.

La Heladería Tradicional de Jaxson se encontraba en una de las calles más concurridas de Dania. Su cartel de neón al estilo circo parpadeaba con impaciencia desde una plaza comercial anodina, trabajando horas extra para atraer la atención de los peatones. A pesar de las luces brillantes, las figuras de cartón con formas de animales donde los turistas metían la cabeza y la estruendosa música de órgano, nunca me había fijado en ese sitio.

—Ah —dije, tratando de enmascarar mi sorpresa—. Esto es interesante.

—¿Eres intolerante a la lactosa? —preguntó, metiendo el coche en una plaza de aparcamiento.

—Nop.

—¿Estás a dieta?

—Esta semana, no.

—Genial. Entonces te va a encantar.

Rodeó el coche para abrirme la puerta y me ofreció la mano mientras yo maniobraba para salir.

Entramos en el recibidor y de inmediato se nos acercó un hombre mayor con el pelo como de algodón de azúcar. Resolló de emoción al ver a Caleb y se apresuró a acercarse para estrecharle la mano.

—Me alegra volver a verte, Caleb —dijo con una voz estropeada por los cigarrillos. Llevaba un mono rojo a rayas con botones en forma de caramelos.

Me resultó vergonzoso.

Caleb puso una mano grande sobre la mano del encargado mientras lo saludaba. Intercambiaron comentarios amables durante unos momentos y entonces, cosa que me molestó, la mano de Caleb encontró otra vez el camino hasta la parte baja de mi espalda.

—Harlow, ¿está libre mi mesa?

El hombre asintió y comenzó a caminar arrastrando los pies. Fuimos tras él, pasamos a través de la primera sala y fuimos por un pequeño camino entre los refrigeradores de helado hasta salir a una segunda sala, más grande. Miré a mi alrededor, asombrada, mientras nos abríamos camino con lentitud hacia la mesa. El lugar era un revoltijo de parafernalia de los años veinte. De

hecho, había tantos chismes y tonterías colgando de las paredes que bizqueé con los ojos, confundida. La «mesa de Caleb» era corrientucha y pequeña, con un carrito de bebé del revés colgado sobre ella. Fruncí los labios, nada impresionada. Caleb se volvió para mirarme y sonrió como si pudiera leerme los pensamientos.

Harlow comenzó a resollar otra vez mientras se esforzaba por sacarme la silla.

—Puedo hacerlo yo. Gracias —dije. Él se encogió de hombros y desapareció, dejándonos solos.

Los chicos británicos ricos no tomaban helado en lugares como ese. Comían caviar en yates y salían con chicas ricas y rubias con fondos fiduciarios. Tenía que tener algún fallo bien gordo que no resultara obvio. Di vueltas a las posibilidades en mi cabeza: mal genio, dependiente, enfermedad mental...

—Supongo que te estás preguntando por la mesa —dijo, sentándose enfrente de mí, y yo asentí con la cabeza—. Llevo trayendo a chicas aquí desde el instituto. —Juntó las manos sobre la superficie pegajosa y se reclinó en su asiento con tranquilidad—. En fin, ¿ves esa mesa de ahí?

Me volví para ver la mesa de la esquina que estaba señalando. Había un semáforo viejo sobre ella, emitiendo alternativamente luces rojas y verdes, rojas y verdes.

—Esa es mi mesa de la mala suerte —explicó—, y no voy a volver a sentarme en ella jamás, ni por mi cuenta ni mucho menos con una cita.

Me volví hacia él, divertida. Era supersticioso... qué cutre. Sentí cierto engreimiento.

—¿Por qué?

—Bueno, pues porque cada vez que me siento en esa mesa, ocurre algo desastroso... como mi exnovia viéndome con mi nueva novia y tirándonos una muerte por chocolate por encima, o descubrir que soy alérgico a los arándanos delante de la chica más buenorra del instituto...

Se rio de sí mismo, y dejé que una sonrisa atravesara mi fachada de chica dura. La alergia a los arándanos resultaba casi adorable.

—¿Y en esta mesa? —pregunté.

—En esta mesa pasan cosas buenas —dijo simplemente.

Levanté una ceja, pero tenía demasiado miedo para preguntar. Traer a una chica a una heladería que tenía aspecto de que la hubieran decorado en los años veinte daba un montón de puntos. Cammie estaría devorándolo. Decidí

que era su billete para conseguir sexo.

Me sentí desmesuradamente aliviada cuando el camarero apareció con dos vasos de agua y un cuenco de palomitas rancias. Todavía estaba mirando el menú cuando oí que Caleb pedía por mí.

—¿Estás de broma? —pregunté cuando el camarero se marchó—. ¿Eres consciente de que las mujeres ya pueden votar y también pedir su propia comida?

—Nunca cedes ni un centímetro —dijo—. Eso me gusta. —Me lamí la sal de los dedos y lo miré entrecerrando los ojos—. Te he visto mirando esto —añadió, dando unos golpecitos a la foto de un *banana split*—. Justo antes de que comenzaras a mirar el helado bajo en grasa.

Era observador; eso tenía que reconocerlo.

—¿Y qué pasa si quiero algo bajo en grasa?

Caleb se encogió de hombros.

—Es mi noche. He ganado yo, así que yo pongo las normas.

Casi sonreí. Casi.

Me habló de su familia mientras esperábamos. Había crecido en Londres, con su madre y su padrastro. Había tenido la clase de infancia mágica con la que sueñan todos los niños: vacaciones geniales, Navidades con los primos en Suiza y un maldito poni por su cumpleaños. Se mudaron a Estados Unidos cuando tenía catorce años. Primero fueron a Michigan, y después, cuando su madre dijo que el frío era malo para su piel, a Florida. Había abundancia de dinero, pocas discusiones, y un hermano mayor que hacía cosas como escalar el monte Everest en su tiempo libre. Su padre biológico, a quien todavía veía de vez en cuando, era un mujeriego que aparecía en las portadas de los tabloides británicos por salir y romper con modelos famosas.

Cuando llegó mi turno de desembuchar, filtré mi historia para el beneficio de su clase alta, dejando de lado a mi padre alcohólico al que simplemente llamé «fallecido» y reemplazando el barrio marginal por «una mala zona». No veía ningún motivo para ahogarlo en los feos detalles de mi desencantadora vida; no quería estropearle su final feliz. Me escuchó con atención y me hizo preguntas. En mi opinión, uno puede medir el ensimismamiento de una persona por la cantidad de preguntas que no hace. Caleb parecía interesado de verdad en mí, pero no estaba segura de lo que eso significaba. O bien era un truco para conseguir meter en la cama a las chicas, o de verdad era así de agradable.

Cuando le hablé acerca de mi madre y cómo había muerto de cáncer

durante mi último año de instituto, vi verdadera compasión en sus ojos, cosa que me hizo moverme con incomodidad sobre mi asiento.

—Entonces, ¿estás completamente sola, Olivia?

Me encogí un poco ante su pregunta. Escocía oírla.

—Sí, supongo que podría decirse que sí, si te refieres al hecho de que no tengo ningún familiar vivo.

Me metí una cucharada en la boca para no tener que decir nada más.

—¿Eres feliz? —preguntó.

Me pareció una pregunta extraña. ¿Me estaba preguntando si seguía llorando por las noches porque mi madre estaba muerta? Vi que jugueteaba con su cuchara, salpicando la mesa de chocolate sin darse cuenta. Respondí con tanta honestidad como pude.

—A veces. ¿Tú no?

—No lo sé.

Levanté la mirada, sorprendida. Deportista estrella, guapo, consentido... ¿cómo podía no ser feliz? Más aún, ¿cómo podía no saber si era feliz o no?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté mientras bajaba mi cuchara. Ya no tenía ganas de seguir comiendo helado. Ya no tenía ganas de seguir estando allí. Toda aquella conversación me estaba haciendo sentir náuseas.

—Todavía no sé qué es lo que me hace feliz. Supongo que estoy tratando de averiguarlo. Siempre he querido casarme y tener una familia, en plan elegir a alguien y quedarme con ella hasta que estemos grises y arrugados y tengamos una camioneta llena de nietos.

—¿Una camioneta? —repetí con incredulidad, pensando en el coche deportivo color regaliz que había aparcado fuera—. ¿Estás de broma?

—No soy tan malo como piensas.

Le clavé un dedo en el hombro.

—Tú no quieres una camioneta, tú quieres un Porsche. A los quince años de tu matrimonio estarás intercambiando a tu mujer y la camioneta por algo que haga que tu sangre vuelva a moverse otra vez. ¿Estás muy consentido?

—Venga ya —dijo entre risas—. A ti no te he tenido en bandeja precisamente. Si hubiera tenido que esforzarme más por conseguir que vinieras, ahora tendría todo el cuerpo escayolado.

—Sea como sea, eres tú quien ha escrito el libro, y ahora te estás quejando sobre la crítica que te estoy haciendo —bromeé.

—Me parece justo. —Puso las manos en alto—. Voy a comenzar a escribir la segunda parte, que será considerablemente menos narcisista que la

primera. ¿Quieres leerla?

—Solo si no la han leído antes todas las demás chicas del campus.

Se rio tan fuerte que varias personas se dieron la vuelta para mirarnos.

Tomé unas cuantas palomitas del cuenco y me las comí con aire pensativo. Aquello no estaba siendo tan terrible como me había imaginado; casi me lo estaba pasando bien. Cuando levanté la mirada, vi que me estaba examinando.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me estás mirando de ese modo?

Caleb suspiró.

—¿Por qué eres tan hostil?

—Escucha, colega, no pienses ni por un segundo que me creo esa pantomima del chico sensible que estás montando. Sé reconocer una sarta de mentiras cuando la veo.

—No sabía que estuviera montando ninguna pantomima de chico sensible —replicó, y sonó bastante sincero.

Examiné su hermoso rostro, tratando de ver más allá de su aspecto y mirar su alma. Tenía la clase de ojos que siempre parecían estar riéndose de ti. El color era ambarino, y había unas líneas a causa de la risa que le arrugaban las esquinas, como delicados pliegues en un papel.

—Venga ya —dije—. Me has traído a este sitio tan mono a tomar un helado, como si estuviéramos en el instituto. Conoces al hombre mayor ese por su nombre, me estás lanzando miraditas...

Perdí el hilo de mis palabras al ver que me miraba con el ceño fruncido.

—No se te da muy bien leer a la gente. —Me tiró un grano de maíz sin explotar que me golpeó en la frente. Me froté el lugar, insultada. Se me daba muy bien leer a la gente—. A lo mejor soy un buen chico, Olivia. —Resoplé—. Puedes leer muchas cosas en una persona por sus facciones y por lo que hacen con ellas. Pero llegar a conocer a alguien, saber quién es realmente, lleva tiempo.

—¿Qué puedes decir sobre mí? —pregunté—. Ya que eres tan experto... —Caleb me miró entrecerrando los ojos, como si no pensara que estuviera lista para su evaluación—. Venga ya —insistí—. Si vas a estar presumiendo...

—Vale, vale... Veamos... —Me arrepentí de inmediato de mi decisión. Acababa de darle licencia para mirarme fijamente y ya me estaba ruborizando—. Hay algo triste en tus ojos... a lo mejor es por lo grandes que son, o por cómo están hundidos hacia abajo, como si se sintieran decepcionados. Son

claramente vulnerables, pero también valientes, porque lo miras todo como si estuvieras desafiándolo. Después está tu forma de mover la barbilla. Eres desafiante y testaruda, y tienes una naricita insolente que siempre está señalando hacia abajo. Creo que finges ser una esnob para mantener alejada a la gente.

No me encontraba bien. Demasiado helado. Demasiada verdad...

—Y mi favorito, tus labios. —Sonrió mientras un rubor rosáceo trepaba por mi cuello—. Son gruesos y sensuales, están fruncidos y siempre inclinados hacia abajo en las comisuras. Son la clase de labios que me hacen querer besarlos hasta que sonrían.

Me aparté. ¿Es que pensaba en besarme? Por supuesto que pensaba en besarme. Los chicos siempre estaban pensando en esa clase de cosas, cosas que llevaban al sexo. Por debajo de la mesa, me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—¿Te estoy haciendo sentir incómoda?

Estaba reclinado sobre su silla, con un codo descansando tranquilamente sobre la mesa. Me tragué la pelota de voleibol que sentía en la garganta. Mi corazón estaba haciendo el idiota, latiendo de forma irregular.

—No.

—Bien, porque no me pareces una mujer que se sorprenda de verdad, sobre todo cuando el deportista del campus le demuestra que estaba equivocada.

Ahora sí que me sentía lista para desmayarme.

De acuerdo, tal vez hubiera algo más en ese listillo de lo que pensaba. Crucé los brazos por encima del pecho y entrecerré los ojos, tal como hacían los vaqueros en las viejas películas del oeste.

—Vale, ¿por qué fallaste ese lanzamiento?

—¿Que por qué fallé ese lanzamiento? —repitió—. Porque me importaba más conocerte a ti de lo que me importaba ganar un partido más.

Esa vez ni siquiera traté de ocultar la expresión de asombro de mi cara. Acababa de hacerme el mayor cumplido posible, incluso mejor que el que había hecho sobre besar mis labios. Debía olvidarme de ello. Ni siquiera tenía ninguna ocurrencia que soltarle. No me importaba que mi ingenio me hubiera fallado.

Cuando salimos, nos detuvimos para examinar los caramelos y juguetes que había a la venta. Como si el lugar no fuera lo bastante pequeño, tenían que llenarlo de basura. Caleb estaba examinando algo en una esquina

mientras yo lo observaba.

—Mira esto —me llamó.

Me metí entre él y una hilera de peluches de colores pastel para echar un vistazo. Era una máquina de presionar monedas, una de esas máquinas de hacer monedas de recuerdo en las que metías cincuenta centavos y un penique. La máquina presionaba entonces el penique y le grababa un mensaje en su nueva forma aplanada, quedándose los cincuenta centavos como pago. Caleb estaba sacando cambio de sus bolsillos como si tuviera un subidón de azúcar.

—Hazlo tú —dijo, poniéndome las monedas en la palma.

Las metí en la estrecha ranura de la parte delantera y presioné el botón de inicio. La prensa comenzó a zumbar y vibrar con un sonido agradable. Me sentí agudamente consciente de lo cerca que nos encontrábamos, y me habría alejado de haber tenido algún sitio al que ir. Derribé unos cuantos muñecos de peluche del estante. Mientras nos agachábamos para recogerlos, la máquina produjo un pequeño sonido como de eructo y el penique aterrizó en la ranura de salida con un tintineo. Caleb se frotó las manos y yo solté una risita.

—Esto sí que es algo que no se ve muy a menudo —dijo, dándome un golpecito en la nariz.

Me tragué mi actitud de niña y volví a mi cara arisca. Sentía un cosquilleo en la nariz.

—Solo es una máquina de recuerdos, cálmate.

—Aaah, pero esta no es una máquina de monedas corriente —aseguró, señalando el cartel que había sobre ella y que, desafortunadamente, se me había pasado—. Es una máquina de monedas romántica.

Empalidecí.

El penique seguía cálido cuando mis dedos lo encontraron. Se lo entregué a Caleb sin molestarme siquiera en mirar cuál era el mensaje.

—Vaya, vaya —dijo con voz engreída.

La curiosidad me superó. Le bajé el brazo hasta que la moneda quedó directamente delante de mi cara y leí: «Vale por un beso. A cualquier hora, en cualquier lugar».

¡Qué valor! Me aparté de aquel lugar tan apretado y comencé a caminar hacia la puerta.

—Buena suerte para conseguir ese premio.

No dijo ni una palabra, pero no necesitaba hacerlo. Su pavoneo y la

sonrisa en su cara lo decían todo.

Le pregunté por Laura durante el camino de vuelta a la residencia. Me dijo que solo había salido con ella durante una semana en su primer año, y que era una chica simpática. Para cuando me estaba acompañando hasta mi habitación, me sentía tan absorta con la idea de que me besara que tropecé con mis propios pies.

—Ten cuidado, Reina —dijo, sujetándome por el codo—, si te tuerces algo voy a tener que llevarte en brazos hasta tu puerta. —Se rio ante la expresión horrorizada de mi cara—. La mayoría de las chicas se sentirían emocionadas ante esa perspectiva, ¿sabes?

—Yo no soy como la mayoría de las chicas.

—Sí, eso veo.

Dio un paso hacia mí y yo me encogí contra la puerta, tratando de presionarme contra el delgado contrachapado. Se encontraba insoportablemente cerca. Puso las manos a cada lado de mi cabeza, y se hallaba a unos centímetros... a unos centímetros de mi cara. Podía sentir su aliento sobre mis labios. Quería ver los suyos, mirar lo que estaban haciendo, pero mantuve la mirada clavada en sus ojos. Si podía sostenerle la mirada, tal vez no notara que mi pecho subía y bajaba a causa de mi respiración trabajosa, y que tenía los dedos clavados en la puerta detrás de mí. Movié más la cabeza, y su nariz prácticamente tocó la mía. Mis labios se entreabrieron. ¿Cuánto tiempo llevábamos ahí plantados? Parecía como si fueran cinco minutos, pero sabía que probablemente fueran más bien diez segundos. Se movió un milímetro más cerca. No tenía ningún lugar al que ir. Si me apretaba más contra la puerta, acabaría fundiéndome con la madera. Tenía mucho miedo... pero ¿de qué? Ya me habían besado antes. Cuando habló, estaba tan cerca de mi cara que pude sentir sus labios rozando la comisura de mi boca.

—No voy a besarte —dijo.

Sentí que mi corazón daba un vuelco. ¿Era hacia arriba o hacia abajo? ¿Hacia arriba o hacia abajo? No sabía si me sentía decepcionada o aliviada.

Retrocedió.

—Hoy no, Olivia. Pero sí que voy a besarte.

Sentí una oleada de agitación arremolinándose en mi tripa, ascendiendo por mi pecho hasta alcanzar mi boca.

—No.

Sonó muy tonto; la palabra de desafío de una niña. No sé por qué lo dije,

salvo para recuperar parte del control que me había robado.

Caleb ya se había girado para alejarse, pero mi «no» lo detuvo. Se dio la vuelta con las manos en los bolsillos. El pasillo pareció encogerse a su alrededor, como si su presencia se lo tragara. ¿Cómo lo hacía? Esperaba que dijera algo, tal vez que coqueteara un poco más conmigo. En lugar de eso, sonrió, miró al suelo, volvió a mirarme... y se marchó.

Había vuelto a ganar. Aquel pequeño movimiento había sido más fuerte; había dejado una impresión mayor en mí que si realmente hubiera puesto los labios sobre los míos. Ahora tenía la imperiosa sensación de que me estaba dando caza. Apenas tuve tiempo de procesar lo que acababa de suceder cuando la puerta se abrió de golpe y Cammie me hizo entrar en nuestra habitación tirándome de la cinturilla de los vaqueros.

—¡Cuéntamelo todo! —exigió. Tenía unos rulos del tamaño de pastelitos en el pelo, y su cara estaba enjabonada de algo que olía mucho a limón.

—No hay nada que contar —dije con tono misterioso, casi soñador.

—Te dejaré quedarte el jersey que te he prestado.

Me lo planteé durante un momento antes de asentir con la cabeza.

—Me ha llevado a la heladería de Jaxson... —comencé.

Capítulo cinco

El presente

Tengo que dejar de soñar despierta. He pasado demasiado tiempo pensando en el pasado y reviviendo cómo nos conocimos. De repente soy consciente de que estoy sentada tras mi escritorio, garabateando de forma distraída sobre un documento que se supone que tengo que transcribir a ordenador, y de que han pasado horas. He traído donuts al trabajo, y uno de los abogados del bufete está escarbando en la caja, llenándose la manga de azúcar. Elige uno y se sienta en el borde de mi escritorio, volcando una taza llena de bolígrafos. Hago una mueca de desagrado, pero mantengo las manos sobre mi regazo.

—¿Qué tal te va lo de la escuela de derecho? —pregunta, ignorando el desastre que ha provocado, y muerde un donut de mermelada.

Imagino la pila de solicitudes para escuelas de derecho encima de mi cómoda en casa y suelto un suspiro. Esta noche. Esta noche seré ambiciosa.

—Bien, gracias, señor Gould.

Ya no puedo soportarlo más. Recojo los bolígrafos y dejo la taza en su sitio.

—¿Sabes, Olivia? Una chica con tu aspecto puede llegar muy lejos en este mundo si sabe jugar bien sus cartas.

Está masticando con la boca abierta.

—Bueno, yo esperaba que mi talento y el trabajo duro me hicieran llegar lejos en el mundo, señor Gould, no mi apariencia.

Suelta una risita, y me imagino clavándole un bolígrafo en la tráquea. Sangre. Habría un montón de sangre que limpiar. Será mejor que no.

—Si alguna vez quieres sobresalir en este campo, cariño, cuéntamelo. Puedo instruirte para que llegues a la cima.

Me dirige una sonrisa, me guiña un ojo y mi radar de asquerosos se dispara. Odio que me tiren los trastos, sobre todo si se trata de un cerdo con traje de raya diplomática.

—¿Instruirme? —pregunto con falso entusiasmo.

El señor Gould se escarba entre los dientes, y capto un vistazo de su anillo de bodas, que le gustaba olvidar que simbolizaba la fidelidad.

—¿Tengo que deletreártelo?

—No —respondo con un suspiro aburrido—, pero tendrá que

deletreárselo a Recursos Humanos cuando les diga que me está acosando sexualmente.

Saco una lima de uñas de mi cajón lleno de porquería y comienzo a limarme el pulgar. Cuando levanto la mirada, su cara ha pasado de su rojo tomate habitual a un feo tono de acojonado.

—Siento que veas mi preocupación por tu futuro como acoso sexual — responde, levantándose con rapidez de mi escritorio.

Lo observo, desde sus hombros huesudos, que sobresalen de su traje de Armani como dos pelotas de tenis, hasta sus pies desafortunadamente pequeños.

—¿Qué tal si nos ceñimos solo a conversaciones relacionadas con el trabajo y se guarda su preocupación para su mujer? Se llama Mary... ¿verdad?

Se da la vuelta con los hombros rígidos.

Odio a los hombres... bueno, a la mayoría de ellos.

Mi intercomunicador suena.

—Olivia, ¿puedes venir aquí un segundo?

Es Bernie. Bernadette Vespa Singer es mi jefa, y me adora. Con poco más de metro cincuenta de estatura, tiene piernas cortas, pintalabios color melocotón perpetuamente emborronado, y un pelo áspero y negro parecido al de un caniche. Es un genio por derecho propio y una abogada buena de narices. Con una tasa de éxito del noventa y cinco por ciento y una zancada que iguala a la de cualquier hombre, Bernie es mi ídolo.

—El señor Gould se ha ofrecido a ayudarme a avanzar en mi carrera — digo con frialdad cuando entro en su despacho.

—¡Qué cabrón! —Da una palmada en el escritorio con tanta fuerza que sus muñecos cabezones entran en acción—. ¿Quieres presentar cargos, Olivia? Maldito cabrón salido. Creo que se está acostando con la jueza Walters. —Niego con la cabeza y me siento en una silla frente al escritorio—. Como ayudante, eres mi tipo, chica, dura como los clavos y ambiciosa con ganas.

Le dirijo una sonrisa. Eso fue lo que dijo cuando me contrató. Había aceptado el trabajo sabiendo que estaba un poco loca, pero no me importaba, ya que ganaba los casos.

—¿Qué ha pasado con ese chico del que me estabas hablando? — pregunta. Se rasca la nariz con la punta del bolígrafo, que le deja un garabato en la cara. Me ruborizo con tanta fuerza que es una admisión inmediata de

culpa—. Ya sabes que va a acabar descubriéndolo —me recuerda, entrecerrando sus pequeños ojos mientras me mira—. No hagas ninguna estupidez, o podrías tener una demanda del carajo entre manos.

Me muerdo el interior de la mejilla. No sé por qué se lo conté. Ahora me arrepiento mientras me mira fijamente con sus ojos inquisitivos.

—Lo sé —balbuceo, fingiendo jugar con los botones de mi blusa—. ¿Podríamos no hablar de eso ahora?

—¿Qué es lo que tiene ese chico? —continúa, ignorándome—. ¿Está bien dotado? Nunca he conseguido entender por qué las chicas guapas como tú persiguen a los hombres. Deberías comprarte un vibrador, después nunca vuelves atrás. Mira, deja que te escriba el nombre de uno muy bueno.

Garabatea algo en un pósito amarillo y me lo entrega.

—Gracias.

Miro la pared por encima de su cabeza y tomo el papelito.

—No pasa nada. Nos vemos luego, querida.

Me hace un gesto para que salga de su despacho con sus dedos regordetes manchados de tinta.

He invitado a Caleb a cenar a casa... el mismo perro, los mismos trucos. Nuestro encuentro para tomar café terminó abruptamente cuando el chico con granos detrás del mostrador dio la vuelta al cartel de «cerrado» del escaparate y apagó las luces de la cafetería. Nos habíamos levantado de la mesa a regañadientes para salir.

—¿Puedo volver a verte?

Se encontraba justo enfrente de una farola, que emitía un resplandor etéreo alrededor de sus hombros.

—¿Qué harías si te dijera que no?

—No digas que no.

Era uno de esos momentos en los que coqueteo con mi conciencia y finjo por una vez que voy a hacer lo correcto.

—Podrías venir a mi casa a cenar —dije de forma abrupta—. No soy gran cosa como cocinera, pero...

Pareció sorprendido al principio, pero entonces sonrió.

—Me encantaría.

Y así es como sucedió.

Mal. Mal. Mal.

Antes de salir del trabajo, llamo al número que había en la parte inferior del cartel de «se busca» de Dobson Orchard. El inspector con el que hablo

apunta mi nombre y mi número de teléfono y me da las gracias por la información. Promete llamarme si descubren algo. Después llamo a mi restaurante tailandés favorito y pido una bandeja grande de verduras al curry rojo, para llevar.

Pickles me está esperando junto a la puerta cuando llego a casa. Dejo los paquetes sobre la encimera y saco una Coca-cola del frigorífico.

—Eres penosa, *Pickles* —le digo mientras le engancho la correa al collar —. Ya sabes que no tengo tiempo para esto hoy.

Nuestro paseo rápido se vuelve de veinte minutos, pues *Pickles* me desobedece con tozudez y se niega a hacer pis cuando se lo ordeno. Para cuando llegamos a casa, me quedan treinta minutos antes de que llegue Caleb. Meto las verduras al curry que he comprado en una cacerola y la dejo en el horno para que no se enfríe. Limpio dos copas de vino, y después me pulo una copa de vino. A continuación, saco todos los ingredientes para hacer una ensalada y los dispongo por orden alfabético sobre la encimera.

Caleb llega con cinco minutos de antelación.

—Para ti —dice, entregándome una botella de vino y un pequeño arbusto de gardenia en una maceta. Ha salido una única flor blanca, y me detengo para olerla.

—Esta es mi flor favorita —señalo, medio sorprendida.

—¿De verdad? He tenido suerte al adivinarla.

Suelto un gruñido. Si él supiera...

Me distraigo tratando de calmar a *Pickles* mientras ella se lanza como una histérica hacia la pierna de Caleb. Cuando este se agacha para acariciarle la cabeza, ella suelta un aullido y sale corriendo.

—Es de las de «yo puedo tocarte, pero tú a mí no» —explico.

—Entonces es una provocadora, al igual que su dueña.

—No conoces a su dueña lo suficiente como para hacer esa afirmación —replico con una sonrisa.

—Supongo que no.

Mira a mi alrededor, al salón, y de pronto me siento avergonzada. Mi casa es pequeña, y hay un montón de púrpura. Ya ha estado aquí antes, por supuesto, pero no lo recuerda. Estoy a punto de explicarle por qué no tengo cosas más bonitas cuando sus ojos se iluminan.

—Antes tenías el pelo largo —dice, caminando hasta un collage de fotos en la pared. Levanto la mano y me toco con el dedo un mechón corto de lo que me queda.

—Sí, en la universidad. Necesitaba un cambio, así que me corté treinta centímetros. —Me aclaro la garganta y entro en la cocina—. He empezado un poco tarde con la cena.

Tomo un cuchillo y hago una pausa para mirar a Caleb. Está caminando de una cosa a otra, inspeccionándolo todo. Lo observo mientras toma una lechuga de cerámica de la estantería. La hace girar e inspecciona la parte de abajo, y después la deja en su sitio con suavidad. Él me compró esa lechuga.

—Te haría una visita por el apartamento —le digo—, pero ya puedes verlo entero desde donde estás.

—Es mono. —Sonríe—. Femenino. Pero sin duda muy tú.

Arqueo una ceja. No sé a qué se refiere. No me conoce... antes sí, pero ahora no. Me siento confusa. Corto las cebollas con furia.

Hace cuatro años, Caleb me ayudó a mudarme aquí. Pintamos la casa juntos; el salón de un color tostado y la habitación de lila. Conociendo mi manía por la perfección, pasó el rodillo por el techo encima de mi cama para fastidiarme. Dejó una mancha púrpura, y yo me puse furiosa.

—Mira, ahora pensarás en mí cada noche antes de cerrar los ojos —había dicho, riéndose de mi cara mortificada.

Yo odiaba las imperfecciones, las odiaba. Una mancha en la alfombra, una taza descascarillada, cualquier cosa que estropeará los objetos tal como debían ser. Ni siquiera me comía las patatas fritas partidas. Después de que rompiéramos, me sentí agradecida por esa mancha de pintura. Era lo último que veía antes de irme a dormir y lo primero que veía al despertarme. Me quedaba mirando esa cicatriz púrpura, como si la cara de Caleb se encontrara oculta en algún lugar de ella. Caleb había sido mi imperfección, con su acento británico ligeramente americanizado, y su habilidad para practicar cualquier deporte y citar a cualquier filósofo. Era como una mezcla de clase y de musculitos, de romance y de idiota... me volvía loca.

—¿Puedo ayudarte?

Se supone que es una pregunta, pero ya me ha apartado y me ha quitado el cuchillo de entre los dedos, y comienza a trabajar en los champiñones. Hago una pausa de camino al fogón y lo observo mientras corta las verduras.

—Entonces... ¿has recordado algo esta semana?

Saco la cazuela de comida preparada del horno y la dejo sobre el fogón.

—Pues sí. —Mi cuerpo se pone rígido y la sangre se agolpa en mi cabeza—. Estaba hojeando una revista, una de esas publicaciones de viajes, y había una foto de un campamento en Georgia. No sé si alguna vez habré acampado

allí. Por lo que sé, podría haberlo imaginado, pero sentí algo cuando miré esas fotos.

Aparto la mirada antes de que mis ojos puedan delatarme. Desde luego que acampó ahí, con una serpiente llamada Olivia.

—Deberías ir de acampada allí. A lo mejor te estimula algún recuerdo específico.

Me doy cuenta de mi torpeza después de que las palabras salgan de mi boca. Soy del Equipo Amnesia. Que recordara las cosas sería el final de mi estúpido juego.

Caleb abre la boca para decir algo, pero entonces el timbre de mi puerta lo detiene. Me mira sorprendido, con la mano suspendida sobre un pimiento morrón.

—¿Esperas compañía? —pregunta.

—No, a menos que hayas invitado a tu grupo de amnésicos anónimos.

Me seco las manos y esquivo un champiñón que me lanza mientras me dirijo hacia la puerta. Quienquiera que haya llamado al timbre ahora está aporreando la puerta con lo que parecen ambos puños.

Quito el pestillo sin molestarme en echar un vistazo a través de la mirilla y abro la puerta. Hay una mujer delante de mí, con el puño en mitad del aire.

—¿Puedo ayudarte?

Descarto a los testigos de Jehová, porque siempre vienen de dos en dos, y su maquillaje está demasiado emborronado para tratarse de una vendedora. Me mira con una mezcla de miedo y ansiedad. Cuando estoy a punto de decir «no, gracias» y cerrarle la puerta en la cara, me fijo en la pulcra hilera de lágrimas que corren por sus mejillas. Nos miramos fijamente la una a la otra, y entonces, en un momento de terror, lo sé.

Leah.

—¿Leah? —Me encojo al oír la voz de Caleb detrás de mí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo a ti.

Su voz tiembla mientras examina nuestras caras.

—Estoy cenando con una amiga. ¿Cómo me has...?

—Te he seguido —explica con rapidez—. No has respondido a mis llamadas, y quería saber por qué. —Susurra la última parte mientras cierra los ojos, como para hacer que yo desaparezca—. ¿Cómo has podido hacer esto?

Como si lo tuviera preparado, baja la cabeza y comienza a sollozar tapándose la cara con las manos. Observo su nariz goteante y giro la cara,

asqueada. Tengo la peor suerte del mundo.

—Leah. —Caleb pasa junto a mí y la rodea con los brazos. Observo desde fuera, con el miedo retorciéndose en mi estómago como un puño—. Venga, te llevaré a casa.

Se vuelve hacia mí para formar apresuradamente con la boca las palabras «lo siento» mientras la acompaña hacia la puerta. Los observo marcharse. Leah parece infantil a su lado; a mí Caleb nunca me hizo parecer tan pequeña y frágil. Cierro la puerta y suelto una maldición. Me siento como si tuviera mil años.

Al día siguiente, estoy hecha un ovillo en el sofá, preparándome para una noche emocionante con mis solicitudes a las escuelas de derecho, cuando suena el timbre.

Suelto un gruñido y hundo la cara en un cojín. Rosebud.

Abro la puerta sin molestarme en mirar por la mirilla.

No es Rosebud, sino Caleb. Lo observo con cautela.

—Vaya, vaya, vaya —digo—, mira lo que se le ha escapado a la novia pelirroja.

Me dirige una sonrisa vergonzosa y se pasa una mano por el pelo.

—Lo siento, Olivia, supongo que le está costando más de lo que pensaba.

—Escucha, la verdad es que no quiero meterme en dramas de parejas...

He debido de tocar algún nervio sensible, porque pestañea como si se le acabara de meter algún bicho en el ojo.

—Lo comprendo —asegura—. Quiere que tenga amigos, tan solo fue una conmoción para ella.

—No quiere que tengas una amiga como yo, Caleb, y si te dijo que le parecía bien, estaba mintiendo.

—¿Una amiga como tú? —dice con una sonrisa—. ¿Estás insinuando que eres atractiva? —Pongo los ojos en blanco. Se está saliendo del tema totalmente—. Vale, vale —añade levantando las manos—. Pero quiero tenerte como amiga, sin importar lo que piense nadie más. ¿Eso cuenta?

Le hago esperar, fingiendo estar pensando la respuesta. Me muerdo el labio y frunzo el ceño, y a continuación me aparto a un lado y le dejo volver a entrar en mi casa. Tiene un aspecto engreído de narices.

Decidimos que queremos tarta, así que saco unos cuencos y los ingredientes, y Caleb hace unos gorritos de chef con papel de cocina. Me maravillo ante el hecho de que hace unas pocas semanas pensaba que no volvería a verlo y ahora esté en mi cocina. Nos reímos mucho y, cuando la

masa está lista para meterla en el molde, Caleb arruina el buen humor.

—Leah hace una tarta Red Velvet increíble.

Lo fulmino con la mirada, porque no quiero tener que pensar en su novia sofisticada justo ahora, Y ADEMÁS nunca he probado una tarta Red Velvet.

Como no deja de hablar y hablar sobre el tema, tomo un puñado de masa y se la tiro a la cara. Por supuesto, fallo el tiro, y la masa aterriza sobre la pared por detrás de su cabeza. Caleb se gira para mirarla.

—¿Sabes? —comienza con una calma sorprendente—, la verdad es que tendrías que trabajar en tu puntería.

Antes de saber lo que está pasando, vuelca su cuenco entero por encima de mi cabeza.

Estoy chorreando masa marrón de la cabeza a los pies, riéndome tan fuerte que apenas puedo tenerme en pie. Llevo una mano hasta la encimera para sujetarme y siento que mis pies resbalan. Caleb estira un brazo para sostenerme y, en lugar de aceptar su ayuda, trato de mancharlo con la masa. Le golpeo la cara con ella. Él suelta un chillido y, en cuestión de segundos, mi pequeña cocina es una zona de guerra. Nos lanzamos huevos, harina y aceite y, cuando se nos acaban, nos tiramos puñados de pepitas de chocolate el uno al otro. En algún momento le hago un placaje, y caemos deslizándonos al suelo. Nos estamos riendo con tanta fuerza que unas lágrimas comienzan a derramarse de mis ojos pringados de masa. Estoy inclinada por encima de él, que yace despatarrado sobre su espalda. Tiene huevo en la nariz, y sus dos cejas están cubiertas de harina. No puedo imaginar el aspecto que debo de tener yo. La risa queda absorbida de inmediato cuando nos damos cuenta de lo extraño de nuestra posición. Podríamos besarnos. Como en las películas.

Me quedo encima de él durante un segundo, esperando a ver si hace algún movimiento. Sus ojos se encuentran sin duda fijos en mi boca, y yo estoy sin aliento a causa de la expectación. Tengo el corazón presionado en algún sitio contra sus costillas, y me pregunto si podrá sentirlo latiendo con fuerza.

—Olivia —susurra, y yo trago saliva—. Todavía tenemos que hacer la tarta.

¿Hacer la tarta? Miro el desastre que me rodea y suelto un gruñido. ¿Cómo puede estar pensando en hacer una tarta?

Dos horas después estamos sentados en el suelo de mi pequeño balcón, todavía cubiertos de masa, comiéndonos la tarta de Caleb. Me quito un pedazo de pringue del pelo y lo lanzo por encima de la barandilla. Caleb me pone otra porción en la mano.

—¿Cuál es tu libro favorito?

—*Madame Bovary*.

Suelta una risita.

—¿Tu pasatiempo favorito?

—Deprimirme.

—¿Tu pasatiempo favorito? —vuelve a preguntar.

Llevamos jugando a este juego la última hora. Es bastante unilateral, ya que él no puede recordar sus cosas favoritas.

Me rasco la barbilla.

—Comer.

—¿Tu recuerdo favorito?

Hago una pausa ante esa pregunta. Todos mis recuerdos favoritos lo incluyen a él.

—Había un... chico... Planeó una cita superextraordinaria. Me envió a una búsqueda del tesoro, y tuve que averiguar las respuestas a sus pistas, como dónde había sido nuestra primera cita, o cuál era el mejor lugar para comprar un sujetador. Cada vez que iba a uno de los sitios de las pistas, había un regalo y otra pista esperándome. Al final acabé yendo al lugar donde nos habíamos besado por primera vez. Había preparado una mesa con la cena, y había música. Nos pusimos a bailar. Fue...

No sé cómo terminar esa frase. Caleb permanece en silencio. Cuando me vuelvo para mirarlo, tiene los ojos fijos en el cielo.

—¿Cómo se llamaba?

Niego con la cabeza.

—Ni de broma.

—¿Por qué no? Sorpréndeme... dímelo.

—Las estrellas parecen plateadas hoy —digo, cambiando de tema—. A lo mejor pronto recuerdas tus cosas favoritas —añado en voz baja.

Se encoge de hombros.

—O a lo mejor simplemente encuentro nuevas cosas favoritas. Empezando por ti.

Eso debería emocionarme, pero tan solo me recuerda a la bomba de relojería en marcha a la que se parece nuestra relación.

—¿Puedo ser tu chica favorita?

—Ya lo eres, Reina.

Mi visión se emborrona y mi corazón da un pequeño salto. ¿Acabo de imaginármelo?

—¿Cómo me has llamado?

Caleb parece avergonzado.

—«Reina», pero no me preguntes por qué, me ha venido a la cabeza. Lo siento.

Miro fijamente hacia delante y espero que no se dé cuenta de mi expresión de terror.

—No pasa nada —respondo con suavidad. Pero no es cierto. «Reina» era el mote que me puso en la universidad.

—Será mejor que me vaya —dice, poniéndose en pie.

Quiero preguntarle si ha recordado algo, pero estoy demasiado asustada.

Lo acompaño hasta la puerta, y él se inclina para darme un beso en la mejilla.

—Adiós —me despido.

—Adiós.

Y entonces sale al inmóvil aire nocturno, dejándome sola.

Va a recordarlo, ¡y pronto! Tengo que pensar en una forma de conseguir un poco más de tiempo. La Reina piensa en emborracharse, pero en su lugar llama a Cammie.

—Bueno, ¡ya era hora!

Su voz suena muy lejana.

—Lo siento, Cam, he estado ocupada.

—¿Ocupada con qué? Y creía que habías dejado de comer patatas fritas.

—Dejo de masticar. Mantengo los Doritos a medio comer en el interior de mi mejilla y no digo nada—. Tienes algo entre manos —dice Cammie tras un minuto—. Dime qué es lo que pasa...

—Hum... eh... —balbuceo. No puedo ocultarle nada a esta chica. Tiene un radar de cotilleos—. He visto a Caleb, Cammie —respondo abruptamente, mordiéndome la uña con nerviosismo. Se produce un silencio al otro lado de la línea. Sabe que no bromearía con algo parecido—. Tiene amnesia y no recuerda quién soy.

La oigo suspirar.

—Olivia... dime que no lo has hecho.

—Pues sí.

—¿TE HAS VUELTO LOCA?

Mantengo el teléfono alejado de mi oreja.

—Cammie, cuando lo vi sentí cosas con tanta fuerza como cuando estábamos juntos. Es como si todo siguiera siendo igual y los últimos tres

años no hubieran pasado.

—Tienes derecho a quererlo, eso es algo que no puedes controlar. Pero lo que no tienes es el derecho a aprovecharte de él... ¡OTRA VEZ!

¿De dónde ha salido este monstruito tan maduro?

—Me caías mejor cuando estabas en primero.

—Sí, bueno, es que algunas crecemos, Olivia, y otras se pasan la vida jugando al mismo juego aburrido. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que a lo mejor no estáis juntos porque no deberíais estarlo? ¡Déjalo ya!

—No puedo —digo con suavidad.

La voz de Cammie es más suave esta vez.

—Olivia, puedes tener a cualquier hombre que quieras. ¿Por qué él? ¿Por qué siempre vuelves a lo de Caleb?

—Porque... Porque no necesitaba a nadie hasta que lo conocí.

—Sabes que va a descubrirlo.

—Tengo que irme —digo. No quiero pensar en ello. Unas lágrimas comienzan a derramarse de mis ojos.

—Te quiero, Olivia. Ten cuidado.

Cuelgo sintiéndome como si tuviera el estómago lleno de piedras. Me ha olvidado. Puedo hacer que me recuerde; no lo que le hice, sino lo que sentía por mí.

Deambulo hasta mi armario, llevo una mano hasta el estante superior y saco una caja polvorienta. La dejo sobre la alfombra, quito la tapa con cuidado y miro fijamente su contenido. Hay un par de sobres con cartas dentro, algunas fotos y una cajita de madera con una flor pintada en la tapa. La saco y la abro. Mis manos recorren el batiburrillo de recuerdos: un llavero, un disco y una caja de cerillas raída. Mi mano se queda inmóvil cuando roza el recuerdo más importante. Agito la caja hasta que todo se mueve a un lado y puedo ver el penique oval brillante.

—Tú —digo con voz acusadora, tomándolo y haciéndolo girar entre mis dedos—. Todo esto es culpa tuya.

Capítulo seis

El pasado

—¡No voy a meterme en la piscina! ¡Está helada!

—Es noviembre en Florida, Olivia. Hay 21 grados fuera. Además, es una piscina climatizada. Actúa como un hombre.

Caleb estaba braceando en bóxers por el agua color turquesa de la piscina del campus. Traté de evitar mirarle los músculos.

—No puedes manipularme para que me meta en la piscina haciendo un comentario machista —dije, y me agaché para salpicarlo en la cara. Él me sujetó la muñeca antes de que tuviera tiempo de apartarme, y entonces nos miramos fijamente—. No —le advertí.

Por un segundo, pensé que no tendría agallas. Lo siguiente que supe fue que estaba cayendo de cabeza al agua helada.

Salí jadeando en busca de aire, con el pelo enredado de mala manera alrededor de la cara. Caleb me lo apartó entre risas.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso! —jadeé, dándole un golpe en el pecho. Fue como si estuviera empujando rocas calientes.

—Tienes buen aspecto mojada —dijo—. Seguro que te resultaría más fácil nadar si te quitaras algo de ropa. —Le lancé una mirada fulminante y comencé a dar unas brazadas hacia el lateral de la piscina—. Aaah, así que no te gusta pasarlo bien, ya veo.

Su voz era tranquila, pero había un desafío claro en su tono.

—A la mierda —murmuré, y me detuve a un metro de la escalerilla. Era de la clase de chica que saltaría de un puente solo para fastidiar a sus amigos.

Y de todos modos, llevaba la ropa interior buena. Me metí bajo el agua y me quité la piel de poliéster como si fuera una serpiente. Volví a emerger unos segundos más tarde solo con la ropa interior.

Caleb se quedó boquiabierto al verme.

—Por pasarlo bien.

Hice como que brindaba con mi ropa empapada y después se la lancé a la cabeza. Él la esquivó y se movió en círculos hacia donde yo estaba chapoteando.

—Bonitos encajes —dijo con una sonrisa de suficiencia, observándome sin vergüenza.

—¿Puedes no dejar tan claro que me estás mirando?

Me sentía violada, así que me sumergí bajo el agua hasta que solo mi cabeza quedó visible.

—Pensaba que nuestra relación se basaba en la honestidad —replicó, sonriendo

—Puf —solté con una risita—, nuestra «relación» se basa en retos y chantajes.

Sus ojos estaban centelleando. Tenía unos ojos muy expresivos. Quería aplastar ese centelleo y darle una patada donde más dolía.

—«Chantajé» es una palabra muy fuerte —dijo mientras se acercaba nadando.

—Me has amenazado con decirle al periódico de la universidad que yo fui la razón por la que fallaste ese lanzamiento, Drake.

Estaba ya demasiado cerca para sentirme cómoda, así que comencé a chapotear hacia atrás. Había una cicatriz al lado de su ojo derecho en la que nunca me había fijado. Tan solo era una débil media luna, pero de algún modo lo hacía parecer peligroso... en el sentido sexy. Negué con la cabeza. Aquellos pensamientos no eran míos... eran de Cammie. Maldita fuera.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —pregunté.

Caminé de puntillas por el fondo de la piscina para alejarme de él. Caleb se llevó un dedo a la cicatriz con actitud ausente.

—Le robé a mi abuelo un billete de la cartera, y cuando me pilló decidió castigarme con su bastón.

Sentí que se acercaba uno de esos momentos de «por eso es por lo que está mal», y me preparé para entenderlo.

—¿De verdad?

—No. —Sentí que me ponía roja y le di un puñetazo en el brazo tan fuerte como pude—. Me caí de la bici cuando tenía doce años. —Se rio, frotándose el lugar donde lo había golpeado—. Una historia muy aburrida.

—Al menos es la verdad —dije con exasperación—. Alguien como tú no necesita mentir para resultar interesante.

—¿Alguien como yo? —preguntó—. ¿Te parezco interesante, Libby?

—Pues no, la verdad, y no me llames Libby. ¿Sabes? En realidad eres bastante simple y aburrido.

Resoplé.

Él estaba mirando lejos de mí, al agua.

—¿Se te ha caído alguna joya?

—¿Qué?

Su atención había cambiado de una forma tan repentina que me sentía ofendida.

—Hay algo ahí abajo, al fondo de la piscina.

Estaba señalando un punto entre nuestros pies. Entrecerré los ojos tratando de ver qué era lo que estaba mirando.

—No llevo ninguna joya —respondí con impaciencia—, probablemente será solo una moneda o algo así.

Lo toqué con el pie, pero era más grande que una moneda. Antes de que Caleb pudiera decir nada más, metí la cabeza bajo el agua para buscarlo. Cuando mi cabeza rompió la superficie del agua, Caleb se acercó a mí automáticamente.

—¿Qué es?

Estaba mirando mi puño.

—Vemos —dije de forma teatral, abriendo los dedos con lentitud. No era una joya. Era un penique viejo, aplanado y con un mensaje grabado que otorgaba al que lo llevara una muestra de afecto gratis, un beso.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, dejé el recuerdo sobre su palma.

—Esta noche estás lleno de trucos, ¿verdad?

Se estaba riendo... siempre riéndose.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

Antes de que pudiera responder con algo inteligente, Caleb estiró el brazo y me rodeó por la cintura. Incluso en el agua fría, su tacto parecía ardiente y abrasador. Tiró de mí hacia él y nuestros cuerpos quedaron presionados juntos, estómago contra estómago, pecho contra pecho. Me sentía tan aturdida que al principio no protesté. No había estado tan cerca espacialmente de otro ser humano desde que era una niña. Sonrió, y sus ojos se nublaron con lo que percibí como lujuria.

Me rendí en mi lucha y permití que mis labios se dirigieran hacia los suyos. «Esto es por Cammie», me dije. No había forma de hacer las cosas tranquilas y calmadas con ese chico. Me rozó con la lengua la parte interior del labio inferior. Se movía con suavidad al principio, tratando de convencer a mis labios tozudos para que cedieran y cooperaran de algún modo. Respondí con la única cosa que conocía: una frígida mojigatería. Caleb, impertérrito ante mi falta de entusiasmo, se apartó de mí. Sus manos me rodeaban la cintura y sus dedos estaban justo debajo de la cinturilla de mis bragas. Nuestras frentes se estaban tocando, y el aliento me salía en pequeños

jadeos. Era vergonzoso.

—Devuélveme el beso, Olivia.

Su voz era autoritaria, y por un segundo sentí un destello de rebelión, como cuando me decía que me pusiera el cinturón de seguridad. Tragué saliva con fuerza y cerré los ojos. No había ganado esa batalla, y probablemente tampoco ganaría aquella. Tal vez ni siquiera quería ganarla.

Podía hacerlo. Besar no era nada complicado, al igual que comer o caminar. Sus labios se acercaron una segunda vez y yo incliné la cabeza hacia la suya, como en las películas. Esa vez estaba preparada, deseosa incluso. Di un respingo cuando nos unimos y sus labios, que estaban presionando los míos, se estiraron en una sonrisa divertida. Se rio contra mi boca, y resultó enfurecedor e increíblemente sexy. Traté de apartarme, pero él volvió a atraerme hacia él. El beso. El beso. El beso. Era tarta de chocolate, pasión efervescente y carne de gallina. Nadie me había besado de esa manera.

Entonces, hizo la cosa más extraña: se apartó de mí y me mantuvo alejada a un brazo de distancia. El hechizo se había roto.

—Olivia...

Su voz sonó áspera. Negué con la cabeza; no quería escuchar lo que iba a decirme.

—Tengo que irme —repliqué con rapidez.

El agua, que había estado inmóvil, comenzó a ondear cuando empecé a subir por el lateral de la piscina. Con un movimiento tranquilo, me elevé hasta salir y bajé la mirada hacia mi cuerpo tembloroso. Me había besuqueado en una piscina, en ropa interior y con el casanova de la universidad. Era una ramera. Tomé mi ropa mojada del suelo y miré a mi alrededor, alarmada. Alguien iba a verme cuando volviera con la ropa húmeda.

—Olivia —dijo otra vez, y yo me negué a mirarlo—. Toma.

Me entregó su jersey seco, que acepté agradecida, y me lo pasé por la cabeza. Caleb abrió la boca.

—Mira, sea lo que sea lo que vayas a decir, ¡no lo hagas!

Asintió con la cabeza. Caminamos hasta la entrada y salimos al aparcamiento. Caleb sacó una toalla de gimnasio de su coche y me la entregó. Me sequé la cara y el pelo y se la devolví, con los ojos en el suelo. Me sentía demasiado avergonzada para decir nada. Mi comportamiento había sido de mal gusto, y no quería darle una mala impresión. Apreté los dientes y cerré los ojos con fuerza.

—Buenas noches, Caleb —dije con rapidez, y mi voz sonó medio estrangulada. Podía sentir sus ojos sobre mi espalda mientras me alejaba. ¿Por qué se había apartado de mí de ese modo? La primera vez que me dejaba soltarme, y recibía un bofetón en la cara—. Para mañana te habrá olvidado —me siseé a mí misma—, y después podrás seguir adelante con tu vida y olvidar cómo era besarlo.

Desperté a la mañana siguiente sintiéndome como si me hubiera tragado un puñado de gravilla. Me ardía la garganta y me dolía todo el cuerpo. Me metí bajo las sábanas y traté de bloquear las imágenes de la noche anterior. Eran unas imágenes estúpidas e imprudentes que no dejaban de repetirse una y otra vez en mi cabeza hasta que me entraron ganas de gritar. En mi vida no había espacio para equivocaciones. No tenía familia ni la seguridad del dinero. Solo tenía una oportunidad de hacer algo conmigo misma, y Caleb era la clase de distracción que podría desequilibrar mi vida.

Me llamó dos veces durante el día, y una más después de cenar. Puse el móvil en silencio y prohibí a Cammie que respondiera. El lunes por la mañana me vestí para ir a clase, todavía ligeramente pálida y decidida a fingir que no había sucedido nada. Teníamos una clase de Sociología juntos, algo de lo que probablemente no se hubiera dado cuenta, ya que era una de las clases más grandes del semestre, y yo me sentaba en la parte delantera del aula mientras que él lo hacía en la trasera.

Cuando llegamos, el auditorio se estaba llenando con rapidez. Con los ojos nublados y mareada, me abrí camino hasta el lado más alejado a la izquierda del edificio. Ocultos por un saliente, había cinco ansiados asientos ocultos en las sombras. Quería esconderme ahí. Sus ocupantes habituales eran los dormilones de la clase y un chico que parecía Pedro Picapiedra en versión terrorista. Ese día tuve suerte, y había dos asientos todavía vacíos. Comencé a trotar por los pasillos, con el bolso agarrado con fuerza a un costado. Estaba a mitad de camino cuando oí que decían mi nombre desde el podio del profesor.

—¿Señorita Kaspen?

Me quedé paralizada. El profesor Grubbs se estaba dirigiendo a mí a través del micrófono, y la gente se había dado la vuelta en sus asientos para mirar. Traté de seguir caminando como si no lo hubiera oído.

—¿Señorita Kaspen? —canturreó otra vez el profesor Grubbs—, ¿adónde se cree que va?

Me volví con lentitud, forzando una sonrisa sobre mis dientes apretados.

Ese odioso, insufrible pedazo de...

—Buenos días, profesor —dije con dulzura.

Sus tres barbillas se estaban balanceando como un péndulo bajo su boca sonriente. Caleb, cuya cabeza había estado inclinada sobre su libro de texto hacía un momento, se volvió hacia mí en su asiento. Pillada. Miré por encima del hombro con anhelo mientras dos estudiantes se sentaban en las sillas hacia las que me dirigía.

—¿Le pasa algo a su asiento habitual? —preguntó el profesor Grubbs, haciendo un gesto hacia la fila delantera—. ¿Es mi aliento?

Eché aire en su mano y fingió olisquear. Hubo una risita colectiva en el auditorio, y yo lo fulminé con la mirada y me abrí camino en silencio hacia la parte delantera del aula.

El profesor Grubbs era un toro de ciento treinta kilos con inclinación a ser controvertido. Los estudiantes se sentían intimidados por su voz retumbante y su presencia demasiado imponente, aunque a mí me parecía un encanto. Pero no ese día... ese día lo odiaba.

—Parece como si estuviera escondiéndose de alguien.

Se reclinó sobre su podio y, por un segundo, pensé que iba a partirse bajo su peso.

Mis ojos se dirigieron hacia Caleb con rapidez. Estaba sonriendo. ¡Aaaargh!

—¿Escondiéndome de alguien? —Suspiré mientras me sentaba—. ¿Por qué iba a estar escondiéndome de alguien? Y le agradecería que no analizara todos mis movimientos, sobre todo con toda la clase delante —añadí con un siseo.

El profesor Grubbs me miró con malicia y después se aclaró la garganta para hablar al micrófono. Mantuvo los ojos clavados en mí y dijo:

—¿Hay alguien en esta sala que sospeche que Olivia Kaspen está evitándolo?

Caleb levantó la mano.

Yo bajé la cabeza hasta que la barbilla me tocó el pecho.

—¿Señor Drake? —El profesor Grubbs estaba claramente sorprendido—. Por favor, venga y tome asiento junto a Olivia, para poder ver cómo se retuerce. —Oí sus pasos y después sentí su presencia junto a mí mientras se sentaba en la silla. Mantuve la cabeza gacha—. Es usted un chico guapo —añadió el profesor—. Creo que nunca lo había visto tan de cerca.

Levanté la cabeza y resoplé. El profesor Grubbs nos miró fijamente, y sus

ojos iban de Caleb hacia mí con evidente curiosidad.

—Tengo una sed de conocimiento recién encontrada, señor. Creo que me sentaré así de cerca de ahora en adelante.

—Sé que los rumores son ciertos, señor Drake.

—¿Qué rumores, profesor?

La voz de Caleb era animada, provocadora incluso.

—Miente más que habla.

Hubo una oleada de risas por el cuerpo de estudiantes, pero Caleb sonrió impertérrito. Estaba disfrutando de la atención.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó en voz baja cuando comenzó la clase.

—Sí. Estoy bien.

Miré fijamente hacia delante y contuve el aliento para no oler su colonia. Mientras metía la mano en su cartera, su pierna me rozó la mía. Me aparté con una sacudida, pero era demasiado tarde; ya sentía esa sensación como de tener un hada aleteando en mi estómago.

Formó las palabras «lo siento» con la boca, y después sonrió. Lo miré con el ceño fruncido y di un golpe en la mesa con mi libro de texto, tan fuerte que el profesor Grubbs hizo una pausa en su lección para mirarme.

—Calma, querida —dijo Caleb entre dientes—. Si comienzas a actuar de ese modo siempre que estés conmigo, la gente se dará cuenta de lo mucho que te gusto.

Se me desencajó la mandíbula.

Traté de escuchar la lección, de verdad que lo hice, pero al final de la clase de cincuenta minutos no podía recordar ni una sola cosa que hubiera dicho el profesor. Sin embargo, había memorizado el olor de la colonia de Caleb, y podía hablar con todo detalle sobre los patrones de movimiento que hacía: tamborilear con el lápiz sobre su libro en secuencias de tres, mover las piernas por debajo de la mesa de modo que una rebotara de arriba abajo sobre los dedos de los pies y la otra se estirara perezosamente por delante de él.

Cuando nos marchamos, salí disparada de mi asiento como una bala de cañón viviente y me dirigí hacia la puerta. Caleb no me persiguió. De hecho, cuando me giré para ver dónde estaba, no pude verlo. Mi primera reacción fue de alivio, y después de decepción. Tal vez había captado por fin el mensaje y había decidido dejarme en paz de una vez por todas.

Más tarde ese mismo día me estaba esperando enfrente del edificio de mi residencia. Erguí la espalda y utilicé los siguientes segundos para controlar

mis emociones. «Respira, Olivia, solo es otro chico y están todos hechos de la misma basura.» Me detuve a un par de metros de donde se encontraba. Si lo olía, sabía que iba a perder la determinación. Era una situación pintoresca; los dos de pie bajo la luz de la farola en un enfrentamiento emocional, con las carteras cruzadas sobre nuestros pechos.

—Caleb —dije con voz demasiado aguda—, voy a ser sincera contigo. — Él asintió con la cabeza y pestañeó con lentitud—. Es solo que no estoy interesada... en lo que tú... estás interesado. Me caes bien, pero solo me gustas como amigo. —Me detuve para comprobar su cara, que era tan ilegible como *Guerra y paz*, y lancé un último golpe para que quedara bien claro—. No creo que seamos compatibles.

—Yo no pienso eso.

Parecía alarmantemente intenso, y tuve que mirar mis zapatos para evitar quedar absorbida por sus ojos.

—Eh, bueno, pues lo siento. Supongo que estamos en dos longitudes de onda distintas —tartamudeé.

—No, eso no es lo que quería decir. Sé que te gusto tanto como tú me gustas a mí. Pero es tu elección, y yo soy un caballero. ¿Quieres que me aleje de ti? Está bien. Adiós, Olivia.

Se marchó.

Lo miré consternada. ¿De verdad acababa de hacer eso? Quería perseguirlo y decirle que solo lo decía medio en serio, y que cada vez que estaba con él me sentía embriagada, y que si por favor podía besarme tan solo una vez más para poder estar segura de que estaba haciendo lo correcto.

Por supuesto, no lo hice.

Caleb, fiel a sus palabras, permaneció alejado de mí durante los siguientes cinco meses. Tan alejado, de hecho, que a veces, cuando nos cruzábamos en el campus, su mirada parecía atravesarme.

No dejaba de pensar en lo que mi madre hubiera dicho en esas situaciones.

«Un buen pedazo de carne y la jodes porque tienes miedo. Te pareces demasiado a tu padre, Olivia.»

Era una retrasada con las relaciones. Sacaba a la gente de mi vida a patadas, empujones y puñetazos, para que nunca tuviera la oportunidad de hacerme daño.

La vida seguía, pero de repente ya no era la misma. Yo había cambiado. No podía señalar qué era exactamente, pero en algún lugar de mi cerebro una

nueva puerta se había abierto y, a pesar de mis grandes esfuerzos por mantenerla cerrada, mis pensamientos no dejaban de ir allí, deambulando en la habitación vacía, sacando imágenes de Caleb. A veces me sentía triste durante días, y después mi humor volvía a cambiar y sentía una furia increíble hacia él por jugar con mi cabeza. Durante el segundo mes de mi tortura emocional, me rendí en la lucha. Era evidente que ya no quería seguir siendo una isla. Tal vez era el momento de abrirme y experimentar con las relaciones.

Me interesé por los chicos casi de la noche a la mañana. Le pedí ayuda a Cammie, que me dio lecciones sobre cómo secarme el pelo con secador, maquillarme y, como cualquier amiga de verdad, me presentó el sujetador con relleno. Este aspecto nuevo, suave y más sexy, junto con un gran esfuerzo por mi parte para no ser arisca, me consiguieron una cita y después dos. Para el cuarto mes, ya tenía mi propio par de rulos térmicos y había acumulado un pequeño grupo de ardientes admiradores.

Estaba quedando con Brian, el cerebritito que estudiaba Medicina; Tobey, que conducía un Lamborghini y me llevaba a restaurantes estilosos; y por supuesto estaba Jim, un poeta que era demasiado artístico para su propio bien. Fumaba un paquete de Marlboro al día y podía recitar párrafos de Tolstói. Él era mi favorito; todo lo que hacía y decía era tan atrevido que me resultaba emocionante. Solo había, por supuesto, un pequeño problema con todos estos hombres: no llenaban el espacio de Caleb en mi cabeza. Era como un picor que nunca desaparecía. Pensaba en él cuando miraba los árboles, los edificios y cuando estaba en la cola para pagar en el Target, eligiendo un chicle. Pensaba en él cuando me lavaba los dientes y cuando Cammie parloteaba sin parar sobre el color de sus nuevos zapatos (ella aseguraba que eran salmón, pero yo consideraba que eran coral).

Después de cinco meses, estaba ya harta de ver su cara en mi cabeza. Caleb saturaba mi existencia, y yo estaba jodida. Para empeorar las cosas, estaba por todas partes, involucrado en todo y sonriendo a todo el mundo. No podía alejarme de él. Dejé de quedar con Tobey y Brian y mantuve a Jim en la recámara porque de verdad me gustaba como persona. Dejé lo de las citas; de todos modos, no era mi estilo, y me dediqué en su lugar al acoso profesional.

Me mantuve al día de con quién estaba saliendo Caleb a través de la cadena de cotilleos de Cammie; un grupo clásico de alumnas de primer año entrometidas que tenían lenguas muy rápidas y muy pocos deberes. Sabía que

había salido con Susanna porque tenía unas piernas de infarto; y con Marina porque le encantaba el baloncesto y tenía unas piernas de infarto. Sabía que había llevado a Emily a Disney World para celebrar su primer mes saliendo juntos, y que a Danielle le regaló un bolso de Burberry por su vigésimo segundo cumpleaños. Sabía todas esas cosas y, sin embargo, no era capaz de obligarme a hablar con él.

—Me recuerdas a ese enano tan asqueroso de *El Señor de los Anillos* — comentó Cammie un día.

Acababa de hacerle un interrogatorio sobre la noche de Caleb en el Club Pasiones, donde lo había visto con una nueva rubia.

—Es un hobbit.

—Sí. Mi tesoro, ¿verdad?

Le enseñé el dedo corazón.

A principios de marzo, cuando los pájaros migratorios extendían las alas para volar de vuelta a casa, Caleb comenzó a salir con una Barbie. Se llamaba Jessica Alexander y era una estudiante de intercambio de Las Vegas, donde trabajaba como bailarina profesional en el espectáculo de Toni Braxton. Sus piernas eran infinitamente largas, su pelo imposiblemente rubio, y se rumoreaba que sus padres eran herederos de la fortuna de las salchichas Oscar Mayer. Dejé de comer perritos calientes y me convencí de que Caleb acabaría aburriéndose de ella, como había hecho con todas las demás. De todos modos, las rubias nunca tenían demasiada actividad cerebral. Tan solo era cuestión de hacer tiempo, estar buena y quedar disponible cuando el momento adecuado se presentara.

Mi teoría se desmoronó cuando el periódico del instituto publicó su noticia de portada de febrero. Encontré a Jim leyendo un ejemplar en la cafetería, donde había quedado con él para tomar un *latte*. La cara de Jessica me estaba sonriendo desde la primera plana, donde el titular en negrita decía: «La bella y los libros». Le quité el periódico de las manos y miré fijamente el artículo, con los labios fruncidos a causa de los celos.

—¿Tiene la mejor nota media de su carrera? —Notaba algo ácido en el estómago—. ¿Qué es lo que estudia? ¿Ropa de lunares?

Jim se rio, sacó un cigarro de la cajetilla y encendió una cerilla, todo con un único movimiento muy guay.

—En realidad, estudia Derecho. Es de los tuyos, y es evidente que lo está haciendo mejor que tú.

Noté que se me secaba la boca.

—¿Por qué no la he visto en ninguna de mis clases? —repliqué, examinando el artículo para ver si era cierto.

—A lo mejor ya ha dado las asignaturas que tú estás haciendo. A lo mejor se las ha saltado porque es demasiado lista.

Gruñí y di un sorbo a su café.

Aquello era un buen palo. O sea... ¿no era suficiente con tener todo el dinero de las salchichas? ¿También tenía que quedarse con Caleb y una nota media excelente de un golpe? Si Caleb iba a salir con una chica lista, debería ser yo. ¡Debería ser yo!

Él quería estar conmigo, y yo lo había rechazado porque una espesa mojigatería corría por mis venas.

Decidí hacerme amiga del enemigo. Entrar en el grupo de amigos estúpidos de Jessica era la única forma que tenía de causar problemas. Tenía que caerle bien. Comencé a observar a su grupo de amigas, que estaban unidas a ella como pegamento de dentaduras postizas. Eran imposiblemente amistosas, pero sin la verdadera lealtad de personas como Cammie. Las llamé «famigas», falsas amigas. Estrechaban lazos yendo de compras y utilizaban las palabras «o sea» en cualquier frase. «O sea, es superguay ir de compras contigo. O sea, conoces mi estilo muy bien.» «Es que, o sea, tienes un pelo genial.» «O sea, es que cuando Brad rompió conmigo tú fuiste mi mayor apoyo.»

Jessica vivía a solo unas puertas de distancia de mí, así que comencé a sonreírle cada vez que nos cruzábamos en el pasillo. De forma gradual avancé hasta un educado «hola». Al ser popular, ella respondía con los ojos vidriosos y una pequeña sonrisa que tiraba automáticamente de las comisuras de su boca. Tras unas pocas semanas, comenzó a fijarse en mí: primero saludándome con la mano, y después un día diciéndome que le gustaban mis zapatos. Descubrí que las chicas guapas tienden a fijarse en otras chicas guapas, aunque sea para evaluar a sus competidoras. De algún modo me sentía orgullosa por haber atraído los ojos de tal encarnación de la belleza. Si se había fijado en mí, tal vez su novio también lo hiciera.

Nuestra primera charla oficial fue una tarde en la que estaba en la sala de lavandería del campus. Acababa de sacar mi ropa limpia de la secadora cuando ella llegó con una cesta llena de su ropa sucia. Viéndolo como un amable acto del destino, metí mi ropa bien doblada otra vez en la lavadora y comencé una conversación que fue algo como esto...

—Cuidado con esa lavadora, destruyó mi pijama de Chanel la semana

pasada.

Ella levantó la mirada con los ojos muy abiertos y la mano en equilibrio sobre la lavadora abierta. Por supuesto, yo no tenía ningún pijama de Chanel, ni siquiera sabía si en Chanel hacían pijamas, pero, de ser así, esa chica tendría uno.

—¿Era el nuevo? ¿El de los bordados plateados en los puños? —Bingo. Asentí con la cabeza—. Qué horrible. O sea, juraría que esta universidad se niega a soltar dinero para dar servicios decentes.

Vertí un tapón de detergente azul en la máquina y la cerré de golpe.

—O sea, ¿no te has mudado desde Las Vegas o algo así? —pregunté mientras caminaba con tranquilidad hacia la máquina de refrescos y metía unas monedas en la ranura.

Jessica asintió con la cabeza.

—Sí, o sea, necesitaba un cambio. Me vine aquí por un semestre para probar, pero entonces conocí a mi novio y decidí quedarme.

—¿Quién es tu novio?

Apreté el botón que me daría una Coca-Cola y me doblé por las rodillas para sacarla de la parte inferior.

Su cara cambió al pronunciar su nombre, y la odié por ello.

—Caleb Drake. Está en el equipo de baloncesto. Es un chico genial... un verdadero caballero.

Su voz resultaba increíblemente molesta.

—¿Sí? Eso es difícil de encontrar, los chicos de hoy en día son unos... — Estaba tratando de encontrar la palabra adecuada, de las que ella utilizaría—. Estúpidos idiotas.

Sonreí.

Jessica asintió con la cabeza en mi dirección, con el gracioso ceño fruncido. Sentí la atracción del pegamento de dentaduras postizas. Me estaba aceptando en su «falsamistad».

—No voy a dejarlo escapar jamás, literalmente. Voy a casarme con ese chico.

Odiaba cuando la gente usaba la palabra «literalmente» para cosas que no eran literales. Abrí mi lata de refresco y le devolví la sonrisa.

Por encima de mi cadáver... literalmente.

Florida era húmeda. El cielo de un eterno azul transportaba unas nubes gruesas y grises como si fueran accesorios. Llevaba así desde hacía una

semana, y estaba harta de ver paraguas subiendo y bajando por todo el campus. Decidí llevarme el libro de texto a la sala de estudiantes para estudiar allí. Metí unos aperitivos y el material de lectura en la cartera y salí por la puerta tras garabatearle una nota a Cammie pidiéndole que me llevara la cena de la cafetería.

Bajé un piso en el ascensor y me dirigí hacia el oeste, hacia la más silenciosa de las dos salas de estudio de mi edificio. La habitación estaba sucia y olía a calcetines usados, pero rara vez estaba ocupada, y en parte me gustaba el ambiente a sobras del lugar. Doblé la esquina y vi una cabeza rubia familiar enmarcada en la ventana. Jessica. Estaba a punto de ofrecerle mi «o sea, hola» más alegre cuando me di cuenta de que tenía los hombros caídos. Eran hombros de llorar. Me sentía muy familiarizada con esa escena. Miré a mi alrededor con cautela; las rubias en apuros nunca están solas. Normalmente hay amigas, consuelo, palmaditas, palabras tranquilizadoras...

El pasillo estaba vacío. Di un paso hacia delante y me detuve. A lo mejor habían roto. La esperanza me hizo cosquillas en el pecho, pero la aparté a un lado, molesta. No tenía sentido adelantarme a los acontecimientos.

—¿Jessica? ¿Te encuentras bien?

Le puse una mano en el hombro y ella se giró para mirarme con húmedos ojos de cervatilla. Había una colección de pañuelos empapados en el alféizar de la ventana, y me pregunté cuánto tiempo llevaría escondiéndose allí.

—Hola —dijo con voz débil y ronca.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?

Se volvió de nuevo hacia la ventana y se toqueteó la nariz con un pañuelo. Permaneció en silencio durante un buen rato y yo moví los pies, preguntándote si se habría olvidado de que yo me encontraba allí. Estaba a punto de decirle algo cuando comenzó a sollozar.

—Me... —sollozo— parece... —hipido, sollozo— que estoy... —jadeo, hipido— embarazada...

Dejé que las noticias calaran. El llanto había amainado un poco, y ahora estaba gimoteando con suavidad contra un pañuelo. Evalué mi posición, su posición y la posición de Caleb. La situación parecía una mierda para todos.

—Vale —jadeé—. ¿Se lo has dicho ya?

—No.

—¿Lo sabe alguien?

Negó con la cabeza.

—Mis... —sorbido— padres me... desheredarían y... tengo mucho

miedo de... —jadeo— perderlo.

—Por supuesto. —Sonaba comprensiva, y una parte de mí se sentía así de verdad... una parte tan minúscula que hacía que un átomo pareciera un puño—. ¿Qué vas a hacer?

Tomé los pañuelos sucios del alféizar de la ventana y los tiré a la basura.

—No hay nada que pueda hacer. Tengo... tengo una cita con el médico el sábado, pero necesito que alguien me lleve y no quiero decírselo a ninguno de mis amigos, ¿sabes? Sigo siendo bastante nueva por aquí. No quiero que me miren de forma diferente.

Dudaba mucho que lo hicieran. El semestre anterior a la llegada de Jessica, se rumoreaba que dos de sus famigas más cercanas habían pasado por el mismo procedimiento.

—¿Por qué no se lo dices Caleb? Lo comprenderá. Es decir, él es responsable a medias, por todos los santos.

—¡Noooo! —Me sujetó el brazo y me miró con sus ojos grandes—. Le dije que tomaba anticonceptivos... y tenía intención de volver a tomarlos, pero he estado muy ocupada con las clases y él... Nunca pensé que esto fuera a pasar. Siempre he tenido mucho cuidado con todo. No tengo a nadie en quien pueda confiar.

Entonces se pegó a mí, con los brazos rodeándome el cuello y la cabeza boca abajo sobre mi hombro. Me di cuenta con incomodidad de que me estaba abrazando, buscando alguna clase de consuelo. Le di unas palmaditas en la espalda, tal como haría con una persona maloliente, y me separé de ella.

—Yo te llevaré.

—¿De verdad? —Se secó la humedad de las mejillas, dejando manchas de rímel negro—. ¿Harías eso?

—Pues claro que sí. Yo estoy lo bastante distanciada de la situación. No tendrás que involucrar a tus amigos, y Caleb no tendrá que saberlo jamás.

—Es el sábado a las siete —respondió, aferrándose a mí en un abrazo tan desesperado que me encogí—. Muchísimas gracias, Olivia.

Entonces sí que me sorprendí. Durante toda la charla el día que lavamos la ropa, ni una sola vez me había preguntado cómo me llamaba, ni yo le había preguntado su nombre. Las chicas populares presumían que todo el mundo sabía quiénes eran. «¡Anda! ¡Jessica Alexander! ¿Es que no lees el periódico de la universidad?» Pero Jessica no tenía ninguna razón para saber cómo me llamaba yo.

—No recuerdo haberte dicho mi nombre —dije con una sonrisa.

—Todo el mundo sabe tu nombre. Eres la chica por la que Caleb falló ese lanzamiento, ¿verdad?

Sentí que el aturdimiento llegaba hasta las uñas de mis pies, pintadas de rojo. ¿Cómo podía haber olvidado mis quince minutos de fama... mi amarga experiencia con la popularidad? Me encogí, sintiéndome de pronto muy cohibida. Aquella había sido una oscura, oscura etapa de mi vida.

—No te preocupes, ya me explicó lo de tus... inclinaciones. —La palabra «inclinaciones» salió de su lengua como si fuera un salvavidas. Cayó en mitad de nosotras, gritándome sus terribles implicaciones—. Lo de que eres lesbiana —continuó, con una sonrisa—. Cualquier mujer que rechace a Caleb tiene que ser lesbiana o bien estar loca. Nos vemos el sábado.

Muy cierto.

Volví a meterme en mi habitación algo aturdida, planteándome dos opciones.

Una. Caleb había decidido que la única razón por la que podía rechazarlo era porque era lesbiana. Dos. Caleb le estaba diciendo a todo el mundo que era lesbiana como venganza por haberlo rechazado. En cualquier caso, iba a tener que airear mi sexualidad para aclarar las cosas.

Capítulo siete

El pasado

Llevé en coche a una sombría Jessica a la clínica el sábado por la mañana, tal como habíamos quedado. El día era apropiadamente sombrío, y Jessica miró por la ventana durante la mayor parte del trayecto, haciendo algún comentario ocasional sobre alguna tienda por la que pasábamos, o algún restaurante al que Caleb la había llevado. Me estaba preguntando si era capaz de hablar de algo que no fuera él cuando señaló una valla publicitaria de Calvin Klein y dijo que Caleb estaba mucho más bueno que aquel chico en ropa interior. Lo imaginé en calzoncillos, chapoteando en la piscina, y de pronto me sentí aturdida. Era cierto.

Asqueroso, embarazador de novias, imbécil...

La clínica era pija; desde luego, no se trataba de uno de esos sombríos lugares de la ciudad que están escondidos tras un escaparate. Ahí era adonde iban las chicas ricas a limpiar sus indiscreciones... al más puro estilo de la gente con clase.

La sala de espera estaba llena de muebles demasiado grandes y cuadros enmarcados. Escogí un asiento en la esquina más alejada y miré con intensidad una maceta colgante de macramé mientras Jessica hablaba con la recepcionista. Se acercó para sentarse conmigo mientras rellenaba una pila de formularios. El rasgueo del bolígrafo sobre el papel era el único sonido de la habitación.

Antes de que la enfermera se la llevara a la parte de atrás, me miró con los ojos como platos y dijo:

—¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

Un nervio en mi ceja comenzó a crisparse. Yo era tan solo la conductora; no quería ser la voz de su conciencia. Si le decía que no, nos marcharíamos derechitas de allí... estaba buscando una razón para irse. Si le decía que sí... bueno, me convertiría en cómplice.

Pensé en Caleb. Él haría lo correcto y se casaría con ella si se quedaba el bebé. Probablemente acabarían divorciándose en menos de cinco años. Hogar roto, corazones rotos... yo sin él. Tragué saliva con fuerza.

—Sin duda, sí —respondí asintiendo con la cabeza.

Me dirigió una luminosa sonrisa y me tomó de la mano.

—Gracias, Olivia —dijo mientras me la apretaba.

Aparté los dedos con suavidad y metí las manos por delante de mi bolso.
«¡Madremía, madremía, madremía!»

Se dispuso a levantarse, y yo sentí la necesidad de sujetarla de la mano y salir corriendo en dirección al coche. ¿Qué estaba haciendo? ¿Podía hacerla cambiar de idea! Dio un paso, dos... y el momento para hacer el bien pasó, secuestrando mi conciencia mientras se marchaba. La enfermera llevó a Jessica por unas puertas dobles, y entonces desapareció. Me sentía enferma, como si toda la sangre de mis venas se hubiera convertido en vinagre. ¿Qué acababa de hacer? ¿Y por qué... por él? ¿De verdad planeaba utilizar esa información para conseguir lo que quería? Me balanceé de atrás hacia delante, rodeándome el estómago con los brazos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la recepcionista, mirando desde detrás del bloque de cristal esmerilado tras el cual se sentaba.

—Es algo que he comido —dije.

Asintió con la cabeza como si lo comprendiera y me señaló en dirección a los servicios. Me escondí en el de los discapacitados durante treinta minutos con la espalda contra la puerta, convenciendo a mi conciencia magullada de que era su elección y yo no tenía nada que ver con ella. Cuando pasó el tiempo suficiente, volví a la sala de espera y tomé asiento.

Hojeé unas cuantas revistas y me dediqué a morderme las uñas. Otra chica llegó durante mi tiempo de tortura en aquel lugar. Parecía tener unos dieciséis años, y estaba escoltada por su madre, que se escondía tras un par de gafas oscuras. La madre se apresuró a acercarse a la ventana mientras su hija se encorbaba en una silla y comenzaba a mandar mensajes por el móvil, moviendo los pulgares como maquinaria rápida sobre el teclado. Aparté la mirada. Mi madre me hubiera obligado a quedármelo. Recuerdo que una vez me dijo: «Por nada del mundo voy a permitir que una hija mía huya de sus responsabilidades. Si lo haces una vez, lo harás durante el resto de tu vida». La echaba mucho de menos. Tal vez si estuviera viva yo no estaría tan podrida.

Una enfermera se acercó a mí una hora después y se agachó para decirme algo en ese tono silencioso que no dejaba de utilizar todo el mundo. «Si hablamos en voz baja, a lo mejor no atraeremos la atención hacia lo que está sucediendo de verdad aquí.»

—Jessica ya está lista. Puedes llevar tu coche a la parte de atrás para recogerla.

Hice una mueca. Iban a sacarla por la parte trasera del edificio.

Escondiéndose, como si fuera basura. Me apresuré a salir y entré en mi coche, contenta de largarme de ese sitio. Una enfermera se encontraba detrás de la silla de ruedas de Jessica, con las manos descansando ligeramente sobre sus hombros. Jessica estaba pálida como una patata pelada. Sonrió cuando me acerqué; una especie de sonrisa de alivio que me hizo sentir incómoda. Salí del coche de un salto y me apresuré a abrir la puerta del copiloto.

—Tiene que pasarse una semana sin levantar cosas pesadas ni hacer ejercicio —me informó la enfermera, y yo asentí con la cabeza.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté mientras se deslizaba de la silla hasta el asiento. Asintió débilmente con la cabeza.

Me alejé de la acera con la ansiedad agravándose en mi estómago.

Había conseguido lo que me había propuesto, y ahora necesitaba alejarme de Jessica tanto como pudiera. Me hacía sentir culpa, un lujo que no podía permitirme mientras trataba de robarle a Caleb.

Puse la radio cuando entramos en la autovía. Jessica se pasó la mayor parte del trayecto de vuelta a casa mirando por la ventana. Una parte de mí quería preguntarle cómo se sentía, si estaba triste o aliviada. Pero la parte de mí que quería a Caleb mantuvo mi lengua pegada al paladar. «Esto son negocios», me recordé. No estaba ahí para hacer amigos.

Cuando los tejados grises del campus quedaron a la vista, las dos soltamos un suspiro de alivio. Aparqué el coche enfrente del edificio y salí de un salto para abrirle la puerta.

—¿Necesitas que te acompañe a tu habitación?

Negó con la cabeza e hizo una mueca mientras la ayudaba a bajar de su asiento. Tenía la cara pálida, y sus labios, normalmente voluminosos, parecían chupados y tímidos bajo su nariz goteante. No era la Jessica Alexander que había aparecido en el periódico de la universidad hacía menos de dos meses. Incluso su pelo estaba apagado y sin vida, colgándole en mechones grasientos alrededor de la cara.

Me abrazó antes de dirigirse hacia los ascensores. La observé presionar el botón, reclinarse sin fuerzas contra la pared y rodearse el torso con los brazos. Cuando el ascensor llegó al fin, se volvió una última vez para despedirse de mí con un gesto débil antes de entrar y desaparecer detrás de las puertas. Me desplomé contra mi coche, sintiéndome exhausta de pronto, y decidí no regresar a mi habitación. Cammie se encontraría allí, y en lo relativo a mí era terriblemente perspicaz. En lugar de eso, conduje hasta una cafetería a unos pocos kilómetros de allí y me senté a la barra con un

periódico que alguien había dejado abandonado fuera.

La noticia de portada era sobre Laura Hilberson y la falta de pistas sobre su desaparición. El inspector que se encargaba del caso especulaba que tal vez no hubiera sido un secuestro, y que todas las evidencias señalaban a que Laura había desaparecido de forma voluntaria. Sus atormentados padres rogaban que alguien les diera alguna información sobre ella.

Deseé haber prestado más atención a esa chica cuando compartía clases conmigo. Aquellos eran mis días antes de Caleb, en los que no me había importado en absoluto con quién saliera y por qué. Laura no parecía la clase de chica que querría desaparecer. Era popular y alegre, y según el periódico estudiaba Comunicaciones y aspiraba a convertirse en presentadora de telediarios. Miré la foto con grano que había de ella y traté de imaginarla sentada tras el escritorio del presentador de las noticias de las seis. Ahora sí que estaba en las noticias de las seis. Me sentí triste por ella, estuviera donde estuviese. Algo había ido terriblemente mal, la hubieran secuestrado o no, y ahora era probable que Laura nunca viera sus sueños hechos realidad.

Pensé en mis propios sueños mientras mordía mi *bagel*. Quería ser abogada y meter a la gente mala en la cárcel. Ahora yo era la mala persona, porque estaba conspirando y maquinando por un chico estúpido. Ni siquiera había pensado en mis sueños últimamente. Era como si Caleb hubiera arrancado mi ambición de raíz para reemplazarla con una lujuriosa obsesión. Dios, estaba yendo cuesta abajo y sin frenos. Me terminé mi café y dejé dinero sobre la barra. Si aquella obsesión estaba ahora drenando mi ambición, ¿qué pasaría si lo conseguía de verdad? ¿Me quedaría tan embelesada con Caleb que me sentiría satisfecha con ser su novia y nada más? Eso significaría seguir los pasos de mi madre, y ella me había advertido que no me enamorara de un hombre antes de cumplir mis sueños.

Estaba medio convencida de que abandonara mi obsesión con Caleb cuando llegué de vuelta al campus. Estacioné el coche en el abarrotado aparcamiento de estudiantes y troté hacia el edificio de mi residencia, sintiéndome decidida. Tenía que acabar ya con esa tontería, antes de arruinarlo todo. Mientras subía la escalera, oí el eco de unas voces que venían del rellano del tercer piso. Ralentiqué el ritmo al darme cuenta de que una de ellas era la de Jessica. Hablaba como arrullando, con esa voz dulce y femenina que las seductoras avanzadas utilizan para conquistar a los hombres. Caminé con lentitud, tratando de captar tanto de lo que decía como pudiera.

—Hoy no. Tengo la... ya sabes.

Subí los últimos escalones y doblé la esquina. Jessica estaba de puntillas, rodeando el cuello de Caleb con los brazos. Estaban nariz con nariz, y él la miraba con ojos adoradores. Me detuve abruptamente y los dos se giraron para mirarme.

—¡Olivia! —dijo ella, y sonó avergonzada—. Hola.

—Hola —respondí, mirando a Caleb.

Su mirada me atravesó directamente, como si ni siquiera me encontrara allí, y volvió a girar la cara hacia Jessica. Ay. Ella acababa de ducharse, y tenía el pelo húmedo y recogido en un moño. Tenía un aspecto significativamente mejor que cuando la había dejado hacía unas horas. Entonces comprendí que Caleb debía de haber hecho algún comentario de índole sexual. Jessica, que había recibido instrucciones estrictas de abstenerse de darle al tema durante los siguientes catorce días, estaba tratando de desalentarlo con una historia sobre su regla.

Moví los pies, avergonzada. Jessica tenía la cara roja y me estaba mirando de forma enfática.

—Eh...

Señalé la puerta, que me estaban bloqueando, y levanté las cejas para demostrar mi fastidio.

—Ah, lo siento.

Jessica soltó una risita y apartó a Caleb del camino. Se aseguró de guiñarme un ojo mientras yo pasaba apretujándome y me aseguraba por mi parte de rozar la espalda de Caleb con el brazo. Él se apartó de mi tacto con una sacudida, y yo sonreí con satisfacción.

Gilipollas.

Caminé con rapidez hasta mi habitación y una débil sensación de furia comenzó a elevarse en mi pecho. ¿Cómo podía estar con él de ese modo, después de lo que acababa de hacer? Metí la llave en la cerradura y la giré con tanta fuerza que las puntas de los dedos me dolieron. Tan solo habían pasado unas horas desde que había abortado y ya estaba enganchada a él como una obsesa. Era una idiota, y yo tenía que conseguir a Caleb, era así de simple. Aprendería a equilibrarlo con mi ambición. Podría tener ambas cosas, y lo haría. Atravesé la puerta con determinación y le dije a Cammie que cerrara la boca antes de que tuviera tiempo de abrirla siquiera. Me tiré en la cama y fingí leer un libro de texto. Para cuando acabara la semana, la relación de Jessica y Caleb estaría hecha jirones, y yo tendría mi segunda oportunidad.

Capítulo ocho

El presente

—¿Olivia? ¿Vas a venir?

La voz de Caleb está al otro lado de la línea, esperando mi respuesta.

Suelto un suspiro y miro alrededor de mi apartamento mientras me tiro del jersey. Quiere que vaya a su casa a cenar, y me siento como si eso fuera pasarse de la raya de verdad. No es que sea virgen en lo de pasarse de la raya, pero es que estoy intentando ser una persona decente. Si puedo apartar las cosas de su vida personal, entonces puedo fantasear con que él esté instigando todo el asunto.

—En serio, Caleb, no creo que sea una buena idea. A tu novia le dará un ataque si se entera. ¿Por qué no podemos quedar en un restaurante o algo así?

—La comida que yo hago es mejor que la de cualquier restaurante al que hayas ido jamás. Además, hay más posibilidades de que nos vea en un restaurante que en mi casa.

«A menos que te esté siguiendo, como la última vez...», pienso con amargura.

—No le costó demasiado encontrar mi apartamento —señalo con voz agria—. Además, apenas te conozco. No sería muy prudente por mi parte ir a casa de un extraño para cenar. Por todo lo que sé, podrías ser un violador.

—Olivia, ya he ido yo a tu casa y has sobrevivido. Abriré una botella de vino... será divertido.

—No soy una amante de la diversión.

—Pues será peligroso.

Sonrío.

—Yo solo bebo vino tinto.

—Sí, señora.

—Y asegúrate de que ella no aparezca esta vez.

Caleb se ríe.

—¿De verdad? Pensaba que estaría bien que viniera.

Acordamos el día y la hora, y después cuelgo sintiéndome nerviosa. Meto la cara en un cojín y suelto un gruñido de vergüenza. Estoy perdiendo los papeles.

El teléfono vuelve a sonar. Lo descuelgo pensando que es Caleb con algún detalle de última hora.

—Hola.

—¿Olivia?

Es una voz diferente.

—¿Sí...?

—¡Olivia! ¡Qué pedazo de mujer! ¿Dónde has estado toda mi vida?

—¿Jim?

—El único e incomparable, cariño. ¿Qué tal te va la vida? ¿Te has caído de culo mucho últimamente?

—Tan fuerte como siempre —respondo entre risas—. ¿A qué debo este placer?

—Estoy en la ciudad, y no hay nada que quiera más que pasar un buen rato con la chica de mis sueños.

—¡La chica de tus sueños! La última vez que te vi, me dijiste que era una arpía y que no tenía ningún talento.

—Eso son solo palabras, cariño. Además, acababas de rechazar otra confesión de mi amor hacia ti. Hay que darle a un hombre la oportunidad de atacar verbalmente, ¿no? En fin, ¿cuándo estás libre para quedar?

Jim. Jim. El mismo chico que utilicé para hacer una declaración sobre mi sexualidad. El mismo que abandoné como un pecado sucio en el momento en que robé a Caleb. Siguió siéndome leal. Recibía una llamada cada vez que pasaba por motivos de trabajo por mi barrio, y entonces pasábamos una noche frenética bailando, comiendo o con cualquier otro placer culpable que nos apeteciera. Después de eso se marchaba, y yo no tenía ningún problema.

—¿Cuánto tiempo estarás por aquí?

—Dos días... tres como mucho. Estaba pensando que podíamos ir a la Ola, emborracharnos, destrozar la pista de baile...

—Hum... suena romántico. ¿Cuánto tardarías en llegar aquí?

—Quince minutos, tengo que parar a por algo para fumar.

—Vale —respondo—. Estaré lista.

Cuelgo el teléfono y me pinto un poco los labios. Todavía estoy pensando en Caleb, así que tengo que obligarme a parar.

Esta noche vamos a estar solo Jim y yo, pasando un buen rato. Sin obsesiones. Me pongo unos pantalones negros y una camiseta verde que me deja los hombros al descubierto y me recojo el pelo en una coleta.

Jim me recoge fuera de mi apartamento. Entro en su coche, un Mustang de 1969 restaurado y pintado de verde con franjas amarillas de carrera, y le sonrío al otro lado del asiento.

—Eres como un Percocet con un mal día, Libby —dice, y entonces me sorprende y me besa directamente en la boca.

Me aparto y niego con la cabeza.

—Hum, me encanta cuando me comparas con un medicamento con receta.

Me pongo el cinturón de seguridad y comienzo a trastear con la radio. A Jim le gusta Phish, pero eso es prácticamente un pecado para mí, ya que tan solo son unos imitadores de Grateful Dead.

Jim me guiña un ojo y se coloca un cigarrillo entre los labios. Por lo general, no tolero el tabaco: me hace sentir sucia, y no ayuda el hecho de que mi madre muriera de cáncer. Pero hay algo en la forma que tiene Jim de fumar que me hace querer observarlo. Miro con expectación mientras el extremo de su mechero escupe una pequeña lengua de fuego. Él baja el cigarrillo hasta la llama e inhala. Casi puedo oír la punta del Camel siseando con deleite mientras acepta el fuego. Esta es mi parte favorita: da una larga calada, sus párpados se agitan como si fuera un yonqui, y entonces suelta por la nariz el humo gris, que sube en bucles hacia el cielo, como un grácil fantasma de cenizas. Es precioso.

Me reclino en mi asiento. Jim tiene una belleza oscura. Lleva lápiz de ojos y unos vaqueros que se le pegan al cuerpo como si fuera la piel de un lagarto. Su pelo desgredado está teñido de negro, lo que hace que sus agudos ojos azules parezcan casi lavanda. Siempre pensé que el acento británico le pegaba más a él que a Caleb. Agito la mano para apartar el humo y tarareo las últimas notas de una canción antigua que solía encantarle a mi madre.

—¿Por qué estás tan feliz esta noche? —pregunta, y da un golpecito con el cigarrillo sobre una lata vacía de Red Bull para soltar la ceniza dentro—. Algo tiene que ir terriblemente mal en el universo para que estés lo bastante feliz como para tararear.

Se mete en el tráfico, y casi golpea la parte trasera de la camioneta que tenemos delante.

—No lo sé. Lo estoy y ya está.

Jim levanta una ceja.

—Venga ya, Libby. Sé cuándo está pasando algo.

Hago una pausa y, a continuación, digo:

—Caleb ha vuelto.

Hay un silencio aturdido. Gladys Knight está cantando en la radio, y los dedos de Jim tamborilean sobre el volante de forma ausente al ritmo de la

canción.

—Ha vuelto.

Lo dice como una afirmación, no como una pregunta. Puedo oír el desagrado en su voz, y no lo culpo. Caleb siempre fue como una espina clavada en la piel de Jim, sobre todo cuando acabé eligiendo a Caleb por encima de él.

—Olivia. —Apaga la radio y el cigarrillo, lo que significa que podré volver a ver todo el proceso de encendido en unos pocos minutos—. ¿De qué forma ha vuelto?

No tengo ninguna intención de contarle lo de la amnesia.

—No lo sé. Ha vuelto y ya está, y la verdad es que no me importa por qué.

Jim entrecierra los ojos y parece mirar la carretera con recelo.

—No sé qué te pasa con ese gilipollas. Cuatro años y una mala ruptura después, y sigues enamorada perdida de ese puto muñeco Ken del baloncesto.

No quiero oírlo. Ni de labios de Jim ni de labios de Cammie. Ni en mis sueños más locos llegué a imaginar jamás este giro en mi historia. Un millar de chicas podrían decirme que habrían hecho algo diferente a lo que hice yo el día que fingí no conocer a Caleb, y me daría igual. Esta es mi oportunidad de volver a hacer las cosas.

—Ocurrió por accidente. Yo no salí a buscarlo, así que cierra el pico con el tema.

Nos detenemos enfrente del club y salgo de un salto antes de que el aparcacoches pueda abrimme la puerta. Espero a Jim mientras saca su largo cuerpo del coche y le lanza las llaves al empleado. Está cabreado; puedo verlo en su cara. Más de una vez me ha acusado de utilizarlo como plan alternativo cuando Caleb no está. Camino delante de él, ignorando la paliza que me están dando sus ojos. Me siento como si fuera la leche esta noche, así que no es difícil. Y de todos modos, no es asunto suyo... maldito idiota entrometido con lápiz de ojos. Jim odia la debilidad, y, por Dios, Caleb es la mía. Pero tengo fe en que cuando comencemos a bailar, lo superará.

La Ola está llena de pared a pared de cuerpos vibrantes. Jim me toma la mano y me lleva a través de la muchedumbre hasta que llegamos a la barra. La mayoría de las chicas se giran para mirarnos. ¿Qué está haciendo ese roquero de aspecto duro con una chica tan blanda como yo? Me enfurezco bajo sus ojos curiosos, ignorando un par de miradas envenenadas.

Jim deja un billete de cincuenta en la barra pegajosa y pide cuatro

chupitos de tequila. Preparo las limas y le dirijo una sonrisa.

—¿Sigues enfadado? —pregunto.

El camarero desliza los chupitos hacia nosotros y cada uno toma dos. Jim se encoge de hombros.

—¿Importa eso?

Me bebo el primer chupito y chupo una lima para sacar el sabor. El tequila está asqueroso.

—No quiero que estés enfadado. Casi nunca puedo verte.

Jim hace eso de pestañear tres veces que le da aspecto de estar muy enfadado, y entonces me da un beso en la mejilla.

—Vamos a pasarlo bien y ya está.

Pide dos chupitos más y después brindamos con los vasos. Nos quedamos en la barra durante unos minutos más, observando la pista de baile. Todavía estamos demasiado sobrios para soltarnos.

—Vamos a saltar un poco en la pista —dice Jim, tirando la cáscara de la lima a la basura.

Lo sigo hacia la multitud que se contonea mientras el tequila encuentra el camino hasta mi cabeza. Bailamos hasta que noto los pies entumecidos y tengo el pelo húmedo a causa del sudor. Jim me toca más de lo que suele hacerlo, y deduzco que es por el regreso de Caleb. Los hombres siempre necesitan orinar en todo lo que sienten que es suyo. Dejo que me acerque a él; estoy demasiado borracha como para que me importe. Me recuerda a la escena de *Dirty Dancing* en la que Baby irrumpie en la fiesta de empleados aferrándose a la sandía. Estamos bailando cara a cara, y de forma sucia, como el título de la película. Jim no cree en eso de dar saltos y frotarse; el baile típico de los adolescentes. Dice que es hacer la cuchara a lo sucio. Nosotros bailamos cara a cara, y ese hecho me resulta bastante honesto.

No nos marchamos hasta que el DJ comienza a recoger su equipo.

—¿Estás bien para conducir? —le pregunto. Me siento como si estuviera meciéndome en el espacio.

Jim suelta una risita burlona.

—Estoy tan sobrio como un sacerdote un sábado por la mañana —dice, imitando un acento sureño y gangoso.

En el camino de vuelta, mantengo los ojos cerrados y dejo que el viento me sople en la cara. No hablamos gran cosa. Jim pone un viejo CD de Marcy Playground que solíamos escuchar en la universidad. *Sex and Candy*, «Sexo y caramelos». Suelto una risita cuando canta las palabras con fuerza.

Cuando llegamos a mi apartamento, Jim sale del coche y me sigue hasta la puerta.

—¿Es que era una cita? ¿Por qué me acompañas a casa? —pregunto entre risas. Escarbo en mi bolso en busca de las llaves mientras él me observa. Cuando levanto la vista, veo que me está mirando de forma extraña—. ¿Jim? —digo, dando un paso hacia él—. ¿Te encuentras bien?

Pienso que a lo mejor se encuentra mal. Tiene la cara inexpresiva y un tanto ruborizada, como alguien que estuviera decidiendo si está a punto de vomitar. Me quedo inmóvil cuando se inclina de repente hacia delante. Al principio pienso que va a vomitar, pero en el último minuto gira la cara hacia la mía y trata de besarme. Vuelvo la cabeza, de forma que sus labios caen húmedos sobre mi mejilla. Cuando se aparta, tiene los ojos rojos.

—¿Qué estás haciendo?

Jim y yo nunca llegamos hasta ahí; es una regla tácita que he impuesto. Está tan cerca de mí que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para verle la cara. Llevamos sin besarnos desde la universidad.

—¿Es porque no soy él, Olivia? ¿El puto Caleb?

Niego con la cabeza. Siento el cerebro nublado; no parezco capaz de formular las palabras lo bastante rápido.

—Las cosas no son así entre nosotros, Jim. ¿Por qué ahora?

—Ya sabes que el sexo no siempre tiene que significar algo. Puede ser solo diversión.

Sus ojos están pestañeando, pestañeando como si estuviera tratando de expulsarme de su campo de visión. ¿Qué se supone que tengo que decir ante eso?

—Creo que los amigos deberían seguir siendo amigos... sin la complicación del sexo.

—Amigos —canturrea con un silbido desagradable—. Estoy harto de ser tu puto plan alternativo. —Me estremezco. Es muy cierto, pero es horrible oírlo—. Eres una verdadera calientapollas, ¿lo sabías?

Levanto la mirada, sorprendida. Me ha llamado eso de broma muchas veces, pero nunca con ese tono de voz. Tiene la cara y los ojos rojos, y me está asustando en esa parte profunda de una mujer que te dice que salgas corriendo. Doy un paso hacia atrás.

—Jim, estás borracho —digo con lentitud.

—Yo estoy borracho y tú eres una zorra.

Y entonces está encima de mí, con la boca presionando mis labios

cerrados con fuerza y las manos entre mis piernas. Suelto un grito amortiguado y trato de apartarlo de mí. No cede a mis empujones, y me doy cuenta de que no puedo hacer nada para detenerlo. Trato de suplicar, pero parece que todo le resbale. Está manoseándome, tratando de bajarme los pantalones. La puerta de mi vecina está a menos de diez metros al otro lado del edificio. Si puedo liberarme, correré hacia ella. Entonces llega un momento en el que está distraído, y ya no me agarra tan fuerte. Aprovecho la oportunidad para liberar mis manos y darle un fuerte bofetón en la cara. Estoy preparada para que me ataque con más fuerza, con más dureza, pero él se limita a mirarme. No tengo ningún sitio a donde ir. Estoy arrinconada contra la puerta de mi apartamento. Me planteo la posibilidad de gritar, pero la única persona que podría oírme es Rosebud, ¿y qué podría hacer ella? Así que trato de razonar con él.

—Vete a casa, Jim —digo con voz firme.

Esos pocos segundos que pasa sopesando sus opciones se convierten en un recuerdo borroso para mí. Estoy furiosa, avergonzada y asustada mientras lo observo decidir si me viola o no.

«Por favor, Dios, que se marche.»

El espacio entre nosotros crece cuando se da la vuelta y se mete en el coche.

Prácticamente me caigo por la puerta. Cuando estoy al otro lado, echo el pestillo y me tiro en el sofá. Sollozo contra un cojín hasta que siento la garganta en carne viva, y entonces tomo el teléfono y llamo a la única persona en la que he confiado alguna vez.

—Caleb...

—¿Olivia? —Tiene la voz pesada a causa del sueño—. ¿Qué te pasa?

—¿Puedes venir... a mi casa?

—¿Ahora mismo?

Lo oigo moviéndose por su habitación... encendiendo la luz... toqueteando cosas.

—Caleb... Por favor... Es que...

—Enseguida voy.

Cuando Caleb llega, tiene el pelo despeinado y lleva unos pantalones cortos y una camiseta raída.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nada más verme. Me sostiene la barbilla con los dedos y gira mi cara de un lado a otro. Le cuento lo de Jim, lo del club y lo que hizo después.

Caleb se pasea por mi salón, con la cara contorsionada a causa de la furia.

—¿Dónde está su hotel, Olivia?

Tiene los puños apretados a los costados. Temo que si encuentra a Jim vaya a descubrir quién soy en realidad.

—¡No! No quiero que vayas.

Tiro de su brazo hasta que vuelve a sentarse junto a mí.

Su furia se apaga de forma gradual hasta convertirse en preocupación, y entonces me abraza contra su pecho. No he estado pegada a su pecho desde hace mucho tiempo, y me siento abrumada. Huele a jabón, a Navidad y a él, y lloro como un bebé ante la seguridad tan poco familiar que me da su tacto. Nadie me ha abrazado de ese modo. No sé si salir corriendo o aferrarme como si mi vida dependiera de ello.

—¿Puedes quedarte aquí esta noche? —susurro.

Me da un beso en la frente y me aparta las lágrimas con los pulgares.

—Sí, claro que me quedo.

Me siento tan aliviada que me estremezco de forma patética, y él me aprieta con más fuerza. ¿Qué habría hecho si no se encontrara cerca? ¿A quién habría llamado? Caleb está aquí ahora, pero el reloj sigue avanzando. Me he metido en una situación en la que voy a perderlo otra vez, y la primera ya fue bastante mala. Me cobijo en su calidez y disfruto de la sensación de que cuiden de mí. Me quedo dormida con la cabeza inclinada contra su pecho, escuchando su corazón mientras tamborilea con el ritmo más bonito que he oído nunca.

Capítulo nueve

El pasado

La decisión estaba tomada. Le había contado a Cammie lo del aborto mientras estábamos sentadas en la cafetería, inclinadas sobre las bandejas de nuestra cena.

—Estás de coña —dijo mientras una patata frita se le caía de la boca.

—No —repliqué, tragándome el nudo que sentía en la garganta—. La oí hablando del tema con esa chica alta, la que se rasca las costras.

Me metí las últimas patatas en la boca y me chupé la sal de los labios.

—¿Nadia? —preguntó Cammie, apartando su plato.

—Sí, Nadia, pero no puedes contarle a nadie que te lo he dicho, Cam. O sea, ¿no sería horrible que se descubriera?

Examiné el bonito rostro de mi compañera de habitación y fruncí el ceño. Tal vez esa fuera la única vez que Cammie mantuviera la boca cerrada. ¿Qué iba a hacer entonces?

—¿Crees que a Caleb le importaría? Es decir, ¿crees que habría querido quedárselo?

Miré fijamente sus ojos relucientes y sentí que el estómago me daba un vuelco. En realidad, no había llegado a pensar en eso. Habría querido quedárselo; lo sabía en el fondo de mi corazón. Su forma de hablar sobre su familia aquella noche en la Heladería de Jaxson me decía que quería ser padre. Cerré mis malvados ojos y suspiré.

—¿Qué te hace pensar que conozco la respuesta a esa pregunta?

Cammie se encogió de hombros.

—Bueno, lo conoces un poco. O sea, has pasado algún tiempo con él, ¿verdad? Tan solo pensaba que...

—No sé nada sobre él —repliqué con brusquedad, levantándome y tomando mi bandeja.

«Salvo que lo deseaba más que a nada en el mundo.» Bajé la mirada hacia Cammie y sentí pánico. Ya estaba. Mi amiga tenía diarrea verbal, así que la noticia iba a extenderse por toda la universidad, y rápido. Ya había reservado oficialmente mi sitio en la fila delantera del tren de camino al infierno.

¡Chu, chuuu!

—Voy a volver a la habitación —dije.

Quería que me siguiera, para poder echarle un ojo. No estaba segura de

querer...

—Vale. Yo me quedaré aquí un rato.

Me dirigió una sonrisa dulce como el azúcar. Su cara parecía inocente, pero sus ojos eran malvados. Podía ver el monstruo de los cotilleos subiendo a rastras por su esófago, empujando de forma frenética detrás de su boca para que lo dejara salir.

Giré sobre mis talones y hui antes de que pudiera ver las lágrimas acumulándose en las comisuras de mis ojos.

¡Chu, chuuu!

Las noticias del aborto dieron vueltas provocando risas a través de la cadena de cotilleos hasta que llegaron a Caleb dos días después. Fue una exnovia suya quien le dio el golpe, aprovechando su primera oportunidad de propinarle un hachazo a Jessica para tratar de recuperarlo. La había visto lanzándole a Jessica miradas envenenadas durante las últimas semanas, y las reconocía porque yo también se las lanzaba.

La ruptura duró menos de diez minutos. La presenciaron muchísimos estudiantes, que revoloteaban por la escena como moscas sobre un cadáver sangrante. Yo no me encontraba allí, pero Cammie tenía asiento en primera fila y me lo contó. La exnovia calculó el momento a la perfección, y se lo dijo a Caleb justo antes de cuando se suponía que este iba a quedar con Jessica para cenar, y después se quedó a observar. Jessica encontró a Caleb esperándola en los escalones de la cafetería. La conversación fue breve. Ella, histérica, lo admitió todo. Según algunos, Caleb le dio un puñetazo a la pared, aunque otros dicen que le lanzó un banco a un árbol. En realidad, se alejó de ella con el rostro pétreo y no volvió a decirle ni una palabra. Jessica se fue a su casa un día después de la conmoción y dejó atrás a propósito todas sus pertenencias. Me pregunté si sabía que la culpa era mía, si había vuelto a pensar en mí siquiera después de aquel día o si mi cara se había difuminado en ese lugar al que pertenecíamos todos los impopulares.

Me sentí culpable durante una semana; era como una mano firme que me presionara la nuca. Me mantuve con la cabeza gacha, avergonzada, merodeando por la residencia como una sombra. Para el octavo día, ya estaba justificando lo que había hecho.

Era de lo peor. Me había aprovechado de una chica que buscaba a alguien en quien confiar y había utilizado su aprieto para mi ganancia personal. Era la digna hija de mi padre. Me odiaba a mí misma.

Mi padre (Oliver Kaspen, sin segundo nombre) era de la peor clase de

cabrón que una mujer podía soltar de sus entrañas. Mi madre solía decir que era una copia casi exacta de Elvis: moreno y sexy, con una mirada arrolladora. Tenía la clase de boca que decía cosas bonitas, pero cuando la situación se ponía seria, podía curvarla en una sonrisa odiosa y cortarte donde más dolía. Pero, antes de quitarse de encima la capa de encanto que llevaba, y antes de decirte que la única razón para estar contigo era la fea mocosa que habías parido, era todo sonrisas, besos y cumplidos. Así es como consiguió a mi madre, y así es como me consiguió a mí, la fea mocosa.

Tan solo se quedó tres años después de mi nacimiento, antes de marcharse con la bolsa de viaje sobre el hombro. De forma periódica durante mi preadolescencia, se «reconciliaba» con mi madre y ocupaba su lugar en el lado izquierdo de su cama, antes de volver a marcharse a esparcir su semilla por otra parte. Se gastaba en el juego nuestro dinero para la comida, nos soltaba palabrotas cuando perdía los nervios, y nunca pestañeaba de forma culpable cuando no teníamos nada que comer salvo una caja de galletitas saladas rancias. Ese era mi padre.

Una vez, cuando nuestra despensa se encontraba vacía y yo me estaba mordisqueando el pulgar con hambre, desapareció con el último dólar de mi madre. Mi mente de cinco años pensaba que había ido a por comida, pero horas después regresó con un olor tan fuerte a bocadillo de carne y queso que se me hizo la boca agua. Oliver Kaspen cuidaba de Oliver Kaspen. Ay. Aquello había sido la gota que colmó el vaso de mi madre. Lo echó a patadas del estudio de mierda donde vivíamos con una retahíla de tacos que yo no había oído jamás.

El frenesí hacia Caleb comenzó poco después de que Jessica se marchara. Las chicas ansiaban su atención como si fueran chimpancés colocados.

—Tiene el plátano que quieren todas las chicas —comentó Jim una tarde, mientras observábamos a un par de rubias botando alrededor de Caleb como si fueran globos de helio mal atados. Él se estaba riendo ante algo que una de ellas le decía. Entonces, la chica se inclinó y le plantó un beso en la mejilla, ante lo cual él se ruborizó y se apartó con sorpresa. Desvié la mirada, celosa. Ya no podía seguir soportándolo mucho más. Mentalmente, estaba asesinando a alguien nuevo cada cinco minutos.

Mi oportunidad llegó el mismo día que suspendí mi examen de Latín. Nunca había bajado de un suficiente en toda mi carrera educativa, así que el enorme suspenso rodeado por un círculo rojo y subrayado dos veces me dejó el cerebro hecho puré de la impresión. Estaba perdiendo los papeles. No era

capaz de concentrarme. Caleb había echado raíces en mi mente como un parásito, y se estaba alimentando de mis emociones y pensamientos. Tenía que hacer algo. Me encontraba entre los edificios, apretando el examen contra el pecho y mirando con los ojos vidriosos un ladrillo cualquiera de la pared, cuando alguien pasó junto a mí y me metió un folleto publicitario en la mano. Por lo general lo habría tirado, pero esa vez (por culpa de mi momento de aturdimiento) le di la vuelta.

FIESTA EN ZAX

¿Dónde? ¿Dónde va a ser?

¿Cuándo? Sábado a las 22:00

Traer cerveza

Cuando regresé a mi habitación, le puse el folleto en la cara a Cammie.

—Vayamos a esto.

Estaba inclinada sobre una cartulina, usando delineador líquido para escribir las palabras «Plan de Negocios» en la parte superior. Echó un vistazo al folleto durante un brevísimo segundo y comenzó a soplar sobre las letras.

—¿Tienes alguna clase de crisis de mediana edad?

—Solo tengo veinte años, idiota. Tienes que estar en la mitad de tu vida para tener una crisis de mediana edad. ¿Por qué no estás usando un rotulador?

—Porque no tengo, y no estoy de humor para bromas. Este proyecto es para mañana, y lo único que sé sobre los negocios es cómo escribir la palabra.

—Bueno, pues ni siquiera sabes tanto, porque se escribe con «c», no con «s».

Cammie miró la cartulina con el ceño fruncido y comenzó a convertir la «s» en una «c».

—Necesito que vengas conmigo...

Fui hasta mi cajón y saqué una caja de rotuladores.

—¿Qué vas a hacer tú en una fiesta?

Reprimí la necesidad de darle un golpe y traté de sonar agradable.

—No lo sé. Las cosas normales que hace la gente en las fiestas... como... pasar el rato.

—No bebes ni bailas ni fumas. Lo siento, Olivia, pero nadie va a querer hablar sobre política contigo, a menos que vayas a una fiesta de Beta Nu, y eso sería muy muy triste por tu parte.

—Pero sí que sé bailar —dije a la defensiva—, y todo el mundo es capaz de beber... no hace falta ningún talento especial para eso.

—Sí, pero hace falta un talento especial para no actuar como una idiota cuando bebes.

Estaba dibujando corazones en las esquinas de la cartulina con una pequeña cara sonriente en el centro de cada una. Qué forma de desperdiciar el aire.

Solté un suspiro dramático.

—Te haré el proyecto... si vienes conmigo.

Cammie se tumbó sobre su espalda y agitó los brazos por el aire como si estuviera nadando.

—¡Aleluya! Has dicho las palabras mágicas.

Solté un gruñido. Se lo habría hecho de todos modos; jamás permitiría que mi compañera de habitación entregara un plan de negocios que pareciera una tarjeta del Día de San Valentín.

El sábado, me preparé con la precisión de un neurocirujano. Todo tenía que estar simplemente perfecto. Iba a ganar esa batalla; ya fuera con un pintalabios de Mad Merlot o con *Sexy* de Victoria's Secret. A las diez en punto, Cammie y yo subíamos flotando la escalera de la Casa Zax, rodeadas de nubes de nicotina. La cabeza me daba vueltas, y mi vestido, que era una talla demasiado pequeño, me apretaba el pecho como una boa constrictor.

—Está muy bien que parezcas una chica normal —dijo Cammie, sonriéndome con aprobación.

—Normal... ¿a diferencia de qué?

Estaba tirándome del vestido, tratando de cubrir la curva expuesta de mis pechos, que se elevaban como dos bollos rollizos y se salían del sujetador de realce de Cammie.

Me dirigió una sonrisita de suficiencia y tiró del vestido para volver a dejarlo como estaba.

—Bueno, pues tienes esto, para empezar. —Me pinchó en el pecho—. Las has estado escondiendo con esas camisetas feas y anticuadas que llevas. Y el maquillaje te hace parecer sexy... exótica, incluso. Estás muy bien, amiga mía. —Eso esperaba—. ¿Estás lista, O? —preguntó a continuación, apretándome el brazo. En realidad tenía ganas de vomitar, pero respiré hondo y asentí con la cabeza—. Genial, porque esta va a ser la noche más interesante de tu vida.

La puerta se abrió y entramos en una habitación tan llena de cuerpos y

hedor a cerveza que mi primer instinto fue dar un paso hacia atrás. Cammie me empujó por el umbral y en dirección a una mesa repleta de botellas.

—Primero, bebe algo —dijo, entregándome un vaso de plástico rojo—, y después, haz lo que has venido a hacer.

Cammie echó vodka en mi vaso y añadió una pizca de zumo de arándanos. Estaba muy nerviosa. Tomé un sorbo demasiado grande para mi boca y me derramé el mejunje sobre la parte delantera del vestido.

—Ten cuidado, Julia Roberts. El plan es ser sutil.

Cammie me miró con desaprobación y yo tomé otro trago, esa vez con más cuidado. Era peor de lo que había imaginado. La gente estaba sudando y tocándolo todo, echando su aliento lleno de alcohol en las caras de los demás... ¡gérmenes! ¡Gente cachonda! Estaban actuando como animales. De pronto sentí una ráfaga de pánico. Aquello era demasiado difícil; ser otra persona. Tenía que haber otra forma de hacerlo.

—No creo que pueda... —comencé, dándome la vuelta. La puerta se encontraba a diez pasos de distancia. Lo único que tendría que hacer era esquivar un par de cuerpos y podría salir a la fría noche antes de tener la ocasión de humillarme.

Cammie me sujetó el brazo.

—Ahí está —me siseó al oído.

Me volví. Se encontraba en una sala a nuestra derecha, jugando al billar. Unas risas estridentes flotaron hasta donde nos encontrábamos, y capté las palabras «vibrador» y «cerrajero».

—Bueno, a lo mejor podríamos quedarnos aquí un ratito más —dije con voz débil.

Era el turno de Caleb. Se inclinó sobre la mesa con fuerte concentración y metió dos bolas en sus agujeros con un golpe.

—¿Y qué hago ahora?

—Tienes que captar su atención sin llamar su atención.

—No hablo en código de chicas.

Cammie saludó con la mano a alguien al otro lado de la habitación.

—Mira, la cosa es que no puedes ser obvia —explicó—. No hay nada menos atractivo que una chica que se tira delante de un tío.

Y eso lo decía la misma Cammie que se frotaba aceite de bebés en el escote cada mañana para atraer la atención a sus «mejores partes», como ella las llamaba.

—¿Y cómo demonios voy a hacer eso?

—Eres tú la que quería venir aquí. Averígualo.

Y, con eso, se marchó. Novata asquerosa. Me quedé merodeando junto a la mesa de las bebidas durante unos pocos minutos, pero entonces me di cuenta de que debía de parecer una perdedora, así que me alejé de allí. Vale, tenía que hacer algo para captar su atención, para que se diera cuenta de que me encontraba allí.

Vislumbré la cabina del DJ y una idea se abrió paso contoneándose hasta mi cerebro. ¡Bailar! ¡Mi arma secreta! Un chico con una camiseta de Korn estaba escribiendo algo en un portátil detrás de la mesa. Me hizo un gesto con la cabeza cuando me acerqué, y sus ojos encontraron mi escote de inmediato.

—¿Puedo pedir una canción? —grité para hacerme oír por encima de la música.

Él asintió con la cabeza, mirando a mis chicas, y me puso un trozo de papel y un lápiz en la mano. Me apresuré a garabatear el título de una canción y el nombre de la artista en el papel, y después se lo devolví.

—Mi cara está aquí —dije, extendiendo el brazo para levantarle la barbilla hasta que me miró a los ojos. Él sonrió y me guiñó un ojo.

Qué degenerado. Me caía bien, más o menos.

—La tuya es la próxima —gritó por encima de la música. Me mostró los pulgares mientras yo me alejaba a paso tranquilo.

Eché un vistazo a la pista de baile con inquietud y vi que la única persona que había ahí era un tío prematuramente borracho que se balanceaba, sacudiendo las caderas sin el menor rastro de ritmo. Aquello iba a matarme, pero ese era el precio de la obsesión. Iba a hacerlo. Tomé un gran trago para terminarme lo que me quedaba del cóctel de vodka e invoqué el recuerdo de nuestro beso en la piscina. Pensar en ello me provocó una temporal sacudida de atrevimiento. Quería que volviera a besarme de ese modo; posiblemente cada día de mi vida.

Entré en la pista de baile mientras mi canción comenzaba a sonar por los altavoces. Solo tardé unos diez segundos en apoderarme de la habitación entera. De forma simultánea, la gente dejó de hacer lo que estaba haciendo para observarme. Era buena. Era muy muy buena. Di las gracias en silencio a mi madre por los ocho años de clase de danza libre que había conseguido a base de discusiones con el estudio local mientras contorsionaba las caderas en un giro complicado.

I'm obsessive, when just one thought of you comes up...

«Me obsesiono en cuanto aparece un pensamiento sobre ti...»

Vi la cara de Cammie apareciendo por una esquina para ver lo que estaba pasando. Se quedó boquiabierta y después me guiñó un ojo en señal de aprobación.

It's not healthy for me to feel this...

«No es sano para mí sentir esto...»

Otra gente comenzó a unirse a mí en la pista de baile, pero se mantuvieron a una distancia respetuosa, meciéndose a mi alrededor como si fueran mis bailarines secundarios personales.

—Parece que esta noche tenemos a una que está muy buena —oí que decía el DJ por el micrófono.

Mientras más gente comenzaba a amontonarse a mi alrededor para observarme, vi que Caleb y sus colegas del billar salían de la habitación trasera. «Eso es, ven a ver a qué viene todo este escándalo.» Dejé que el pelo me cayera de forma seductora sobre los ojos y moví las caderas en su dirección

This time, please, someone come and rescue me...

«Esta vez, por favor, que venga alguien y me rescate...»

Observé su cara mientras me distinguía. Mi estómago hizo una especie de baile emocionado. ¡Bingo! Contacto visual. Además de entrecerrar ligeramente los ojos, su cara no mostró ni un ápice de emoción. ¡Maldita sea! Utilicé mi movimiento característico de danza del vientre y vi con satisfacción que levantaba una ceja. Rihanna siguió cantando: *Just your presence and I second-guess my sanity* («Solo con tu presencia me planteo mi cordura»), y entonces miré a Caleb directamente y curvé un dedo. Él no pareció sorprendido en absoluto. Se apartó de la pared y caminó hacia mí de forma tranquila, con las manos todavía en los bolsillos. Me permitió bailar a su alrededor durante unos segundos, sonriendo ante los aullidos y los gritos de la gente antes de tomarme por la cintura y comenzar a bailar al ritmo de mis pasos. Era bueno, todo suavidad, tal como esperaba.

Cuando la canción terminó, bailamos la siguiente, y después la siguiente a esa. Tenía el pelo húmedo y pegado a la nuca cuando Caleb me sacó por fin de la pista de baile. Me aferré a su mano mientras él me dirigía a través del océano de cuerpos en dirección al porche. Apoyamos los codos en la barandilla y dejamos que el aire fresco pasara sus dedos por nuestra piel pegajosa.

—Estás llena de sorpresas.

Eran las primeras palabras que me decía en meses. Saboreé el sonido de

su voz antes de responder.

—¿Por qué? ¿Porque sé bailar?

Me despegué el pelo de la nuca y lo miré a los ojos. Caleb negó con la cabeza e hizo algo con los labios que casi provocó que me diera un colapso.

—No. Porque has venido... porque llevas ese vestido... —Sonrió, echando un vistazo a mi escote—. Y no porque sepas bailar, sino porque lo hayas hecho.

—Crees que soy muy seria —dije con un suspiro, observando a una chica que vomitaba en un arbusto de azaleas a unos noventa metros de allí.

—Todo el mundo cree que eres muy seria. —Sabía que no lo estaba diciendo para hacerme daño. Tan solo era un hecho, como que las manzanas verdes son ácidas—. Eres como un par de botas con tacones de quince centímetros... llena de actitud y muy sexy, pero haces que la gente se sienta incómoda solo con mirarte.

Vale, oficialmente había pasado de ser una llama a ser calzado.

—¿Y después de esta noche? —le pregunté, tirando de la pintura descascarillada de la barandilla.

—Creo que te has roto un tacón y ahora llevas sandalias, como hacemos los demás.

Había risa en su voz.

—A lo mejor vuelvo a ponerme las botas mañana —advertí—. ¿Y por qué estás hablando con metáforas?

Caleb se rio, y entonces volvió a ponerse serio de repente.

—Me gustan tus botas. Son sexys.

Su voz era gutural y seductora. Sabía que solo con usar esa voz era capaz de meter en la cama a las chicas, tal vez incluso a mí.

—Tengo algo para ti —dije, saliendo de pronto del trance en el que me estaba metiendo.

Él inclinó la cabeza hacia un lado, y ese pequeño gesto me alteró tanto que durante unos pocos segundos olvidé lo que se suponía que tenía que hacer. Le sujeté la mano y le puse el regalo en la palma. Caleb me sonrió de forma casi interrogativa y bajó la mirada. Era la moneda. La había encontrado en el bolsillo de su sudadera la mañana después de nuestro beso.

Esa vez, yo hice el primer movimiento. Di un paso hacia él, eliminando el espacio entre nosotros, justo mientras levantaba la mirada. Sus manos me rodearon la cintura con un movimiento fluido, y entonces movió nuestros cuerpos hasta que mi espalda quedó contra la pared. Estaba tratando de

ocultar nuestro momento a los rezagados que habían salido al porche. Prácticamente desaparecí detrás de su espalda, pero todavía podía oír algunas risitas y exclamaciones de sorpresa.

Ese beso fue diferente del primero. Ya nos habíamos besado antes, así que en esa ocasión no había dudas ni timidez. Me hizo a propósito cosas con la boca que impulsaron pensamientos subidos de tono. Cuando se apartó, yo estaba respirando con fuerza. Tenía las manos detrás de mí, apretadas contra el áspero estuco de la casa. Caleb se rio, me pasó las manos por el pelo y me tiró de las puntas abiertas.

Todavía me encontraba reclinada contra la pared, preguntándome si mis piernas funcionarían si daba un paso. La puerta trasera se abrió, haciendo salir el ruido de la fiesta.

—Venga —dijo, tomándome de la mano—, quiero verte bailar otra vez.

Me enamoré de forma rápida y con fuerza, como el gancho de Tyson. Un día tan solo disfrutaba de su compañía, y al siguiente no era capaz de vivir sin él. Nos veíamos en cada minuto libre, incluso aunque fuera solo un beso rápido y sediento antes de clase. Cuando nuestras notas comenzaron a caer en picado, establecimos límites: nada de hablar por teléfono tras el anochecer y nada de vernos entre semana, salvo en las comidas. La mayoría del tiempo, rompíamos nuestras normas minutos después de crearlas. Era inútil tratar de permanecer alejada de él. Para mí, era como una droga. Nunca tenía suficiente, y cuando estaba con él me ponía a pensar en la siguiente vez que volvería a tenerlo.

Parecíamos más contentos que otras parejas, atascados de forma permanente en un estado de felicidad tan intenso que nuestras bocas estaban curvadas en sonrisas incluso mientras dormíamos. Caleb me enseñó a jugar, algo que nunca había conocido en mi juventud ni como adulta. Me llevaba *cupcakes*, y después me las estampaba en la cara. Me llevaba a montar en kayak y nos tiraba al agua.

Una vez, cuando su fraternidad organizó una noche de lucha con gelatina, me convenció para ir y después me desafió a un combate. Metida hasta la rodilla en gelatina de un azul lavacristales, cargué contra él en dirección a sus rodillas. Tuve suerte y lo desequilibré. Los dos caímos de espalda, con Caleb riendo tan fuerte que parecía que estuviera sollozando. Lo quería con todo mi ser. Me enseñó quién era yo, algo que nunca habría sabido sin su hábil manejo de mi personalidad.

Ese verano, empecé con un trabajo a tiempo parcial en una pequeña

librería. Yo era la única empleada, además de la dueña, y trabajaba por las noches, de modo que tenía que cerrar la tienda con llave a eso de la medianoche. La librería compartía aparcamiento con un bar llamado Disparos, y casi todas las noches tenía que soportar gritos y silbidos de los moteros borrachos que merodeaban por fuera. Lo odiaba, y siempre mantenía los puños apretados durante todo el camino hasta el coche por si acaso tenía que pegarle a alguien.

Llevaba tres semanas trabajando allí cuando Caleb vino a verme. Tenía la cara roja y tensa cuando atravesó las puertas.

—¿Qué pasa? —pregunté, rodeando el mostrador para darle un abrazo. Eché un vistazo por encima de su hombro, preguntándome si alguna de las ratas del bar le habría dicho algo para enfadarlo. A menudo hacían comentarios groseros a los clientes que iban o se marchaban.

—¿Estás sola?

—Bueno, hay algunos clientes —señalé, mirando los pasillos.

—Cuando te marchas por la noche, ¿vas sola hasta tu coche?

Su voz sonaba impaciente, y me pregunté adónde querría ir a parar.

—Sí.

—Ya no vas a seguir trabajando aquí —dijo con rotundidad.

—¿Qué?

Me quedé boquiabierta: nunca me había hablado con ese tono. Él señaló al exterior, hacia el bar.

—Es peligroso. Eres una mujer. Estás sola, y no ayuda que tengas el aspecto que tienes.

—¿Me estás diciendo que tengo que dejar mi trabajo por el aspecto que tengo?

Levanté una ceja y me alejé hasta volver a ponerme tras la caja registradora. Me estaba cabreando.

—Te estoy diciendo que no es seguro para ti estar aquí sola y después caminar hasta el coche sin nadie que te acompañe.

—Puedo cuidar de mí misma.

Comencé a apilar en un carrito los libros que tenía que colocar en sus estanterías.

—No pesas ni cuarenta y cinco kilos, y esos hombres están muy borrachos.

Me encogí de hombros. Caleb parecía una bola de energía ardiente, y me estaba poniendo nerviosa.

—No voy a dejarlo —dije, colocándome las manos en las caderas—. Tengo que trabajar. No todos tenemos padres ricos y fondos de inversión para toda una vida.

Su cara se volvió blanca. Odiaba que cualquiera mencionara el hecho de que estaba forrado, y más si era yo. Salió de la tienda sin decir adiós. Yo le tiré un bolígrafo a la puerta, deseando que Caleb siguiera ahí para poder darle un golpe en la cabeza.

Más tarde aquella misma noche, cuando estaba cerrando la librería, vi que su coche estaba en el aparcamiento. Caminé hasta la ventanilla del lado del conductor y di unos golpecitos en el cristal con las llaves.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté cuando bajó la ventana, y él se encogió de hombros. Molesta, me alejé de allí.

Desde entonces, cada vez que trabajaba, el coche se encontraba estacionado en el aparcamiento cuando me marchaba. Nunca nos saludábamos en el aparcamiento, y nunca hablábamos sobre ello durante nuestras horas normales de relación. Pero a medianoche siempre estaba ahí, asegurándose de que me hallara a salvo. Me gustaba.

Tardé un tiempo en acostumbrarme a la enorme popularidad de Caleb. En el campus tal vez fueran cinco las personas que conocían mi nombre, pero el suyo estaba grabado en placas de latón en el gimnasio de la universidad.

—Me siento como si estuviera saliendo con un famoso —dije una noche que habíamos salido a cenar y un par de chicas lo saludaron con la mano en la mesa de al lado. Él puso los ojos en blanco y actuó como si estuviera siendo exagerada. Sin embargo, los celos encontraban el camino hasta mi mente como si fueran comadreja cada vez que alguna rubia guapa y tonta le rendía tributo.

Aquellas chicas no tenían ninguna consideración por el hecho de que fuera mi novio. Estaban esperando su oportunidad para atacar... tal como había hecho yo.

Y después estaba el asunto del sexo. Todavía no habíamos llegado tan lejos. Cammie me interrogaba todas las noches para saber hasta dónde llegábamos cuando nos enrollábamos.

—Tan solo nos besamos —le dije por enésima vez. Estábamos cada una en nuestra cama, con las luces apagadas, y Cammie se estaba comiendo un chupachups produciendo húmedos sonidos de succión—. Vas a tener que lavarte los dientes cuando te lo termines.

—¿Y él nunca ha intentado hacer nada más? —me preguntó,

ignorándome.

—No quiero que lo haga.

—Olivia, solo con ver a ese hombre me entran ganas de tener sexo, y estoy segura de que el noventa y nueve por ciento de las estudiantes están de acuerdo conmigo. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que abusaron de ti sexualmente?

Lo pronunció como «sexual mente». Puse los ojos en blanco.

—No, cállate. Es que no quiero que lo haga. ¿Por qué tengo que haber sufrido un ataque sexual por no querer meterme en la cama con él?

—¿Holaaa? Caleb es un hombre. Quiere sexo, y si tú no se lo das, lo encontrará en otra parte.

Me di la vuelta y me negué a decir nada más. ¿Qué sabía Camadora, de todos modos? ¿Acaso no eran las novatas infames por ser estúpidas y busconas? ¿No era mi padre famoso por «encontrarlo en otra parte»?

No. No iba a utilizar a mi padre como excusa para perder a Caleb otra vez. Mi novio era fiel y atento, y nunca me había presionado para hacer nada más que besarnos, porque me respetaba. Recordé la última vez que nos habíamos besado. Había sido en su habitación, tumbados en su cama. Todo su cuerpo parecía tenso, como si estuviera alterado y listo para saltar. ¿Y si estaba empleando cada gota de su autocontrol al estar conmigo? La palabra «calientapollas» apareció en mi mente, y me encogí más bajo la sábana, avergonzada.

No es que no pensara en tener sexo con él. Pensaba en ello todo el tiempo. Pero pensarlo y hacerlo eran dos cosas diferentes. No estaba preparada, y no sabía por qué.

A Laura Hilberson la encontraron la misma semana que Caleb y yo nos liamos por primera vez. La hallaron deambulando por el aeropuerto de Miami, descalza, y tenía los párpados caídos sobre unos ojos lechosos. Su historia era que un hombre la había secuestrado mientras corría por el sendero de un parque a unos tres kilómetros de la universidad. El hombre le había pedido ayuda, asegurando haberse torcido un tobillo, y le había suplicado auxilio. Le pidió que lo ayudara a llegar a su coche, que se encontraba cerca de allí, al otro lado. Laura había aceptado a regañadientes. Se echó el peso del hombre encima y caminó la corta distancia hasta su camioneta blanca. El vehículo era un Astro viejo, y el óxido se estaba comiendo el metal como si fuera un cáncer. A posteriori, Laura se dio cuenta de que las ventanas tintadas y la puerta trasera ligeramente agrietada eran una llamativa señal de alarma.

Mientras lo ayudaba a subirse al asiento del conductor, él dejó que las llaves se le cayeran de entre los dedos y aterrizaran en la hierba, a los pies de Laura. Cuando ella se agachó para recuperarlas, el hombre tomó una barra de metal del asiento del copiloto y golpeó la bonita sien de Laura con un poderoso movimiento. A continuación, la metió en la parte de atrás y la llevó hasta lo que los periódicos llamaban «la Guarida del Violador».

Laura recordaba que estuvo en una especie de sótano durante un tiempo que no era capaz de determinar, porque la había sedado. El hombre, a quien ella describía como «tímido», la utilizaba para tener sexo y compañía. Y entonces un día, sin ninguna razón, le dio un beso en la mejilla y la dejó en el aeropuerto. Ella le dijo a la policía que el hombre se llamaba Devon. Laura Hilberson había estado seis meses desaparecida.

Mientras Laura estaba tumbada en una cama de hospital y era interrogada por la policía, Caleb y yo nos encontrábamos en una subasta caritativa a la que la mayoría de los alumnos de último curso de su fraternidad estaban obligados a asistir. Era uno de esos eventos pijos en los que todos llevaban trajes y vestidos caros, y había camareros dando vueltas por la sala con copas de champán en una bandeja. Caleb vio unas personas apiñadas formando un grupo muy apretado.

—Fui al instituto con ellos —dijo con voz calmada, sacando una aceituna de un palillo con la boca.

—¿Con cuántas de esas chicas has salido? —quise saber mientras observaba el grupo. Casi todas las chicas eran lo bastante guapas como para aparecer en la portada de una revista, y varias de ellas habían saludado a Caleb con una sensual familiaridad que hizo que el monstruo verde de mi interior se cruziera los nudillos.

—¿Qué importa eso? —preguntó él, y pude ver la diversión en sus ojos.

—Porque si yo hubiera dicho algo parecido, tú querrías saber a quién había estado besando —repliqué con impaciencia.

Él sonrió y cedió, inclinando el cuello para hablarme con suavidad al oído.

—Adriana Parsevo. —Habló en voz tan baja que tuve que esforzarme por oírlo. Acerqué la oreja a sus labios y me estremecí al sentirlos contra mi lóbulo—. Es la que lleva el vestido plateado tan corto.

Dirigí la mirada hacia una chica impresionante cuyo vestido no lograba cubrir ni una décima parte de sus interminables piernas. ¿Qué le pasaba a Caleb con las piernas?

—Salimos durante un tiempo. Era una chica muy... experimental. —La última palabra y la textura de su voz insinuaban tantas cosas que sentí una ráfaga de celos que me aplastó la garganta. Caleb, que parecía disfrutar de mi reacción, continuó—: Si no recuerdo mal, la chica con la que está hablando, la que se está tomando un cóctel Mimosa, se llama Kirsten. Tiene una marca de nacimiento que se parece a África en el interior del muslo.

Resoplé con fuerza a través de la nariz y lo fulminé con la mirada. Él se rio, con una risa traviesa y sexy que agitaba las mariposas durmientes de mi estómago.

—Has preguntado tú, Reina... —Me lo imaginé besando a esas chicas; sus dedos recorriendo sus marcas de nacimiento, y el aire se me quedó atascado en la garganta. Las odiaba, y lo odiaba a él por haberse fijado en ellas—. ¿Quieres oír más? —preguntó, con los labios rozándome la parte superior de la cabeza.

—No —repliqué de mal humor, y lo decía en serio. Preguntárselo había sido un gran error.

En cuanto entramos en el coche, me lancé hacia él. Lo besé con fuerza, saltando sobre el asiento para subirme a su regazo. Él se rio contra mi boca, sabiendo que su juego había tocado la nota adecuada, y me rodeó las nalgas con las manos. Lo ignoré y seguí trabajando, decidida a demostrar que podía ser seductora.

El humor de Caleb cambió con rapidez, y de pronto todas las sonrisas desaparecieron mientras nos enredábamos en un beso tan intenso que los dos empezamos a jadear. Pensé que iba a morirme cuando sus dedos me bajaron las tiras del vestido y sentí el aire en mis pechos. Después hubo más que aire. Sus manos y su boca me encontraron, y me pregunté por qué nunca antes había hecho aquello. Dije algo. No sé qué fue, pero mi voz pareció devolverlo a la realidad, porque se apartó de mí en el momento en que la oyó y me mantuvo a un brazo de distancia. Yo nunca había hecho algo tan excesivo, tan atrevido; él nunca había tenido que detenerse a un punto tan inicial del juego.

—¿Por qué...?

Estaba sin aliento, todavía aferrándome a su camiseta. Él me besó con suavidad en los labios, y noté que toda la carga sexual había desaparecido. Encendió el motor.

Volví a mi lado del coche y me desplomé sobre mi asiento. Era porque no quería hacer las cosas a medias. Con Caleb no se jugaba. La mayoría de los

chicos se contentaban con sobar cuanto pudieran, pero con él era diferente. O llegabas hasta el final, o te quedabas en las aguas poco profundas de los besos. No iba a abrirse camino de forma sórdida hasta el sexo, alejándome más y más de la castidad al darme trozos de lo que me faltaba. Me recliné en el asiento y me planteé lanzar todas mis inhibiciones al aire. ¿Qué eran, al fin y al cabo? Apenas podía recordarlas cuando pensaba en sus manos y en cómo sabía exactamente dónde tocar.

Me pregunté qué diría mi madre. Estaría contenta de que hubiera encontrado a un chico como Caleb, pero se sentiría recelosa con él de todos modos. Mi padre nos había regalado a las dos un paquete de sospecha que aguardaba en nuestras cabezas como un perro guardián mostrando los dientes.

«Protege tu corazón para que no te lo rompan como a mí», solía decir mi madre hasta dos veces por semana.

Sheri, la mejor amiga de mi madre, llevó la vida de Oliver Kaspen a un abrupto final el Cuatro de Julio, después de que yo cumpliera once años. Utilizó el propio rifle de calibre 22 de mi padre para hacerlo, y esparció su materia gris por toda su cortina de ducha de flamencos. Sin que mi madre lo supiera, Sheri era una de las muchas mujeres que mi padre utilizaba para conseguir sexo y dinero. La mujer me recordaba a un cocker spaniel de ojos aguados, con una personalidad tan resbaladiza como la de un huevo crudo. Antes de que mi madre descubriera la aventura de mi padre con Sheri, yo lo sabía. Cuando mi madre trabajaba hasta tarde y mi padre me recogía del colegio, íbamos a visitar a sus «amigas». Eran todas mujeres, y tenían acceso a dinero, drogas o ambas cosas.

—No vayas a decirle a tu madre lo de estas visitas que me has estado haciendo con tu padre —me advirtió Sheri, agitando un dedo hacia mí—. Ya tiene bastante con lo suyo, y tu padre solo necesita una amiga con la que hablar.

Hablaban durante horas en la habitación de Sheri, a veces con canciones viejas sonando por la radio y el humo de los cigarrillos filtrándose por la grieta de debajo de la puerta. Mi padre se portaba muy bien conmigo tras salir de la habitación. Durante el camino de vuelta a casa siempre nos parábamos a comprar *gelato*. No lo echaba de menos cuando se marchaba. Solo era un tío cualquiera que me llevaba a casa desde el colegio y me sobornaba con helado.

En el momento de su muerte, habían pasado diez meses desde la última

vez que lo había visto, y ni siquiera me había llamado por mi cumpleaños. Oliver Kaspen, de quien heredé el nombre, murió dejándome una ráfaga de malos recuerdos y un cerrojo en el corazón, del que solo él tenía la llave. Tenía problemas de confianza en los hombres por culpa de mi padre, que condenaron a Caleb desde el principio.

Capítulo diez

El presente

El domingo por la mañana me despierto en la cama con el pelo apestando a sudor y cigarrillos. Suelto un gruñido, me doy la vuelta y vomito en mi papelera. ¿Mi papelera? No recordaba haberla puesto allí. Entonces oigo el sonido de la cisterna.

Dios mío... ¡Caleb!

Me derrumbo sobre la almohada y me pongo una mano sobre los ojos.

—Hola, preciosa.

Caleb entra con una bandeja y una sonrisa que ilumina la habitación como si fuera el sol. Vuelvo a gruñir y escondo la cara en la almohada. Anoche: alcohol, traición por parte de un amigo, una vergonzosa llamada telefónica.

—Siento haberte llamado —grazno—. No sé en qué estaba pensando.

—No lo sientas —dice mientras deja la bandeja sobre mi mesilla de noche—. Me siento honrado por haber sido tu primera opción.

Toma un vaso de agua y una pequeña pastilla blanca y me los pone los dos en la mano. Bajo la cabeza, avergonzada, y me mordisqueo la uña del pulgar.

—También te he traído unas tostadas... por si te apetece. —Echo un vistazo al pan y a la mantequilla y el estómago se me revuelve. Niego con la cabeza y él se apresura a quitar la bandeja de ahí. Mi héroe—. He llamado al motel esta mañana —añade sin mirarme. Me siento en la cama como un rayo y noto que la cabeza me da vueltas—. Tu amigo se marchó anoche. Al parecer, tenía mucha prisa por irse de la ciudad.

Se apoya en la pared y me mira a través de las pestañas. Si no sintiera tantas náuseas, sonreiría al verlo en mi habitación.

—Menudo amigo, ¿eh?

Jugueteo con el edredón.

—No fue culpa tuya. A los hombres como él deberían castrarlos. —Asiento con la cabeza y suelto un resoplido de aprobación—. Pero si alguna vez vuelve a acercarse a ti, Olivia, lo mataré.

Eso me gusta. Me gusta mucho.

La canción de cabecera de *Friends* está sonando en mi pequeño televisor

cuando salgo de la ducha. Entro en el salón con el albornoz y las zapatillas y me quedo ahí plantada, como si no supiera dónde sentarme. Caleb se aparta a un lado para hacerme sitio en el sofá, y yo me aovillo en un extremo. Decido hacer algo parecido a ser honesta.

—Me gustas, Caleb —digo de forma abrupta, y después me cubro la cara con las manos, avergonzada—. Eso ha sonado como una confesión de quinto de primaria.

Aparta la mirada del televisor, y sus ojos dorados se están riendo.

—¿Quieres ir en serio?

Le doy un puñetazo en el brazo.

—No estoy de broma. Lo digo en serio. Esto no es una buena idea. Tú no sabes quién eres, y yo sé exactamente quién soy, y probablemente tendrías que salir corriendo para salvar la vida.

—En realidad no quieres que lo haga.

Ahora está hablando medio en serio, o al menos ya no sigue sonriendo.

—No. Pero sería lo mejor.

Estoy metiendo las manos en las mangas del albornoz. Me siento nerviosa y me duele el estómago, y además su forma de mirarme no hace que las cosas sean más fáciles.

—Me estás haciendo saltar de un lado a otro como un yoyó —dice, poniendo ambas manos sobre sus rodillas, como si se estuviera preparando para levantarse.

—Lo sé —respondo con rapidez—. Creo que no soy la clase de chica de la que quieras ser amigo.

—No quiero solo ser tu amigo.

En un momento, mi visión se enfoca y se desenfoca, y mi corazón desgraciado y malvado se hincha como un globo. Me siento muy confusa. No debería estar haciéndole esto, pero quiero hacerlo. Me froto las sienes. Esto es demasiado complicado e injusto. Después de tres largos años, tengo lo que quiero y no es real. Él no sabe quién soy, y si lo supiera, no estaría sentado en mi salón.

Suelto aire por la nariz. La Olivia buena está suplicándome que termine las cosas con él de una vez por todas. Recuerda el puto azul de aeropuerto, y la pintura en el techo, y lo que ocurre cuando esos recuerdos entran flotando en tu vida vacía y te recuerdan lo frías que son las cosas. Nos giramos de nuevo hacia el televisor, y los dos nos sentimos avergonzados e incómodos. Caleb se marcha un par de horas después, absorbiendo la esperanza de mis

pulmones cuando se va.

—Cierra todas las puertas con llave y llámame si me necesitas, ¿vale?

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio inferior. No quiero estar sola, pero me siento demasiado avergonzada como para pedirle que se quede más.

—Nos vemos mañana.

Deseo que se quede mientras miro su hermoso rostro. Él parece dudar y, por un momento, pienso que está funcionando.

—¿Qué pasa? —susurro.

«Por favor, que no lo recuerde. Por favor, que lo recuerde.»

—Nada... es solo que me siento como si ya hubiéramos hecho esto antes... un *déjà vu*, ¿sabes?

Sí que lo sé, porque así es como eran nuestras despedidas cuando estábamos juntos. Nunca pasaba la noche conmigo porque yo nunca se lo permitía.

—En fin, adiós.

—Adiós —respondo.

Me preparo una taza de té y me siento en el sofá. Lo perdí una vez por lo podrida que estaba por dentro. Mis mentiras comenzaron a desenredarse una tras otra hasta que él quedó tan aplastado por su tamaño que me miró a los ojos y me dijo adiós para siempre. Recuerdo sentirme aturdida mientras lo observaba marchar, y después durante el resto del día, hasta que me di cuenta de que no iba a regresar. Jamás. Fue entonces cuando las paredes de mi dique emocional comenzaron a desmoronarse a mi alrededor. El sufrimiento que experimenté fue muy potente y abrasador durante los seis primeros meses, y dominaron cada día como un dolor de garganta. Después de eso se convirtió en un dolor constante, en una ausencia que nunca abandonaba mis huesos.

«Caleb se ha ido, Caleb se ha ido, Caleb se ha ido...»

Incluso ahora que ha regresado a mi vida, todavía siento su ausencia. Sé que mi tiempo con él es robado, y pronto el feroz dolor comenzará otra vez. Será solo cuestión de tiempo que descubra nuestro pasado y mi ristra de mentiras.

Decido aprovechar el momento. Si tengo poco tiempo, debo pasar con él tanto como pueda. Tomo el teléfono y tecleo el número de su apartamento. No responde, así que dejo un mensaje en el contestador pidiéndole que me devuelva la llamada, cosa que hace unos diez minutos después.

—¿Olivia? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien, todo bien. —Hago un gesto para apartar la preocupación, como si pudiera verme—. Voy a ir a tu casa —añado con rapidez—. Preferiría no estar sola, y de todos modos me has prometido una cena.

Aguardo conteniendo el aliento. Hay una pausa durante la cual aprieto los labios y cierro los ojos con fuerza. A lo mejor tiene planes con Leah.

—Genial —dice al fin—. ¿Te gusta el bistec?

—Me encanta la carne. —Me encojo cuando se ríe—. Dame la dirección.

Escribo la serie de carreteras y calles que recita de un tirón y aparto el bolígrafo a un lado. Conozco el edificio que está describiendo. Es la clase de sitio que no puedes evitar mirar cuando cruzas el canal para llegar hasta la hilera de cafés elegantes y *boutiques* que bordean la playa. Tiene al menos treinta pisos, un pedazo de inmueble que reluce como Oz.

Cuando llego, le entrego las llaves de mi Escarabajo al aparcacoches y entro en el frío vestíbulo.

Un portero me da la bienvenida. Sus ojos comienzan por mis pies y suben con lentitud hasta mi cara. He visto esa mirada un millón de veces en los amigos de Caleb. Yo estaba entre ellos, pero no era una de ellos. Sus ojos estaban acostumbrados a Louboutin y Gucci, así que, cuando yo aparecía con ropa corriente, sus miradas me pasaban de largo, como si los aburriera. La mayoría de sus conversaciones empezaban así: «Cuando estuve de vacaciones en Italia el año pasado...»; o bien: «El nuevo barco de vela de papá...».

Yo era la que escuchaba en silencio, ya que nunca había salido de Florida, y menos aún en una goleta de recreo del holgazán de mi padre. Era la clase de hombre que lanzaba sus botellas de cerveza vacías a la fortuna de otros hombres.

Cuando me quejaba a Caleb de aquello, él me instruía en el arte del esnobismo.

—Míralos como si conocieras sus secretos y te resultaran aburridos.

La primera vez que miré por encima del hombro a una heredera, ella me preguntó dónde había comprado mis zapatos.

—En las rebajas —respondí—. Es gracioso, ¿verdad? Nuestros zapatos son idénticos, pero el precio que has pagado por los tuyos podría dar de comer a un país pequeño durante un mes.

Caleb se había atragantado con su cóctel de gambas, y la heredera no había vuelto a hablarme nunca más. Yo había sentido un poder enfermizo. No es necesario ser rica e importante para intimidar a alguien, tan solo hay que

juzgarlo.

No miro directamente al portero, sino que pestañeo con rapidez en su dirección, como si me estuviera molestando. Sonríe.

—¿Está de visita, señorita?

«¿Está de visiiiiita, señoriita?»

—Caleb Drake —respondo—. ¿Podrías decirle que Olivia está aquí?

Justo entonces oigo que se abre la puerta del ascensor y el portero asiente con la cabeza en dirección a alguien por encima de mi hombro.

—Olivia —dice Caleb, y me pone una mano en la parte inferior de la espalda. Doy un salto ante su tacto, y él le sonríe al portero—. Este tío hace trampas jugando al póquer. Me sacó cien dólares la semana pasada.

El pequeño idiota sonríe como respuesta. ¿Por qué la atención de Caleb convierte a la gente en luciérnagas vivientes?

—¿Señor? Fueron los cien dólares más honestos que he ganado jamás.

Caleb esboza una sonrisita y me conduce hasta el ascensor.

—¿Pasas el rato con los empleados? —pregunto cuando las puertas se cierran detrás de nosotros.

—Juego al póquer con ellos los martes —responde, mirándome de lado—. ¿Qué pasa? Me caen bien. No es broma. Además, no recuerdo a ninguno de mis otros amigos.

Me deja salir del ascensor primero y después me sigue. Tengo la sensación de que me está mirando el culo.

—Es bonito... este sitio.

Él pone cara larga.

—No es muy hogareño, ¿verdad? Es un poco como de macho soltero.

—Bueno, eso es lo que eres, así que te pega.

—Seguro que podría haberme comprado una casa con lo que he pagado por esto.

—Y una camioneta.

Sonríe, y él hace una mueca.

—De eso no estoy tan seguro. Aquí es —añade, deteniéndose en el número 749—. No te sientas intimidada por los techos de cinco metros de altura y los televisores de plasma... impresionan, pero no hay que temerlos.

Lo sigo hasta el interior.

El apartamento es impresionante. El recibidor resulta ser tan grande como mi habitación. Está vacío, salvo por la enorme lámpara de araña que cuelga sobre las baldosas de un color mantequilla cremoso. Me siento como si

tuviera clase por ósmosis. Caleb me conduce hasta el salón, que, tal como había prometido, tiene un techo imposiblemente alto. Toda la pared principal es una ventana, que muestra una vista del océano.

—Y ahora, cuéntame —digo mientras me detengo para admirar un cuadro—, ¿te ha ayudado tu mami a decorar o has encontrado a alguien y ya?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Pero se dice que salí con una decoradora solo para que me hiciera el trabajo gratis.

—¿De verdad?

Extiendo un dedo y toco la portada del enorme atlas que descansa sobre la repisa de la chimenea.

—Aquí está la cocina —dice, conduciéndome hasta una habitación llena de acero inoxidable. Después me lleva hasta un pasillo y se detiene antes de abrir la puerta—. Mi despacho.

Miro por encima de su hombro a una habitación cubierta hasta el techo de estanterías. El estómago me da un vuelco de emoción, y siento la necesidad urgente de orinar. «Libros. Libros maravillosos y magníficos...»

—¿Los has leído todos?

—Espero que no. Eso indicaría que no tenía ninguna vida en absoluto antes de la amnesia.

—No sé —respondo, mientras mis ojos recorren los títulos—. Creo que te gustaría un buen clásico... Tal vez *Grandes esperanzas*.

Lo saco del estante y se lo pongo en las manos. Él hace una mueca, pero no vuelve a dejarlo en su sitio, sino encima del escritorio.

Hay una foto enmarcada de Leah estratégicamente colocada, probablemente por ella, junto al monitor de su ordenador. La fulmino con la mirada. Es una de esas fotografías de estudio con una pose que el fotógrafo ha tratado concienzudamente de que parezca natural. Leah mira ligeramente hacia la izquierda de la cámara y tiene la boca algo fruncida y un tanto abierta. «Bésame, soy una puta preciosa», dice en blanco y negro.

—Algún día quiero tener un despacho enorme —comenta, siguiendo mis ojos hasta la foto de Leah—. Más libros (que no leo), una chimenea, y una de esas puertas grandes y arqueadas con aldabas pesadas.

—¿Vas a colgar esa foto en tu nuevo despacho? —le pregunto.

Duele verla ahí, tan fijada en su vida. Caleb se encoge de hombros y me mira con interés.

—Depende. La chica del marco podría ser diferente. La verdad es que me gustan las morenas. —Le hago una mueca—. Y aquí está mi habitación...

Sus sábanas son de seda negra, y están arrugadas en la cama sin hacer. Siento náuseas al pensar en todas las mujeres que habrán estado entre esas sábanas.

—¿Dónde está el baño? —digo con voz débil.

Me conduce hasta el cuarto de baño a través de la habitación y me observa cuando lo contemplo boquiabierto. Hay una ducha con seis cabezales diferentes, y una bañera hundida en la que cabrían con facilidad cinco personas. Hasta hay una pequeña barra con botellas de vino construida en una esquina. Se ríe ante mi expresión.

—Esta también es mi habitación favorita.

—Vaya —respondo.

—Bueno, si alguna vez pasas aquí la noche, puedes tener el privilegio de utilizarla.

Toda la sangre se acumula de golpe en mi cabeza.

Acabamos volviendo al salón. Me desplomo en el sofá mientras Caleb va a por una botella de vino de la cocina. Regresa con dos copas equilibradas en una mano y una botella de tinto en la otra. Llena las copas y me entrega una, rozándome los dedos con los suyos en el proceso.

Cuando desaparece de la habitación para comenzar con la cena, me trago el vino como si fuera un chupito y vuelvo a llenarme la copa. Estoy esperando a medias que Leah o sus recuerdos aparezcan en cualquier instante, y no quiero estar sobria cuando eso ocurra.

—¿Puedo ver ese anillo que compraste para tu dulce novia? —pregunto cuando vuelve a entrar en la habitación. No sé por qué lo hago, pero estoy segura de que el vino me ha vuelto más atrevida.

—¿Por qué quieres ver el anillo? —replica, mirándome por debajo de las pestañas.

«Hum, ¿porque quiero ver lo que podría haber sido mío?»

—Curiosidad. Soy una chica y me gustan las joyas. No tienes que enseñármelo si no quieres.

Sale de la habitación y regresa con una pequeña caja azul. Tiffany's... qué predecible.

—Vaya, vaya —digo mientras abro la tapa. Es simplemente enorme. La joya más bonita y ofensiva que he visto jamás. Bueno, aparte de Cammie, claro...—. Esta cosa necesita su propio código postal.

—Pruébalo.

Empuja la caja hacia mí, pero mi mano la aparta de forma automática.

—¿No da mala suerte probarse el anillo de otra persona?

—Mala suerte para la novia, creo —se burla.

—En ese caso... —respondo mientras lo tomo—. ¡Espera! —Aparto la mano—. Tienes que declararte primero.

Le devuelvo la caja y me reclino en mi asiento, esperando el espectáculo.

—Todo tiene que ser un teatro contigo, ¿verdad? —dice mientras se levanta y me da la espalda—. Pide y recibirás.

Cuando se da la vuelta otra vez, sus facciones están nerviosas e inquietas.

—Bravo —lo felicito mientras aplaudo.

—Olivia —comienza. Lo miro fingiendo sorpresa, y entonces de pronto se pone serio... o eso parece. Contengo el aliento—. Tu lugar está conmigo. ¿Me crees?

Siento que mis glándulas sudoríparas se abren. Sin respirar, asiento con la cabeza. Se suponía que íbamos a reírnos, pero no suena divertido, suena como algo que repetiré en mi cabeza hasta dentro de muchos años, cuando esté sentada sola en una habitación llena de gatos.

—¿Quieres casarte conmigo, Olivia? Eres la única mujer que sé cómo amar. La única mujer que quiero amar.

No hinca una rodilla en el suelo, y no hace falta que lo haga: ya estoy balanceándome en el borde de un colapso emocional. Sé que se supone que tengo que darle alguna respuesta. Trato de recurrir a mi ingenio, pero tengo la mente tan seca como la boca.

El vino habla por mí. Lo beso, porque está cerca y no hay otra respuesta que sea lo bastante buena. Es solo un roce de los labios, cálido y apresurado. Él se queda paralizado y me mira fijamente, con las cejas arqueadas en señal de sorpresa.

—Te habría dado diamantes hace una semana de haber sabido que ibas a reaccionar así. —Me encojo de hombros, y él me levanta el dedo y examina el diamante de Leah—. Parece...

—Tonto —termino por él—. Venga, toma. —Tiro del anillo, que choca contra mi nudillo. Vuelvo a probar. Está... atascado—. ¡Mierda! —gimoteo—. Lo siento mucho, Caleb. Ha sido una idea estúpida.

—No te disculpes. Lo más probable es solo que tus dedos estén hinchados. Espera un rato y ya probaremos más tarde.

Y entonces desaparece en la cocina para ocuparse de la cena, y yo me quedo en el sofá con media botella de vino y el anillo de Tarta de Fresa en el dedo.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes pensar de una forma tan distinta a la de antes? —le pregunto mientras cenamos sentados en la mesa de su comedor. La cabeza me da vueltas a causa del vino, y siento la lengua peligrosamente suelta—. No te gusta el anillo que elegiste antes de la amnesia, no te gusta tu novia... ni tu apartamento. ¿Cómo puede la misma persona ser alguien completamente diferente?

—Nadie ha dicho nada de que no me gustara mi novia. Lo que hubiera podido ser mi gusto antes no lo es ahora.

—Entonces, ¿la amnesia te ha convertido en una persona diferente?

—A lo mejor, o a lo mejor la amnesia ha revelado que no soy la persona que fingía ser.

Tiene razón. Durante los años que desapareció de mi vida, se transformó en un soltero profesional, hasta con las cursis sábanas de seda. No era mi Caleb, el que había dejado esa mancha de pintura púrpura en mi techo.

—¿Quieres a Leah?

Las palabras salen de mi boca antes de que tenga la oportunidad de tragármelas. Mi boca sabe amarga.

—Es un encanto... muy amable y sofisticada. Siempre dice lo correcto en el momento correcto. Pero no me veo capaz de invocar las cosas que se supone que tengo que sentir por ella.

—A lo mejor esos sentimientos nunca estuvieron ahí.

—¿Alguna vez piensas que a lo mejor te estás pasando de la raya?

Baja los cubiertos y apoya los codos sobre la mesa.

—Oye, solo somos dos extraños conociéndose. Todavía no hay ninguna raya.

Me aparto de la mesa y cruzo los brazos. Mi humor se ha agriado como leche caducada, y tengo ganas de discutir.

—Hagamos una tregua —dice, levantando las manos. Antes de que pueda aceptar, toma nuestros platos y se apresura a entrar en la cocina. Lo ayudo a meterlos en el lavavajillas, y entonces Caleb saca un poco de hielo del congelador y me lo pone sobre el dedo.

Observo con ojos lánguidos mientras sus dedos trabajan. Su siguiente movimiento casi hace que me desmaye. Está tratando de explicarme las reglas del fútbol, y yo estoy fingiendo que me importan, y entonces toma mi dedo y se lo mete con suavidad en la boca. El anillo se desliza con facilidad esta vez. Caleb se lo quita de los labios y vuelve a meterlo en la caja sin decir palabra. Se lo lleva de nuevo a la habitación y yo cierro y abro el puño.

—Tengo que irme —digo mientras me levanto.

—No lo hagas —pide.

Mi móvil comienza a sonar, y aparto los ojos de los suyos para escarbar en mi bolso. Casi nunca me suena el teléfono. Solo lo tengo para emergencias y para Cammie. Espero ver su número al mirar la pantalla, pero en vez de eso es el de Rosebud.

—¡Alguien ha entrado en tu apartamento! —grita cuando contesto.

—Cálmate, Rose, no te entiendo... ¿qué?

—¡Alguien ha entrado en tu casa! —chilla, como si le hubiera pedido que subiera el volumen en lugar de hablar con claridad.

Sacudo la cabeza, que sigue aturdida por el vino. Entonces lo comprendo. Alguien ha entrado en mi apartamento.

—Enseguida llego. —Cuelgo y miro a Caleb—. Alguien ha entrado en mi apartamento —explico, y Caleb toma las llaves de su coche.

—Yo te llevo —dice, acompañándome a la puerta. Conduce más deprisa de lo que yo lo haría, y doy las gracias por ello. Pienso en *Pickles*, por quien me he olvidado de preguntar a Rosebud, y rezo en silencio para que esté bien. Caleb me conduce hasta mi puerta, donde esperan dos agentes de policía.

—¿Eres Olivia Kaspen? —pregunta el mayor de los agentes. Tiene la mirada seria y la cara picada por la viruela.

—Sí. ¿Y mi perra?

Trato de mirar detrás de ellos, pero sus cuerpos uniformados crean una barrera entre la puerta y yo.

—¿Podemos ver alguna identificación? —Me saco el carné de conducir del bolso y se lo entrego. Satisfecho, el agente se aparta a un lado—. Tu vecina tiene a tu perra —dice con algo más de amabilidad.

Suelto un suspiro de alivio. Compruebo que Caleb sigue detrás de mí y atravieso el umbral de la puerta. No sé qué es lo que espero ver, pero no es eso. Todo lo que querría robar un ladrón sigue en su sitio: el televisor, el reproductor de DVD y el estéreo.

Pestaño confusa y entonces mis ojos captan el caos antes conocido como mi casa. Todo está destrozado. Todo. Las fotos, los adornos, las lámparas... todo hecho añicos. Han rajado el sofá, y su relleno se ha derramado como vómito blanco. Me oigo producir un sonido que es mitad sollozo y mitad gemido. Caleb me toma la mano, y yo me aferro a él. Avanzo de habitación en habitación, con los ojos sangrando lágrimas mientras examino los daños, o más bien la aniquilación de todo lo que poseo. Mi mesita de centro es el

único mueble que no está roto; sin embargo, el intruso se ha tomado el tiempo de tallar la palabra «ZORRA» en la madera.

—Esto no parece un robo —oigo que Caleb le dice a uno de los agentes. Me meto en la habitación antes de poder oír su respuesta. Paso por encima de mi ropa mutilada y voy hacia el armario.

La caja de mis recuerdos está tirada del revés en el suelo. Me pongo de rodillas y comienzo a rebuscar entre las cosas, pasando los dedos por cada objeto con alivio mientras lo recupero. Casi todo está aquí. Casi. Me presiono los ojos con las palmas y me balanceo sobre las piernas. ¿Por qué? ¿Por qué? Solo una persona querría lo que ha desaparecido. Es la hija del diablo, es malvada, con su pelo rojo y unos motivos tan grandes como el culo de Úrsula, la bruja del mar.

Mi cabeza gira de forma automática en dirección a Caleb. Tiempo. No tengo tiempo. Sin duda, ahora está de camino a su apartamento, aferrando la evidencia entre sus manos. Comienzo a temblar. No estoy preparada. No puedo decir adiós todavía.

—¿Señorita? —El agente de policía se encuentra junto a la puerta del armario, mirándome desde arriba—. Necesitamos que rellene un informe, para saber lo que se han llevado.

Veo que Caleb pasa junto a él y camina con cuidado esquivando mis pertenencias destrozadas. Me levanta del suelo y me lleva de vuelta hasta el salón. Sus manos son como anclas en mis brazos.

Siento la furia burbujeando detrás de mis ojos, mi nariz y mi boca. Se extiende por mis miembros, bailoteando por mi abdomen. Quiero sujetar a esa zorra por su flacucho cuello de pollo y apretarlo hasta que explote. Trato de recuperar la calma y me giro hacia el policía.

—No se han llevado nada —digo, señalando el televisor con la mano—. Esto no ha sido un robo.

—¿Conoce a alguien que pudiera querer hacer algo parecido, señorita Kaspén? ¿Algún exnovio, tal vez? —añade, lanzando una mirada hacia Caleb.

¿Conozco a alguien? Aprieto los dientes. Podría contárselo todo justo aquí, justo ahora; darle una buena paliza a esa zorra.

Caleb me mira con atención. Abro la boca para decir algo, pero él se me adelanta.

—Cuéntales lo de Jim, Olivia —dice con suavidad.

¿Jim? No... Jim jamás haría algo tan preciso. No, este ha sido el trabajo

de una mujer. Los detalles son impecables.

—No ha sido Jim —replico—. Vamos a por *Pickles*.

Después de que los agentes se marchen, Caleb me toma la mano y dice con ternura:

—Quiero que te quedes en mi casa esta noche.

No tengo ninguna intención de hacer tal cosa, pero voy a permanecer en silencio hasta que pueda trazar un plan. Cerramos con llave y nos dirigimos al apartamento de Rosebud, donde *Pickles* se lanza hacia mí histérica y rabiosa. Rosebud cloquea a mi alrededor como una mamá gallina, tocándome y pinchándome hasta que le sujeto ambas manos y le aseguro que me encuentro bien.

—Espera aquí —dice, y desaparece en la cocina.

Sé lo que va a pasar. Desde el momento en que me vio por primera vez, Rosebud decidió que yo necesitaba que cuidaran de mí. Su primer regalo fue un cuchillo de caza deslustrado que había pertenecido a su querido y fallecido Bernie.

—Si alguien entra en tu casa, utiliza esto.

Había atacado con el cuchillo a modo de demostración, cortando el aire, y después me lo había entregado por el mango. Me sentí honrada y mortificada, pero acabé guardando el cuchillo debajo de mi cama.

Ahora, cada vez que me ve, entra corriendo en su apartamento para buscar algo medio comido o algún objeto usado con cariño que ha apartado para mí. Nunca tengo el valor de rechazar nada.

Sale de la cocina tambaleándose con una enorme bolsa de naranjas y me las pone contra el pecho. Caleb levanta una ceja en actitud interrogativa y yo me encojo de hombros.

—Gracias, Rosie.

—No es nada. —Me guiña un ojo, y después, con un susurro muy alto, dice—: Róbale el corazón a este chico. Haz que se case contigo.

Levanto la mirada hacia Caleb, que está fingiendo examinar los bordados enmarcados de Rosie. Está intentando no sonreír. Le doy un beso a Rosebud en la mejilla arrugada y nos marchamos. Caleb toma las naranjas y me lanza una sonrisa que no comprendo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Cuéntamelo...

Se encoge de hombros.

—Ella... y tú. Ha sido muy bonito.

Me ruborizo.

Nos metemos en el coche y entramos en la carretera. Cuento las farolas, tratando de pensar en una forma de alejarlo de Leah. Cuando tomamos la salida hacia su casa, estoy maldiciendo entre dientes. Estamos a unas manzanas de su enorme edificio, y si no quiero que me pille, tengo que hacer algo... y rápido.

—¿Puedes parar?

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —Niego con la cabeza mientras él conduce hasta una plaza comercial—. ¿Olivia?

Aparcamos de forma atolondrada en el aparcamiento de un sitio de comida rápida, y estoy pensando inapropiadamente en un granizado. Entonces se me ocurre una idea.

—¿Podemos ir de camping? ¿A ese sitio que viste en la revista?

«¿Después de pedir un granizado?», añado en mi cabeza.

Caleb frunce el ceño y yo me apago en mi asiento. Va a decirme que no, que soy rara y que estoy loca.

—Por favor —suplico, cerrando los ojos—. Tan solo quiero estar lejos, muy lejos...

«... de Leah y de la verdad.»

—Es un trayecto de ocho horas. ¿Estás segura de que quieres hacer eso?

Abro los ojos de golpe y asiento con la cabeza ferozmente.

—Puedo pedir unos días en el trabajo. Podemos comprar lo que necesitamos cuando lleguemos allí. Pero vámonos... por favor.

Está dando vueltas a la idea en su cabeza, puedo verlo en los lentos movimientos de sus ojos. Se mira las manos, luego a mí, al volante, y entonces asiente con la cabeza.

—Vale. Si eso es lo que quieres...

Envío a Dios mi más profundo agradecimiento y sonrío.

—Es lo que quiero. Gracias. Vayámonos ya, ahora mismo.

—¿Ahora? ¿De verdad quieres irte sin nada?

—Bueno, de todos modos no tengo nada que llevarme; ya has visto mi armario. Hagamos que sea una aventura.

Caleb hace girar el coche y yo me reclino en mi asiento, con ganas de llorar.

«Tan solo un poco más... por favor, Dios... tan solo dame un poco más de tiempo.»

La carretera se extiende como regaliz ante nosotros. Caleb abre las ventanas, permitiendo que el viento entre, toqueteándonos con sus dedos. Estamos dejando atrás Florida. Dejando atrás mi casa vandalizada y a la amante vengativa de Caleb. Estoy a salvo... por ahora.

—¿Caleb? —Alargo el brazo para tocar el suyo—. Gracias.

—No me las des —responde con suavidad—. Esto es para los dos.

—Vale —respondo, aunque no tengo ni idea de lo que quiere decir—. Oye, ¿podemos parar a por un granizado?

Hacemos el trayecto de ocho horas hasta Georgia en siete. Durante la mayor parte del viaje, permanecemos en un silencio cómodo. Me preocupo por Leah y el desastre que he dejado en mi apartamento. Comienzo a mordirme las uñas, pero Caleb no deja de apartarme las manos de la boca. Busco algo con lo que darle la lata, algún mal hábito o alguna manía molesta, pero todos sus ángulos están bien pulidos.

Me quedo dormida y, cuando despierto, Caleb ha desaparecido. Levanto la cabeza para mirar por la ventana y veo que nos encontramos en una parada. Vuelvo a acurrucarme y espero a que regrese. Lo oigo llegar, caminando con rapidez por el asfalto. Se preocupa por ser lo más silencioso posible con la puerta y las llaves, para no despertarme. No pone en marcha el coche de inmediato, y puedo sentir sus ojos sobre mi cara. Aguardo, preguntándome si me despertará para preguntarme si necesito ir al baño. Pero no lo hace. Al final, el motor cobra vida con un zumbido y oigo que la mano de Caleb cambia la marcha cerca de mis rodillas.

Llegamos a Quiet Waters Park justo cuando el sol teñido de rosa se está despertando de su letargo. Los árboles llevan sus trajes de otoño, unos intensos naranjas, rojos y amarillos. Damos botes sobre la gravilla mientras Caleb conduce hacia la entrada del parque. Siento una pizca de mi engaño al ver el parque, que está igual que la última vez que vinimos. Me pregunto consternada si alguien me reconocerá de nuestro último viaje, pero descarto la idea por ser absurda. La última vez que estuvimos aquí fue hace tres años, y las posibilidades de que los mismos empleados sigan encargándose del campamento son ridículas, por no mencionar el hecho de que veían cientos de caras todos los años. Caleb aparca junto a la oficina de alquiler y apaga la radio.

—Hace frío aquí —digo entre risas, abrazándome las rodillas al pecho.

Él pone los ojos en blanco.

—Esto es Georgia... no Michigan.

—Aun así —replico con astucia—. No tenemos mantas ni ropa, así que a lo mejor debemos usar el calor corporal para mantener la temperatura. — Abre mucho los ojos. Me río de su reacción y lo empujo por la puerta abierta—. ¡Vamos! —le indico, señalando la oficina.

Caleb da unos pasos vacilantes hacia atrás, todavía mirándome con fingida sorpresa, y después se vuelve y corretea hasta la pequeña estructura.

Me arrellano en mi asiento, orgullosa de haber sido tan lanzada.

Caleb sale del edificio unos diez minutos después con una mujer mayor detrás de él. Cuando Caleb llega hasta el coche, ella levanta una mano y se despide de él como si fuera una celebridad. Sus carrillos se agitan como fundas de almohada, y suelto una risita. Siempre está haciendo amigos... o consiguiendo admiradores. Al parecer, la amnesia no lo cambia todo en una persona.

—Las tiendas de campaña no están permitidas —me dice—, pero tienen estas estructuras que alquilan. Parecen tiendas, pero son más grandes y tienen suelos de madera.

Eso ya lo sabía. La primera vez que me engañó para venir aquí, me dijo que íbamos a estar en una cabaña de lujo. Yo hice las maletas emocionada por salir de Florida, algo que nunca había hecho, y me pregunté si nuestra «cabaña» tendría chimenea. Cuando aparcamos en los terrenos, miré a mi alrededor en busca de la cabaña, con expectación.

—¿Dónde está? —le había preguntado, estirando el cuello para ver entre los árboles. Lo único que veía eran estructuras con aspecto de tipi. A lo mejor las cabañas estaban en el interior del bosque. Caleb me había sonreído y había aparcado el coche delante de uno de los tipis. Se rio cuando mi cara se volvió blanca—. Pensaba que nos íbamos a quedar en una cabaña —había dicho, cruzando los brazos por delante del pecho.

—Créeme, esto es acampar a lo pijo, Reina. Normalmente tienes que montar tu propia tienda, y el suelo es solo una lona delgada debajo de ti.

Solté un gruñido y miré la tienda con tristeza. Me había engañado. Pero, a pesar de mi horror inicial, resultó ser el mejor fin de semana de mi vida, y me hice adicta para siempre a las acampadas «a lo pijo».

—Vamos a comprar abrigo —dice Caleb, subiendo la calefacción. Asiento con la cabeza y miro por la ventana, satisfecha.

Encontramos unos grandes almacenes a unos pocos kilómetros y dejamos a *Pickles* en el coche. Caleb me rodea con un brazo mientras corremos hacia las puertas. La gente nos mira como si tuviéramos antenas saliendo de la

cabeza. Algunos de ellos van en pantalón corto.

—Hace un frío ártico aquí —le comento a Caleb, que sonrío como si fuera tonta.

—Para ellos no.

Estoy congelada, a pesar de que fuera hay al menos diez grados, y me pregunto cómo será estar en la nieve. Pienso en preguntarle a Caleb por la nieve, pero entonces me acuerdo de que no guarda ningún recuerdo de ella.

Nos dirigimos hacia el departamento de ropa. Caleb encuentra unos jerséis a juego con gatitos en la parte delantera que dicen: «Me encantan los gatitos de Georgia».

—Vamos a ponernos esto —dice, metiéndolos en el carrito.

Los miro mortificada y niego con la cabeza.

—¿Cómo se supone que va a estar guapa una chica llevando algo así?

Él me pellizca la nariz.

—Estarías guapa con una tela de saco y barro.

Aparto la mirada para ocultar mi sonrisa.

Llenamos el carrito de ropa interior, pantalones de chándal y calcetines, y después nos dirigimos hacia los pasillos de la comida.

Para cuando nos ponemos en la cola para pagar, tenemos comida suficiente para dos semanas. Caleb saca la tarjeta de crédito y se niega a aceptar mi dinero. Nos ponemos los jerséis junto al estante de las revistas gratuitas del vestíbulo y después corremos hacia el coche con nuestras bolsas.

—El desayuno —dice Caleb, lanzándome una lata de cacahuets tostados.

Hago una mueca.

—Estoy segura de que he visto un McDonald's por ahí.

Le devuelvo la lata.

—¡Ni de broma! —replica, y me la pone contra el pecho—, vamos a hacer esto bien. ¡Cómete los cacahuets!

—Hacer esto bien —murmuro—. ¿Por eso has comprado un calefactor eléctrico?

Me mira con el rabillo del ojo y veo una sonrisa tirándole de las comisuras de los labios. Siempre le ha gustado que le hablara con chulería.

Aparcamos en nuestro camino de entrada de gravilla temporal a eso de las nueve y comenzamos a meter nuestros suministros en la tienda. Me instalo dentro, quito las etiquetas a los nuevos sacos de dormir y los dispongo en lados opuestos del pequeño espacio que compartimos. Echo un vistazo al exterior y veo a Caleb colocando troncos para hacer un fuego. Tras observar

un rato sus fuertes brazos tirando y empujando, acerco más los sacos de dormir. Más me vale estar tan cerca de él como sea posible... mientras todavía pueda.

En cuanto el fuego está vivo y chisporroteante, cada uno toma una botella de cerveza medio fría y nos ponemos cómodos sobre nuestras sillas de playa con franjas con los colores del arcoíris.

—Y bueno, ¿esto te resulta familiar? —le pregunto, acariciándole la cabeza a *Pickles*.

Él frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No, pero me siento bien. Me gusta estar aquí contigo. —Suelto un suspiro. A mí también—. ¿Qué vas a hacer con tu apartamento? —pregunta sin mirarme.

—Empezar de nuevo, supongo. En realidad, no quiero pensar en ello... es deprimente.

Quito la tapa a la lata de cacahuets tostados y saco uno.

—Podríamos empezar de nuevo los dos. —Le quita el tapón a otra botella de cerveza y se la lleva a los labios. Lo observo en silencio, esperando a que continúe—. Voy a comenzar a vivir mi vida tal como quiero vivirla —me dice—. En realidad no estoy seguro de quién era antes del accidente, pero, por lo que parece, no era muy feliz.

Me bebo el resto de la cerveza y me seco la boca con el dorso de la mano. Me pregunto de forma ociosa si la razón por la que no era feliz era yo. ¿Tal vez, justo antes del accidente, todavía estaba afectado por mi traición?

Pienso en Leah y me pregunto si estará esperándolo en su apartamento, aguardando para abrirme como el huevo podrido que soy. A lo mejor tendría que haber dejado que ocurriera. Habría acelerado lo inevitable. Podría decírselo ahora mismo, pero entonces tendría que compartir un coche con él de vuelta a Florida. Ocho horas de tortura. Me lo merezco. Abro la boca, con la verdad ardiendo detrás de mis labios para salir. Puedo decirlo todo con rapidez y después ponerme a cubierto. Jugueteo con la idea de llamar a Cammie para que venga a buscarme. Miro a Caleb justo cuando él se pone de pie y se estira.

—¿Sabes dónde está el baño? —pregunta, rascándose el pecho.

Señalo un edificio que yace como un cartón de huevos mugriento en mitad del campamento. Es un baño común, y apesta a lejía. Lo observo hasta que desaparece en el interior y voy hacia el coche para buscar la bolsa de comida de perros que hemos comprado. Estoy rebuscando en el asiento

trasero cuando oigo un traqueteo. Me levanto y miro hacia delante. Su teléfono móvil está tirado en el suelo del asiento del copiloto. Está vibrando y, desde donde estoy, puedo ver el nombre de Leah en la pantalla. Echo un vistazo por encima del hombro para comprobar que Caleb todavía esté en el cuarto de baño y tomo el teléfono.

Diecisiete llamadas perdidas... todas de Leah. ¡Uf! De verdad está yendo a por mí. Veo mi apartamento destrozado en mi mente y me estremezco. Si Caleb ve cuántas veces lo ha llamado, le devolverá la llamada con toda seguridad. Es una persona demasiado considerada como para dejar que se preocupe. Cierro los ojos; no puedo dejar que eso ocurra. Presiono el botón de encendido y observo la pantalla mientras se vuelve negra. A continuación me meto el teléfono en el bolsillo.

—¿Olivia? —El corazón me late con tanta fuerza que puedo sentirlo hasta en las rótulas. ¿Ha visto lo que he hecho? Abro la boca para poner alguna excusa, pero entonces me interrumpe—. Vamos a dar un paseo —dice.

Un paseo.

—¿Un paseo?

—Te servirá para entrar en calor.

Me tiende una mano y se la tomo.

Otra vez he escapado de lo inevitable. Aprieto los dientes mientras caminamos. Todo este asunto de escapar por los pelos está comenzando a aburrirme. El teléfono de Caleb parece una bola de culpa contra mi muslo. Rezo para que no vea el bulto y me aseguro de que camine en el lado opuesto a donde lo escondo.

Más tarde, cuando volvemos a nuestra tienda, le digo que tengo que llamar a mi jefa.

—Necesito decirle que no voy a poder trabajar en unos días —le explico.

—Claro. Tómate tu tiempo. Yo voy a... eh...

Señala la colina con el dedo.

—¿Pasear por ahí?

Me río. Él hace una mueca y se marcha. Espero hasta que está a una distancia segura y me dirijo hacia el lago. Mis zapatillas se hunden en el barro, produciendo desagradables sonidos de succión.

Mi mensaje para Bernie solo me lleva un minuto. Le explico brevemente que han entrado en mi casa y le prometo llamarla en unos pocos días. Presiono el botón de colgar y miro por encima del hombro. Caleb no se encuentra en ningún lugar visible, así que me saco su teléfono móvil y lo

enciendo. Hay dos mensajes. Presiono la tecla del buzón de voz y me llevo el teléfono a la oreja. Una voz pide la contraseña. Mierda. Tecleo su fecha de nacimiento, pero la voz me dice que la contraseña es incorrecta. Pruebo su año de nacimiento y... ¡bingo!

Primer mensaje:

—Caleb, soy Leah. Mira... tenemos que hablar, en serio. Tengo noticias muy interesantes para ti. Es sobre tu nueva amiguita, Olivia... no es quien tú piensas. Devuélveme la llamada tan pronto como puedas. —Hay una pausa, y entonces—: Te quiero.

El segundo mensaje lo dejó treinta minutos después del primero:

—Soy Leah otra vez... estoy empezando a preocuparme. Estoy en tu casa, y parece que te hayas marchado a toda prisa. De verdad que tengo que hablar contigo, cariño. Llámame.

Hago una mueca y cierro la tapa del teléfono. Tiene una llave del apartamento. ¿Por qué no sospeché que tendría una llave? Probablemente estuvo husmeando en su apartamento mientras Caleb estaba en el hospital después del accidente. ¡Lo más seguro es que esa zorra ya haya visto el anillo!

Fulmino el móvil con la mirada, sopesando mis opciones. Tiene que desaparecer. Es o el teléfono o yo.

Bajo la pequeña inclinación de tierra que conduce hasta el borde lodoso del lago y observo a los mosquitos mientras bailan como si estuvieran borrachos por encima de la superficie.

«Leah.» Observo el móvil de Caleb. «Todavía no.» Y entonces lo tiro al agua.

—Olivia, ¿has visto mi móvil?

Estoy agachada sobre una lata de judías, tratando de manipular el abrelatas barato que hemos comprado. Se me caen ambas cosas.

—Mierda —digo, esquivando la mancha marrón que se dirige por el suelo hacia los dedos de mis pies.

Caleb saca otra lata de nuestras provisiones y la abre para mí. Vierte el contenido en la olla.

—Puedes utilizar mi móvil. Está ahí, sobre mi saco de dormir.

Caleb da dos zancadas hacia donde estoy señalando y se pone en cuclillas.

—Juraría que estaba en el coche...

—A lo mejor se te cayó cuando fuimos a comprar —sugiero por encima del hombro.

—Sí... —Contengo el aliento mientras marca, y rezo para que no esté llamando a Leah—. Mamá —oigo que dice, y me desplomo contra *Pickles*, aliviada—. No, no. Estoy bien. Tan solo quería hacer un pequeño viaje... ¿de verdad? ¿Qué es lo que quería? —No se me había ocurrido que Leah pudiera llamar a los padres de Caleb—. Ah, pero ¿no te dijo por qué? Bueno, pues volveré en un par de días, así que ya hablaré con ella entonces... Sí, mamá, estoy seguro. Yo también te quiero.

Observo su cara con atención. Parece preocupado.

—Eh —digo, quitándole el teléfono de la mano para meterlo en mi bolso—. Ven a flirtear conmigo mientras caliente estas judías.

Le tomo la mano y tiro de él hacia el enchufe.

Durante los siguientes cuatro días, nos quedamos cómodamente en nuestra tienda, aunque la temperatura baja hasta los cinco grados. Comemos fideos instantáneos y nos peleamos sobre quién duerme junto al calentador portátil. Cuando oscurece en el exterior, juntamos nuestras sillas de playa y nos envolvemos en mantas para observar el fuego.

Caleb no deja de sacar el tema de que no he rellenado mis solicitudes para la facultad de Derecho, y yo respondo pinchándolo con que no le ha pedido matrimonio a Leah. Para cuando nos metemos por la noche en nuestros sacos de dormir individuales, los dos tenemos sonrisas estúpidas pegadas a la cara. Cada noche, Caleb inicia una conversación que hace que me cosquilleen los dedos de los pies bajo los cuatro pares de calcetines.

—¿Olivia?

—¿Sí, Caleb?

—¿Vas a soñar conmigo esta noche?

—Cállate.

Y entonces suelta esa risa tan bonita y sexy que tiene.

Capítulo once

El pasado

—¿Me quieres?

—Perdona... ¿qué?

—¿Me quieres? Es una pregunta bastante sencilla. ¿Preferirías que te la hiciera en otro idioma? —Giró hasta pasar de estar boca arriba a estar boca abajo, y se elevó por encima de mí—. *M'aimez-vous? Você ama-me tanto como o amo?*

Caleb, que hablaba francés y portugués de forma fluida, estaba alardeando. La hierba debajo de mi espalda comenzó a picar como su pregunta.

Llevábamos saliendo exactamente un año, y yo había conseguido con éxito esquivar, ignorar y posponer la respuesta a esa pregunta. Era muy difícil aplicar esas técnicas cuando Caleb Drake se encontraba a unos centímetros de tu cara, mirándote fijamente con sus intensos ojos. Respiré hondo para calmarme y pensé en los millones de niños muriéndose de hambre en África. Estábamos de acampada en Georgia, para gran disgusto mío. Me sentía cansada y sudorosa, y vestía los mismos pantalones que el día anterior. Llevábamos allí veinticuatro horas, y lo único que había obtenido, además de esa pregunta tan obtusa, era un millón de picaduras de bichos y dolor muscular.

—Cuando regrese a casa, voy a apadrinar a uno de esos niños de Kenia —le digo, rascándome la rodilla—. Ya sabes... como en esos anuncios caritativos. —Caleb me lanza una mirada extraña—. Te... te... quiero... invitar a un helado —añado, retorciéndome bajo su mirada—. Y quiero darme una ducha caliente y ponerme ropa limpia.

—¿Olivia? —dijo con voz de advertencia.

—Caleb —repliqué, imitando su tono. Él me miró frunciendo el ceño, y yo aparté la mirada. No era como si yo estuviera escondiendo el vino de Caná. Él tampoco me había dicho «te quiero» a mí, aunque me hacía esa pregunta muy a menudo—. ¿Por qué siempre me preguntas eso?

Solté un suspiro y arranqué una brizna de hierba del suelo. Comencé a romperla en pequeños trocitos y a lanzarlos a la brisa.

—¿Por qué nunca me respondes?

—Porque es una pregunta difícil.

—En realidad es sí o no. Tienes un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar.

Si de verdad fuera tan fácil... ¿Lo quería en ese momento? Ya lo quería desde el primer momento... el momento en que nuestras vidas se cruzaron por primera vez. Pero no podía decirle eso; no sabía cómo hacerlo, y cada vez que lo intentaba las palabras se me quedaban atascadas en la garganta.

—Me estás presionando.

Lo aparté de mí, me senté y me limpié las manos en los pantalones. Caleb se puso en pie, comenzó a pasearse, y después se dio la vuelta para mirarme. Estaba echando humo.

—Nunca te he presionado para hacer nada.

Noté que se me ponía la cara blanca. Tenía razón. Era muy mezquino decirle algo así a un hombre de veintitrés años que nunca se quejaba cuando su novia siempre se detenía al llegar a la segunda base.

—Estás tratando de hacerme decir algo que no estoy preparada para decir —dije con voz ahogada, apartando la mirada.

—Estoy tratando de averiguar adónde vamos. Olivia. Ya sé que me quieres. —Lo fulminé con la mirada, aturdida, y él se encogió de hombros—. Pero el hecho de que no seas capaz de decirlo... es un problema. Yo te quiero.

Me tembló el labio, por patético que pudiera parecer. Sentí que el pecho me subía y bajaba en un esfuerzo por respirar. Me quería.

—No puedes decirlo porque no confías en mí —continuó—. Y si no confías en mí, no puedo estar contigo.

Sentí que el pánico se hinchaba en mi pecho. ¿Me estaba amenazando? Seguía elevándose como una torre por encima de mí, así que me puse en pie. No sirvió de mucho, porque medía treinta centímetros más que yo.

—Te odio —dije, y él comenzó a reír.

—Peleas como una niña. No voy a discutir contigo.

Y entonces se marchó, dejándome al mismo tiempo completamente desconcertada y zumbando emocionada por esa nueva información. Me quería. Me desplomé sobre la hierba y miré al cielo con una sonrisa.

Más tarde, cuando me cansé de estar enfurruñada junto al lago, volví a nuestra tienda y me quedé ahí, deprimiéndome. Caleb todavía no había vuelto del lugar al que se había marchado, y me estaba empezando a entrar hambre. Estaba rebuscando entre nuestras provisiones cuando entró por la solapa de nuestra bonita tienda. Nuestros ojos se encontraron, y entonces solté el

paquete de *pretzels* que tenía en las manos. Pasaba algo malo, había problemas escritos en su cara. ¿Es que iba a romper conmigo en ese momento? Me preparé y pensé algunas cosas desagradables para decirle.

—Estás muy consentida.

—Soy huérfana —señalé—. ¿Quién hay que pueda consentirme?

—Soy yo quien te consiente. Te permito salirte con la tuya con demasiadas cosas. Te doy rienda suelta, y tú te aprovechas.

—No soy tuya, así que no puedes darme rienda suelta —dije, mirándolo con los ojos entrecerrados—. Hay que ser muy gilipollas para decir algo así.

Me di la vuelta, pero él me sujetó de la muñeca y tiró de mí.

—Sí que eres mía —replicó, llevándome contra su pecho y manteniéndome allí. Lo miré fijamente, con la boca abierta.

—No. —Negué con la cabeza, pero ya no estaba tan segura de lo que estábamos hablando. Mis muñecas eran pequeñas, y estaban sujetas con tanta fuerza por sus grandes manos que ni siquiera me molesté en tratar de liberarme—. Suéltame.

Él me sujetó con más fuerza. Estábamos tan cerca que podía sentir su aliento sobre mi cara.

—Entonces, ¿de quién eres? —me desafió.

—De mí misma. No soy tuya, ni de nadie más... jamás voy a serlo.

Me sentía irritable y estúpida, pero levanté la nariz en el aire de todos modos y lo fulminé con la mirada. Los ojos de Caleb eran fríos y afilados. Se rio de mí, una risa profunda y gutural. Entonces me devolvió la mirada y dijo:

—Eres la dueña de tu propio cuerpo, ¿verdad?

—Sí —escupí.

Una furia ardiente como la lava estaba entrando en erupción en mi interior. Me sentía lista para mandarlo a la mierda.

—Entonces no tendrás ningún problema en controlarlo —terminó, y yo lo miré fijamente con ojos furiosos... confusa.

—¿Qué?

Me soltó las muñecas, o más bien las tiró a un lado, pero, antes de que pudiera moverme, me había sujetado por la cintura y estaba llevándome hacia él.

Me besó, pero no fue un beso normal de Caleb, sino un movimiento feroz de su boca sobre la mía. Estaba controlando mi boca de tal forma que no podría haberle devuelto el beso aunque hubiera querido. Mis manos empujaron su pecho, tratando de apartarlo como si fuera una roca, pero fue

inútil.

Mi cuerpo comenzó a palpar en respuesta a su contacto. Era tan poderoso que estaba segura de que iba a partirme por la mitad. Seguí el ritmo de sus labios y le devolví los besos, presión por presión, mordisco por mordisco. Se separó de mí justo cuando le había pillado el tranquilo y me sujetó un mechón de pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás para tener acceso a mi cuello.

Se apartó de mí y, por un segundo, pensé que había ganado yo. Pero, en lugar de retroceder, me tomó la camiseta por el cuello y, de un tirón, la rasgó desde la parte superior hasta la inferior. Mis brazos sin fuerza no hicieron ningún movimiento mientras la camiseta caía al suelo. Miré a Caleb fijamente, con incredulidad, y él volvió a sujetarme y comenzó a besarme los hombros, pasando los labios por mi clavícula. Me quitó el sujetador con un movimiento de los dedos, y de pronto mis piernas perdieron la voluntad de sostenerme. Caleb me levantó desde detrás de las rodillas, me puso boca arriba y se colocó encima de mí. A esas alturas, yo ya no oponía ni una pizca de resistencia. Mi mente había dejado de funcionar; había dejado de inventar excusas. Estaba enredada en el momento, y por una vez no me importaba.

—¿Sigues teniendo el control? —me dijo contra el pelo, mientras sus manos subían por mi muslo. Lo rodeé con mi cuerpo y asentí con la cabeza contra su cuello. Por supuesto que sí. Estaba tomando la decisión consciente de seguir adelante con lo que estábamos haciendo. Deseaba con desesperación que simplemente se callara y siguiera con ello—. Párame —añadió—. Si tienes el control, entonces párame.

Su mano se encontraba entre mis muslos en esos momentos, y pararlo era lo último que deseaba hacer. Le clavé las uñas en los brazos como respuesta. Caleb me sujetó la cinturilla de los pantalones y me los bajó. Todo estaba borroso; todo, salvo lo que quería que sucediera.

—¿De quién eres? —preguntó.

«¿Qué? ¿No habíamos dejado ya esto atrás?»

Abrí los ojos y levanté la mirada hacia él, comenzando a comprender lo que estaba sucediendo. Caleb todavía tenía toda la ropa puesta, mientras que yo estaba tirada en el suelo en bragas; había perdido el control por completo. Estaba jugando conmigo. Dejé el cuerpo rígido y lo miré a la cara.

—¿De quién eres? —repitió con más suavidad, situando la palma sobre el punto donde se encontraba mi corazón.

Él llevaba la razón. Tenía mi corazón, y cualquier otra parte de mi cuerpo

que estuviera unida a él. No estaba siendo machista; me estaba diciendo algo. Pensé en ceñirme a mi primera reacción, pero la adulta de mi interior forcejeaba para escapar.

—Tuya.

Dejó de moverse, y pude sentir la parte posterior de su espalda subiendo y bajando mientras respiraba. Estábamos mejilla contra mejilla, con sus brazos descansando a ambos lados de mi cuerpo. En un enorme movimiento, se separó de mí y aterrizó sobre sus pies como un gato.

—Gracias.

Se alisó el cuello de la camiseta y después salió de la tienda y me dejó ahí, en el suelo, con nada puesto salvo las bragas.

Rompí a llorar.

Capítulo doce

El presente

—¿Qué temperatura hace fuera, cinco grados bajo cero?

Me estremezco y me froto los brazos. Es nuestro último día, y una bola de temor ha establecido su residencia en mi estómago.

—Hay al menos diez grados —dice, entregándome un vaso de poliestireno lleno de café. Yo frunzo el ceño y vuelvo a entrar en la tienda para hacer el equipaje. Estoy doblando ropa cuando oigo su voz—. Olivia, tenemos que hablar.

Miro por encima de mi hombro, con recelo. Está haciendo girar el anillo de su pulgar... siempre una mala señal. Suelto un suspiro. «¿Será por el teléfono?», me pregunto.

—Claro.

Estoy balanceándome en el borde mismo del desastre, y puedo sentir nuestro tiempo deslizándose entre mis dedos como si fuera arena. Recuerdo la advertencia de ese violador repulsivo fuera de la tienda de música: «El cielo está rojo... significa que habrá problemas».

Rojo, rojo, rojo... como el pelo de Leah.

Lo sigo al exterior, con el café todavía en la mano. Él se apoya en el capó de su coche.

—¿Qué pasa?

Trato de sonar tranquila mientras voy junto a él.

—¿Qué está pasando aquí, Olivia? ¿Qué estamos haciendo?

—Estamos de acampada —declaro, pero no obtengo ni media sonrisa. ¿Qué quiere que le diga? ¿Qué es lo más seguro?—. Estamos... No lo sé, Caleb. ¿Qué quieres que diga?

Niega con la cabeza, y parece decepcionado. ¿Se supone que tengo que confesarlo todo? Antes de que pueda abrir mi boca mentirosa, él se me adelanta.

—¿No se te ocurre nada que puedas decir? —me pregunta, y yo niego con la cabeza. ¿Por qué siempre miento? De verdad, es como una enfermedad—. Está bien, entonces...

De forma inesperada, en lugar de presionarme para que diga algo más, comienza a recoger nuestras cosas: los sacos de dormir, la ropa, a *Pickles*. Las mete todas en el coche, de una en una, de dos en dos, y lo único que

puedo hacer yo es observarlo con la boca abierta. Pero claro, ¿qué puedo decir?

«Quiero estar contigo, Caleb. Estos pocos días han sido como un sueño. Te quiero más con cada segundo que paso contigo.»

Estoy arrinconada. A regañadientes, entro en el coche y me meto las manos frías bajo las axilas. Caleb sube la música al máximo y me ignora. Estoy muy enfadada. Pienso en todas las cosas que podría hacer para cabrearlo, pero soy demasiado cobarde para intentar alguna de ellas. El antiguo Caleb tenía mucho carácter, y si este chico lo ha heredado, no quiero averiguarlo.

Las colinas se vuelven terreno llano mientras Georgia se funde con Florida. Bajo el volumen de la radio mientras atravesamos Tallahassee y giro el cuerpo hasta estar de cara a él a medias.

—Caleb... hálame. —Veo que un músculo en su mandíbula se tensa, pero aparte de eso no obtengo nada de él—. Por favor... hálame —sigo intentando. Esto va a ser más difícil de lo que esperaba, así que decido probar una nueva táctica—. ¿Por qué estás siendo tan sensible? ¿No te digo lo que quieres oír y ahora te pones de mal humor?

Con eso lo consigo. Toma la salida más cercana, girando a la derecha en el último segundo. Oigo un gruñido de *Pickles* cuando se desliza por el asiento trasero.

Estamos en mitad de la nada, solo hay árboles y la carretera delante de nosotros. Caleb se dirige hacia las puertas de lo que parece un aparcamiento. Solo hay tres plazas, y están todas desiertas. Entra en una de ellas y pisa el freno. Este lugar da muy mal rollo. Me muevo con nerviosismo y lo miro a la cara.

—¿Qué estamos haciendo? —vuelve a preguntar.

—Yo...

Miro por la ventana, desesperada por encontrar una forma de escapar. Está tratando de hacerme hablar sobre mis sentimientos; algo que no puedo hacer con tantas mentiras. A pesar de mi miedo a la oscuridad, salgo del coche de un salto.

—¿Adónde vas? —pregunta, abriendo la puerta para seguirme. Antes de que yo pueda cerrar la puerta, rodea el coche hasta donde estoy y me arrincona. Trato de escapar de él, pero entonces me presiona contra la puerta con su cuerpo y pone ambas manos a cada lado de mi cabeza. Estamos nariz con nariz, y veo que vuelve a echar humo—. ¿Qué? ¿Estamos? ¿Haciendo?

—insiste.

Me retuerzo, pero no tengo ningún lugar a donde ir. Pongo las manos sobre su pecho. De todas formas, ¿por qué está intentando sonsacármelo? Juraría que este es el antiguo Caleb, no el cervatillo amable con el que he estado tratando.

—Vale, vale. Pero tienes que salir de mi espacio personal...

Se aparta unos pocos centímetros, así que aprovecho la oportunidad para pasar por debajo de su brazo.

Ignoro sus llamadas y me concentro en poner un pie por delante del otro. Me dirijo hacia la más completa oscuridad, pero parece mejor que la alternativa. Necesito pensar durante un momento, así que camino hasta que ya no puedo oír el zumbido de la carretera. Estoy en el bosque... no, estoy en un bosquecillo de naranjos. Reconozco las fragantes flores blancas que salpican los árboles. Huelen a Caleb, por supuesto, porque todo en mi maldita vida tiene algo que ver con Caleb. Le doy una patada a un árbol.

Puedo oír unos pies moviéndose sobre la tierra detrás de mí, así que me detengo. Podría contárselo todo ahora, de modo que cuadro los hombros y me preparo para luchar. Caleb sale de la oscuridad como un hermoso fantasma. Cuando me ve, se detiene de golpe. Nos miramos fijamente el uno al otro, y entonces cruzo los brazos por encima del pecho.

—¿Qué estamos haciendo? —digo, repitiendo su pregunta—. Estoy tratando de escapar de mi vida miserable y solitaria. Soy... —Respiro hondo antes de continuar—. Soy una mentirosa y una mala persona. Te he mentado, y...

Tarda tres segundos en llegar a donde estoy. Me oigo jadear mientras me sujeta contra un árbol. Se encuentra a unos centímetros de mi cara, con los brazos sobre el tronco para impedirme escapar.

—Para —me dice—. Para ya. —Lo miro a los ojos y después aparto la vista. ¿Por qué me lo pone todo tan difícil? Tan solo quiero soltarlo ya—. Mírame —ordena, y eso hago—. Estás poniendo excusas, y estás jugando conmigo —añade.

—No. Yo...

—Sí. Lo. Estás. Haciendo. Y me da igual lo que hayas hecho. Tan solo dime lo que sientes.

Parece tan enfadado que me encojo contra el árbol, hasta que siento la corteza clavándoseme en la espalda. Quiere una respuesta honesta, pero estoy bastante segura de que en realidad hace falta ser una persona honesta para dar

una de esas. Me paso la lengua por los labios, pensando... pensando. Tengo un millón de pensamientos cada día, y todos son sobre Caleb. Lo único que tengo que hacer es obligarlos a salir por mi boca.

—Quiero que me beses.

No parece sorprendido.

—¿Qué más?

Sus labios... lo único que puedo ver son sus labios, tan gruesos y sensuales. Mi respiración está vergonzosamente acelerada. Si me inclino hacia delante solo un poco, nuestros labios se rozarán. Pero sé por años de experiencia que no va a darme lo que quiero hasta que yo le dé lo que él quiere.

Mi tozudez entra en acción. Giro la cabeza hacia un lado, pero él vuelve a dejarla donde estaba con un pequeño movimiento del dedo.

—Olivia... —me advierte. Sus ojos están abriendo agujeros en mi cabeza. Puedo sentir el calor de su pecho bajo las puntas de mis dedos, y sé que su corazón está latiendo tan rápido como el mío—. Dilo, Olivia. Maldita sea, por una vez, dilo.

Está mirándome los labios, esperando. Pienso en mentirle. No me gusta lo directo que se ha vuelto de pronto; me sentía muy cómoda cuando jugábamos.

—Quiero... que tú... —Busco la palabra, pero no logro encontrarla—. ¿No podrías besarme primero y después ya vemos lo que siento?

Hace eso de meterse la lengua entre los dientes, y me mira la boca como si estuviera planteándose. Casi me da un colapso allí mismo. Mueve las manos, deja un antebrazo sobre el árbol encima de mi cabeza, y me rodea la cintura con el otro brazo.

Nos encontramos cara a cara, con nuestras frentes tocándose. Respiro con rapidez, y mi pecho sube y baja con expectación. Soy un cliché andante, y estoy llena de mariposas, cosquilleos y calor que forman un remolino en mi interior en la forma del deseo más fuerte que he experimentado jamás.

Estoy sujetando su camiseta con los puños y la aferro con más fuerza.

—¿A qué estás esperando?

«¡Maldito tonto amante de los juegos y de las pelirrojas!»

Entrecierra los ojos, y me entran ganas de besar las arrugas que se le forman a los lados. Su voz suena áspera y expuesta cuando habla.

—Si te beso, no voy a parar.

Cierro los ojos. Es una amenaza, pero una buena.

—No voy a pedírtelo —susurro contra sus labios.

En el momento en que siento sus labios rozándome los míos, quiero morirme. Me mordisquea el labio inferior y se aparta. Mis manos abandonan su pecho y le rodean el cuello.

—Has dicho que nada de juegos.

Sonríe contra mi boca. Estoy de puntillas, presionándome contra cada cálido centímetro de su cuerpo. Un beso suave... dos... otro mordisqueo; sus besos se parecen mucho a su personalidad. Le gusta provocar, alternando entre rápido y lento, fuerte y suave. Estoy empezando a acostumbrarme a su ritmo cuando su lengua se desliza en el interior de mi boca y produzco un vergonzoso sonido jadeante. Él vuelve a sonreír, y es tan sexy que lo beso con más fuerza.

Unos pocos besos más ligeros como plumas, y entonces me ataca con todas sus fuerzas. Nuestras bocas chocan como dos nubes de tormenta furiosas. Sus manos ascienden por mi abdomen.

Comienzo a devolverle el ataque, porque yo también estoy loca. Lo beso por todas las veces que no he podido besarlo, y por las veces que ha estado besando a Leah en lugar de a mí. Lo beso porque lo he estropeado todo, y podría haber tenido esto todos los días. Entonces se separa para besar el punto sensible de mi nuca.

—Olivia —me dice al oído, y yo me estremezco ante su tono de voz. Cuando su voz suena tan baja, sé que está hablando en serio. Los dos respiramos con fuerza—. ¿Me quieres?

Me quedo paralizada, y un escalofrío me sube por la columna vertebral. Él me toma la barbilla y la hace subir. Sé que si no le respondo, se marchará. Quiero de verdad ser honesta con él, contarle cuánto tiempo hace que lo quiero, y por qué lo quiero, pero lo único que puedo emitir es un débil susurro:

—Sí.

—Dímelo —insiste él, y yo aprieto los dientes. Me zarandea—. Dímelo. ¿Cómo sabe lo que siento como para decírselo?

—¡Te quiero! —le grito.

Parece como si acabara de darle un bofetón. Ahora sí que me he convertido en una puta loca. Llevo la mano hasta su cintura y le desabrocho el botón de los vaqueros. No se lo esperaba.

Está paralizado, y su cuerpo entero se tensa. Lo beso y trato de fundir su resistencia. Funciona, y entonces me responde como una oleada. Se separa de

mis labios para quitarse la camiseta, y vuelve a atacarme con tanta rapidez que apenas tengo tiempo de respirar.

Dudosa, llevo las manos hasta él para tocarlo, y sus músculos se tensan bajo las puntas de mis dedos. Es hermoso, con sus hombros anchos y su cintura estrecha. Aparto las manos, no muy segura de mí misma. Caleb me sujeta las muñecas y vuelve a llevar mis manos hacia su piel. Él es un experto y yo soy una novata; está demasiado claro para los dos. Me guía, controlando el momento. Me quita la camiseta para besarme los hombros y me desabrocha el sujetador. Me quito las bragas.

Él se aparta.

Y entonces me mira. Me siento mortificada. Es un momento salvaje y masculino, y le permito tenerlo porque yo nunca lo he hecho. Me siento como si estuviera expuesta al mundo. Nunca he dejado que nadie me vea desnuda.

Cuando ya tiene suficiente, me atrae hacia él.

—Dios, Olivia —dice contra mi cuello.

Estoy de un rojo ardiente. No sé lo que sus palabras significan, así que me aparto para mirarle la cara. Sus ojos han cambiado. Ya no están calmados y risueños; puedo ver la urgencia y la lujuria. Tengo mucho miedo de este momento.

Me levanta del suelo con un grácil movimiento y entonces siento la fría hierba cosquilleando bajo mi espalda. Puedo oler las flores de los naranjos en el aire. Me enrosco a su alrededor, esperando.

Se toma su tiempo para entrar en mí. Mis ojos están clavados en los suyos, y los míos se ensanchan con cada centímetro. No sabía que la sensación sería así. Quiero gemir. Quiero clavarle las uñas en la espalda y rodearlo con las piernas, pero soy demasiado orgullosa como para hacer ninguna de esas cosas. Observa mi cara, fascinado. Está esperando una reacción, pero mi reacción está entera en mi interior, donde no puede verla... donde la estoy escondiendo.

Sale de mí y después vuelve a entrar. Me succiona el labio inferior y se ríe en mi boca. Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Eres de esas chicas.

No sé lo que quiere decir, pero no estoy segura de que me importe... me gusta demasiado.

Me toma las muñecas y las sujeta por encima de mi cabeza.

—Relaja las piernas.

Por primera vez en mi vida, hago lo que me dice. Y de repente, la

sensación es incluso mejor. Presiono los labios y giro la cabeza hacia un lado para esconder mi cara de él. Caleb me pasa los dientes por el lóbulo de la oreja y se me pone la carne de gallina.

—Mírame —dice con voz áspera. Lo hago, y él se mueve con más fuerza. Se me entrecorta el aliento. Sigue con más fuerza... y estoy respirando como si acabara de correr una maratón—. Me encantas.

Eso me deja desarmada. Algo parecido a un gemido se pierde en su clavícula mientras presiono la cara contra su pecho. Cuando levanto la mirada, tiene una expresión de triunfo en la cara.

—¿Así es como puedo hacerte gemir?

Tras eso, me dice cosas sucias de verdad al oído. Ha encontrado mi debilidad, y emito sonidos de los que me arrepentiré hasta el día que muera.

Me siento subiendo, pero no quiero que termine ya. Caleb tiene control total y completo de mi cuerpo y de mi mente. No me gusta la sensación de no tener el control. Cuando baja la cabeza hasta mi hombro, aprovecho la oportunidad para ponerme encima de él. Me deja dirigir nuestros movimientos durante unos pocos minutos antes de tomar el control de mis caderas. Pero los dos podemos jugar a esto, así que me agacho para decirle algo al oído.

—Más fuerte, Caleb... No pares...

Sus ojos se cierran y sus dedos se clavan en mis muslos. Siento una pequeña victoria hasta que vuelve a ponerme boca arriba.

—No planeaba hacerlo.

Mi orgasmo pone el punto a su frase.

No emito ningún sonido.

No hablamos durante el trayecto de vuelta a casa. Caleb me ayuda a limpiar el desastre de mi apartamento. Llenamos tres gigantescas bolsas de basura con los restos de lo que era mi vida, tirando platos rotos y vasos en una y los jirones de mi ropa en otra.

Trabajamos en silencio, con la radio sonando con suavidad de fondo. No dejo de detenerme en mitad de lo que estoy haciendo para pensar en lo que ha sucedido entre los naranjos.

Saboreo unas lágrimas saladas en los labios cuando saco la lámina de Thomas Barbey de su marco agrietado. Tan solo es una lámina, pero sigue siendo mía, y me encantaba. Antes de que pueda arrugarla, Caleb la rescata de entre mis manos y la aparta a un lado.

—Esto podemos arreglarlo —dice, pasando un dedo por mi mandíbula.

Cuando encuentro la antigua figurita de porcelana de mi abuela hecha añicos en el suelo, me encierro en el cuarto de baño para llorar. Caleb, sintiendo la importancia de la pastorcilla pintada a mano, me deja tranquila y se deshace en secreto de todo a excepción de la cara de la figurita, que milagrosamente ha permanecido intacta. La encuentro después, envuelta en un pañuelo desechable y metida en una caja de cosas salvadas por los pelos que piensa que querría conservar.

Cuando todo lo que era mío yace en diez bolsas de basura junto a la puerta delantera, Caleb me da un abrazo y se marcha. Me apoyo contra la ventana que da al aparcamiento y lo observo caminar hasta su coche. Siento una violenta soledad; siento como si mis pulmones se estuvieran cerrando. Me aprieto las sienes con ambas manos. No puedo hacer esto. No puedo seguir mintiendo. Es demasiado bueno. No se merece las cosas malas que hago, y se merece oír la verdad de mí, no de Leah...

Corro hacia la puerta y la abro de golpe.

—¡Caleb, espera!

Casi ha llegado a su coche, pero entonces se detiene y se da la vuelta. Corro hacia allí, sin preocuparme de llevar solo un viejo jersey de fútbol, y me lanzo contra él.

—Siento haber sido una persona tan horrible —digo, presionando la cara contra su pecho—. Lo siento mucho.

—¿De qué estás hablando? —Me toma la barbilla y me levanta la cara para que lo mire—. Eres una buena persona.

—No, no lo soy. —Muevo la cabeza con violencia de un lado a otro—. Soy mala de verdad.

Me sonrío, frotándome la espalda como si fuera una niña. A continuación se agacha y siento sus labios sobre mi cuello. Me besa de forma suave e íntima.

—¿Por qué no dejas de decir eso sobre ti? —Se ríe con suavidad—. Me gustas mucho, Mala de Verdad.

Sus pies comienzan a moverse al ritmo de alguna canción silenciosa, y yo me muevo al unísono. Soy consciente del aire contra mis piernas desnudas, de la calidez de sus manos sobre mi espalda y entrelazadas con mis dedos.

—Esto es lo único que me importa, Olivia.

—Cambiarás de idea —le digo—. Cuando te... des cuenta de quién soy.

—Ya sé quién eres.

Niego con la cabeza, y las inevitables lágrimas se acumulan detrás de mis párpados.

—No sabes nada.

—Sé todo lo que necesito saber. Silencio.

Así que cierro la boca y me trago mi confesión... otra vez. Puedo sentir la verdad presionando con fuerza contra el tiempo. Pero, ahora mismo, Caleb está tarareando *Yellow*, y los dos estamos bailando bajo el cielo, enredados y juntos por última vez. Que se lo diga Leah. Yo seguiré siendo una cobarde.

Más tarde esa misma noche, estoy en albornoz secándome el pelo con una toalla cuando oigo un brusco golpeteo en la puerta.

Tiro la toalla a un lado y abro la puerta del todo, esperando ver a Caleb.

—Hola, Olivia.

Leah.

Me está sonriendo con calma, como si fuéramos viejas amigas.

—¿Qué demonios haces aquí?

Lo digo más para mí misma que para ella, pero Leah parece divertida de todos modos.

Me aparto a un lado para dejarla pasar.

Está jugueteando con su pelo, enredando un mechón en uno de sus dedos blancos y lechosos. Entra paseándose con tranquilidad y examina la habitación.

—Has limpiado.

Levanto las cejas, aburrida. Si ha venido a pelear, no me interesa.

—¿Y bien? —digo—. ¿Qué es lo que quieres?

—Ah, he venido para hacer un trato contigo.

Me mira con expectación, entrecerrando sus ojos con forma de nuez.

Apesta a perfume caro y ropa nueva. La observo mientras se sienta con ligereza sobre el brazo de mi sofá, como si fuera demasiado buena para sentarse de verdad en él. Parece una figurita de porcelana de una tienda de segunda mano. Camino hasta donde está y la miro a la cara.

—Dime lo que hayas venido a decir y lárgate —ordeno.

Ella se aclara la garganta, un delicado sonido como de gorjeo, y une las manos sobre su regazo.

—Estoy segura de que a estas alturas serás consciente de que ciertas cosas incriminatorias están en mi poder.

—Soy consciente de que me has robado las fotos y las cartas, sí —logro decir.

—Ha sido muy inteligente lo que has hecho con Caleb. —Saca una caja de cigarrillos marcada con un monograma de su bolso y abre la tapa—. Cuando comenzamos a salir me dijo que eras manipuladora, pero ¡madre mía!

Deja caer un cigarrillo sobre la palma de su mano y pasa el pulgar por la rueda de su mechero. Recuerdo a Jim haciendo lo mismo, pero he perdido mi fascinación por el proceso.

—Olivia, eres como un mal resfriado que no termina de largarse. Pero vas a hacerlo, y vas a dejarnos en paz a mí y a mi prometido.

—No es más prometido tuyo de lo que es mío —la atajo—. De hecho, por lo que yo sé, hay un anillo de compromiso en el cajón de sus calcetines que no planea ponerte en el dedo nunca.

La observo con satisfacción mientras el color desaparece de su rostro.

—Si no hubiera habido un accidente, si tú no hubieras aparecido, yo estaría llevando ese anillo ahora mismo. ¿Sabes por qué? Porque me eligió a mí. Te dejó y siguió adelante conmigo. Tú no eres más que una pequeña distracción. No significas nada para el Caleb de verdad.

Está jadeando, y sus ojos arden como su estúpido pelo.

Siento una pólvora que se enciende en mis venas. No sabe nada sobre Caleb. Yo soy la chica de la que se enamoró primero. Yo soy quien más daño le ha hecho. Los corazones rotos, las lágrimas y el arrepentimiento me atan a él. Por Dios, es un lazo más fuerte del que ella tendrá jamás con él.

—Si me consideras tan intrascendente, ¿por qué estás aquí?

Piensa en ello.

—Estoy aquí para ofrecerte una salida.

Observo sus labios escarlata con recelo mientras se curvan alrededor del cigarrillo.

—Te escucho.

—Si Caleb descubre cómo te has aprovechado de él... bueno, estoy segura de que sabes lo que pasará. —Suelta la ceniza sobre mi mesa de centro estropeada—. Si dejas de verlo, si desapareces, no se lo contaré.

—¿Que no se lo contarás? —Me burlo de su elección de palabras de niña de guardería y pongo los ojos en blanco—. Va a saber lo que hice cuando regresen sus recuerdos. ¿Qué diferencia supondrá para mí si se lo dices ahora o si lo descubre más tarde?

—Podrás marcharte por elección propia. Conservando algo parecido a la integridad. Piensa en ello, querida, vas a quedar humillada cuando descubra

tu mentirijilla. Habrá un enfrentamiento, lágrimas y un dolor que tardará mucho mucho tiempo en sanar. No te confundas. No me importas una mierda; es a Caleb a quien quiero proteger.

—Por alguna razón me resulta difícil creer que tu única preocupación en este asunto es Caleb —replico con voz débil.

Ella se pone en pie, tira la colilla de su Charleston sobre mi alfombra y la apaga con el pie.

—Tú eres la zorra egoísta, Olivia. No confundamos las cosas. Yo jamás haría lo que tú has hecho. ¡Jamás!

Sus palabras me escuecen con su verdad. Incluso esta mujer enfermiza jamás habría engañado a la persona que quería. Me siento tan horrorizada por sus palabras que doy un paso amenazador hacia ella.

—Cuando lo conocí, todavía seguía tratando de superar el dolor que le causaste. —Me señala con un dedo—. Tardé un año en hacerle ver que no valías la pena. ¡Un año! —sisea—. No eres más que basura, ¡y no voy a dejar que vuelvas a acercarte a él! ¿Me comprendes?

La comprendía. A lo mejor, si hubiera luchado por él como ella estaba haciendo, todavía seguiríamos juntos.

Suelto un suspiro. Si rechazo su oferta, irá directamente a él con sus pruebas. Sí, podría hablar del apartamento destrozado y el chantaje, pero comparando sus crímenes con los míos soy yo la que queda en un mal lugar. Yo soy diarrea, y ella es tan solo una mala indigestión. ¿Y qué hay de Caleb? Seguramente se alejaría de Leah si supiera lo que ha hecho, pero eso lo dejaría herido y solo. ¿Qué clase de monstruo sería yo si lo dejara herido... otra vez? Sobre todo si es para hacer daño a Leah. Si desaparezco, acabará olvidándose de mí. Ya lo hizo una vez.

Me doy por vencida.

—Vale. Lárgate.

Camino hasta mi puerta y la abro sin mirar a Leah. Quiero que se vaya, que se largue de mi casa y que se largue de mi vida. No hay otra persona que haya odiado más, aparte de mí misma. Se detiene antes de salir y me mira a los ojos, zorra a zorra.

—Yo siempre gano.

Tira un sobre a mis pies y se marcha.

Cierro la puerta de golpe y después le propino una patada. Doy vueltas por mi apartamento, gritando cada taco que se me ocurre. Ha llegado el momento de que lo olvide. Siento como si el corazón fuera a explotarme a

causa del dolor. Me deslizo por la pared y me llevo las rodillas al pecho. Tengo que salir de aquí, de este lugar que está saturado de Caleb. «¡Eso es!», decido. Voy a marcharme y no volveré jamás.

Capítulo trece

El pasado

Conocí a la víbora a la que Caleb llamaba «mamá» el primer día de septiembre, solo un par de meses después de nuestro primer aniversario. Llegamos a la casa de estilo colonial de dos pisos a eso de las cuatro de la tarde. Comencé a retorcerme las manos de inmediato. Caleb aparcó junto a una gran fuente que estaba escupiendo agua de forma maleducada en mi dirección. Aparté la mirada, sintiéndome ya despreciada.

—Solo es una estatua, Reina —dijo Caleb, sonriendo ante mi expresión—. No muerde. Me he metido borracho en esa fuente varias veces, así que lo sé.

Le dirigí una débil sonrisa y rodeé el coche por el camino largo para evitar mirarla.

Caleb me tomó firmemente por el codo mientras nos acercábamos a la puerta. Tenía la clara sensación de que pensaba que iba a irme corriendo. Me entraban ganas de hacerlo.

Mientras la puerta se abría, obtuve un vistazo de lo que su madre pensaba acerca de conocerme. La habíamos pillado con la guardia baja; tal vez habíamos llegado un minuto antes de lo que esperaba. Tenía el ceño fruncido con fuerza mientras miraba a su marido, como si acabaran de intercambiar palabras amargas. Vi que él la miraba con desaprobación y lo supe, tuve una sensación en las tripas de que estaban hablando de mí. Pasaron unos segundos, la discusión quedó oculta bajo la alfombra, y los dos nos sonrieron, dándome la bienvenida a su casa. Permanecí a un lado como un accesorio olvidado mientras Caleb abrazaba a su madre y le daba un beso en la mejilla. Ella me evaluaba incluso mientras le acariciaba el pelo y se maravillaba en voz alta por lo guapo que estaba. Podía saborear su desagrado en la forma que tenían sus ojos de ir hacia mi pelo y volver a mi cara, mientras esperaba educadamente a que su querido hijo nos presentara. Al fin, Caleb le dio a su padrastro una palmada en la espalda, afecto de hombre a hombre, y se giró hacia mí.

—Esta es Olivia —oí que decía.

Sonreí con timidez mientras salía de detrás de sus anchos hombros.

La Madre Querida me miró como si fuera un cadáver podrido y avanzó para darme la mano. Me sentí molesta por su desagrado inmediato hacia mí.

Quería su aprobación. La quería como lo quería a él.

—Caleb, has encontrado a la chica más guapa de Florida —dijo su padrastro, guiñándome un ojo.

Me relajé.

—Me alegra mucho conocerte al fin —añadió la madre, asintiendo tensamente con la cabeza.

Vi que Caleb nos miraba a mí y a su madre, y me encogí internamente. Lo sabía. Bajé la mirada hasta mis zapatos baratos, avergonzada. Los había comprado especialmente para esa ocasión. Deseé ser mejor escondiéndole cosas, deseé haber comprado un par de zapatos más caros.

—La cena ya está casi lista... ¿vamos al comedor?

La madre de Caleb nos indicó que la siguiéramos con un ligero movimiento de muñeca. El camino hasta el comedor fue una tortura. Me sentía como una extraña siguiéndolos al final de la fila. Madre e hijo trotaban delante de mí, con los brazos entrelazados íntimamente mientras ella soltaba risitas ante todo lo que decía Caleb. Su padrastro había desaparecido justo después de que se anunciara la cena, solo para volver a aparecer en cuanto estuvimos sentados a la mesa. Me pregunté con amargura si se darían cuenta si yo desaparecía.

Me senté con rigidez en la silla mientras el padrastro de Caleb me hacía preguntas educadas sobre mis estudios y su madre me sopesaba como un pavo de Acción de Gracias. Luca, como todos la llamaban, medía algo más de un metro cincuenta, tenía el pelo rubio largo y unos llamativos ojos azules. Parecía más la hermana mayor de Caleb que su madre, y sospeché que en alguna parte habría un equipo de cirujanos plásticos a los que darles las gracias por ello. Era una mujer hermosa, bien educada y con sus propias opiniones. Estaba segura de que opinaba que yo no era lo bastante buena para su Caleb.

—¿A qué se dedican tus padres, Olivia? —me preguntó la mujer, y dio un delicado mordisco a su cordero. Yo nunca había comido cordero, y estaba tratando de untar un trozo de la gelatina de menta de color vivo en un pedazo.

—Mis padres están muertos —respondí.

La siguiente pregunta era la que siempre odiaba tener que responder.

—Oh, siento muchísimo oír eso. ¿Puedo preguntar cómo fallecieron?

Miré sus perlas y su pantalón de vestir color crema y quise decir «no, no puedes» con el mismo tono altivo que ella estaba empleando conmigo. En lugar de eso, me mordí la lengua por el bien de Caleb.

—Mi padre se suicidó cuando yo tenía trece años, y mi madre murió de cáncer de páncreas durante mi último año de instituto. Cuando estaban vivos, mi madre daba clases de quinto curso, y mi padre iba saltando de un trabajo a otro.

La madre de Caleb parecía serena, pero vi que sus manos se tensaban ligeramente mientras tomaba su copa de vino. Para ella yo era de baja calaña, una mancha en su vida de alta sociedad. Se sentiría mortificada si me convertía en su nuera.

—¿Cómo lograste seguir adelante?

Esa vez parecía honesta, dulce incluso, y vi lo que Caleb veía: una buena madre.

—Te sorprendería lo que una persona es capaz de conseguir cuando no tiene otra elección.

Caleb me apretó la mano por debajo de la mesa.

—Debe de haber sido muy difícil para ti —señaló la mujer.

—Lo fue.

Me mordí el labio, porque ahora tenía ganas de llorar. Siempre respondía a la dulzura como si fuera una puta mosca de la fruta, y ahora Luca había conseguido desarmarme.

—Caleb, cariño —dijo con el mismo tono meloso—. ¿Has tomado alguna decisión sobre lo de Londres?

«¿Londres?» Lo miré a la cara. Estaba conteniendo el aliento, y sus ojos eran de un ámbar intenso.

—No. Ya hemos hablado de esto.

—Ah, pues sería mejor que te dieras prisa, porque una oportunidad como esa no va a estar ahí para siempre. Además, no veo ninguna razón por la que no debieras ir.

Lanzó una mirada de forma enfática en mi dirección.

—¿Londres? —pregunté en voz baja. Con el rabillo del ojo vi que la mujer levantaba una ceja. Regodeándose.

—No es nada, Olivia —dijo él. Me dirigió una débil sonrisa, y supe que desde luego era algo.

—A Caleb le han ofrecido un trabajo en Londres —explicó Luca, uniendo las manos bajo la barbilla—, en una empresa muy prestigiosa. Y, por supuesto, él sigue considerando Londres su hogar, porque tiene muchos amigos allí, al igual que a la mayoría de nuestra familia. Lo apoyamos mucho si quiere marcharse.

Mi mente se quedó en blanco. Me sentía como si alguien acabara de tirarme un cubo de agua fría sobre la cabeza.

—No quiero ir. —Entonces me miró a mí, solo a mí. Examiné su cara, tratando de decidir si estaba siendo sincero—. A lo mejor, si ya te hubieras graduado, podrías ir conmigo. Sería una posibilidad. Pero, mientras tú sigas aquí, es donde voy a quedarme.

Me quedé paralizada. Acababa de rechazar el plan de su madre delante de mí, y había dejado claro que yo era su prioridad número uno. Si hubiera un altar para Caleb, habría ido a adorarlo alegremente.

—Caleb, no puedes estar hablando en serio. —La cara de su madre se retorció mientras su buena educación luchaba contra su indignación—. Apenas la conoces. No creo que debas tomar una decisión así basándote en una aventura.

—Ya es suficiente —dijo él con calma, pero era fácil ver que estaba alterado. Caleb tiró la servilleta al plato que tenía delante y apartó su silla—. ¿De verdad piensas que si Olivia fuera solo una aventura la habría traído aquí para conoceros?

—Bueno, desde luego no es la primera chica que has traído a casa. Ibas muy en serio con Jessica, y...

—Luca. —La advertencia vino del padrastro de Caleb, que hasta ese momento había estado contemplando toda la conversación en silencio—. Eso no es asunto tuyo.

—Desde luego que mi hijo es asunto mío —escupió ella, levantando su pequeña figura de la mesa—. Me niego a quedarme mirando mientras tira su vida por la borda por una buscona que...

—Vámonos, Olivia.

Caleb me tomó la mano y me levantó de la mesa. Yo tenía una patata a medio masticar en el carrillo. Me la tragué abruptamente y miré a Caleb, cada vez más confusa. ¿De verdad iba a marcharse en mitad de la cena por mí? ¿Debería hacer algo yo?

—Nunca te he hablado con dureza, y no voy a comenzar a hacerlo ahora —le dijo a su madre con calma, aunque por la rigidez de sus hombros y su forma de sujetarme la mano con fuerza sabía que su calma era una farsa. La furia de Caleb hervía bajo la superficie como lava caliente, y cuando entrara en erupción no habría forma de escapar—. Si no aceptas a Olivia, entonces no me aceptas a mí.

A continuación, salió conmigo de la habitación con tanta rapidez que no

pude digerir lo que acababa de suceder.

—¿Caleb? —dije cuando llegamos hasta el camino de entrada. Dejé de caminar, y yo casi me caí al suelo al detenerme de golpe. Antes de que pudiera decir nada más, él me hizo girar como si estuviéramos bailando y me estrechó contra su pecho.

—Lo siento, Reina —replicó, besándome con suavidad en los labios. Sus manos se encontraban sobre mi cara, y sus ojos estaban clavados en los míos con tanta intensidad que me entraron ganas de llorar.

—¿Qué es lo que sientes? —susurré, poniéndome de puntillas para volver a besarlo.

—Lo que ha pasado —explicó, señalando la casa con un movimiento de la cabeza—. Esperaba que se pusiera difícil, pero no hasta ese punto. Su comportamiento ha sido inexcusable. Me siento tan avergonzado que ni siquiera sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Es tu madre, y quiere lo mejor para ti. Lo más probable es que yo también me sintiera recelosa de mí.

—Tú eres mi familia ahora —dijo con seriedad—, y si no son capaces de aceptarlo, que se vayan al infierno.

Me abrazó con fuerza y me condujo hasta el coche. Yo lo seguí, en silencio y temblorosa. Nadie había hecho nunca nada tan tangible para hacerme saber que me quería. La familia de Caleb significaba un mundo para él, y acababa de escogerme por encima de ellos. Me aferré a su mano en el coche, en el trayecto de vuelta a casa, y traté de comprender el sentido de todo aquello.

Cuando llegamos a la residencia, Caleb rodeó el coche para abrirme la puerta. Caminamos hacia mi edificio sin que ninguno de los dos dijera una palabra, pero entonces se detuvo de pronto.

—¿Quieres bailar conmigo? —preguntó, tendiéndome la mano. Mi primer instinto fue mirar a nuestro alrededor, para ver quién pudiera estar observándonos—. No, no hagas eso —dijo—. Aunque sea por una vez, olvídate de lo demás.

Di un paso vacilante hacia él. ¿Podía hacerlo?

Su mano era cálida y se tragó la mía. Caleb me puso la otra sobre la parte inferior de la espalda y me acercó más a él. Podía oír voces. Había gente cerca, e iban a vernos. Respiré hondo y cerré los ojos.

—Sé valiente —me pidió con una sonrisa—. Abre los ojos.

Eso hice. Sus pies comenzaron a moverse, y yo lo seguí de forma

automática. Bailaba muy bien.

—No hay música —señalé. Estaba tratando de ver con el rabillo del ojo quién nos observaba. Caleb comenzó a tararear. Cerré los ojos otra vez, pero en esa ocasión por placer. Su voz era horrible.

Estaba tarareando *Yellow*.

—Aquí fue donde nos conocimos —dijo, acariciándome el cuello con la nariz—. Fue donde comenzaron todos los problemas.

Me estaba provocando, pero para mí sus palabras parecían muy ciertas.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté, con los ojos todavía cerrados—. No deberías haberlo hecho.

—Porque te quiero. Ya entrará en razón, la conozco.

—Eres un buen chico, Caleb Drake.

—Un hombre solo vale tanto como lo que más quiere, ¿verdad?

Me encogí, esperando que eso no fuera cierto. Yo estaba tan podrida como un huevo que llevara un mes caducado.

—Tu madre es muy guapa —le dije al hombro.

Él se rio y me agarró un mechón de pelo, echando mi cabeza hacia atrás hasta que me quedé mirándolo a los ojos.

—Vas a destruirme, ¿lo sabes?

Lo sabía.

Después de que me diera un beso de buenas noches, deambulé hasta mi habitación y me derrumbé en el puf de Cammie. Todo era demasiado bueno para ser cierto, y nada bueno dura jamás. Se nos estaba acabando el tiempo; podía sentirlo. No pasaría mucho hasta que descubriera quién era yo en realidad y no quisiera tener nada más que ver conmigo. Él era luz, y yo, oscuridad.

—Olivia, ¿qué te pasa? —me preguntó Cammie cuando salió del cuarto de baño en una nube de vapor.

—Voy a perderlo, Cam —respondí, escondiendo la cara entre las manos.

—No, no —replicó ella, y se acercó con rapidez para arrodillarse junto a mí—. Te quiere demasiado; todo el mundo puede verlo.

—Ah... a la mierda el amor —declaré, más para mí misma que para ella—. No siempre sobrevive a las cosas malas.

—¿Qué cosas malas? Mira, estás siendo dramática. —Acercó otro puf y se sentó enfrente de mí—. ¿Qué es lo que has hecho?

—Cammie —dije, mirándola horrorizada—. Cosas malas, muy muy malas. Y lo peor de todo es... que no sé si pararé de hacerlo alguna vez.

Mi amiga me miró con simpatía.

—No eres tan mala como piensas. Hayas hecho lo que hayas hecho, Caleb te seguirá queriendo. Tienes que permitir que te quiera, Olivia, y más importante todavía, tienes que quererlo tú también.

Seis meses después, me fui de la residencia para mudarme a mi propio apartamento. Me quedaba solo un semestre de universidad, y estaba deseando que acabara. Caleb y yo habíamos comenzado a hablar con cautela de buscarnos un apartamento juntos cuando me graduara. Se había pasado los últimos seis meses trabajando para su padrastro, y cada vez lo veía menos.

Decidimos hacer un viaje corto juntos. A algún sitio cercano, donde pudiéramos tumbarnos al sol y no hacer absolutamente nada. Nos decidimos por Daytona Beach e hicimos planes para que me recogiera cuando acabase de trabajar. Yo ya había hecho el equipaje y estaba lista desde que terminó mi última clase. Tenía la bolsa de viaje a los pies, y las manos entrelazadas con nerviosismo sobre mi regazo. Quería que el fin de semana fuera perfecto. Había hecho mi primera visita a Victoria's Secret, y había comprado algo que pensaba que le gustaría. Aquella era la noche. Llevábamos juntos ya un año y medio. Cammie había gimoteado con emoción cuando se lo había contado.

—Por fin, estúpida —me dijo, entregándome una enorme caja de condones—. ¿Sabes cómo va todo? Porque puedo enseñarte las cosas básicas.

—Si quisiera consejos de una zorra, llamaría a una línea novecientos —repliqué, tomando la caja. Ella se había reído, pero había empezado a hablar de todos modos.

Caleb no llegó a tocar la puerta. Lo llamé al móvil, pero me saltó el contestador directamente. Él nunca llegaba tarde; siempre llegaba a todas partes al menos con diez minutos de antelación. Traté de contener el pensamiento de que hubiera tenido un accidente, pero al final la preocupación acabó superándome. Llamé al hospital, pero me informaron de que esa noche no había entrado nadie con esa descripción. Pensé en llamar a sus padres, pero teniendo en cuenta cómo había ido mi último encuentro con ellos, no era capaz de obligarme a marcar el número. Dejé el teléfono en su sitio y comencé a mordirme las uñas.

Tan solo quedaba otra opción. Todavía estaba en el trabajo, y había perdido la noción del tiempo. Desde luego, habían estado pasando muchas cosas últimamente, y su trabajo era tan exigente que a veces olvidaba la hora a la que habíamos quedado en alguna parte, o que hacíamos año y medio juntos y se suponía que teníamos que comprarnos gnomos de jardín para

celebrarlo. No estaba enfadada. No me importaba. Tan solo iba a pasarme por su oficina para recordárselo. Sí. Tomé las llaves y bajé la escalera corriendo.

El edificio de oficinas de Fossy Financial se encontraba en el distrito pijo de Ft. Lauderdale, a dos manzanas de la panadería Bonjour Bakery, donde Sylvester Stallone compraba sus cruasanes a siete pavos.

El edificio era también hogar de numerosos servicios que solo la gente pudiente podía permitirse, así que por supuesto había un guardia de seguridad. Me miró a través de unos ojos hinchados que sugerían que había bebido demasiado la noche anterior y soltó un gruñido.

—El edificio está cerrado ya —me dijo con voz irritada.

—Entonces, ¿por qué están las puertas abiertas? —pregunté con descaro, observando a las pocas personas que deambulaban por el vestíbulo. Estaban todos envueltos en sedas de colores crema y trajes hechos a medida. Toda aquella escena apestaba a riqueza de la forma más repulsiva posible.

—Hay una fiesta en el quinto piso... una fiesta privada —señaló con énfasis—. Las puertas están cerradas para todos los clientes.

El estómago me dio un vuelco al darme cuenta de que el quinto piso era el de Caleb. Nunca había llegado a mencionarme ninguna fiesta. Cierto, había tenido una semana especialmente difícil en el trabajo, pero ¿cómo se olvida uno de algo parecido?

—Bueno, pues resulta que yo voy a la fiesta de Fossy —repliqué, utilizando mi mejor voz altanera.

—¿Sí? A mí me parece que no.

Sus ojos estaban recorriendo mis vaqueros y mi camiseta.

—Mi nombre está en la lista, colega —dije con rapidez. Ni siquiera estaba segura de que hubiera una lista—. Ava Lilibet. Compruébalo tú mismo.

Ava era compañera de trabajo de Caleb; él hablaba a menudo de su horrible aliento a ajo y de sus implantes mamarios del tamaño de melones. Saqué pecho, solo por si acaso. Mi presentimiento sobre la lista era correcto, y unos segundos después el guardia de ojos hinchados localizó mi nombre falso en el papel que tenía delante.

—De acuerdo, señorita Lilibet. Puede subir.

No lo miré mientras me volvía y me dirigía hacia los ascensores. Con suerte, la señorita Aliento de Ajo no aparecería aún para desarmar mi tapadera. La subida en ascensor fue una tortura. Cuando oí el «ding», salí y casi me tropecé con mis propios pies. Pestañeeé con sorpresa. No había señal

de escritorios, máquinas de fax ni empleados con cara de póquer. Toda la planta había quedado desprovista de su naturaleza seria, que habían reemplazado con mesas de cena muy elegantes con centros de velas flotantes y copas de cristal pulido. Todas las ventanas de la oficina estaban abiertas para mostrar la impresionante vista del canal de Ft. Lauderdale.

Había gente guapa reflexionando sobre las bandejas de caviar que viajaban por la habitación en manos de sirvientes de guantes blancos. Me pegué a la pared más cercana y comencé a examinar la sala en busca de su cara. Caleb no estaba. No se hallaba junto al grupo de secretarias caprichosas que siempre me mantenían esperando demasiado tiempo, y tampoco con su padre, que estaba sonriendo a un grupo de inversores. Sentí una ráfaga de ansiedad. ¿Y si en ese momento estaba esperándome en mi apartamento mientras yo me encontraba en su oficina fisgoneando como una paranoica...?

Lo mejor sería que hiciera algo decente y me marchara antes de dejarme en ridículo. Avancé hasta la señal de salida, esperando encontrar la escalera. Iba a tener que pasar por un pasillo de lo que parecían oficinas, pero había pocas posibilidades de que ninguna de ellas estuviera ocupada mientras había una fiesta en marcha. Corrí hacia allí. Casi había llegado al final del pasillo, estaba a tal vez tres pasos de las escaleras, cuando oí su voz. Me resultó extraño oírla por encima de la música de Chopin y el zumbido de una docena de conversaciones.

Me detuve de golpe e incliné la cabeza hacia un lado, no por oírlo hablar, sino por cómo estaba hablando; de forma urgente e íntima. Me incliné hacia la puerta cerrada de su oficina y oí la risa gutural de una mujer. Mi corazón comenzó a latir a toda velocidad.

—¿Te gustaría averiguarlo? —dijo ella, con voz claramente insinuante.

No había forma de confundirlo, ni siquiera a través de la puerta con paneles de madera de cinco centímetros. El gorjeante *Appassionato* de Chopin sonaba de fondo mientras yo me apartaba con brusquedad.

¿Averiguar qué? Contuve el aliento y presioné la oreja contra la puerta. ¿Acaso quería saberlo? Como solía decir mi madre, «algunas cosas es mejor dejarlas en el congelador».

Me apreté más hasta que tuve la cara aplastada contra la madera. Ya no charlaban. Estuviera ocurriendo lo que estuviera ocurriendo al otro lado de esa puerta, estaba sucediendo en silencio. Di un paso hacia atrás. Esa era mi señal, el momento de que entrara la novia loca.

«No voy a gritar», me dije. «Voy a ocuparme de esto con clase y decoro.»

Sujeté el pomo de la puerta, lo hice girar y abrí de golpe. La puerta se movió hacia un lado como una cortina, revelando una escena que quedaría grabada en mi memoria para siempre. Que lo cambiaría todo. Que lo arruinaría todo. Que lo destrozaría todo.

Capítulo catorce

El presente

Me marchó. Que Leah se quede con él, pero no quiero estar por aquí cuando eso ocurra. No me llevo demasiadas cosas: un par de libros y álbumes de fotos que pertenecían a mi madre. Todo lo demás había quedado destruido. Lo meto todo en el coche, junto con *Pickles*. Dejo mi caja de recuerdos en el centro de mi mesa de centro estropeada, junto con el sobre con las fotos que había robado Leah. Además, había metido dentro cinco billetes de cien dólares... pero también los dejo. Si voy a hacer esto, tengo que hacerlo ya. Ya basta de cargar con baratijas que tienen el poder de convertir mi corazón en carne picada.

Antes de salir por la puerta principal de una vez por todas, me llevo la moneda a la cara. Maldita moneda. Maldito Caleb. Cierro los ojos y aprieto tanto como puedo, hasta que el puño se me pone blanco y estoy segura de que las palabras «Vale por un beso. A cualquier hora, en cualquier lugar» se me han quedado grabadas en la piel. A continuación, abro la mano y dejo caer la moneda sobre la alfombra. Dejo una nota de despedida bajo la puerta de Rosebud, en la que le miento sobre un trabajo en California y le prometo escribirle en cuanto me establezca. Dejo las llaves en la oficina de alquiler y piso el pedal. Noto que un peso emocional desaparece de encima de mis hombros cuando mi coche entra en la I-95, y me siento libre cuando cruzo la línea del estado hasta entrar en Georgia, pero siento un alivio absoluto cuando Cammie me rodea con los brazos.

—Bienvenida a Texas, mejor amiga. —Sonríe y me da un beso en la mejilla—. Vamos a comenzar con tu nueva vida.

El pasado

El viento soplaba con fuerza contra el coche, aullando como protesta por no dejarlo entrar. Fuera, sobre el cristal agrietado del parabrisas, se amontonaban los copos de nieve que bailaban por el aire, extendiéndose como una manta blanca sobre la telaraña teñida de rojo. Había dos pasajeros desplomados en los asientos delanteros, sangrando. Ninguno de los dos estaba consciente, y el conductor se hallaba empapado en su propia sangre. Nadie había llamado a una ambulancia, ya que todavía no habían visto el coche en la tormenta de nieve. El copiloto se despertó, gimoteando y sujetándose la cabeza. Cuando apartó la mano, tenía las puntas de los dedos manchadas de sangre.

Miró a su alrededor, al oscuro interior del coche, preguntándose quién era y quién podría ser el hombre que sangraba junto a él. Se sentía extraño, como si todos sus órganos estuvieran esforzándose en el interior de su cuerpo. Tocó la puerta y sujetó el cierre, pero este no cedía. Entonces se dio cuenta de lo obvio, algo de lo que su mente nublada no se había dado cuenta al principio. El coche estaba aplastado, hasta quedar a la mitad de su tamaño original. Se quitó el cinturón de seguridad y se tanteó los bolsillos en busca de un teléfono, y tras encontrarlo llamó al 911. Cuando la operadora respondió, él habló sin reconocer su propia voz.

—Ha habido un accidente. No sé dónde estamos.

«O dónde estoy», quiso añadir, pero no lo hizo.

Dejó el teléfono junto a él y se sujetó la cabeza. Enviarían un coche de policía en cuanto rastrearan la señal. Esperó, estremeciéndose, aunque no sabía si era por la impresión o por el frío. Trató de no mirar al cuerpo que tenía al lado. ¿Era un amigo? ¿Su padre? ¿Su hermano?

Supo que había llegado la ayuda cuando con el rabillo del ojo vio el reflejo de las luces del coche de policía bailando sobre las ventanillas. Unas voces gritaban y unas puertas se cerraban. Pronto hubo gente abriendo el coche para sacarlo de allí.

—Tenemos que usar las herramientas hidráulicas —oyó que decía un bombero.

Uno le puso una luz frente a los ojos, y otro lo estaba envolviendo con un forro polar naranja. Lo subieron a una camilla mientras la nieve caía en su cara. Una voz que sonaba muy lejana le preguntó cómo se llamaba. Él negó con la cabeza, preguntándose si debería inventarse un nombre. Josh era uno

bueno, podría haber dicho que se llamaba Josh, pero no lo hizo. Se preguntó si el hombre que había estado a su lado estaría vivo, y entonces oyó las sirenas de otra ambulancia y unas ruedas resbalando sobre la gravilla mientras se alejaba, con la sirena vociferando. Se reclinó contra la almohada plana y trató con fuerza de recordar... y entonces lo hizo. Cosas buenas y cosas malas acudieron filtrándose hasta su cerebro, como agua cálida en un bloque de hielo agrietado. Hizo una mueca al recordar cosas que habría preferido olvidar.

El técnico de emergencias le preguntó si se encontraba bien. Él asintió con la cabeza, aunque en su interior, donde más importaba, donde las heridas no podían curarse y coserse, no lo estaba. Se frotó la cabeza, se apretó las sienes con los nudillos y deseó no recordar. Qué fácil sería si su mente hubiera quedado borrada como una pizarra. Ningún rastro de felicidad o tristeza, tan solo un nuevo comienzo. La ambulancia se detuvo con suavidad, y unas manos enguantadas abrieron las puertas gemelas. Permitted que lo sacaran, lo empujaron y lo pasaron a través de las puertas de la sala de urgencias, hasta que quedó tumbado en una escueta sala blanca esperando a que le hicieran una resonancia magnética. Permaneció en silencio.

Un doctor entró en la sala donde esperaba sus resultados. Era hindú, con cara amable. Llevaba un anillo de bodas con tres rubíes engarzados en oro. En la tarjeta de identificación ponía que era el doctor Sunji Puni. Se preguntó si el doctor Puni sería feliz, y si esas tres piedras rojas simbolizaban a sus hijos. Quiso preguntárselo, pero siguió sin decir nada.

El doctor habló con su marcado acento.

—Tienes una fuerte contusión. Quiero hacerte más pruebas para asegurarnos de que tu cerebro no haya sufrido ningún daño grave. Los técnicos de emergencias me han informado de que estabas un poco confuso sobre quién eras.

El paciente no dijo nada, aunque estaba mirando fijamente el techo blanco y plano como si fuera una gran obra de arte.

—¿Puedes decirme cómo te llamas? —El herido siguió sin decir nada, movía los ojos de un lado a otro, de un lado a otro—. ¿Hola? ¿Sabes quién eres?

La voz del doctor sonaba ahora preocupada, y había subido una octava.

«¡Lo sé, lo sé!», gritó la mente del paciente. Giró la cabeza hasta que estuvo mirando unos ojos negros con muchas arrugas. Había tomado una decisión en ese mismo momento. Habría muchos problemas por lo que estaba

a punto de hacer, pero no le importaba. Tenía que encontrarla.

—No —respondió Caleb Drake—. No recuerdo nada en absoluto.

Pasa un año

Pasan dos años

Tres años...

Cuatro

Capítulo quince

Han pasado cuatro años. Saben como a cartón.

Soy diferente. Estoy a una galaxia de distancia de lo que era. Vivo en el sistema solar «Todo está superado».

El señor X es ahora solo un recuerdo. Demonios, ni siquiera estoy segura de que todo aquello sucediera siquiera. Mi realidad es que fui a la facultad de Derecho, me gradué y conseguí un trabajo como asociada en un gran bufete... Tras graduarme, compré un piso con Cammie utilizando lo que quedaba del dinero del seguro de mi madre. Menos mal que conseguí el trabajo, porque mi cuenta bancaria estaba reduciéndose hasta la nada.

Bebemos mucho, comemos fuera más y pasamos todo nuestro tiempo libre en el gimnasio, eliminando el alcohol y la comida de restaurante. Cammie trabaja en decoración, una carrera profesional casi extinta hoy en día, pero de algún modo se las ha arreglado para encontrar un trabajo con una empresa que decora para la gente inmensamente acaudalada. Nos va bien a las dos. Yo gano la mayoría de mis casos. Todavía tengo la habilidad de retorcer la verdad; algo que me ha resultado muy útil en mi campo.

Hace un mes recibí una llamada de mi antigua jefa, Bernie. Quiere que vaya a trabajar en su bufete, y dice que si lo hago bien, me convertirá en su compañera. Cammie y yo lo celebramos bebiendo durante toda la semana. Lleva años queriendo volver a mudarse a Florida, y dice que ya ha llegado el momento de que me enfrente a ese sitio. Dice que es el lugar al que pertenezco. «Texas es para la gente simpática», me dice. Mi lugar está en algún sitio acelerado y maleducado. Decidimos vender nuestro piso y trasplantar nuestras vidas.

Tengo un no... bueno, un amigo especial, ¿lo he mencionado? Es maravilloso. Me promete que podemos hacer que nuestra relación a distancia funcione hasta que puedan transferirlo para estar conmigo. Creo lo que me dice. Quiere casarse conmigo; me lo dice todo el tiempo. Eso también me lo creo.

Cargo todas mis cosas en un camión de mudanzas con la ayuda de Turner, que es mi novio, y conducimos atravesando tres estados escuchando lo mejor de los ochenta. Cammie me llama cada treinta minutos para comprobar cómo estoy. Me seguirá en un par de meses, probablemente con tres camiones de mudanzas.

Turner me masajea el cuello mientras conduzco. Es un encanto. Cuando

llegamos a mi nuevo apartamento, que no voy a compartir con Cammie, hay hombres esperando para meter mis muebles en mi nueva casa. Turner los ha contratado para que nos ayuden y no tener que hacerlo todo nosotros. No me habría importado, pero Turner odia tener que ensuciarse las manos.

Después de que los de la mudanza se marchen, deambulo de una habitación a otra, admirando las impresionantes vistas. Por las ventanas del lado sur, puedo ver el océano mientras se funde en el horizonte, y por el oeste, todos los tejados en un radio de casi dos kilómetros. El apartamento está en Sunny Isles, y me cuesta más de lo que mi madre ganó en toda su vida.

Soy una buena abogada defensora. Soy una mentirosa excelente. La vida me ha salido tal como siempre he querido. Salvo por... En fin, me encanta mi apartamento.

Sin duda, Turner y yo vamos a bautizar el lugar esta noche. Diversión. ¡Bien! Es muy guapo, de una forma convencional y arreglada. Es alto, con piel olivácea y pretencioso. Lleva camisas blancas de botones todo el tiempo. No, en serio: es verdad. También es abogado, así que tenemos un montón de cosas en común. Lo suyo son los inmuebles, pero aun así...

Ah, y odia el béisbol, al igual que yo. Es fabuloso, ¿verdad?

Lo conocí el día que hice las oposiciones. Me pidió que le prestara un lápiz. «¿Qué clase de idiota viene a hacer las oposiciones sin lápiz?», pensé. Cuando se lo entregué, él se limitó a quedarse sentado, mirándome.

—¿Qué pasa? —pregunté, sin tratar de ocultar mi impaciencia.

—También necesito tu teléfono.

Lo dijo de una forma tan tranquila que se lo di. Respetaba las agallas.

Soy feliz.

Cuando los de la mudanza se marchan, pedimos sushi, o más bien yo lo hago, porque Turner no come «pescado crudo». Camino por mi nuevo apartamento con una de sus camisetas, porque todavía no he sacado mis cosas. Tenemos sexo. Me lleva al concesionario de BMW a la mañana siguiente y me compra un coche como regalo de bienvenida. Una pasada, ¿verdad? A las seis de la tarde, lo llevo al aeropuerto de Fort Lauderdale con mi nuevo coche deportivo rojo, y nos besamos antes de que suba al avión.

—Esto va a funcionar —me dice.

—¿Cómo lo sabes? —replico, alisando las solapas de su chaqueta.

—Porque vamos a casarnos.

—¿Ah, sí? —respondo con fingida sorpresa. Siempre dice lo mismo, y yo

siempre contesto igual.

—Pues sí —afirma, y entonces hinca una rodilla en el suelo y se saca una caja del bolsillo.

Conduzco de vuelta a casa, prometida. Miro el anillo durante todo el camino como si fuera a morderme. Es un iceberg de Tiffany's, grande y llamativo. Me recuerda a algo, pero no me acuerdo de qué porque lo he superado toooodo.

En tres meses, apruebo las oposiciones de Florida y comienzo mi nuevo trabajo como abogada defensora para Spinner y Asociados. La secretaria no deja de soltar «ooohs» y «aaaahs» ante mi anillo. Me pregunta por Turner: a qué se dedica, cómo es. La secretaria tiene un ligero hueco entre los dos dientes delanteros, que miro fijamente mientras ella canturrea los nombres de sus perritas: *Melody* y *Harmony*. Me cuenta que a su abuela le robaron los gnomos de jardín a plena luz del día. «¡A plena luz del día! ¡Y en Boca Ratón, nada menos!» Simpatizo con el problema de los gnomos y organizamos una fecha para que *Melody*, *Harmony* y *Pickles* puedan jugar.

Cuando me siento detrás de mi escritorio por primera vez, me siento realizada. Mis cosas ya están en su sitio en el apartamento, vuelvo a tener el carné de conducir de Florida, tengo comida, y ayer visité la tumba de mi madre para informarle de mi compromiso.

Me doy cuenta con ligera sorpresa de que esta es mi nueva vida, y después bajo la cabeza hasta mi escritorio y lloro, porque en realidad es mi antigua vida con unas actualizaciones huecas. Llamo a Cammie para contárselo y para contarle que he cometido un gran error al mudarme otra vez aquí. Muy grande. Enorme. Ella me escucha llorar y entonces me dice que soy estúpida y que estará aquí en tres semanas, que aguante y que espere, que las cosas van a mejorar.

—Vale —respondo, pero no me lo creo; ni siquiera por un segundo.

Pero las cosas sí que mejoran. Al principio, me ajusto con nerviosismo a mi nueva rutina. Cuando tomé el vuelo hacia Texas hace cuatro años, llegué prácticamente con las manos vacías. Allí construí una vida nueva por completo, llenando los armarios de platos y vasos y comprando una nueva lámina de Thomas Barbey para la pared. No me quedaba nada que me recordara mis aventuras por Florida. Ahora, cuando camino por mi nueva casa, estoy encendiendo las mismas lámparas y haciendo el té en la misma tetera que eran parte de mi vida de Texas. Es muy confuso. Pero, como con todas las cosas nuevas, hay una etapa de incómoda aclimatación.

Después de unas pocas semanas, Sunny Isles se convierte en mi hogar, Spinner y Asociados se convierte en mi trabajo, y el supermercado de la 42 con Eisenhower se convierte en el lugar donde compro la comida. Cammie llega con *Pickles* una semana después, tal como habíamos planeado. Se queda conmigo durante un mes antes de mudarse a su propia casa, que se encuentra a un corto trayecto en coche de treinta minutos. A Cammie no le cae bien Turner. ¿Lo había mencionado ya? Dice que es tan predecible como el periodo de una virgen. O sea, no es que lo odie, pero desde luego seguro que podría pasar sin él, tal como me recuerda en muchas ocasiones. A mí me encanta Turner. Me encanta de verdad.

Me visita cada dos semanas, o antes si su agenda se lo permite. Siempre le trae a *Pickles* un par de calcetines viejos para que juegue, y ella los destroza en unas dos horas. Que le regale calcetines me resulta un tanto perturbador, sobre todo cuando comienzo a encontrar restos de lana empapada entre los cojines del sofá. Me gustaría que en lugar de eso le comprara cuero crudo y ya está. Le hago esa sugerencia mientras vamos en coche a un nuevo restaurante en el lado sur. La humedad se ha suavizado, y el aire que sopla por las ventanas abiertas es fuerte y fresco. Me recuerda a un invierno cálido de hace mucho tiempo.

—Son como huesos para morder —me oigo decir con una voz un tanto aburrida y ausente—. Le gustan mucho.

—Vale, cariño.

Turner me coloca una mano sobre la rodilla y comienza a mover la cabeza al ritmo de la música. Tiene un gusto muy anticuado para la música. Muy muy anticuado. Me pongo a tararear la melodía de Bob Esponja y miro por la ventana. Mi cuerpo se queda paralizado casi al instante, y Turner me mira con preocupación.

—¿Qué pasa, cariño? —me pregunta, bajando la velocidad del coche. «Cariño.»

—Nada, nada. —Sonríó para esconder el líquido salado de mis ojos—. Solo me ha dado un calambre en la pierna... eso es todo.

Finjo frotármela, pero eso no es todo. Mientras miraba por la ventana, el centelleante parpadeo de unas luces coloridas me había llamado la atención. Cuando me concentro en ella, el estómago se me cierra de forma dolorosa.

La heladería de Jaxson...

Es como si una puerta se hubiera abierto y todos los recuerdos que había escondido salieran dando tumbos. Monedas, besos y piscinas, y todas las

cosas que había condenado al infierno. Genial. Lo último que tengo ganas de hacer esta noche es tratar de entretener a un corazón enfurruñado.

—¿Por qué no vamos allí a cenar? —digo con una voz falsamente alegre, señalando la heladería con la cabeza.

Turner se gira hacia mí como si fuera la mujer loca que soy.

—¿Allí? —repite. El desagrado es tan evidente en su voz que hago una mueca.

—Claro. ¿Nunca te hartas de todos los restaurantes emperifollados a los que vamos? Podríamos hacer algo diferente. Venga ya...

Hago sobresalir un poco el labio inferior, porque normalmente así logro salirme con la mía. Él suelta un suspiro dramático y entra en la plaza comercial. Me pregunto qué demonios estoy haciendo y por qué me gustan tanto los castigos. Quiero demostrarme a mí misma que este es solo un establecimiento más de comida. Que no hay magia alguna, que no hay ningún romance creciente y, sobre todo, quiero estar en un lugar con viejos recuerdos sin sufrir una crisis mental.

«Hooooola, Jaxson.»

Está prácticamente igual que hace más de siete años; lo único que falta es Harlow, cuya ausencia es notable. Veo su foto en la pared junto a la caja registradora, y bajo ella están las fechas «10 de agosto de 1937 al 17 de marzo de 2006». Le sonrío con tristeza mientras una adolescente que masca chicle nos conduce hasta nuestra mesa. «No tiene ninguna clase», pienso con pena.

—Bonito lugar.

No se me escapa el sarcasmo de Turner mientras miro a la mesa de la buena suerte y a la de la mala suerte.

—Cállate. Deja de comportarte como un esnob.

Se suaviza de inmediato.

—Lo siento, cielo —dice, tomándose las manos con las suyas—. Mantendré la mente abierta, ¿vale?

«Cielo.» Asiento con la cabeza de forma malhumorada mientras me giro para examinar el menú.

Por el momento, todo va bien. Al menos no estoy temblando, llorando ni nada parecido. A lo mejor estoy bien de verdad. Nos comemos nuestra cena y pedimos postre. Trato de no pensar en la conversación que tuvo lugar bajo este techo hace años, pero de vez en cuando aparecen en mi cabeza frases como «Porque me importaba más conocerte a ti de lo que me importaba

ganar un partido más». Las aparto con rapidez a un lado y miro a mi maravilloso prometido, que ha bajado sus expectativas esta noche para comer conmigo aquí. Bendecida. Estoy muy bendecida.

Cuando nos marchamos, me detengo junto a la máquina de monedas y mi corazón se acelera. «A lo mejor Turner se da cuenta», pienso. «A lo mejor hace algo mono y romántico con uno de los mensajes.» Pero Turner sale directamente y yo lo sigo, decepcionada. No tengo sexo con él esta noche.

Una semana después, alguien llama a la puerta de mi despacho.

—¿Señorita Kaspen? —Es la secretaria—. A la señorita Spinner le gustaría verte en su despacho.

¡Mierda! Bernie siempre me cala. Me recompongo y me paso los dedos por la parte delantera de mi falda de Dior. Me gusta comprar cosas caras. Si llevo algo que cuesta más que mi sueldo de un mes, siento como si el cadáver podrido que soy está al menos bien envuelto.

Me dirijo hacia la esquina donde está su despacho, practicando mi sonrisa de «la vida es genial». Llamo a la puerta y ella me grita que entre.

—Tengo una buena noticia y una mala noticia para ti —me dice al entrar. «La misma Bernie de antes, siempre yendo directa al grano.» Me hace un gesto para que tome asiento en una de sus sillas con estampado de vaca. Yo me siento y cruzo las piernas—. ¿Cuál te gustaría oír primero? —pregunta. Bernie tiene ahora el pelo plateado y una compañera de vida llamada Felecia.

—La buena —digo, mordiéndome el interior del labio.

Las malas noticias de Bernie podrían ser cualquier cosa, desde «voy a cerrar el bufete para abrir una granja de gusanos de seda» hasta «he perdido el número de mi restaurante favorito». Siento la necesidad de prepararme mentalmente.

—La buena noticia es que voy a darte tu primer caso grande... y es muy grande, Olivia.

—Va... le —digo, y noto una burbuja de emoción hinchándose en mi estómago. Siento la necesidad de levantarme de un salto y ponerme a cantar y bailar—. ¿Cuál es el caso? —pregunto con calma.

—¿Alguna vez has oído hablar de una empresa farmacéutica llamada OPI-Gem? —pregunta, y yo niego con la cabeza—. Es una de esas nuevas farmacéuticas. Hace seis meses, sacaron al mercado un medicamento llamado Prenavene. Tres meses después del lanzamiento, hubo veintisiete informes de hospital diferentes en los que se encontró Prenavene en el sistema de personas que habían sufrido ataques al corazón... dos de ellos menores de

treinta años sin problemas de salud previos. Hubo una investigación formal y los federales encontraron un montón de mierda sobre esa gente.

—¿Qué clase de... mierda? —le pregunto.

—Durante el periodo de pruebas, aparecieron coágulos de sangre en el treinta y tres por ciento de los sujetos de prueba. ¡El treinta y tres por ciento, Olivia! ¿Sabes lo grande que es eso? Es como una polla de medio metro.

Hago una mueca. Para ser lesbiana, hace demasiadas referencias a los genitales masculinos.

—Lo bastante grande como para que la Administración de Alimentos y Medicamentos frenara el producto seis meses antes de que OPI fuera a venderlo —añade, y me lanza un archivo enorme.

—Entonces, ¿cómo han entrado en el mercado sin que lo aprobara la Administración? —pregunto.

—Ah, sí que tenían aprobación. Falsificaron los datos que enviaron al pedir la autorización para vender el Prenavene, que es un medicamento genérico. Enviaron su versión original para las pruebas de la Administración.

Aaah... El viejo truco del cambiazo.

—Pero ¿por qué iba OPI a arriesgarse después de los resultados de sus pruebas? Debían de saber que con el tiempo todo el asunto se desmoronaría a su alrededor.

—La mayoría de los fraudes en pruebas clínicas tienen pocas posibilidades de detectarse alguna vez. Muchos de los casos que llaman la atención del público se producen por un descuido extraordinario de la farmacéutica criminal.

—Hum...

—Ellos no son nuestro caso —añade, quitándome el archivo de entre los dedos y reemplazándolo con otro—. El jefe y cofundador de la empresa tuvo un enorme ataque al corazón y murió hace unas dos semanas. Entonces todos los ojos cayeron en su hija, una niña consentida de veintipico años con estudios en una de las universidades más prestigiosas del país y una firma demasiado poderosa.

—¿Qué título tiene? —pregunto.

—Vicepresidenta de Asuntos Internos. El fiscal del distrito va a por ella con fuerza, están montando el caso mientras hablamos.

—¿Qué tienen en su contra?

Hojeo el archivo, examinando con los ojos la aburrida jerga jurídica.

—Su firma estaba en los formularios de lanzamiento enviados a la

Administración de Alimentos y Medicamentos, lo que significa que supervisó todo el proyecto. Sabía que estaban haciendo pruebas con el otro medicamento y no con Prenavene.

Suelto un silbido bajo en respuesta a la noticia; la fiscalía ya tiene un caso de la leche. Dejo el archivo sobre su escritorio.

—Has descubierto la mala noticia sin que tenga que decírtela —dice sombríamente—. Es culpable como el pecado; nos lo ha admitido todo. —Vuelvo a tomar el archivo—. Queremos arriesgarnos con esto —añade, haciendo rebotar un bolígrafo contra la pared—. Este caso va a estar en todos los medios, así que nos llevará al siguiente nivel como bufete.

—Entonces... mi siguiente pregunta es: ¿por qué vas a darle un caso tan grande a la novata?

—Por dos razones, mi hija pródiga. Una, porque me caes bien; y dos, porque la clienta te ha solicitado a ti específicamente.

—¿Qué? ¿Cómo?

Había cubierto muchos casos en Texas, pero ninguno que atrajera ninguna clase de atención hacia mí. Era una abogada relativamente desconocida.

—La clienta ha pedido que te encargues tú.

—¿Cómo se llama? —pregunto, sin saber muy bien lo que significa todo eso.

—Smith, Johanna Smith.

—Nunca había oído ese nombre.

—Puede que leyera sobre tus casos en Texas, o a lo mejor te recomendó algún cliente anterior tuyo... De todos modos, es para ti, chica. No la cagues.

Voy tambaleándome hasta mi despacho, aferrándome contra el pecho el archivo del caso. ¿Estoy preparada para esto? Es un buen caso; me corrijo, un caso imposible, pero si ganara, podría impulsarme a ser socia...

Me encierro en mi despacho durante el resto de la tarde, releendo el archivo una y otra vez hasta que las palabras se convierten en un borrón y siento un rabioso dolor de cabeza. La secretaria ya se ha marchado a su casa, como casi todos los demás. Saludo con un gesto de la cabeza a la mujer de la limpieza de camino al coche y planeo mentalmente la conversación que voy a tener con Johanna Smith por la mañana. ¡Mierda! Es un caso demasiado grande para mí.

En el camino de vuelta a casa, llamo a Turner para contarle las noticias y ponerlo al día del caso. No parece muy emocionado.

—No sé, Olivia. El fiscal va a ir a por todas con esa chica. ¿Estás preparada para perder tu primer caso grande?

—Gracias por el voto de confianza —replico al móvil.

—Mira, yo creo en ti, de verdad, pero es un caso difícil. Tienen evidencias directas que la conectan al fraude; tienen a dos testigos dispuestos a decir que estaba involucrada. Si pierdes este caso, te puedes olvidar de ser socia.

Menudo gilipollas. Le digo que mi jefa me está llamando por la otra línea, pero cuando cuelgo tengo los ojos inundados de lágrimas.

—¡Esta es mi gran oportunidad! —le grito al coche que tengo delante de mí—, ¡y voy a aprovecharla!

A las siete de la mañana siguiente, llego a la oficina y me encuentro un bonito Jaguar color carbón en mi plaza de aparcamiento. Hay un espacio libre un poco más allá y atravieso las puertas preguntándome quién ha tenido la audacia de aparcar donde pone «Reservado/Kaspen». La secretaria me da la bienvenida con una taza de café y después bloquea la entrada de mi despacho con su cuerpo.

—Hay algo que tengo que decirte antes de que entres ahí —me advierte mientras tomo un sorbo de mi taza rosa.

—¿Me has envenenado el café? —le pregunto, observándola por encima del borde.

—No, pero...

—Entonces puedes decírmelo mientras enciendo el ordenador.

Paso junto a ella y giro el pomo de la puerta.

Hay un hombre en mi despacho. Veo su espalda primero, pues está examinando las numerosas placas y fotografías que tengo en la pared. Lanzo una mirada a la secretaria y ella forma con la boca las palabras «el marido de Johanna Smith» antes de salir con discreción. Tiene pintalabios en los dientes.

—Señor Smith —digo con confianza, aunque me siento un poco nerviosa por la sorpresa. Mi reunión con ellos no era hasta dentro de dos horas.

Se gira con lentitud, con las manos unidas detrás de la espalda. Veo su traje gris, la camisa blanca con cuello desabotonada en la parte superior, el tono dorado de su piel morena, y me atraganto con el café.

—Es Drake, en realidad —replica con voz divertida. Retrocedo tratando de recobrar el aliento y me topo con la pared—. Sorpresa —añade, y a continuación se ríe de la expresión de mi cara.

Me aparto de la pared, porque parezco una víctima de asalto, y trato de caminar con tranquilidad hasta mi escritorio. Me derrumbo en la silla y lo miro fijamente, con los ojos vidriosos.

—¿Qué demonios es esto? —pregunto.

Aparte de un corte de pelo diferente y unas cuantas arrugas más alrededor de los ojos, está exactamente igual.

—Te estuve buscando.

—Ah, ¿de verdad?

—Durante un año después de que te marcharas...

—No debiste de buscar con suficientes ganas —bromeo, aunque sé que eso no es cierto. Un año después de marcharme de Florida, Bernie me llamó para contarme que un caballero estaba llamando a la oficina, preguntando por mi paradero actual. Dijo que tenía acento británico.

—Me casé con ella, Olivia.

—¿Quién?

—Leah.

—Pensaba que eras el marido de Johanna Smith.

La cabeza me da vueltas.

—Leah es su segundo nombre y siempre lo utiliza, pero conservó su apellido al casarnos. Johanna Leah Smith.

La palabra «casarnos» se repite en mi cabeza una y otra vez, y me froto las sienes al ver lo feo que es todo. Caleb está casado. Desposado. Atado. Un hombre de familia...

—Caleb —me atraganto con su nombre—, ¿por qué estás aquí? Bueno, mejor no respondas... tan solo vete a tomar por culo.

Levanto la voz y me pongo en pie.

—Quería verte para hablar contigo antes de que me vieras por primera vez delante de todo el mundo.

Vuelvo a sentarme.

—¿Eras tú quien me estaba buscando? ¿Estabas tratando de encontrarme para que me ocupara del caso de Leah? —Asiente con la cabeza—. No —replico—. No puede ser... ni de coña. No. No.

A lo mejor ella nunca le dijo lo que hice. Tan solo piensa que recogí mis cosas y me marché. ¡Todavía no ha recuperado la memoria!

—Sí —afirma él, poniéndose en pie—. Vas a hacerlo. Leah es culpable, y tú eres la mejor mentirosa que conozco.

Vale, a lo mejor sí que se lo contó. Suelto un resoplido y aparto la mirada.

—No tengo ninguna motivación para ganar este caso para vosotros.

Sonríó con suficiencia y me reclino sobre mi asiento.

—Me lo debes —señala con una sonrisa—. Sé que no tienes una gran conciencia, pero creo que después de todo por lo que me hiciste pasar, dos veces, tal vez querrías considerar ocuparte de este caso.

—Habría acabado contándote la verdad —murmuro. Eso si Ariel el Fraude Farmacéutico no me hubiera chantajeado, pero en cualquier caso...

—¿Lo habrías hecho, Olivia? ¿O estabas esperando a que yo lo descubriera por mi cuenta cuando recuperara los recuerdos? —Miro al techo y frunzo el ceño—. Mira, no he venido aquí para hablar del hecho de que eres mentirosa, manipuladora y desalmada. —Ay—. Te estoy pidiendo un favor personal. Sé lo que opinas sobre ella. Sé qué es lo que hizo, pero necesito que te asegures de que no vaya a la cárcel.

—Quiero que vaya a la cárcel.

Caleb me mira de forma extraña. Sus ojos recorren mi cara, y después mis manos.

—Yo no. Es mi mujer, y te estoy pidiendo que tengas mis sentimientos en consideración por una vez.

Me duele mucho oírlo decir «mi mujer». Sé que no debería, pero así es.

—¡No puedes utilizar la culpa para obligarme a defender a esa víbora! —le disparo—. Además, Leah jamás aceptaría. Hay un odio mutuo entre nosotras dos, por si no te has dado cuenta.

—Leah hará lo que yo le diga. Necesito que me asegures que harás todo lo que esté en tu poder para ayudarla.

Siento una ráfaga de adrenalina. ¡Podría aceptar el caso y perder a propósito! ¡Sí! Pero sé que entonces sería mi fin. Mis días de jugar con las vidas de la gente habrían terminado. T. E. R. M. I. N. A. D. O.

—No puedo.

Me estoy clavando las uñas en los muslos para no gritar.

—Sí que puedes —replica él, poniendo ambas manos sobre mi escritorio e inclinándose hacia mí—. Estás obsesionada con tu propio éxito; siempre lo has estado. Tómalo. Gana el caso, Olivia. Serás rica, famosa... y tal vez hasta podría plantearme la posibilidad de perdonarte.

¿Perdonarme? Me imagino cenando en su casa, Leah, Caleb, sus hijos y yo... casi me río en voz alta.

Lo fulmino con la mirada. Sigue siendo el hombre más guapo que he visto nunca. ¡Cabrón amnésico casado con una pelirroja!

—Te veré en la sala de juntas a las nueve en punto para comunicarte mi decisión —digo, poniendo fin a la conversación.

Me lanza una mirada que no soy capaz de descifrar y se incorpora para marcharse.

—Toma la decisión correcta, Reina —dice antes de salir por la puerta.

—Reina —repito con una risa desdeñosa, y tiro un taco de notas adhesivas tras él.

Tardo exactamente una hora y cuarenta y cinco minutos en recomponerme. La indescriptible impresión de verlo después de tantos años me ha dejado desplomada en la silla como una muñeca de trapo tirada. No dejo de ver la parte en la que se da la vuelta y suelto café por la nariz.

Hago ejercicios de respiración. Me tranquilizo con pensamientos de arcoíris felices y helado, pero los colores no dejan de volverse negros, y el helado se funde en una mancha deprimente. Cuando he recuperado algo parecido a la calma después de apuñalar repetidas veces con un abrecartas el archivo del caso de Leah, me dirijo hacia la sala de juntas.

—¡Está muy bueno! —me susurra la secretaria cuando paso junto a su escritorio. Siento que mis ojos se crispan.

—Oh, cállate.

Cuando entro en la sala, veo a Leah primero. ¿Cómo no iba a hacerlo? Todavía está rodeada por un halo de pelo rojo. Parece más brillante que hace cuatro años, más vibrante. Ojalá hubiera escuchado a Dobson el violador aquel día lluvioso y me hubiese ido a casa, porque entonces nada de esto estaría sucediendo.

Caleb se pone de pie cuando entro. Encantador. Leah aparta la mirada. Resentida.

—Olivia —dice Bernie, mirándome con una amplia sonrisa—. Me gustaría presentarte a Leah Smith y su marido Caleb Drake.

Nos damos todos la mano y ocupo mi asiento frente a ellos. Caleb, que tiene el brazo sobre el respaldo de la silla de Leah, me sonrío como si fuéramos viejos colegas y después me guiña un ojo.

Es tan injusto...

Leah me mira a través de las pestañas y ni siquiera trata de sonreír.

—He revisado su caso, señora Drake...

—Smith —me corrige ella.

—Cierto. Me enorgullezco de ser honesta, así que voy a decirle claramente que la acusación tiene un caso muy hermético.

Caleb suelta un pequeño gruñido ante la mención a mi honestidad. Leah tiene la cara pálida. Continúo a pesar de las miradas envenenadas que me está lanzando Bernie. Piensa que voy a asustarlos y arruinar las oportunidades del bufete con el caso.

—Tienen testigos que están dispuestos a declarar y testificar que usted fue la encargada de supervisar los resultados del medicamento Prenavene.

Uno las manos debajo de la barbilla y observo a Caleb retorciéndose junto a su mujer sucia y asquerosa.

—El fiscal del distrito actual tiene la tasa de éxito más alta del estado de Florida. Van a ir a por usted con las pistolas desenfundadas. ¿Lo comprende? Todo lo que es usted, lo que era su padre... todo va a salir en el juicio. Cuando acaben, no les quedará ni una mentira por exponer.

Leah me mira con rostro inexpresivo. Sé que la he asustado mucho más de lo que debería, y tiene los ojos llenos de lágrimas. Voy a matar.

—No siempre se gana —añado, mirándola de forma enfática.

Me mira con los ojos llenos de reconocimiento. La sala está en silencio. Todos son conscientes de que está pasando algo, o bien están dormidos. No aparto los ojos de Leah.

—¿Puedes ayudarme? —pregunta al fin, y oigo el matiz desesperado de su voz.

Me recuesto en mi silla. Esto está muy bien, mi némesis pidiéndome ayuda. Sabía que el karma vendría a por las dos, pero vaya, le está dando una buena patada en el culo. Tengo el control sobre su vida. Miro a Caleb; también tengo el control sobre su vida. Me tomo mi tiempo para responder. Me pongo en pie y camino con las manos unidas por detrás de la espalda.

—Puedo. —Parece derrumbarse visiblemente a causa del alivio—. ¿Qué está dispuesta a hacer para que la declaren inocente en este caso?

Permanece en silencio durante un momento mientras examina mi cara, tal como yo estoy examinando la suya. A continuación se inclina hacia delante en su asiento y apoya las uñas pintadas de un rojo brillante sobre la mesa de conferencias, como si estuviera tocando las teclas de un piano.

—Lo que sea. Haré lo que sea.

Y mientras estoy aquí sentada, viviendo un momento tan frígidamente tenso, siento escalofríos. La creo. Las dos somos iguales. Ambas estamos dispuestas a hacer un trueque con nuestras almas para asegurar nuestra felicidad. Hemos amado al mismo hombre. Nos metimos en un juego sucio para poseerlo, y las dos tenemos cosas que expiar.

Acepto el caso. Voy a tener que desacreditar a los testigos, demonizar a su padre y convertir a Leah en la buena persona que no es. No voy a hacerlo por mi carrera, a pesar de lo que piense Caleb. Voy a hacerlo por la vez que paró el coche y se negó a seguir conduciendo hasta que cantara *No rompas más*, y por la vez que me besó en el suelo de su habitación, sujetándome las manos por encima de la cabeza. Voy a hacerlo porque todavía me llama Reina.

Es el mismo juego de culpa al que he estado jugando todo el tiempo, estar cerca de Caleb sin importar las circunstancias o el coste.

Caleb, Caleb, Caleb.

Terminamos la reunión con planes para la próxima y nos estrechamos las manos con hipocresía. A Bernie le encanta estrechar manos. Después, corro hacia los servicios y meto las manos bajo el agua hirviendo, hasta que se vuelven de un rojo brillante. Odio haber tenido que tocarla. Bernie está esperándome en mi despacho.

—¿Qué ha sido eso? —me ladra, algo muy poco característico de ella.

—No es asunto tuyo. Tengo el caso y voy a ganarlo, así que no me des la lata.

—Esa es mi chica —canturrea Bernie, y a continuación sale sin decir nada más.

Capítulo dieciséis

Después de nueve meses de preparación, el caso va a juicio. Uno de los testigos de la acusación es un hombre. Cuando lo interrogo, se enfada ante mi acusación de que estaba celoso por el ascenso de Leah y la llama zorra consentida desde el estrado. El padre de Leah despidió a la segunda de los testigos unos pocos meses después de comenzar las pruebas clínicas del Prenavene.

Muestro al jurado cinco cartas distintas que escribié al padre de Leah: primero suplicándole recuperar su empleo, y después amenazándolo con destruirlo de cualquier forma que pudiera. La tercera testigo no estaba en el trabajo el día que asegura haber visto a Leah cambiando los resultados de las pruebas en el ordenador. Tengo una multa por exceso de velocidad y un vídeo de ella haciendo una audición en «American Idol» para demostrarlo.

Soy la maestra de las fachadas: cuando Olivia la abogada entra en la sala de un juzgado, tiene cara de póquer y aspecto sereno, la viva imagen de la igualdad femenina y la fuerza de los jóvenes. Soy tan buena fingiendo que a veces olvido quién soy en realidad. Por las noches, tras salir del juzgado, me quito el moño, me paso los dedos por el pelo y camino hasta el océano para llorar (sí, todavía soy melodramática). Deseo tener a mi madre. Deseo que...

Caleb está en la sala todos y cada uno de los días. Me veo obligada a verlo, a olerlo, a interactuar con él... a estar en su espacio. Todavía se da vueltas al anillo del pulgar, y me doy cuenta de que lo hace más cuando estoy hablando. Sé que está esperando a que haga algo alocado e irracional. Pero yo tengo el control, tengo un trabajo que hacer, y no, ya no quiero ganar el caso por mí. Todo es por él y por mi expiación.

Mis testigos suben al estrado uno por uno, y mi caso va ganando masa muscular. He escogido a los desesperados: la gente que tiene más que perder si Leah pierde, los retirados que no recibirán su pensión, los jóvenes químicos que están comenzando a impulsar sus carreras profesionales.

Leah me observa a través de unos ojos de serpiente entrecerrados mientras yo le quito con cuidado las cuerdas de la incriminación que la rodean. A veces juraría que también veo admiración en ellos.

Llego pronto al juzgado, porque hay unas cuantas cosas que quiero revisar antes de que comience el juicio. Caleb está sentado en su lugar habitual, sin Leah.

—Feliz cumpleaños —dice mientras abro mi maletín.

—Me sorprende que lo hayas recordado —respondo sin mirarlo.

—¿Y eso por qué?

—Ah, es que has estado olvidando un montón de cosas estos últimos años.

—A ti nunca te olvidé —asegura, y parece que vaya a decir algo más, pero entonces el fiscal entra y Caleb cierra la boca.

A la novena semana del juicio, he llamado a siete testigos al estrado. De los treinta empleados que han trabajado para mi cliente en la fórmula del Prenavene, solo siete están dispuestos a acudir y testificar a su favor. De esos siete, hay tres cuya lealtad hacia ella es inquebrantable y cuatro a los que he manipulado para subir al estrado.

Tomo lo que puedo y doy la vuelta a sus testimonios para aprovecharme de ellos. Cuando el fiscal pone a sus testigos en el estrado, yo los desacredito. Una mujer ha perdido a su marido por un ataque al corazón a causa del lanzamiento prematuro del Prenavene. Yo presento sus problemas de corazón previos y su alimentación poco saludable. Un veterano de guerra tiene cientos de miles de dólares en facturas médicas a causa de su tratamiento después de que el medicamento se comiera su hígado y necesitara un trasplante. Yo saco a la luz su adicción al alcohol, que destrozó su hígado mucho antes de que tomara el Prenavene.

Ponemos el peso de la culpa en el padre de Leah, que no puede sufrir las consecuencias desde la tumba. A ella le duele hacerlo, manchar su nombre, pero le recuerdo que si estuviera vivo, sería él quien estaría sentado en su lugar y habría sufrido el golpe alegremente por su niña.

Leah es la última en subir al estrado. Nos planteamos no hacerlo, pero decidimos que es necesario que el jurado escuche su dulce voz y vea sus ojos aterrorizados. Se le da bien hacerse la vulnerable.

—Señora Smith, ¿era consciente cuando firmó los impresos de aprobación de que en realidad no era Prenavene lo que se estaba entregando a la Administración de Alimentos y Medicamentos, sino su versión no genérica Paxcilvan?

Me encuentro ligeramente a su izquierda y con los ojos le hago recordar cómo responder a las preguntas, cosa que hemos ensayado una docena de veces.

—No, no lo era.

Se lleva un pañuelo rosa a la nariz inflamada y se suena con suavidad.

Miro al jurado con el rabillo del ojo. Están observándola con atención,

probablemente preguntándose si esa delicada chica con su vestido color lavanda fue capaz de tal engaño. Recuerdo aquella vez en mi apartamento, cuando estuvo soltando humo por los labios color carmesí, con los ojos delineados en negro. «Es capaz», les digo mentalmente. «De eso y de muchísimo más.»

—¿Qué le dijo su padre, el fallecido señor Smith, que estaba firmando? —pregunto, mirando al jurado.

—La aprobación —admite con voz débil.

—¿Y leyó esa aprobación antes de estampar su firma en la página? ¿Observó los resultados usted misma en el laboratorio?

—No. —Se mira el regazo y sorbe por la nariz—. Yo confiaba en mi padre. Si necesitaba mi firma, se la daba sin cuestionarlo.

—¿Cree que su padre era consciente de los resultados erróneos de las pruebas del medicamento Prenavene que aparecían en esos documentos?

Ahí estaba, la parte más difícil. Veo a Leah peleándose consigo misma, tratando de obligarse a sacar las palabras de sus labios. Eso lo hace todo mucho más creíble para el jurado, la reticencia a hablar mal de su padre.

—Sí, creo que era consciente —responde, mirándome directamente.

Las lágrimas se están acumulando en sus ojos. «Ponte a llorar», le digo mentalmente. «Deja que vean lo destrozada que estás por todo esto.» Las lágrimas se derraman a borbotones por sus mejillas, y la veo otra vez de pie en el umbral de mi puerta la noche que Caleb fue a mi apartamento a cenar. Lágrimas de manipulación.

—Señora Smith —digo al fin, tras darle un segundo para recomponerse —, ¿tiene algo que decir a las familias de las víctimas de ese medicamento, las familias que han perdido a sus seres queridos debido al comportamiento engañoso y descuidado de OPI-Gem?

—Sí. —En este punto es cuando se derrumba, abrazándose a sí misma y sollozando, y las lágrimas caen desde su cara hasta su regazo—. Lo siento mucho. Estoy furiosa y llena de remordimientos por haber tenido un papel en sus muertes. Haría cualquier cosa para cambiar lo que pasó. Quiero que sepan que reconozco que mi disculpa es inútil, que no puedo hacer que recuperen a sus madres, padres, hijas e hijos, pero que veré sus caras hasta el día que muera. Lo siento.

Levanta las manos y se cubre la cara con ellas. Bravo. Suelto un suspiro de alivio. Lo ha hecho; lo ha conseguido.

—Gracias, señora Smith. Eso es todo, Señoría.

El fiscal interroga a Leah a continuación. Ella se mantiene firme; se le da muy bien hacerse la tonta. Aplaudo en silencio su terror de ojos bien abiertos.

Cuando baja del estrado y vuelve a su asiento, nuestros ojos se encuentran con una complicidad que trasciende una relación normal entre una abogada y su clienta.

«¿He mentado bien?», me preguntan sus pestañas. «¿Estoy siendo lo bastante blanda como para convencer al jurado?» Hace un mohín con la boca.

«Eres una buena actriz», digo con un movimiento de los ojos. «Y te odio.»

Me giro en mi asiento para mirar a Caleb. Está observándome a mí, no a su mujer. Reconoce el éxito haciendo un asentimiento de cabeza con los labios tensos.

El juicio acaba el 1 de septiembre. A la mañana siguiente leerán el veredicto de Leah. Estoy de los nervios, holgazaneando por mi apartamento. Fuera está oscuro, y puedo ver algunas luces de barcos parpadeantes que se arrastran por la superficie del océano. No me he lavado el pelo desde ayer, y llevo un pantalón de chándal y una camiseta vieja cuando suena el timbre. Qué raro. Normalmente, si tengo algún invitado, el conserje me llama antes de abrir el ascensor.

Camino lentamente en calcetines hasta la puerta y la abro sin mirar por la mirilla, lo cual es un hábito muy malo. Caleb se encuentra en el umbral de mi puerta con un traje arrugado, con una botella de vino en una mano y una bolsa grasienta de comida para llevar en la otra. Lo dejo entrar sin pronunciar palabra. No estoy sorprendida. No me siento mortificada. Soy Olivia y él es Caleb.

Me sigue hasta la cocina y suelta un silbido bajo al ver mis vistas. Yo sonrío y le lanzo un sacacorchos para el vino. Él abre la botella mientras yo voy al armario a por dos copas. Comienzo a llevarlo todo a la mesa, pero él señala mi balcón. Da al océano, y la única forma de llegar ahí es cruzando por mi habitación.

Lo llevamos todo fuera y nos sentamos a la mesa de hierro forjado que nunca había utilizado. Ha traído sushi. Levantamos los pies y comemos en silencio, observando las olas que lamen la arena. Hay una tensión entre nosotros, pero ¿no la hay siempre? Después de mañana, no habrá más excusas para vernos, y aunque no nos hemos dicho gran cosa a título personal, hemos intercambiado miradas, pequeñas frases...

Estoy muy cansada de este ciclo, este esfuerzo constante por respirar el

mismo aire que él. Lo miro y veo que está observándome.

—¿Qué pasa?

—No te cases con Turner.

—Puf —digo—. ¿Por qué lo odias tanto?

Caleb se encoge de hombros y aparta la mirada.

—No es tu tipo.

—Claro —me burlo—. Y de todos modos, ¿qué sabrás tú? Tienes un gusto terrible.

Nos sentamos en silencio unos cuantos minutos más, y entonces dice:

—Si alguna vez has confiado en mí para algo, confía en mí en esto.

Suelto un suspiro y cambio de tema.

—¿Recuerdas nuestro árbol?

—Sí, lo recuerdo —dice con suavidad.

—Lo han talado. —Gira la cabeza de golpe para mirarme—. Es broma.

Suelto una risita, y él sonríe y niega con la cabeza.

—¿Qué diferencia supondría? Toda nuestra relación también está talada.

Sonríe, pero es una sonrisa amarga.

—Pasada por la picadora —observo.

—Pulverizada —añade él.

Se marcha después de eso. Horas después de que se haya ido, todavía puedo olerlo en mis pasillos. Mi apartamento parece frío y vacío sin él. Lo daría todo, el dinero, el buen trabajo, el apartamento... «Podría vivir en la miseria con él y ser feliz», pienso. ¿Por qué no me di cuenta de eso antes? Antes de joderlo todo. No puedo dormir, así que me siento en el sofá y miro el océano. Sigo aquí sentada cuando sale el sol. Me preparo para ir al juzgado, me hago un café y salgo por la puerta. Hoy es el último día.

Ganamos el caso.

Declaran a Leah inocente de falsificar documentos, inocente del fraude con las pruebas clínicas, y culpable de mala conducta ética con las responsabilidades. Paga una multa de un millón de dólares por esto último, y la sentencian a doscientas horas de servicio comunitario. No estoy celebrando nada. Podría haber metido a esa zorra en la cárcel y haberle robado al marido.

La cena de la victoria tiene lugar en un restaurante pijo de South Beach. Estoy librándome de un puñado de personas con buenos deseos cuando la veo acercándose a mí mientras se pavonea. Observo su sexy vestido negro con desagrado. Va tan pulida y repeinada que parece recortada de una revista. Yo llevo un sencillo vestido de tubo color crema. Esta noche, ella es el diablo y

yo soy el ángel.

—Olivia —ronronea, acercándose con una copa de vino en la mano—, brindemos por nuestra victoria. Todo ha salido muy bien.

Hace chocar su copa con la mía y yo le dirijo una tensa sonrisa.

—¿Gracias?

—Dudo que comprenda jamás por qué lo has hecho. Me has salvado. Salvo que sea porque él te lo pidiera. —Como si lo hubiéramos ensayado, ambas miramos a Caleb, que está riendo y charlando con un grupo de amigos—. Debe de haber sido muy difícil para ti estar cerca de él.

Lo observa con posesividad. Noto de golpe lo mucho que echo de menos oír su risa. Me desgarran por dentro saber que su lugar está en la vida de Leah y no en la mía.

—No es la clase de hombre que una mujer olvida con facilidad —continúa ella con dulzura, y si yo no fuera de la clase de chica que ha jugado a lo mismo, habría pensado que estaba siendo sincera.

—No, no lo es —admito sin reservas.

—Lo miras todo el tiempo... veo que lo haces, Olivia.

La miro con aburrimento. Está jugando con alguien que sabe cómo jugar mejor.

—¿A ti te mira tal como yo lo miro a él? —le pregunto con calma. Aaah, ahí está: la furia mal disimulada. Y, por la expresión de su cara, sé que he puesto el dedo en la llaga. Abre la boca para decir algo, pero entonces levanto una mano—. Leah, vete con tu marido —digo—. Antes de que se dé cuenta de que sigue enamorado de mí.

Y, como si me hubiera oído, Caleb se gira para mirarme; no a su mujer... a mí. Nuestros ojos se cruzan durante un breve segundo, los suyos y los míos, ámbar y azules. Leah observa la interacción y, aunque sigue siendo la personificación del decoro y la clase, veo una blancura que aparece alrededor de los labios. Su furia se dirige a mí en oleadas, aunque lo que siento emanando de Caleb lo aparta a un lado. Está anhelante, al igual que yo. Recupero lo que me queda de autocontrol y me digo la verdad: no es mío ni lo será nunca.

Dejo la copa de vino sobre la mesa más cercana y salgo de sus vidas en silencio. Hay cosas que es mejor dejarlas en paz.

A la mañana siguiente, enciendo el televisor y veo una foto policial familiar. La miro con los ojos entrecerrados y suelto un gruñido al oír el nombre.

—Dobson Scott Orchard ha sido detenido por la policía en el aeropuerto de Miami tratando de subir a un avión hacia Toronto. La policía lo tiene bajo custodia, y están interrogando al acusado de ser violador. Entre sus víctimas hay siete mujeres cuyas edades van desde los diecisiete hasta los treinta años. Cinco de ellas han declarado y lo han identificado como el hombre que las atacó sexualmente. La policía urge a cualquier otra víctima para que declare inmediatamente...

La cámara se mueve después a una foto de Laura Hilberson, nombrándola como la primera víctima. Saludo a su foto con la mano y apago el televisor. Decido que la vida es cuestión de elecciones: algunas buenas, otras malas, y otras egoístas. Pero parece que la más prudente que he tomado en mi vida fue la de no meterme bajo su paraguas el día que me encontré con Caleb.

Capítulo diecisiete

Turner decidió mudarse a Florida después de que yo ganara el caso. Vendió su casa en Grapevine, compró un nuevo fondo de armario lleno de zapatos de tacón bajo de colores pastel y cambió su Lexus por un Corvette amarillo y reluciente. Me siento invadida cuando llego a casa un día y encuentro mi salón lleno de sus cajas pulcramente etiquetadas. «Armario de abajo», «Sala de juegos», «Despacho», proclaman con una letra que sé que es la de su madre. Camino entre el laberinto de las pertenencias de Turner y espero que no tenga planeado sacarlas aquí. No tengo espacio para dianas de dardos y fotos autografiadas de Diego Maradona.

Discutimos sobre ello durante una semana, y al final acaba aceptando guardar sus pertenencias en un almacén. Con las cajas fuera, intento acostumbrarme a mi nuevo compañero de piso, que patrulla los pasillos de mi apartamento en calzoncillos blancos cantando canciones de musicales con acento tejano. Tengo el frigorífico lleno de cerveza y salsa, y por alguna extraña razón, eso me cabrea más que las montañas de ropa sucia que encuentro tiradas por la casa.

Una mañana, me despierto y me encuentro con las palabras «tía buena» garabateadas en el espejo del cuarto de baño con pintalabios. Aprieto los dientes, tiro el tubo de cincuenta dólares destrozado de Wine Gum y después me paso los siguientes diez minutos frotando los restos con vinagre. Cuando ocurre por segunda vez, escondo mis pintalabios.

Entre los meses de marzo y mayo, encuentro diecisiete curiosas manchas en mi sofá color marfil, doce marcas de zapatos en mi pared y treinta y siete botellas de cerveza dejadas de cualquier modo por toda la casa. Me lleva a cenar por nuestro aniversario, y se pone una camisa de botones de un verde azulado con pantalones blancos y unos mocasines de cocodrilo también blancos. Recuerdo el buen gusto de Caleb a la hora de vestir y me siento avergonzada por la extravagancia de Turner. Me recuerdo que esto no es un juego de comparaciones. Me dice muchas veces que me quiere, y cada una de ellas me encojo por dentro.

«Oh, ¿qué sabrás tú del amor?», me quejo en silencio. «Nunca has hecho trampas para tenerlo.»

El guapo de Turner, que me adora y me trata como un accesorio caro. Odio incluso cómo huele su almohada.

La culpa de todo esto es de Caleb, maldita sea. Yo estaba feliz, de una

forma un tanto ilusa, pero feliz de todos modos. Y ahora... ahora, lo único en lo que puedo pensar es en su sonrisa torcida, en su olor y en cómo sus ojos inspeccionan el mundo con diversión. Psicoanalizo mi relación con Turner y, cuando no soy capaz de llegar a una conclusión sensata, Cammie y yo quedamos para hablar del asunto.

Escogemos una pequeña cafetería francesa de Las Olas Avenue y bebemos café francés.

—Es de relleno —dice Cammie con más convicción que un terrorista suicida.

—¿Qué significa eso?

Estoy examinando el menú, contemplando un cruasán de almendras.

—Ya sabes... para meterte rápido algo en el corazón y evitar que se abra... que se desangre...

—O sea, ¿que empecé a salir con Turner para dejar de pensar en Caleb?

—Cammie asiente con la cabeza—. ¿Y por qué no podías decir eso y ya está?

—Porque cuando hablas de forma figurada parece que eres más lista.

La miro mientras pestañeo un par de veces antes de apartar mi menú a un lado.

—Entonces, ¿qué es lo que sugieres que haga, listilla? Ya he exonerado a su mujer de sus crímenes.

—Espera —replica Cammie—. Ni siquiera estoy hablando de Caleb. Lo único que estoy diciendo es que Turner no te conviene nada nada nada.

Suelto un suspiro. ¿Por qué no deja de decir eso todo el mundo?

Dos semanas después, ya estoy completamente desesperada con la farsa. Turner no me deja en paz, y estoy cansada de apartarlo y de buscar excusas. Decido tomarme un día para mí misma. Me despido de mi prometido de ceño fruncido en la puerta de entrada dándole un beso apresurado en los labios. Él me llama, me pregunta cuándo voy a volver a casa, pero lo ignoro y continúo caminando.

Cuando se cierran las puertas del ascensor, me deslizo hasta el suelo y coloco la cabeza entre las piernas. Siento que puedo respirar otra vez. Ir de compras suena bien, o tal vez pasar un tiempo en el spa. Conozco a una chica que puede dejarme entrar en el último momento. Pero entonces mis pensamientos sueltan una risita nerviosa y van a la deriva hasta el hombre del que sigo enamorada, y sé que un día en cualquier otra parte es un día lejos de él. Así que me decido por la siguiente mejor opción, algo que no he hecho desde hace mucho tiempo. Me saco el móvil del bolso demasiado caro y

presiono el primer número de mi lista de marcado rápido.

—Cammie, soy yo —susurro al teléfono, aunque es evidente que estoy sola y nadie puede oírme. Me siento culpable por lo que estoy a punto de decir—. ¿Recuerdas los viejos tiempos con el coche del Inspector Gadget?

Hay una larga pausa, en la que compruebo la pantalla para asegurarme de que seguimos conectadas.

—Te has vuelto loca —dice al fin. Y luego, tras otra larga pausa—: ¿A quién vamos a espiar?

—¿A quién crees tú? —pregunto, jugueteando con el asa del bolso.

Otra pausa.

—¡NO! Desde luego que ¡NO! No me lo puedo creer... ¿dónde demonios estás?

—Venga, Cam, si tuviera otra amiga a la que pedírselo, lo haría...

—Desde luego que no le pedirías a nadie más hacer algo tan psicótico. Y, si lo hicieras, me sentiría muy ofendida.

—Voy de camino a tu casa —digo, sacando el coche marcha atrás para abreviar, en plan diva.

—Vale. Estaré preparada y esperando. Asegúrate de ir a por café.

Treinta minutos después, llego a la pulcra casa privada de Cammie y aparco de cualquier manera en su camino de entrada. Tiene parterres con flores en las ventanas y gnomos de jardín en las peonías, una cabaña muy bonita para que una bruja así viva en ella. Abre la puerta antes de que pueda llamar al timbre y tira de la cinturilla de mis pantalones para hacerme entrar.

—¿En qué coche vamos a ir? —dice con tono profesional.

—Pensaba que no querías hacerlo.

Me quita el café de la mano y me mira por encima del borde del vaso.

—Pues claro que quiero hacerlo, pero parecería una mala persona si no me negara en absoluto.

Me encojo de hombros. Hace años que dejé de tratar de calmar mi conciencia, pero cada uno a lo suyo.

—Tu coche —respondo—. Nunca lo ha visto, así que habrá menos posibilidades de que nos descubra.

Asiente con la cabeza mientras toma una bolsa de viaje del sofá.

—¿Sabes dónde vive ese tío?

—Pues claro que sí —digo imitando su tono, y la sigo hasta el garaje—. Tía, ¡que soy su abogada!

—¿Sí? Entonces, ¿qué posición prefieren normalmente para...?

En ese momento Cammie dice algo bastante ordinario, y yo hago una mueca. Ha empezado a desagradarme la palabra que empieza por f. La guapa y delicada de Cammie comenzó a soltar tacos después de Steven, que le había puesto los cuernos dos veces y le había robado setecientos dólares del cajón de la cómoda. Desde esa fatídica tarde en la que encontró a Steven copulando con su secretaria, desarrolló una obsesión por los tacos y por llamar a las chicas «zorra asquerosa».

—Probablemente la misma posición en la que estaban Steven y Tina cuando los encontraste con las manos en la masa.

—*Touché* —responde ella—. Entonces, ¿vamos a espiar también a esa zorra asquerosa o solo al señor Maravilloso?

—Caleb —digo con decisión—. Quiero espiar a Caleb.

Cammie asiente con la cabeza y saca el todoterreno negro y se incorpora a la carretera.

—Llama a su oficina.

—¿Por qué? —pregunto, escarbando en la bolsa para comprobar los suministros.

—Para que sepamos dónde está y lo que va a hacer hoy, genio.

—No puedo —digo con los dedos sobre los botones. Cammie me quita el teléfono de la mano y marca ella misma.

—Blandengue —murmura, y a continuación—: Hola, sí, soy de Sunrise Dental y estoy tratando de localizar al señor Caleb Drake. No ha acudido a su cita de esta mañana, y... ¿ah, sí? ¿De verdad? Bueno, eso es totalmente comprensible... de acuerdo... volveré a llamar para cambiar la cita, gracias.

—Cuelga el teléfono y sonríe de forma triunfal—. ¡Han salido de la ciudad!

—Vale —respondo mientras niego con la cabeza, confusa—. ¿Por qué estás tan contenta?

—¡Porque ahora podemos colarnos en su casa! —declara, mirándome con una cara verdaderamente demoniaca.

—Estás loca —replico, apartando la vista de ella para mirar por la ventana—. ¿Por qué de pronto siento ganas de vomitar?

—Te va a encantar, créeme. Yo entré en casa de Steven después de que se follara a esa zorra asquerosa y encontré un montón de cosas interesantes. Le gustaban cosas como... los hombres asiáticos.

—¿Te colaste en el apartamento de tu ex? —La cabeza me da vueltas—. ¿Cómo es que no sabía nada de tus aventuras, y cuándo te has convertido en mí?

—Has estado ocupada. Lucy y Ethel no se colaron para espiar; Ethel se coló para buscar los pendientes de su abuela, que se había dejado allí.

—Vale, en primer lugar, deja de referirte a ti misma en tercera persona, Ethel, y segundo, ¡no voy a colarme en su casa!

—¿Desde cuándo te has convertido en la policía moral?

Da un violento sorbo a su café.

—Soy abogada —respondo, y ella frunce el ceño—. Y una adulta. —Resopla—. Y ya le he causado a ese hombre problemas para toda una vida.

La última frase parece enfurecerla, porque comienza a escupir palabras con el acento tejano a tope.

—¡Y él también a ti! —Me señala con un dedo y después le da un golpe al volante—. ¡No deja de regresar! Maldita sea, Olivia, no deja de encontrarte, y tienes derecho a saber por qué. Te ha destrozado la vida al menos cuatro veces ya. ¡ODIO CUANDO LA GENTE NO PONE EL INTERMITENTE! —Le hace una peineta a un Mercedes mientras pasamos junto a él a toda velocidad—. Además, no olvidemos que Leah también hizo allanamiento de morada en su día, cuando se puso en plan *Atracción fatal* con tu apartamento.

Oh, eso era muy cierto.

—Sé el código de la alarma de su casa —digo con voz débil.

—¿Cómo?

Tiene los ojos muy abiertos por la admiración.

—Algo la hizo saltar un día mientras Caleb, Leah y yo estábamos en una reunión, y la empresa de seguridad lo llamó al móvil para verificar el código antes de desactivarla.

—Ahora solo necesitamos una llave.

Me sonrío y toma la salida de Parkland.

—Tienen una de repuesto en el comedero de pájaros del jardín trasero.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Se lo oí diciéndoselo a la sirvienta por teléfono cuando se quedó fuera sin llaves.

Cammie suelta tacos y me dice que doy muy mal rollo.

—Sí, y tú eres una zorra asquerosa.

Nos encontramos en el vestíbulo de la enorme casa de Leah y Caleb. Me muerdo las uñas con culpa mientras que Cammie, sin preocupación alguna, se está paseando por todas partes tocando sus cosas. La observo y me pregunto quién ganaría si ella y Leah se metieran en una pelea.

—¿Has visto esto? —dice, levantando un huevo de filigranas de una

ornamentada mesa dorada—. Esto vale al menos cien bolsos de Cartier.

—Déjalo en su sitio —le siseo, escupiendo ácido por la boca.

La casa es como un museo, y Leah es su atracción principal. Dondequiera que miro hay cuadros y fotografías de la bestia pelirroja, algunos de ellos lo bastante considerados como para incluir a Caleb. Me aparto de su mirada y avanzo hasta quedar bajo un nicho.

—Ya nos hemos colado, así que más nos vale aprovecharlo al máximo —dice Cammie con un gorjeo.

La sigo hasta la cocina, donde miramos dentro del frigorífico. Está repleto, con cosas que van desde caviar de beluga hasta pudín de chocolate. Cammie toma una uva de un montón y se la mete en la boca.

—Sin semillas —murmura. El jugo salpica la puerta del frigorífico desde sus labios. Limpio la mancha con una servilleta de papel y la tiro a la basura.

Subimos por una escalera serpenteante, y nuestros talones suenan contra el mármol color mantequilla. Cammie se detiene frente a lo que parece ser la puerta de la habitación principal.

—No, no; no voy a entrar ahí —digo, retrocediendo unos pocos pasos. Preferiría cortarme una mano antes que ver su habitación.

—Bueno, pues yo voy a mirar.

Y a continuación, abre la puerta y desaparece dentro.

Camino en dirección opuesta. Bajo por un largo pasillo lleno de fotografías de 8x10 en blanco y negro. Caleb y Leah cortando su tarta de bodas, Caleb y Leah de pie en una playa, Leah fumándose un cigarrillo delante de la torre Eiffel... Aparto la mirada, asqueada. No quiero seguir estando aquí. Esta es su casa, donde se ríen, comen y tienen sexo. No puedo creer cuánto han cambiado las cosas. Me siento ligeramente abandonada; como si estuviera despertando de un coma y descubriendo que el mundo ha seguido adelante sin mí. ¿Por qué todavía me siento de la misma manera cuando todos los demás son diferentes?

Bajo al piso inferior para esperar a Cammie. Y entonces la veo: una puerta, una puerta ovalada. Caleb siempre me decía que algún día, cuando se construyera una casa, quería que la puerta de su despacho se pareciera a una de esas pesadas cosas medievales que se ven en las películas. Voy hacia ella con lentitud y extendiendo la mano para levantar el pomo circular, que es casi tan grande como mi cabeza. La puerta se abre y un aroma a casa nueva y colonia me golpea en la cara.

Ni siquiera huele a él. En los últimos cuatro años, ha cambiado de

colonia. Vuelvo a tener esa sensación de haber despertado de un coma.

Hay estanterías de nogal en todas las paredes, llenas de novelas, libros de texto y algún adorno ocasional. Me dirijo hacia el escritorio y me siento en su enorme silla giratoria. Doy una vuelta y me muevo usando las ruedas. Esta es su habitación favorita de la casa. Se nota. Todo lo que le encanta, le gusta y odia está aquí. Hay pelotas de béisbol autografiadas en un estante en la pared. Casi puedo verla sacando una del expositor y tirándola al aire unas cuantas veces antes de volver a ponerla en su sitio con cariño. Hay una selección de música muy diversa en una pila desordenada junto al monitor de su ordenador.

Observo con ligero deleite que el CD de la tienda de música se encuentra ahí, y también está la figura del caballo de Troya que su padre le regaló cuando se perdió la fiesta de su vigésimo primer cumpleaños. Está hecho de bronce sólido, y ni falta hace decir que es muy pesado. Caleb odiaba esa cosa, pero siempre la mantenía a la vista porque decía que le recordaba que tenía que ser un hombre de palabra. Tomo la figura y le doy la vuelta hasta que el estómago del caballo queda hacia arriba. Hay ahí una pequeña trampilla de la que nadie sabe nada. Caleb me dijo una vez que guardaba recuerdos en su interior; recuerdos que no quería que nadie más viera. Me muerdo el labio antes de abrirla. Qué más da un crimen más, ¿verdad? Mi lista hacía ya mucho que tenía demasiados.

Mis dedos tocan algo delgado y con tacto a papel. Lo saco con suavidad y desenrollo una especie de trozo de papel vitela. Es un dibujo, hecho con la punta partida de un lápiz. En la parte inferior de la página, el artista ha firmado con su nombre en grandes letras con florituras: C. Price Carrol. El dibujo es de la cara de una mujer. Hay una sonrisita en su cara, y tiene la mancha ligera de un hoyuelo en la mejilla. Miro la cara que reconozco pero no logro situar del todo; no porque sea un mal dibujo, sino porque ha pasado mucho mucho tiempo desde la última vez que la vi.

—Jessica Alexander —digo en voz alta, examinando sus grandes ojos—, otra persona que confió en mí y a la que jodí.

Vuelvo a enrollar el papel y lo aparto a un lado. Me pregunto con qué frecuencia sigue pensando en ella Caleb. ¿Se imagina cómo podría haber sido su vida con ella? ¿Se imagina cómo podría haber sido conmigo? ¿Piensa siquiera en mí? Vuelvo a meter la mano en el caballo y esta vez saco algo metálico y redondeado. Es el anillo del pulgar de Caleb, el de la estrella y el diamante que le regalé por su cumpleaños. Suspiro mientras me lo llevo a los

labios. ¿Así que lo tiene escondido? Al menos se lo ha quedado, ¿verdad? A lo mejor algunas noches, cuando está solo y escuchando ese CD, lo saca y piensa en mí. Una puede tener sus esperanzas. Después extraigo un reloj de arena en miniatura, en el que los pequeños granos de arena son plateados, y después un cuadernito, cuyas páginas coloreadas de negro, rojo, blanco, dorado y verde no tienen palabras. No sé a qué le recuerdan estas cosas; supongo que serán posteriores a mí. Dejo el caballo del derecho sobre el escritorio y un pequeño tintineo me llama la atención.

¿Dónde he oído ese sonido antes? Mi mirada recorre el escritorio y después el suelo a su alrededor, buscando al culpable. ¿Dónde... dónde está? ¡Ahí! Lo recojo con la mano y un gimoteo se me escapa de la garganta. No sé si estoy sorprendida o si he sabido todo el tiempo que Caleb acabaría encontrándolo, pero siento la boca seca mientras doy vueltas al objeto en mi palma. La moneda; nuestra moneda. ¿Había ido a mi apartamento después de que me marchara para buscarme? ¿La había visto ahí tirada sobre mi mesa de centro estropeada?

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras imagino lo confuso que debió de sentirse. ¿Cómo es que se había llevado la cosa que simbolizaba el inicio de nuestro romance? Me doy cuenta con amargura de que Leah debía de habérselo dicho. A pesar de la promesa que me hizo, debió de contarle la verdad con enfermiza satisfacción. Para mantenerlo alejado de mí, porque debía de saber que Caleb trataría de encontrarme.

Estoy enfurruñada, arrastrando los pies y llena de náuseas cuando oigo que gritan mi nombre. Reverbera por la enorme casa, como si estuviera cantándolo alguna corista.

—¡Olivia! —Cammie entra corriendo en el despacho, sacándome de mi aturdimiento. Está agitando algo en las manos, y su pelo rubio rebota por todas partes por la emoción—. Olivia —vuelve a decir, con los ojos muy abiertos—. Tienes que ver una cosa.

Lleva un sobre de manila, que lanza hacia mí sobre el escritorio.

—¿Dónde has encontrado esto?

No quiero tocarlo.

—Tú cierra la boca y ábrelo.

Se cruza los brazos por delante del pecho y no puedo evitar darme cuenta de lo preocupada que parece. Estiro el brazo para tomar el sobre y abro con suavidad la parte superior, dejando que su contenido se derrame sobre el escritorio de Caleb. Cartas, fotos... Las examino durante un minuto antes de

sentir que unas oleadas de conmoción recorren mi cuerpo.

—¡Dios mío! ¿Cammie?

La miro negando con la cabeza. Me siento totalmente confusa.

—Te lo advertí —dice—. Léelas.

Sobre el escritorio hay fotos de mí... y de Turner. Está la foto del compromiso, la que nos hicieron profesionalmente después de que me pidiera matrimonio, y una foto de nosotros juntos en el zoo, durante el primer año que estuvimos saliendo.

—No lo entiendo... —digo de forma inexpresiva, y Cammie, mi querida detective Cammie, señala el montón de cartas—. ¿Me va a sentar mal? —pregunto, mordiéndome el labio inferior.

—Mucho.

Tomo la primera carta. Está escrita a mano en una hoja sencilla de papel blanco.

Hola, Jo:

Sé que odias que te llame así, pero no puedo resistirme. Es muy extraña esa proposición que me has hecho, pero debo admitir que siento mucha curiosidad. No sé en qué problemas te habrás metido ahora, pero si se parece en algo al instituto... ¡cuenta conmigo!

Bromas aparte, es verdad que te debo una. Las entradas para la Super Bowl valen tanto como mi primogénito, así que si quieres que salga con una chica guapa, no voy a quejarme. En fin, preciosa, ya te mantendré informada sobre el tema. ¡Más te vale que esté muy buena!

Turner

Mi lamento de furia comienza como un gruñido y aumenta de forma gradual hasta que sueno como la sirena de un camión de bomberos. Cammie parece preocupada, así que me calmo y paro.

—La siguiente.

Le tiendo la mano, y ella me pone otra hoja de papel entre los dedos.

Jo-Jo:

¡No me puedo creer que esto esté ocurriendo! En serio, ¿qué demonios está pasando?

Seguro que te alegrará oír que vamos a casarnos. Por fin seguí tu consejo y se lo pedí. ¡Uf! Supongo que debería darte las gracias. ¡Gracias!

Estaré en Florida visitándola el mes que viene. A lo mejor podríamos ir todos a comer, tu hombre, O y yo. ¡No te matará hablar con ella! Sé que hay alguna clase de pasado sórdido entre vosotras dos, pero, sea lo que sea, seguro que lo superará. Después de todo, tú eres la fuerza que nos ha unido. Hablamos pronto.

El Prometido,

Turner

—Joder —suelto.

—Y que lo digas.

Cammie rodea el escritorio hasta donde estoy sentada y abre la

fotocopiadora de Caleb.

—¡Me ha tendido una trampa! De algún modo supo que me fui a Texas e hizo que uno de sus amigos ligara conmigo... ¡para mantenerme alejada de Caleb! —Cammie me da unas palmadas comprensivas sobre el hombro—. Turner es amigo de Leah. Lo utilizó, ¡y él ni siquiera lo sabía!

—Bueno, le regaló entradas para la Super Bowl. No son fáciles de conseguir, ¿sabes?

Cammie presiona el botón de inicio y un ruido zumbante llena la habitación.

—Estoy prometida con la marioneta de Leah.

Tengo ganas de llorar a gritos hasta que se me caigan los ojos y de romper su huevo de filigrana al mismo tiempo. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? No, no he sido estúpida. No tenía forma de saber que Turner y Leah estaban conectados. Pero debería haber sabido que no confiaría en mí para que permaneciera alejada de la vida de Caleb y que tomaría precauciones adicionales. ¡Estaba planeando mi boda por sus precauciones!

—Vamos a quemarle la casa —digo, poniéndome en pie.

—Vamos, vamos, Lucy; esta también es la casa de Caleb. No hace falta castigarlo a él por lo que Leah ha hecho.

A pesar de que se supone que ella es Ethel, usa el acento de Ricky Ricardo.

—Acabo de salvarla de una sentencia de veinte años en la cárcel —gimoteo—. He defendido a esa zorra asquerosa, malvada y traicionera.

—Sí. Qué pena que seas una abogada del copón, ¿eh? En cualquier caso, hay más malas noticias...

—¿Más? ¿Cómo puede haber más? —Se saca un palito del bolsillo trasero y me lo pone sobre la palma—. ¿Qué es esto? —pregunto con voz estrangulada, pestañeando para contener las lágrimas.

Cammie pone los ojos en blanco.

—Un monitor de fertilidad.

—¿Eh?

—Es un palito de pruebas que se usa para controlar los niveles de hormonas presentes en tu orina... para poder quedarte embarazada.

Doy la vuelta a la mano y lo suelto.

—¿Están tratando de tener un bebé? —pregunto con un jadeo.

¿Por qué no me lo dijo Caleb?

—Es ella quien está tratando de tener un bebé. He encontrado ese

cacharro escondido en una caja de zapatos «secreta» con esas cartas —señala con la cabeza la correspondencia de Turner— y un calendario de fertilidad. Si los dos estuvieran tratando de tener un bebé, ¿no crees que guardaría las cosas en el armario del cuarto de baño?

La miro con rostro inexpresivo.

—¡Olivia! Está tratando de quedarse embarazada porque tú vuelves a estar en escena. Tiene miedo de perderlo. ¡Caleb no lo sabe! Tienes que detenerlos antes de que se quede atrapado para siempre.

—¿Por qué? No puedo... —digo, sentándome con tristeza en la silla—. Un calendario de fertilidad —repito, sin tener ni idea de lo que es.

—Sí, te dice los días que tienes más posibilidades de concebir. ¿De qué siglo eres?

—¿El calendario de fertilidad decía que era este fin de semana?

Me siento sin aliento, como si alguien acabara de darme un puñetazo en el estómago.

Cammie asiente con la cabeza.

—Toma. —Me entrega las fotocopias de las cartas de Turner—. Mira, es el momento de hacer algo. Y no estoy hablando de tu rutina habitual de mentiras y deshonestidad. Esta vez tienes que decirle la verdad, y ser sincera con todo.

—¿Como qué? ¿Qué me queda para sincerarme? Ya sabe todo lo gordo.

—Por ejemplo, puedes decirle que te fuiste de Florida por culpa de Leah, y que trató de sobornarte con dinero... ¿qué te parece?

—Eso no va a suponer ninguna diferencia. Ya sabe que está tan podrida como yo... le encantan las chicas inmorales.

—¿Y por qué no te enfrentas a él para preguntarle qué siente por ti? Te ha vuelto a encontrar, incluso después de saber lo que hiciste cuando tenía amnesia. Sigue enamorado de ti, Olivia. Solo tienes que convencerlo de ello.

Pienso en cómo apareció en mi apartamento la noche anterior a la sentencia de Leah. Siempre estaba apareciendo, ¿verdad? Aparecía en la tienda de música, aparecía en el supermercado, aparecía en mi trabajo. Maldita sea. Cammie estaba en lo cierto, tenía que haber alguna razón para ello.

—Vale —respondo.

—Vale —asiente ella—. Y ahora enciende ese ordenador, tenemos que averiguar adónde han ido.

Dos horas después, atravieso la puerta de mi apartamento. Las ventanas

están abiertas, y el aire salado del mar me golpea la cara. Lo tomo a bocanadas y comienzo a buscar a la rata de mi prometido. Me recuerdo que tengo que mantener la calma y actuar como una señorita, pero cuando lo veo tomando el sol en mi enorme patio, le grito tan alto que se da la vuelta y casi se le cae el agua.

—Toma. —Me quito el anillo del dedo y se lo lanzo. Se desliza por las baldosas girando y se detiene a sus pies—. Me voy de viaje. Cuando vuelva, NO QUIERO QUE ESTÉS.

Se levanta de un salto, con aspecto confuso. Está mirando de izquierda a derecha, como si pudiera encontrar allí la respuesta a mi extraño comportamiento.

—¿Qué...?

Observo sus gafas de sol de Gucci, su bañador de color salmón, su forma de moverse como un robot, y me encojo por dentro. ¿En qué estaba pensando?

¡Es que no estaba pensando! Estaba metiendo relleno en mi corazón. ¡Cammie tenía razón!

—Ya lo sabes... ¡Leah! Todos estos meses he estado defendiéndola en el juicio, ¡y tú no me has dicho ni una palabra! —La cara de Turner se pone blanca, a pesar de su ridículo bronceado. Agita las manos a su alrededor, como si no fuera capaz de decidir entre rendirse o señalarme con el dedo—. ¡Saliste conmigo a cambio de entradas para la Super Bowl!

Ahora estoy gritando.

—Sí, pero...

—¡Cállate! Que te calles. —Me derrumbo en una silla de jardín y me pongo la cabeza sobre las manos. Me siento como si tuviera noventa años—. Turner, no nos convenimos el uno al otro. No quiero casarme contigo, lo siento.

—Bueno —resopla—. ¿Y yo no tengo nada que decir en esto?

Lo miro entre los dedos.

—No, en realidad no. —Suelto un suspiro y me pongo en pie—. Tengo que ir a hacer el equipaje.

Me dispongo a entrar.

—¿Por qué? —grita detrás de mí—. ¿Por qué no podemos intentar arreglarlo?

Hago una pausa y miro por encima del hombro.

—No hay nada que arreglar. No puedo darte algo que no tengo.

Capítulo dieciocho

Ocho horas después, estoy sentada en primera clase, tomándome una Coca-Cola y tamborileando con los dedos con impaciencia sobre la bandeja de la bebida que tengo delante.

Caleb y la Bestia Escarlata están en Roma. Sí, eso es lo que he dicho, Roma. Las Bahamas no eran suficiente para ella, y tampoco Marco Island; ambos sitios destacados como los mejores para hacer bebés en el historial de Internet de su ordenador. En lugar de eso, ha optado por el Hotel Intercontinental De La Ville, donde su actriz favorita, Susan Sarandon, se quedó embarazada. ¿Cómo puedo saber un detalle tan personal? Porque además de colarme en su casa con mi psicótica mejor amiga, también le hackeé su cuenta de correo electrónico y leí una conversación entre ella y su madre.

—¿Es tu primera vez en Roma?

Miro hacia un lado y veo un par de ojos muy verdes observándome desde el asiento contiguo.

—Eh, sí.

Hablo de forma cortante para sonar lo más maleducada posible y vuelvo a mirar por la ventana. Puaj. Parloteo. No estoy de humor para conversar. Estoy en la misión más importante de mi vida.

—Te va a encantar. Es el mejor lugar del mundo.

—Sí, para hacer bebés —murmuro.

—Lo siento, ¿qué has dicho?

—Nada —respondo—. Voy por negocios, así que para mí es todo trabajo y nada de diversión.

Suelto una risa estridente y finjo escarbar en mi bolso en busca de algo.

—Qué pena. Al menos deberías sacar tiempo para ir a ver el Coliseo... es simplemente increíble.

Ahora sí que lo miro, porque en realidad no es una mala idea. ¡Joder! ¡Estoy yendo a Roma! Estoy oficialmente emocionada. Con toda la conmoción de sacar el billete, meter las cosas en una maleta y romper con Turner, se me había escapado por completo.

—A lo mejor lo hago —respondo, sonriéndole.

No es nada feo. De hecho, es bastante guapo, con el pelo color carbón, la piel de caramelo y una mandíbula esculpida. Tiene una de esas narices distintivamente judías, y de pronto me siento muy cohibida por mi tez pálida.

—Noah Stein.

Me ofrece la mano y yo se la estrecho.

—Olivia Kaspen.

—Olivia Kaspen —repite—. Es un nombre muy poético.

—Bueno, pues eso es lo más extraño que me han dicho. —Hago una mueca y él sonríe—. ¿A qué te dedicas? —pregunto, tratando de sonar agradable. Ay, Dios mío. Acabo de romper con Turner. ¡Ay-Dios-mío!

—Tengo mi propio negocio. ¿Y tú?

—Soy abogada —respondo. Bajo la mirada y veo que me tiemblan las manos—. Tengo que ir al baño, ¿te importa?

Él niega con la cabeza y sale al pasillo para que pueda pasar. Casi derribo a una niña pequeña y a una azafata mientras me tambaleo hasta el lavabo.

Una vez dentro, me derrumbo enfrente del retrete y vomito.

Mierda, mierda, mierda, mierda.

Toda mi vida ha cambiado en las últimas horas y ahora empiezo a darme cuenta. Turner. ¡Pobre Turner! No, en realidad no... ¡salió conmigo a cambio de entradas para la Super Bowl! Pero me quería, ¿verdad? ¿Lo quería yo? No. Romper con él era lo correcto. Era lo único que podía hacer. Me enjuago la boca en el lavabo y apoyo la espalda contra la pared. Esto es una locura; salir corriendo a Italia para perseguir a mi exnovio por un capricho. ¿Qué diría mi madre? Reprimo un sollozo y me muerdo el labio. Voy a estar sola en Roma y ni siquiera hablo italiano, por amor de Dios. Esto es malo. Esto es muy muy malo.

Regreso a mi asiento y Noah me deja pasar amablemente sin decir ni una palabra sobre mi cara hinchada. Tras dar unos sorbos grandes a mi refresco ya sin gas, me paso dos dedos por debajo de los ojos para quitar cualquier posible mancha de rímel y me giro hacia Noah, frunciendo el ceño.

—No voy a Roma por negocios —digo, y no parece sorprendido. ¿Por qué debería estarlo? No sabe que soy una mentirosa compulsiva.

—Ah —responde, levantando una ceja—. Vale.

Respiro hondo. Me resulta muy estimulante decir la verdad.

—Voy a buscar a Caleb Drake, y cuando lo haga, tengo que contarle la verdad sobre todo. Tengo mucho miedo.

Me mira con nuevo interés. He pasado de ser una chica guapa a una mujer intrigante.

—¿Qué clase de verdad es?

—Una desagradable. Va a haber mucho que arreglar.

Suelto un suspiro.

—Me gustaría escucharlo.

Me muevo bajo su mirada. Tiene la intensidad de un arma nuclear en esos dos orbes verdes.

—Es una larga historia.

—Bueno —dice, levantando las manos y mirando a su alrededor, a la cabina—. Va a ser un vuelo largo.

—Vale. Te lo contaré, pero con una condición —respondo, levantando las piernas hasta el pecho y manteniéndolas ahí. Noah me mira las rodillas y después la cara, como si no fuera capaz de comprender por qué una mujer adulta está sentada como una niña pequeña—. Tienes que decirme lo peor que hayas hecho jamás.

—¿Lo peor que haya hecho jamás? —Mira a la distancia, a un recuerdo distante, y hace una mueca—. Cuando estaba en tercero de secundaria, había una chica en mi clase a la que llamábamos Felicity la Gorda. En broma, un día me colé en su jardín trasero, le robé unas bragas del tendedero y después las colgué de la puerta principal del colegio con un cartel que decía «Felicity la Gorda lleva paracaídas como bragas». Cuando lo vio, rompió a llorar, se tropezó sobre su mochila y tuvieron que llevarla al hospital para que le pusieran cinco puntos en la barbilla. Me sentí fatal... y todavía me siento así, la verdad.

—Eso fue muy cruel —digo, asintiendo con la cabeza.

—Sí, y ahora está muy buena. La vi en el reencuentro de mi instituto y le pedí salir. Ella se rio de mí y me dijo que ya le había visto las bragas una vez y que no volvería pasar.

Me río; una risa de verdad, que me hace temblar todo el cuerpo. Noah se une a mí. Sigo sonriendo cuando me doy cuenta de que tengo a otro *boy scout* entre manos.

—Entonces, ¿lo de Felicity es lo peor que has hecho jamás?

—Una vez robé un imán del todo a cien.

—Ay, madre —replico—. No estoy segura de que estés preparado para mi historia.

—Pruébame.

Lo miro a la cara y recuerdo cómo Caleb me dijo una vez que puedes juzgar la personalidad de alguien por su apariencia. Si eso es cierto, decido que puedo confiar en Noah porque tiene los ojos más amables que he visto jamás.

—Me enamoré debajo de un árbol —comienzo.

12 horas después

Está lloviendo en Roma, y me encuentro en el exterior del Hotel Intercontinental De La Ville, escondida bajo un ridículo poncho amarillo que apenas me protege de la fuerte lluvia. No sé por qué estoy aquí en este momento, ya que no voy a lograr nada con el aspecto de una rata empapada. Pero siento la necesidad de ver su ventana, de mirar la vista de la que sus propios ojos han estado disfrutando toda la mañana. El hotel es pequeño pero opulento, y se yergue con majestuosidad sobre la escalinata de la plaza de España. Puedo imaginar que se ve la ciudad entera desde el pequeño balcón. Qué romántico. Suelto un suspiro y sigo observando. Hay un movimiento al otro lado de la ventana, y entonces una pelirroja familiar sale fuera y se coloca bajo el toldo con un cigarrillo encendido en la mano. ¿No sabe que la nicotina afecta negativamente a la fertilidad?

—Sigue fumando —susurro con los ojos entrecerrados.

Un segundo más tarde, la puerta se abre otra vez y Caleb se une a ella, con aspecto de ser un dios romano. No lleva camiseta y tiene el pelo húmedo de la ducha que probablemente acaba de darse. Finjo que el corazón no me va a toda máquina y me paso los dedos por debajo de los ojos para quitar las manchas de rímel que se están acumulando ahí.

«No lo toques, no lo...» Leah extiende un brazo y le pasa la mano por el pecho de forma seductora. Caleb se la sujeta junto a la cinturilla de sus pantalones y se ríe.

Aparto la mirada cuando la atrae hacia él y la rodea con los brazos. El corazón comienza a dolerme; una sensación que ha sido mi mejor amiga durante los últimos nueve años. Doy un zapatazo sobre la acera, agitada, y un lamento animal sale de mi boca. Estoy hasta las narices de haberme enamorado de él.

—Vale, Olivia, están a punto de poner a prueba lo de la fertilidad. Tengo que evitar que exista el engendro de Leah.

Me lo digo canturreando mientras me saco el móvil del bolsillo. La llamada va a costarme una fortuna, pero ¿a quién le importa? No puede ponersele precio al amor.

Llamo al número del hotel y me meto bajo el saliente de una perfumería, esperando con impaciencia hasta que oigo los cortos tonos de llamada.

—*Buona sera, Hotel Intercontinental De La Ville* —responde una voz femenina—. *Non ci sono titoli che contengano la parola?*

—Eh... hola... ¿hablas mi idioma?

—Sí. ¿Cómo puedo ayudarla?

—Estoy tratando de contactar con un huésped del hotel. El señor Caleb Drake... es urgente, y me preguntaba si podría avisarlo de inmediato para que me devuelva la llamada.

La oigo tecleando algo en el ordenador.

—¿Cómo se llama usted? —¡Oh, oh...! ¿Cómo se llamaba su secretaria? Rimaba con «piña colada»—. Rena Vovada —digo con un jadeo—. Lo llamo del trabajo, dígale que es importante y que me llame de inmediato. Muchísimas gracias.

Y cuelgo antes de que tenga la oportunidad de hacerme más preguntas.

Con la tarea cumplida, vuelvo a salir a la lluvia, donde puedo ver su balcón. Caleb y Leah todavía se encuentran ahí. Ella está apagando el cigarrillo con una mano, y permitiéndole meterla en la habitación con la otra. Veo que Caleb mueve la cabeza de golpe hacia el interior de la suite, y entonces sus manos se separan mientras él desaparece por la puerta. Imagino que puedo oír el sonido distante del teléfono de su habitación.

Bien. Con eso ganaré al menos media hora, y con suerte será suficiente tiempo para que se les pasen las ganas. Satisfecha, vuelvo al Montecito Rio, el hotel en el que había hecho la reserva. No era tan ostentoso como el De La Ville, pero de todos modos tenía su encanto, y Susan Sarandon no me importaba en absoluto.

Tengo los zapatos empapados y salpico agua cuando entro en el vestíbulo. La chica detrás de la recepción me fulmina con la mirada y toma el teléfono para llamar al servicio de limpieza.

—Usted es la señorita Kaspen, ¿verdad? —me llama mientras me dirijo hacia los ascensores.

Titubeo antes de darme la vuelta.

—Sí.

—Tengo un mensaje para usted.

Tiende un trozo de papel en mi dirección, y yo lo tomo con cuidado con dos de mis dedos más secos.

—¿De quién es?

—Un tal Noah Stein.

Casi me daba demasiado miedo preguntar, pero al oír su respuesta siento una calma que cubre mi ansiedad.

Noah, el completo desconocido a quien se lo solté todo... qué agradable

por su parte llamarme. Me hace sentir como si estar en Roma no fuera para tanto. Tengo amigos aquí.

Me llevo la nota y el poncho todavía chorreando a la habitación y me meto en la ducha sin molestarme en leer el mensaje. Todo, incluido mi nuevo colega Noah, puede esperar hasta que esté calentita y seca. Cuando salgo al fin, me aovillo en la cama minúscula y desdoble el papel húmedo.

Cena a las ocho

Tavernetta

Tienes que comer...

Sonrío. Sí tengo que comer, ¿y por qué no hacerlo con alguien que me cae bien de verdad? Tomo el teléfono y marco el número de móvil que me entregó Noah en el aeropuerto antes de que saliéramos.

—Solo para emergencias —me había dicho, guiñándome un ojo—. No abuses de mi número de teléfono secreto.

Dudé solo un segundo antes de aceptarlo. Estaba sola en Roma; tal vez lo necesitara.

—Noah, soy Olivia —digo cuando contesta.

—No quiero hablar contigo salvo que me digas que vienes.

—Voy a ir —respondo entre risas.

—Bien. El restaurante es un poco formal, ¿estás bien equipada?

—Veamos, he venido aquí para convencer al amor de mi vida de que tiene que estar conmigo otra vez... Tengo cuatro vestidos de «vuelve conmigo y ámame». ¿Cuál de ellos prefieres?

—El negro...

—Vale. —Suelto un suspiro—. Nos vemos a las ocho.

Cuelgo el teléfono sintiéndome atolondrada por la emoción. Ya está. Estoy volviendo a tomar el control de mi vida. Esta noche cenaré y me relajaré, y mañana buscaré a Caleb y se lo contaré todo. Ese pastel de cerezas no tiene ni idea de lo que le espera. El Huracán Olivia está a punto de atravesar Roma y agitar las cosas.

Mientras me preparo para la cena, pienso en la gota que colmó el vaso y que rompió nuestra relación. En cómo me latía el corazón con fuerza mientras estaba fuera del despacho de Caleb, sabiendo que la persona que amaba más que a nada estaba traicionándome en ese preciso instante. Me planteé la posibilidad de marcharme, de fingir que había otra persona en su

despacho con esa chica seductora. Entonces pensé en mi padre, y en cómo su engaño había hecho más daño a mi madre del que el cáncer jamás podría hacerle. Tenía que verlo. No solo a él, sino a ella. ¿Quién era esa chica que tenía el poder de separarnos?

El pasado

Aquello iba a ser muy difícil. Doloroso. Me cambiaría la vida. La puerta se abrió de forma silenciosa, tan silenciosa, de hecho, que ni Caleb ni su ayudante se dieron cuenta de que se había abierto y que había una persona muy aturdida observando al otro lado.

—Caleb —dije con voz seca, porque a esas alturas era como si ya me hubieran absorbido toda la vida.

Las cabezas de ambos se separaron de golpe, y él dio un paso hacia atrás, errático. Observé con un vuelco en el estómago cómo ella tenía el vestido subido hasta el muslo. Caleb no tenía forma alguna de explicarlo, y no había ninguna posibilidad de que yo lo creyera incluso aunque lo intentara.

Miré a su cara. Estaba muy muy pálida.

—Caleb —volví a decir. Parecía tan aturdido que me encogí. Lamentaba que lo hubiera pillado. Abrió y cerró la boca, pero no salió ningún sonido. La chica tenía cara de engreída, y yo tenía ganas de gritar... ¿Ella? ¿Por qué ella?—. Yo te quería —dije, y fue la primera vez que pronunciaba esas palabras.

El rostro de Caleb se arrugó a causa de la emoción. ¿Cómo de cruel era decirle algo que había estado esperando en el momento de su infidelidad? Era un golpe bajo, pero aquella era una batalla, y estaba dispuesta a caer luchando. La guarrilla de la mesa nos miró con diversión.

—Tú debes de ser Olivia —dijo, bajándose del escritorio de un salto.

Sentí repulsión por el hecho de que conociera mi nombre. ¿Es que hablaban de mí? Había una foto mía enmarcada cerca de donde estaba sentada. Mi cara era testigo de sus relaciones ilícitas. No la miré. No era capaz de hacerlo. Se marchó del despacho con un latigazo de faldas, dejando a dos personas rotas cara a cara.

—Nunca pretendí que esto pasara —aseguró Caleb cuando se cerró la puerta.

—¿Que te pillara? ¿O engañarme?

Traté de controlar el temblor de mi voz, pero fue inútil.

—Olivia —suplicó, dando un paso hacia mí.

—¡No! —Levanté una mano para que se detuviera—. No te atrevas a acercarte a mí... ¿cómo has podido? No hay nada peor que pudieras hacerme. Eres igual que mi padre —escupí.

—Tu padre y yo no nos parecemos en nada. Has utilizado sus pecados

como excusa para no querer durante demasiado tiempo.

No podía creer que hubiera dicho eso. Yo quería a la gente. Quería a mucha gente. Tan solo no se lo decía.

—Me pones enferma —dije—. Podrías haber sido un hombre y ya está y decirme que ya no me querías.

—Siempre te querré, Olivia. El problema nunca ha sido no quererte, ¡ha sido que yo te deseaba demasiado y tú a mí no!

Me quité una lágrima furiosa que estaba cayendo por mi cara y le dirigí una sonrisa venenosa.

—Entonces, ¿es por el sexo?

Caleb levantó las manos, exasperado, y me miró con más furia de lo que lo había hecho jamás.

—Creo que te he demostrado una y otra vez que el sexo no era el problema. —Su voz sonaba baja y amenazadora—. Te quería lo suficiente como para apartar a un lado cada uno de mis sentimientos para dar cabida a los tuyos. ¿Qué he obtenido yo a cambio? Frialdad e indiferencia emocional. Eres egoísta y estás resentida, y no reconocerías algo bueno ni aunque cayera del cielo a tus pies.

Sabía que lo que estaba diciendo era cierto. Yo era todas esas cosas y más, pero podría haberse marchado y ya está, no hacía falta que me dejara en ridículo.

—Bueno, pues entonces vamos a dejar que el proceso de curación comience para ti ahora mismo.

Lo dejé de pie en la semioscuridad y caminé con calma hasta la salida más cercana. «No vas a sufrir, no vas a sufrir, no vas a sufrir...»

Sufría muchísimo. Sufría de una forma tan violenta que apenas era capaz de bajar la escalera, así que me senté. Me senté, temblé y deseé que un meteorito cayera sobre la Tierra en ese mismo instante y golpeará el lugar donde yo estaba sentada. Me sentía en carne viva y expuesta, como si hubieran vuelto mi cuerpo de dentro para afuera y estuviera sangrando por todo el peso. ¿Cómo podía haber ocurrido eso? ¿Por qué? Caleb era todo lo que tenía.

Oí que se abría la puerta de salida del piso superior, y un estallido de música bajó la escalera con la brisa. Temiendo que fuera Caleb, que hubiera salido a buscarme, me levanté de un salto y bajé corriendo los cuatro pisos restantes, sin detenerme hasta llegar a mi coche.

Giré la llave en el contacto con fuerza y el coche cobró vida con un

hipido.

Maldito Caleb. Claro que podía querer. Lo tenía todo en mi interior. Si sabía tanto sobre mí, ¿por qué no era capaz de ver eso? Si no lo quería, ¿cómo podía estar sufriendo tanto? Nada le daba el derecho a engañarme... ¡nada!

En lugar de dirigirme a casa, mis neumáticos giraron a la derecha y entré en la 595, donde estuve a punto de rozar de refilón una furgoneta. Caleb tenía todo lo que yo era, todo lo que podía dar, y mira lo que había hecho. Confiaba en él.

—No, no, no, no. —Las lágrimas comenzaron a caer en oleadas por mi cara—. Esto no puede estar pasando. —Aparqué a un lado, temerosa de matar a alguien tal como estaba conduciendo. Me estaba desquiciando, y mi luz se estaba convirtiendo en oscuridad—. Caleb, no.

Saboreé la sal cuando las lágrimas me entraron en los labios. Me odiaba a mí misma, más de lo que lo odiaba a él y más de lo que jamás había odiado a mi padre. Era un desastre trágico, la peor clase de persona posible. Comencé a conducir otra vez. No podía volver a casa, porque él iría a buscarme. Seguía teniendo reserva en un hotel, a solo unos cientos de kilómetros al norte. Iría allí.

Caleb trató de llamarme al móvil. Envié sus llamadas al buzón de voz y subí el volumen de la radio; cualquier cosa era mejor que el sonido de mis sollozos.

El hotel que había reservado Caleb estaba muy bien. Recuerdo las fuentes y los frescos del vestíbulo, y cómo los empleados te saludaban con sonrisas sinceras, pero esa noche mis ojos estaban ciegos para todo salvo la traición de Caleb. Entré y llevé mi bolsa de viaje por la escalera, hasta la habitación.

Todavía era temprano cuando me di una ducha y me vestí. Saqué el vestido que había comprado para ese fin de semana. Era color azul aeropuerto, con un pequeño encaje negro en la cintura: sus dos cosas favoritas. Me lo pasé por la cabeza y fui al espejo para mirarme. Estaba guapa. Pero por dentro era horrible, así que ¿qué más daba? No podía quedarme en la habitación yo sola; me volvería loca. Tomé mi bolso y corrí hacia la puerta, tratando de no ver la mano de Caleb en el muslo de esa chica.

Sabía lo que iba a hacer, algo que le haría más daño del que él me había hecho a mí. Así era como luchaba yo, sucio. Ojo por ojo...

Recorrí las ajetreadas calles de Daytona, mirando de forma inexpresiva los escaparates de las tiendas. A un par de manzanas de distancia encontré

justo lo que estaba buscando, Swig Martini Bar. Parecía un lugar apagado y desesperado, al igual que yo. Entré por la ancha puerta y le enseñé el carné de identidad al de seguridad. Una mezcla de humo y perfume dulzón me golpeó en la cara. El olor me recordaba a la noche que fui a la fiesta de la fraternidad con la misión de recuperarlo. Qué deprimente.

Me abrí camino entre el gentío hasta la barra y pedí un cóctel de whisky, limón y azúcar. El camarero me observó con curiosidad mientras me lo bebía de un trago y pedía otro. Vi que echaba un poco más en la segunda copa; bendito fuera. Me llevé la segunda bebida a un pequeño patio que había en el exterior y ocupé una mesa que daba al océano. Era un buen escenario. Era misteriosa, estaba sola y parecía pensativa. Era un truco que las mejores mujeres conocían. Hay que separarse de la manada, estar guapa, y un hombre se acercará.

Así fue. Alto, rubio, con pantalones de vestir y una corbata desarreglada alrededor de su cuello.

—¿Un día duro? —preguntó, apoyándose sobre la barandilla para mirar el agua.

—Sí. ¿Y tú?

—Mucho. —Me sonrió y vi por el tono amarillento de sus dientes que era fumador—. ¿Puedo invitarte a un trago?

Señaló con la cabeza mi vaso vacío y yo asentí con la cabeza.

—Un chupito de lo que sea.

—Vale.

Volvió con dos. «Bien», pensé. Mi viaje hacia la borrachera sería mucho más rápido. Nos pasamos más de una hora bebiendo antes de que lo invitara a la pista de baile. Era un bailarín mediocre, pero ¿qué me importaba? Ignoré mi desagrado ante su forma de pegarse a mí por detrás y seguí moviéndome, concentrándome en las vueltas que me daba la cabeza. La noche quedó llena de besos apresurados y caricias provocadas por el alcohol, y hacia la medianoche estábamos recorriendo las calles en dirección a mi hotel.

—Espera —dijo en cuanto entramos y estuvo encima de mí. Recuerdo verlo sacando un preservativo de la cartera. Lo golpeó contra su palma, como había visto hacer a la gente con las cajetillas de cigarrillos, y después abrió el envoltorio con los dientes. Me encogí, repugnada.

Y después, recuerdo no sentir nada. Tan solo me quedé ahí tumbada, y a él no pareció importarle en absoluto. «De modo que así es como estoy perdiendo la virginidad», recuerdo haber pensado. «Con un desconocido, y

no con Caleb.» Cuando terminó, se quedó dormido. Yo permanecí despierta toda la noche, con el estómago revuelto y odiándome a mí misma. Por la mañana, se marchó temprano. No había llegado a decirme su nombre. Esperé con ansiedad a que llegara la culpa, pero lo único que sentía fue entumecimiento. Sabía que si buscaba con suficiente ahínco esos sentimientos que acechaban bajo la superficie, encontraría repulsión, pero no estaba preparada para odiarme. Estaba demasiado ocupada odiando a Caleb.

Alrededor del mediodía, oí un movimiento al otro lado de la puerta. Sabía que vendría. Había obtenido una llave para la habitación en la recepción, y entonces entró. Yo estaba sentada junto a la ventana cuando se abrió la puerta. No me había duchado, y mi pelo era como un nido de ratas alrededor de mi cara.

No dijo nada cuando me vio, y sus ojos recorrieron la habitación en busca de señales de mi dolor. El caos, mi ropa tirada aquí y allá. Su mirada cayó en el envoltorio abierto del condón, que se encontraba sobre la mesita de noche. Su mano sobre el muslo de esa chica... el envoltorio del preservativo... esas dos imágenes están grabadas a fuego en nuestras memorias para siempre, extendiéndose como un bloqueo para relaciones futuras.

Aunque yo no lo sabía, Caleb jamás sería capaz de volver a mirar un envoltorio de condón sin sentir náuseas. Vi en su cara cómo lo comprendía. Su dolor apareció en forma de un crispamiento, y después la luz desapareció un poco de sus ojos. Di un paso hacia delante, porque hay que recordar que yo peleo sucio.

—Yo llevé a Jessica Alexander a que abortara. Yo le dije que lo hiciera.

Tardó un momento en comprender lo que le estaba diciendo. Miré a los coches que pasaban junto al hotel, y me imaginé metiendo mis emociones en uno de ellos y después observándolo mientras se alejaba. «No sientas nada», me dije. «No sientas nada, al igual que él no sintió nada al engañarte.»

—Te quería tanto que confabulé y manipulé para conseguirte. Te perseguí durante meses. Sabía todas las chicas con las que salías. Sabía todos los lugares a los que llevabas a cada una de ellas. Lo tenía todo planeado.

Siguió sin decir nada, pero podía sentir su furia silenciosa en algún lugar detrás de mí. Estaba acumulándose y saliendo de su cuerpo en oleadas.

—Siempre te he querido. Desde el momento en que me hablaste por primera vez. —Todavía no decía nada—. Me he acostado con un desconocido solo para hacerte daño.

Aquellas palabras absorbieron el aire de la habitación. Sentí que se me

contraían los pulmones mientras el peso de lo que había hecho comenzaba a aplastarme. «Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios...»

Oí un golpe sordo y cuando me giré con lentitud vi a Caleb de rodillas, con la cara en las manos. Podía ver su cuerpo temblando, pero no sabía si era a causa del llanto o de la furia. No produjo ningún sonido; tan solo había esas convulsiones silenciosas que recordaría para siempre. Mi cuerpo comenzó a temblar también al darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. Todo había desaparecido ya: yo, él... nosotros. Habíamos cambiado para siempre. No quería seguir viviendo.

Me planteé tirarme por la ventana para no tener que enfrentarme a toda aquella agonía. Había hecho daño a la persona que más quería, a la única persona que tenía... y todo para vengarme. Y, al final, me había destruido a mí misma. Pasaron los minutos, y después una hora. Quería ir hacia él, suplicarle que me perdonara, decirle que iba a suicidarme si no lo hacía, pero no era capaz. Había demasiado frío en mi interior para hacerlo. ¿Por qué no lo había visto antes? La persona que era yo en realidad. ¿Cómo es que nunca había sabido que era un agujero vacío incapaz de amar?

Cuando se puso en pie, aparté la mirada.

—Siento haberte hecho daño, Olivia —dijo con voz ronca, y el corazón me dio una sacudida en el pecho. ¿Por qué estaba tan calmada su voz? ¿Por qué no me estaba gritando? Era yo quien le había hecho daño. Era yo. Era mi culpa. Mi pecado. Mi desastre—. No volverás a verme otra vez después de hoy. —Hizo una pausa y sus siguientes palabras me golpearon tan profundamente que jamás me recuperaría de ellas—. Yo voy a volver a amar, Olivia, pero tú seguirás sufriendo para siempre. Lo que has hecho es... No vales nada porque tú misma te haces ser así. Me recordarás cada día mientras vivas, porque yo era el hombre de tu vida y tú me has expulsado de ella.

Y entonces se marchó.

Capítulo diecinueve

Noah me está esperando en el restaurante cuando llega mi taxi. Antes de que pueda llevar la mano a mi bolso, se saca un billete de la cartera y se lo entrega al taxista, haciéndole un gesto para que se quede el cambio.

Es un billete de cien euros.

—Estás deslumbrante —dice, dándome un beso en la mejilla.

—Gracias.

Tomo el brazo que me ofrece y entramos flotando en el restaurante más bonito que he visto jamás. ¡Estoy en Italia!

—Y bueno, ¿qué te parece Roma por el momento? —pregunta.

Mientras venía en el taxi, he visto una ciudad que es tanto antigua como nueva. Los edificios medio derruidos se yerguen de forma desafiante donde los situaron miles de años antes, justo en mitad de una arquitectura totalmente nueva. Parece cosa de magia cada vez que giras la cabeza y captas un vistazo de algo de hace una eternidad, como si el pasado estuviera saliendo de sus cenizas para recordarte que todavía está ahí. Y después están las motos, y las vespas, y los coches pequeños que van a toda velocidad, giran y tocan el claxon de forma histérica a cualquier cosa que tengan en su camino. La colada que se agita alegremente en casi todos los balcones, y la forma en la que, mientras la gente camina por la calle, se oye música saliendo de aquí y allá, proporcionando una banda sonora continua a la vida italiana.

—Ojalá no tuviera que marcharme nunca —admito—. Jamás había visto algo parecido.

Noah asiente con la cabeza y espera a que yo me siente antes de ocupar su silla.

—La primera vez que vine, pensé que todo este sitio parecía un gueto. Tardé un par de días en enamorarme, pero desde entonces siempre lo echo de menos cuando vuelvo a Estados Unidos. Hago todo lo que puedo para venir aquí lo más a menudo posible.

Puedo ver eso ocurriéndome a mí también. No me extraña que Leah quisiera concebir a su bebé aquí; debe de haber venido antes. Todas las chicas ricas hacen un peregrinaje a Roma en algún momento de sus opulentas vidas, para ir de compras, por supuesto.

Cuando los dos tenemos una copa de vino delante y el camarero se aleja con nuestro pedido en la cabeza, Noah se gira hacia mí con una expresión preocupada en la cara.

—¿Lo has visto? ¿A tu Caleb?

—De cerca no. —Me río, porque está tan lejos de ser mi Caleb que es ridículo—. Yo estaba cinco pisos por debajo, espiándolo en la ventana de su hotel.

—¿Sabes ya cuál es el plan de acción que vas a tomar?

Niego con la cabeza.

—No tengo ni idea, pero tengo que hacerlo. Ya lo averiguaré... tengo un par de horas para pensar en algo.

—¿Algo honesto? —me pincha, inclinando la cabeza de un modo que hace que su pelo caiga sobre sus ojos de forma atractiva.

—Sí.

Me río. Está bien poder reírme.

—¿Sabes, Olivia? Lo que estás haciendo... es lo correcto.

—¿El qué? ¿Ser honesta?

Tomo un sorbo nervioso de mi vino. No hay nada más incómodo que hablar sobre mi integridad, o mi falta de ella.

—No. —Levanto la mirada, sorprendida—. Ir detrás de lo que amas. A pesar de todo lo que has hecho, y no voy a suavizarlo, porque has hecho cosas bastante horribles, lo has hecho todo porque amas a ese ser humano de tal manera que no puedes evitarlo. Hay honestidad en ello.

—¡Ja! No hay ninguna honestidad en mí, te lo aseguro.

—Te equivocas. —Inclino la cabeza hacia un lado con escepticismo. Nadie en su sano juicio diría que soy honesta, sobre todo después de haber oído mi historia—. Nunca había conocido a nadie que sea tan honesto sobre sus malos actos y que hable con tanta franqueza sobre sus sentimientos. ¿Eres una mala persona, Olivia?

—Sí —respondo con facilidad.

—¿Ves? Tu comportamiento es el problema. Te permites actuar siguiendo cualquier sentimiento, en lugar de tomarte el tiempo para hacer lo más virtuoso.

—Virtuoso —repito la extraña palabra, haciendo todo lo posible por concentrarme en su significado.

—Es gracioso cómo tu vida no deja de chocar contra la suya —añade, cambiando la dirección de la conversación—. Es decir, ¿cuántas posibilidades había de que sufriera amnesia y después se encontrara contigo dos veces en veinticuatro horas? —Me encojo de hombros—. Solo para entablar conversación contigo en ambas ocasiones y después invitarte a tomar

un café —continúa.

—Lo sé —suspiro—, compré una suscripción para la ironía el día que lo conocí.

—Hay algo más ahí, algo que no estás viendo.

—¿El qué? ¿Algo del destino?

Odio el destino. Es un niñato aburrido que no es capaz de dejar que la gente sane en paz.

—No lo creo.

—Entonces, ¿qué es lo que crees?

El espacio entre sus cejas está arrugado, y sus ojos ven algo a lo que me muero por echarle un vistazo.

—Creo que después de la primera vez que entregaste tu corazón, ya no volviste a recuperarlo. El resto de tu vida has estado fingiendo que todavía tienes tu corazón.

—Vaaale...

—Bueno, piensa en ello. —Se encoge de hombros con tranquilidad—. Está viviendo, pero está roto.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto. A mí Caleb no me parecía roto. Parecía haberlo superado por completo.

—Porque desde que pasaron aproximadamente doce horas de conocerte, decidí que no voy a olvidarte nunca, incluso aunque no volvamos a decirnos otra palabra. Dejas una impresión muy fuerte. Tan solo puedo imaginarme cómo ese pobre cabrón debe de sentirse después de tantos años en tu compañía.

—Debe de sentirse como si le hubieran dado un golpe muy fuerte en la cabeza.

Me río, pero estoy tristemente seria. Él me mira durante lo que parece una eternidad, y después dice:

—Pelea limpio. Sé sincera. Así es como vas a recuperarlo otra vez. Pero si ves que es feliz de verdad, déjalo tranquilo.

—No sé si puedo hacerlo —digo con honestidad—. No estoy segura de ser capaz de marcharme.

—Eso es porque no sabes querer.

—¿Estás diciendo que no lo quiero?

Me siento aturdida. Después de todo lo que le he contado, pensaba que mi amor era evidente. ¿Quién seguiría luchando tan duro sin amor?

—Estoy diciendo que no lo quieres tanto como te quieres a ti misma.

Silencio.

Tardo varios segundos en desarrollar mi furia.

—¿Por qué? ¿Por qué piensas eso?

—Se ha construido algo parecido a una vida sin ti. Tú estás dispuesta a arrancar eso de raíz, a desbaratar su vida una vez más. ¿Has pensado en el hecho de que harás daño a más de una persona? Su lugar está con Leah ahora, ¿y qué hay del niño que tal vez exista ya? —Me encojo; no había pensado en el bebé—. Querer a alguien es algo más que hacerte feliz a ti misma. Tienes que querer que sea más feliz de lo que tú eres.

—Sería más feliz conmigo —replico con seguridad—. Estamos hechos el uno para el otro.

—Pero se sentiría culpable... por abandonar a su mujer, a su hijo, por perderse años de tu vida. ¿Y dónde estaría la confianza? ¿Crees que no va a recordar lo que has hecho?

Me muerdo el labio para tratar de contener las lágrimas.

—Podemos arreglarlo. Sí, quedarán cicatrices, pero habrá suficiente amor para cubrir las.

Le estaba suplicando que se pusiera de mi parte, que viera lo que yo veía. Se suponía que Caleb y yo teníamos que estar juntos. Daba igual que tratáramos de mantenernos separados, algo no dejaba de guiarnos hasta volver a estar juntos.

—A lo mejor, pero ¿estás dispuesta a hacerlo pasar por ese torbellino por un sueño roto? —Tomo aire por la nariz—. Olivia. —Me pone la mano sobre la mía—. Hubo un tiempo para ti y para Caleb. Tuviste la oportunidad de elegir, y el momento ya ha pasado. Hasta ahora, has demostrado que eres capaz de prácticamente cualquier cosa. —Me encojo ante la verdad de sus palabras—. Demuéstrate a ti misma que eres capaz de hacer algo desinteresado.

Quiero discutir con él, rogarle que entienda que mi vida sería insípida sin Caleb.

—Eres un hombre muy sabio, Noah.

Sonrío con tristeza.

Después de la cena, compartimos un taxi de vuelta hasta mi hotel. Noah sale para despedirme antes de continuar hasta su hotel. No sé por qué, pero me siento terriblemente triste. Siento el ardor de las lágrimas en mis ojos.

Y entonces sé sin atisbo de duda que, si yo fuera una persona completa,

Noah y yo podríamos haber tenido una oportunidad juntos. Es listo y bueno, podría haberme enamorado de él, y entonces nos habríamos casado y habríamos tenido una familia. Lo veo todo en un fugaz segundo. Noah y yo. A lo mejor él también lo ve, porque en ese momento se agacha y me besa en los labios. Es un beso triste, lleno de posibilidades. Cuando aparta la boca, la cabeza me da vueltas, y me siento como si tuviera la garganta llena de granadas.

—Buena suerte, Olivia —dice con una sonrisa—. Elige bien.

Y entonces se mete en el taxi y se aleja, con todos mis pensamientos detrás de él. Yo me quedo en la acera y observo las ruedas del taxi salpicando con la lluvia de ese día. Fuera está lloviendo, pero me da igual. Me gusta la lluvia. Decido caminar y, mientras lo hago, pienso en lo que voy a hacer. Sorprendentemente, no planeo ninguna venganza. Estoy pensando en mi propia putrefacción interior y en lo egoísta que siempre he sido.

Cuento las veces que he tomado buenas decisiones en mi vida y se me ocurren solo cinco. Decidir salir aquel día con Caleb, contarle la verdad sobre lo que había hecho, hacerme abogada, romper con Turner y venir a Roma y conocer a Noah. Cinco buenas decisiones; parece un número muy exiguo. Pero mi lamentable puñado representa una pequeña posibilidad. Noah ha visto algo en mí, y se ha tomado el tiempo de alimentarlo. Ahora, tengo que grabar la verdad en mi corazón. No voy a devolver el mal con más mal. Leah lo ha ganado, y se merece quedárselo.

Deambulo, empapada y temblando, hasta la Trinità dei Monti, la preciosa iglesia construida por san Francisco de Paula, y me quedo mirando el Obelisco Salustiano. Aquí es donde tomo mi decisión final, enfrente de un edificio que representa el bien. Mejor volver a casa antes de que sea demasiado tarde. Esta vez, el cielo no está rojo. Estoy pasando de largo junto a los problemas, dándoles una despedida definitiva. Me pregunto si podré convertir en hábito lo de hacer lo correcto, y entonces sonrío porque sé el largo viaje que supondrá eso para mí.

Cuando me siento preparada, vuelvo al De La Ville, donde se alojan Caleb y Leah.

La tranquilidad de las calles deja claro lo tarde que es. Estoy mirando a su ventana una vez más, pero en esta ocasión me he decidido. Voy a despedirme. Pienso en Caleb como padre y sonrío para mí misma. Se le daría genial, al igual que todo lo demás, y entonces pienso en Jessica Alexander. Ya sería padre de no ser por mí. Me lleno los pulmones del dulce aire

italiano.

—En cierto sentido, he llegado tan lejos que no sé qué decir —comienzo—. Te quiero muchísimo, y hay demasiadas cosas que no he podido decirte. Me daba mucho miedo tu forma de quererme, Caleb. —Me seco la lágrima que se me está escapando del ojo y continúo—. Tú lo cambiaste todo. Tenía tanto miedo de perderte que hice todo lo que tenía en mi mano para alejarte de mí. Pensaba que, si no lo hacías, acabarías viendo que estabas perdiendo el tiempo conmigo y te marcharías de todos modos. Te echo de menos. No, no solo te echo de menos: me duele el corazón cada día porque tú no estás ahí. Siento mucho lo que hice, todo lo que hice. Por favor, por favor, no me olvides, porque la posibilidad de que eso ocurra me duele más que cualquier otra cosa.

—Nunca te olvidé.

Siento escalofríos. Tardo un momento en comprender la imposibilidad de la situación.

—Caleb.

Pronuncio su nombre con un suspiro mientras me giro para mirarlo. No me siento terriblemente sorprendida por la última broma de la ironía. Hay algo en mi vida que va a juego con la suya. No dejamos de cruzarnos; no, de chocarnos. Caleb se encuentra a un par de metros de mí, con una bolsa de plástico de la compra en la mano. Puedo ver una botella de vino asomándose por la parte superior.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta, negando con la cabeza, asombrado.

—He venido a buscarte —digo con honestidad—. Para decirte eso...

Levanto la mirada hasta su ventana para indicar el sentido de mi discurso.

—¿No ibas a decírmelo a la cara?

—No.

—Es un viaje muy largo como para decirle algo tan importante a la ventana de mi hotel.

—No tenía ningún derecho a venir —admito, encogiéndome de hombros—. Lo siento. Me colé en tu casa y descubrí que estabais aquí.

Él cierra los ojos, pero parece que tenga ganas de reír.

—¿Te ha ayudado Cammie? —Asiento con la cabeza—. Me alegra que hayas venido —añade con suavidad—. Justo estaba pensando en ti.

Me sacudo aturdida.

—¿De verdad?

Sonríe ante la expresión de mi cara.

—Claro. Pienso en ti todo el tiempo. —Me muerdo con fuerza el labio inferior para impedirme llorar. Me siento tan confusa que no sé qué decir—. Vamos a dar un paseo —sugiere, y comienzo a caminar junto a él—. Nunca te olvidé —repite.

—Bueno, durante un tiempo sí lo hiciste —señalo, con los ojos fijos en el suelo.

—No, eso es lo que estoy tratando de decirte. Nunca tuve amnesia. Lo fingí.

Dejo de caminar.

—¿Que hiciste qué?

—Olivia. —Se detiene y me mira a los ojos—. Fingí tener amnesia.

Me siento como si el mundo estuviera cayéndose bajo mis pies. Caleb y yo estamos en Roma. Yo estoy en Roma. Nunca tuvo amnesia. Piensa en mí todo el tiempo. Nunca tuvo amnesia.

—¿Por qué...? ¿Qué... por qué?

Quiero sujetarlo del cuello de la camisa y zarandearlo para sacarle la respuesta. En lugar de eso, me quedo de pie con las manos cerradas a los costados.

—Después de todo lo que pasó entre tú y yo, traté de curarme. Sabía que necesitaba olvidarte y seguir adelante. Dolía demasiado; cada día parecía una sentencia de muerte. Te lloré como si estuvieras muerta, y entonces conocí a Leah. Fue por una cita a ciegas, y recuerdo que ese día sentí esperanza. Fue el primer día en un año que sentí esperanza. Nos tomamos nuestro tiempo para conocernos y le compré un anillo.

Me lanza una mirada para ver si recuerdo el pedrusco.

—Y entonces, de repente, volví a echarle de menos. Es decir, nunca dejé de echarle de menos, pero esa vez me golpeó con fuerza. No podía irme a dormir ni una sola noche sin verte en mis sueños. Comparaba todo lo que hacía Leah con todo lo que recordaba sobre ti. Era como si la vieja herida hubiera vuelto a abrirse sola, y estuviera sangrando mis sentimientos por ti.

Cierro los ojos ante sus palabras. Palabras que me muerdo por oír, pero que están haciendo que el corazón me duela de una forma tan terrible que apenas soy capaz de respirar.

—Fui de viaje de negocios a Scranton, y me alegró estar lejos de ella unos cuantos días. Necesitaba pensar y poner las cosas en orden antes de darle el anillo. Entonces ocurrió el accidente. Me desperté en ese coche sin

saber quién era, y la persona que tenía al lado estaba muerta. Mi amnesia fue provocada por un estrés enorme y la contusión de mi cabeza. Para cuando llegué a la sala de emergencias, lo recordaba todo. Me quedé tumbado en la cama de ese hospital y no dejaba de pensar: «Ojalá Olivia estuviera aquí. Sería feliz si Olivia estuviera aquí».

»Y entonces, el doctor me preguntó si sabía quién era y yo le dije que no —continúa—. Simplemente dije que no. Tomé esa decisión en una fracción de segundo, porque no sabía quién era sin ti, y sabía que tenía que tratar de encontrarte. Mentí a Leah y a mi familia, y nada de eso me importó porque la amnesia me había proporcionado tiempo y suponía una excusa. Fui a todos los sitios a los que sabía que irías. El día que me viste en la tienda de música, sabía que estarías ahí; tenía una corazonada. Me sentí aturdido de todos modos, no porque aparecieras, sino porque te acercaras a mí y fingieras no haberme visto allí plantado antes de entrar.

Sonrío. Era capaz de calarme incluso entonces.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste y ya está, Caleb? ¿Qué podría haber dicho yo después de todo lo que te había hecho?

Las escenas aparecen en mi mente como una película yendo a saltos. Caleb llamándome «Reina» por casualidad... Caleb trayéndome mis flores favoritas la noche que Leah nos estropeó la cena... Caleb diciendo «a ti nunca te olvidé» en el juzgado el día de mi cumpleaños.

Frunce sus bonitos labios.

—Porque quería volver al principio. Quería que hiciéramos borrón y cuenta nueva. Y entonces te marchaste...

—Y entonces me marché —asiento.

No iba a contarle lo de Leah, lo de cómo prácticamente me había echado de la ciudad. No tendría sentido, y solo serviría para hacerle daño.

—Entonces, ¿por qué me buscaste otra vez para que fuera su abogada? ¿Qué demonios te poseyó para hacer eso?

Se ríe.

—Quería torturarte. Quería que pagaras por haberme dejado una segunda vez. Por supuesto, solo acabé torturándome a mí mismo.

—No, yo también estaba muy torturada. —Sonrío—. Y, piénsalo, ella podría estar en la cárcel ahora mismo, y te tendría todo para mí.

Me mira con diversión.

—Entonces, ¿todavía me quieres? —me provoca, alargando un brazo para ponerme el pelo por detrás de la oreja.

—Más que a nada —respondo—. Te estuve esperando... durante años. No vivía; tan solo esperaba a que volvieras.

Cierra los ojos con fuerza y sé que está pensando lo mismo que yo. ¿Y si...?

Me lleva hasta su pecho y me abraza.

—Yo también te quiero, Olivia. Más de lo que jamás podría querer a otra alma. No ha habido ni una sola hora en siete años en la que no haya pensado en ti.

Comienzo a llorar en su camisa. Si pudiera morir ahora mismo, entonces jamás tendría que volver a vivir sin él, simplemente desaparecería.

—No llores —dice, levantando mi cara con suavidad para que lo mire—. Siempre te amaré a ti primero, eso no va a cambiarlo nada.

—Pero ¿qué importa si no puedo estar contigo? —gimoteo—. No puedo vivir sin ti.

—Pero lo has hecho. —Sonríe, aunque es una sonrisa triste—. Lo has hecho y lo harás.

Asiento con la cabeza con valentía, porque es cierto. La vida siempre sigue adelante, incluso aunque tenga que arrastrarte pataleando y gritando.

—No me olvides tú tampoco —añade.

Me río ante lo ridículo que es eso.

—Es imposible.

—Vale.

Sonríe, y entonces baja la cabeza y me besa.

Es el último beso real de mi vida, así que me aferro para siempre a él. Es un «adiós», un «lo siento» y un «te quiero muchísimo». Cuando termina, pone su frente sobre la mía una última vez, y entonces se va.

Estoy rota.

Epílogo

¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Adónde han ido los últimos diez años de mi vida? Me siento como un trozo de papel tomado por el viento y arrastrado en cualquier dirección. En cierto modo, soy una vencedora, una superviviente. Porque he luchado contra el monstruo de mi interior y he ganado. Pero ¿qué he perdido en el proceso?

He dejado de engañar; ya no lo hago. La verdad es importante para mí. Qué triste que algo con tanto valor solo se convirtiera en una prioridad cuando ya era demasiado tarde. Alteré el curso de mi vida porque tenía miedo. Todavía tengo miedo. Caleb era como un huracán que había barrido mi vida, sacudiendo cosas en mi interior que nunca supe que existían. Es un anhelo que nunca seré capaz de curar.

Con treinta años de edad, estoy sentada en la sala de la novia con mi vestido de bodas puesto. No tengo ni idea de quién soy, porque quien era antes era una mala persona, y quien soy ahora está indecisa. Me perdí a mí misma, pero nunca llegué a encontrarme. Me entristece mucho el hecho de haber desperdiciado tanto tiempo. Sé que no es demasiado tarde para arreglar las cosas, para descubrir lo que quiero y quién soy. Pero, claro, no estoy segura de querer saberlo. Tengo miedo de haber perdido a la que podía haber sido. Sí, todavía lo quiero con todo mi corazón. Pero luché y luché y rompí en pedazos lo que debería haber protegido y cuidado.

La vida está en equilibrio sobre un borde precario, y podemos quedarnos a salvo arriba o saltar al otro lado. Noah me lo dice todo el tiempo. Noah, que me ha enseñado a ser buena, amable, y que me ha mostrado tantas verdades sobre mí. Cambié por Noah, porque no me atrevía a hacer daño a otra persona que me quería. Voy a tener una buena vida con él. Lo adoro. Pero no tiene mi corazón. Tan solo puedes entregar tu corazón una vez; después de eso, todo lo demás perseguirá a tu primer amor.

He aceptado por fin que hay consecuencias para cada acción. Me las he ganado, y son mías por derecho. No hay tiempo de tomar malas decisiones. Cada paso es muypreciado. La definición de la vida es mía.

Así que pienso una vez más en él antes de salir de la habitación, porque después de hoy también tengo que enviarlo lejos. Él es feliz, y yo me siento satisfecha con eso porque por fin he aprendido a querer a alguien más que a mí misma.

Oigo la marcha nupcial, mi señal para salir. Me pongo en pie frente a las

puertas cerradas de la iglesia y, por un segundo, cuando se abren veo a Caleb. Se encuentra en el altar, esperándome. Pestañeo dos veces, y las cosas vuelven a ser como deberían. Noah me está mirando con una sonrisa deslumbrante y Cammie llora.

Doy el primer paso, y después el segundo, y justo antes de que la puerta se cierre, miro por encima del hombro una vez más. Caleb está todavía debajo del árbol, me guiña un ojo, y yo sonrío.

Tu opinión es importante.

Estaremos encantados
de recibir sus comentarios en:

www.plataformaeditorial.com/miopinionporunlibro

Vaya a su librería de confianza. Tener un librero de cabecera es tan
recomendable como tener un buen médico de cabecera.

«I cannot live without books.»

«No puedo vivir sin libros.»

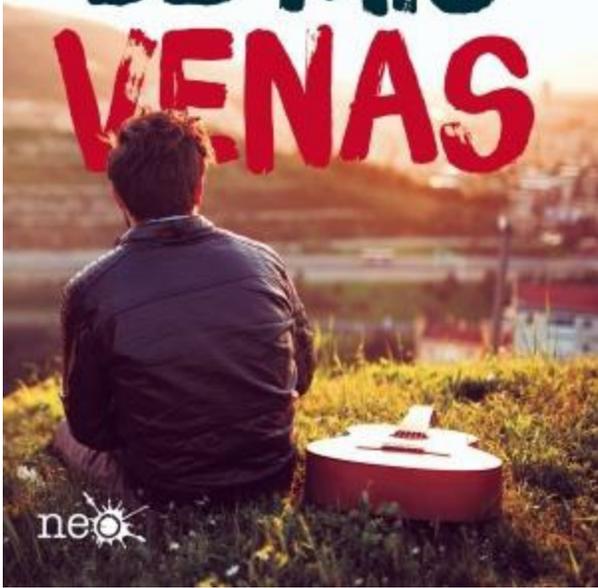
THOMAS JEFFERSON

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.



MIKE LIGHTWOOD

EL HIELO DE MIS VENAS



neo

El hielo de mis venas

Lightwood, Mike

9788417002053

428 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir con culpa no es tarea fácil, y eso es algo que Darío sabe muy bien. Después de todo, el que solía ser su mejor amigo vive un auténtico infierno tras confesarle lo que sentía por él, y lo peor es que Darío no puede hacer nada para arreglar la situación.

Atormentado por unas oscuras pesadillas, Darío se enfrenta cada día a su peor enemigo: él mismo. El problema es que es demasiado difícil aceptar lo que siente, sobre todo cuando hacerlo significaría que tal vez no sea la persona que siempre ha creído ser.

El hielo de sus venas se extiende cada vez más, y dependerá solo de él conseguir que se derrita o dejar que se extienda hasta congelarlo por completo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

The logo for the publisher 'neo' is located in the top right corner. It consists of the lowercase letters 'neo' in a white, sans-serif font, followed by a stylized sun icon with rays.

Felices
por
siempre jamás



Stephanie Perkins

Autora de *Un beso en París*

Felices por siempre jamás

Perkins, Stephanie

9788416256099

400 Páginas

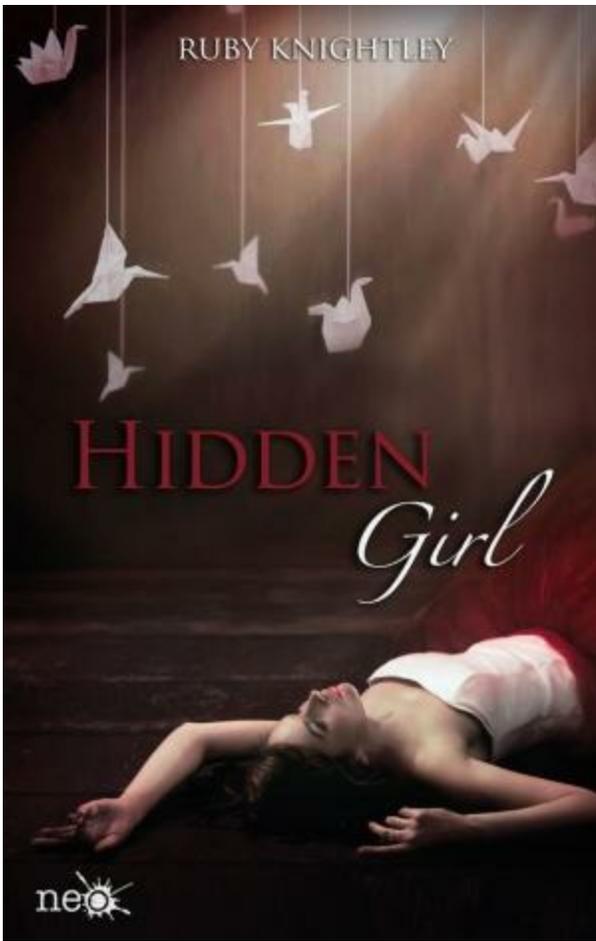
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Enamorarse en la ciudad más romántica del mundo es fácil para la soñadora Isla Martin y el enigmático artista Josh Wasserstein. Pero a medida que avanza el último curso en la School of America de París, Isla y Josh se ven obligados a afrontar la desgarradora realidad, porque, quizá, su historia no acabe con un «felices por siempre jamás». ¿Seguirán juntos cuando los días en el instituto se acaben? ¿Será su amor más fuerte que la distancia? Su romance se convertirá en un apasionante viaje por Nueva York, París y Barcelona, acompañados de sus amigos Anna, Étienne, Lola y Cricket.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

RUBY KNIGHTLEY

HIDDEN
Girl



neo

Hidden Girl

Knightley, Ruby

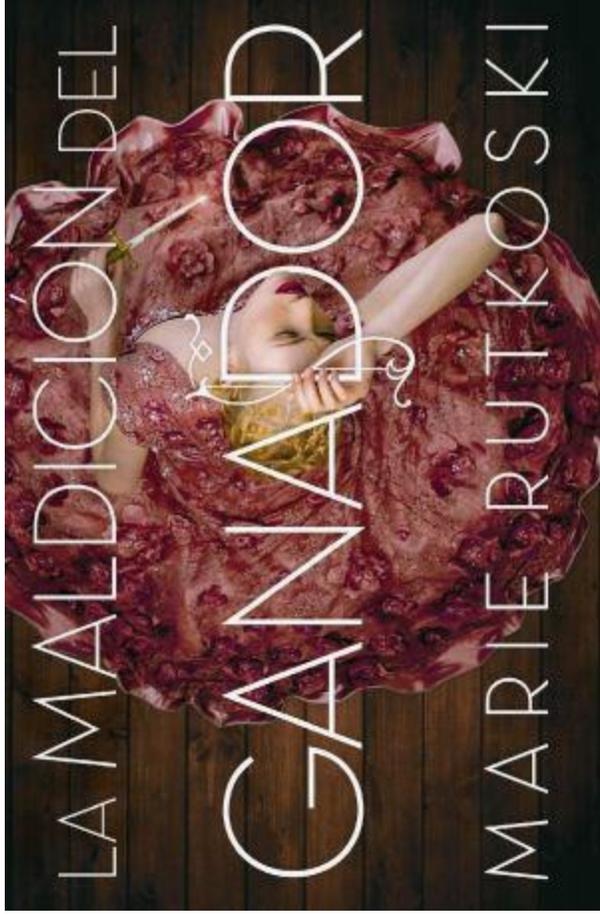
9788416096138

300 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Christine ve por fin sus sueños hechos realidad: acaba de recibir una beca para estudiar el último curso de instituto en Nueva York. Su nueva vida en la zona más elitista de Manhattan, el Upper East Side, pronto se convierte en una intensa aventura en la que hará todo lo posible para no rendirse a los encantos de los hermanos Woodley, Nathan y Tristan. Y por si su estancia en el instituto Magnificence no fuera bastante complicada, una serie de desapariciones y asesinatos entre las chicas de la clase alta de la ciudad hará que su nuevo mundo se tambalee.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La maldición del ganador

Rutkoski, Marie

9788416429714

386 Páginas

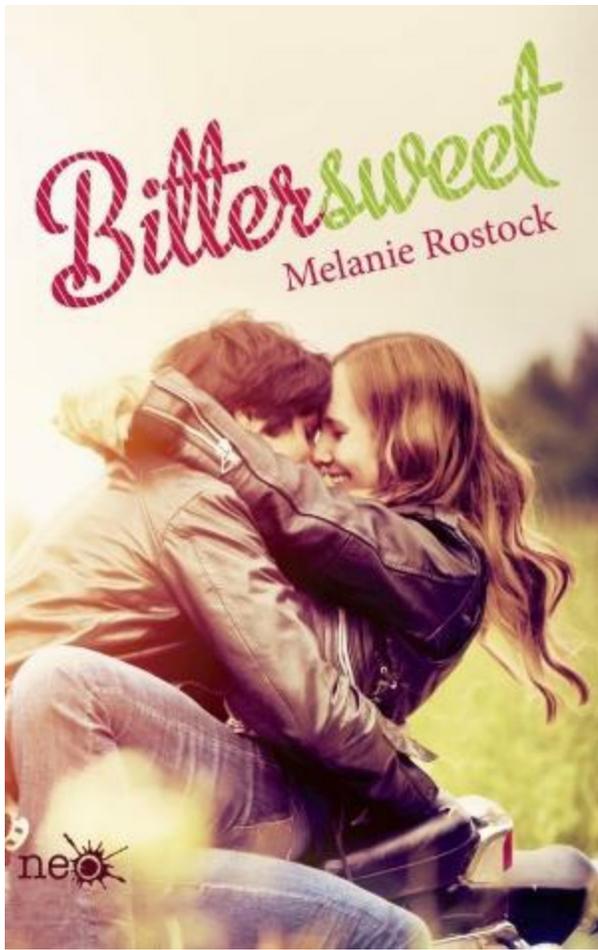
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Como hija del general de un gran imperio que se deleita en la guerra y en la esclavitud, Kestrel solo tiene dos opciones: unirse al ejército o casarse.

Sin embargo, todo su mundo da un giro radical cuando la chica encuentra un esclavo cuyos ojos parecen desear al mundo entero y, siguiendo su instinto, termina comprándolo por una cantidad ridícula de dinero. Pero el joven guarda un secreto, y Kestrel aprende rápidamente que el precio que ha pagado por otro ser humano es mucho más alto de lo que podría haber imaginado. Que ganar aquello que quieres puede costar todo lo que amas.

Ambientada en un mundo imaginario, La maldición del ganador es una historia de conspiraciones, rumores, secretos y rebeliones en la que todo está en juego y en la que la verdadera apuesta consiste en conservar la cabeza o seguir al corazón.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Bittersweet

Rostock, Melanie

9788416620357

398 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando has probado lo amargo, lo dulce sabe mejor. Bambi sabe qué es ser diferente, incluso su nombre lo es. Sabe qué es sentirse despreciada todos los días por sus compañeros de instituto y no poder hacer nada para cambiarlo. Pero la escritura le da la fuerza que necesita para seguir adelante, porque tiene la certeza de que es buena en algo.

Liam nunca ha tenido una familia normal, y no solo por los problemas económicos. Su padre es agresivo y bebe más de la cuenta, y su madre no quiere ver la realidad. El futuro no parece esconder muchas opciones para alguien como él, aunque en secreto sueña con convertirse en escritor.

Cuando Bambi y Liam se conocen en un taller de escritura, pronto se dan cuenta de que la literatura los une más allá de los libros. Ambos comparten aquello que los salva de caer al vacío, pese a que ella procede de una familia acomodada y él es un chico de barrio. Pero, cuando se trata de amor, pertenecer a mundos opuestos a veces es un obstáculo insuperable...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Table of Contents

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Epílogo](#)

[Colofón](#)